ADOLFO RODRÍGUEZ

LA MUJER DE ISDAL



Oriol Duarte #4

LA MUJER DE ISDAL

ADOLFO RODRÍGUEZ GÓMEZ

ORIOL DUARTE #4

PRÓLOGO
PARTE I
1
2
3
AÑO 1942
4
5
1943
6
7
8
9
10
1943
11
12
13
1943
14
15
1943
16
17
18
1944
19
20
21

22
PARTE II
1944
1944
1970
1970
1970
23
24
TRES DÍAS DESPUÉS
AGRADECIMIENTOS
NOTA DEL AUTOR:

ANTES DE EMPEZAR. QUIERO REGALARTE UN LIBRO. PUEDES DESCARGAR FANLO (LA PRECUELA DE LA SERIE ORIOL DUARTE) GRATIS AQUÍ:





Para Ricardo Valero. Seguro que habrías leído este libro

PRÓLOGO

Corre sin mirar atrás. No se atreve.

Los gritos de esos hombres aún retumban en su cabeza y alimentan el miedo que la lleva a huir.

El bosque es demasiado denso, demasiado hostil. Los árboles parecen haberse puesto de acuerdo para cerrarle el paso. Las ramas le arañan la cara, le desgarran la ropa. Una de ellas le ha cortado la palma de la mano. La herida es profunda; siente la sangre deslizarse hasta la punta de los dedos. Pero no importa, ya se preocupará por eso después. Ahora sigue corriendo, con los pies hundiéndose en la tierra húmeda, escuchando únicamente sus pisadas y su respiración irregular.

Quizá sea el pánico, pero juraría que acaba de oír algo a sus espaldas. Pasos, el crujido de una rama que ella no ha provocado, una presencia lo bastante cercana como para obligarla a acelerar.

Corre sin rumbo, con la única intención de alejarse, y lo hace hasta la extenuación.

Se detiene al cabo de un tiempo. Su cuerpo la obliga a ello. Fuera lo que fuese, parece haberse alejado. Se apoya en el tronco de un abeto y jadea. El frío la quema por dentro. Los primeros rayos de luz se cuelan entre las copas, dibujando contornos difusos: troncos negros, sombras largas, hojas brillando como escamas mojadas.

Mira a un lado y a otro antes de aceptar lo evidente.

Está perdida.

Esto no estaba previsto, en absoluto. No debía haber aceptado. Se toca los bolsillos para comprobar que el caballo de madera y el papel con el código siguen allí.

El bosque susurra y cobra vida. No es solo a través del viento: escucha roces, graznidos de aves que suenan demasiado próximos. Le parece escuchar voces apagadas y lejanas, sin entender lo que dicen.

De repente, algo se mueve a su espalda.

Se gira de manera abrupta y el grito se le escapa antes de poder contenerlo. Ahogado, breve, ridículo.

Se queda paralizada unos segundos, esperando ver una silueta salir de la arboleda. No ocurre nada. Solo sombras. Solo el golpe de su corazón y el zumbido en los oídos.

Poco a poco recupera el aliento y se incorpora, decidida a alejarse. Si sigue recto, si mantiene un rumbo, tarde o temprano llegará a algún lugar.

Pero eso no va a suceder.

Da un paso, luego otro, y en el siguiente lo único que alcanza a ver es el brillo de dos ojos frente a ella, fijos e inmóviles, observándola. Se cierran un segundo antes del golpe.

El impacto le sacude la cabeza y fulmina sus sentidos. Cae sobre la tierra húmeda. Al cabo de unos segundos intenta levantarse, pero las piernas no le responden. Quiere mover los brazos. No puede. No siente frío. No siente dolor. No siente nada. Solo una pesadez que la empuja hacia el suelo, como si el bosque se la estuviera tragando.

Unos pies aparecen ante sus ojos. Botas oscuras que pisan muy cerca de ella. Intenta respirar y no lo consigue. Tarda un segundo en entenderlo, se niega a aceptarlo.

Pero lo cierto es que ya no está respirando.

El sol asoma con timidez, derramando su luz sobre los árboles.

Y ella se apaga.

PARTE I

1

Oriol Duarte está sentado en una terraza del barrio de Bryggen, en la ciudad noruega de Bergen. Frente a él, una marquesina digital marca catorce grados. El sol de comienzos de junio ha decidido aparecer después de varios días de nubes bajas, y eso parece suficiente excusa para que los locales se desprendan de los abrigos y ocupen las mesas exteriores en manga corta, ansiosos por la llegada del buen tiempo.

Él, sin embargo, no se quita el jersey.

Aún no es temporada alta. Pronto, ese mismo paseo junto al Mar del Norte, donde se apilan casas de madera pintadas en colores vivos, estará repleto de turistas en busca de bellos paisajes que les permitan conectar con la naturaleza.

Sostiene la taza entre las manos y deja que el calor le trepe por los dedos. El café es fuerte y amargo, a la par que reconfortante. Se fija en uno de los yates amarrados en el puerto frente a él. Una mujer rubia toma el sol en la cubierta mientras lee un libro. Es imposible ver de qué título se trata desde tan lejos, como también lo es que esa imagen no despierte en él un recuerdo, el del último libro que leyó en Italia hace unos meses.

¿Cómo olvidarlo si ese caso ha supuesto un antes y un después en su vida?

Últimamente piensa demasiado en las consecuencias de sus acciones.

No en su metodología, ni en sus procedimientos, ni en la lógica que aplica a cada caso, sino en la repercusión de las decisiones que toma. Es consciente de que la exigencia y la responsabilidad que se ha marcado durante años han terminado arrojándolo al abismo.

Y por eso paró. Necesitaba esto.

Ya le urgía tomarse un respiro antes de lo sucedido en Roma. Después de aquello, se convirtió en una cuestión de supervivencia. Desde entonces, un sinfín de dudas lo acechan. Se pregunta con

frecuencia si su trabajo como inspector de la Interpol consiste en perseguir la justicia o en aprender a bordear las reglas morales que su propia conciencia le dicta como innegociables.

Aún no tiene la respuesta.

Por eso lo ha dejado y no volverá hasta que consiga entenderlo.

No se ha ido de manera definitiva. No ha presentado su renuncia ni ha entregado la placa. Pero mantuvo una conversación con Lefebvre en la que, por primera vez en mucho tiempo, fue completamente sincero. Le dijo que no podía seguir así, que había alcanzado un punto en el que el trabajo empezaba a erosionar algo más que su paciencia, que le estaba afectando por dentro, robándole energía, sobreviviendo con una sensación de frustración constante.

Omitió, por supuesto, las peleas clandestinas. Los sótanos húmedos, la sangre en los nudillos, la necesidad casi animal de golpear hasta vaciarse. En cierto modo, eso parece controlado. No ha vuelto a una desde comienzos de año, en Stade, Alemania. Y eso, en sí mismo, ya es un logro. Parece haber aprendido a contener a la bestia, a mantenerla a raya sin necesidad de soltarla.

Tal vez por eso está aquí.

Necesita distanciarse del ruido, de la presión mediática, de la intromisión constante de terceros que nunca pisan una escena del crimen, pero deciden las consecuencias que se derivan de ella. Necesita paz mental.

Noruega es perfecta para ello. Para relajarse navegando a través de los fiordos o pasear por bosques plagados de abetos rojos, envueltos en una neblina.

Sin embargo, también es perfecta para trabajar en un caso del que quiere ocuparse desde que tiene uso de razón.

Después de todo, no puede dejar de trabajar.

Lo hará bajo sus propias condiciones, y eso lo cambia todo. Sin ruedas de prensa, sin titulares, sin que nadie sepa que está allí. Será un investigador independiente, al estilo de Sherlock Holmes en las novelas de Arthur Conan Doyle. Para ello necesita a su propio Watson, a quien ya ha elegido y espera sentado en esa terraza.

Da un sorbo al café y mira el reflejo del sol sobre el agua.

Lleva tres días en Bergen.

Tres días sin horarios, sin llamadas a deshoras ni informes urgentes. Se ha permitido caminar sin rumbo por el muelle de Bryggen, perderse entre las fachadas inclinadas de madera pintadas en tonos ocres y rojizos, observar cómo el sol aparece y desaparece sobre la icónica costa noruega. Ha subido en el funicular hasta Fløyen y ha contemplado la ciudad desde arriba, con los tejados grises extendiéndose hasta el agua y los fiordos abriéndose paso entre montañas verdes y húmedas.

También ha hecho lo que hacen los turistas, aunque no le guste reconocerlo. Ha entrado en el mercado de pescado, el Fisketorget, y ha probado una sopa espesa, con trozos de bacalao y salmón que se deshacían en la boca. Ha probado el rakfisk y el kjøttkaker con salsa marrón y puré caliente. Comida sencilla y contundente, apropiada para un clima que nunca termina de ser amable.

Han sido tres días de vacaciones.

Ha dormido más de lo habitual, sorprendiéndose al despertar y descubrir que el reloj marcaba las ocho en punto. Ha caminado hasta que las piernas le pesaban. Ha apagado su teléfono y, durante unas horas, ha conseguido no pensar.

Pero hoy eso termina.

El ferry procedente de Escocia atracó hace media hora en el puerto. La conexión con el Reino Unido no es directa cada día del año, pero esta semana sí lo era. Lo comprobó para averiguar exactamente a qué hora llegaría su amigo.

Si no surge ningún inconveniente, es cuestión de minutos que se encuentren. Entonces dará comienzo la investigación.

Antes de solicitar la excedencia en la Interpol, reunió toda la información posible del caso que lo ha traído hasta Noruega. Ya lo había revisado en su día, como la mayoría de los casos sin resolver de los que tiene constancia, aunque lo hizo de manera superficial. Ahora es distinto. Ahora ha leído cada informe, ha examinado cada fotografía y ha analizado cada testimonio con una atención obsesiva.

Se ha propuesto, una vez más, reabrir un caso sin resolver.

Uno lleno de interrogantes, de contradicciones, de detalles que no encajan, de rarezas. Quizá es el más extraño al que se ha

enfrentado jamás. Un rompecabezas que lleva décadas desafiando a quienes intentaron ordenarlo.

Mientras espera, repasa mentalmente las líneas de investigación que ha trazado en su cabeza: las posibles identidades, las lagunas documentales, los movimientos registrados y los que nadie supo explicar. Y se pregunta por qué nadie ha intentado averiguar la relación con otro caso tan insultantemente similar.

Está concentrado en ello cuando lo ve.

Camina hacia él desde el extremo del muelle, sujetando una mochila que cuelga descuidada de un hombro. Sus andares tienen algo despreocupado, rozan lo cinematográfico, y a Oriol le recuerda a Henry Fonda en uno de esos *westerns* clásicos donde el héroe no necesita apresurarse para imponer presencia.

Sonríe antes incluso de estar lo bastante cerca como para saludar. Una sonrisa amplia, sincera, que le transforma el rostro cuando reconoce a Oriol en la distancia.

Su aspecto ha cambiado. Imagina que más por necesidad que por voluntad.

Se ha dejado el pelo más largo y lo lleva peinado hacia atrás, con mechones claros que suavizan el conjunto y le aportan un aire más juvenil. Va en manga corta, con una camisa blanca y un pantalón vaquero que parece sacado de un anuncio de Levi's. Demasiado ligero para catorce grados. Demasiado juvenil para tener casi cuarenta años.

Oriol deja la taza sobre la mesa.

Las vacaciones han terminado.

Jason Bennett se sienta frente a él en la terraza. Deja la mochila en el suelo y apoya los antebrazos sobre la mesa. Durante unos segundos se miran sin decirse nada, evaluándose como si hiciera años que no se ven, aunque no sea cierto.

—Me encanta este sitio. Es precioso —dice con una mueca de aceptación.

Oriol sostiene su mirada sin sonreír.

—¿Cómo estás, Jason?

—Bastante bien. Justo iba a preguntarte sobre eso, sobre cómo querías llamarme. —Se inclina hacia delante, bajando la voz—. Me

había preparado unos cuantos nombres para meterme en el papel. No sé hablar noruego, así que sería difícil hacerme pasar por un local. Había pensado en Patrick, un periodista irlandés al que le gusta la aventura y el *true crime*. ¿Qué te parece?

Oriol cruza los brazos.

—Jason está bien. Aquí no nos conoce nadie, no sufras.

Él hace una mueca exagerada de lamento.

—Una pena. Porque lo del *true crime* iba en serio. Me imagino cuál es el caso que vamos a investigar si me has hecho venir hasta aquí. Por eso he estado poniéndome al día y tengo que decir que es fascinante, la verdad. Aunque tal vez estoy equivocado y se trata de otro asunto. Eso sería… decepcionante, la verdad. No termino de entender ese aura de misticismo con la que te gusta adornarlo todo, Oriol.

El inspector Duarte no aparta la vista.

—Te recuerdo que, si estás libre y no en la cárcel escuchando tus pódcasts preferidos, es porque te dejé marchar.

Jason alza una mano, restándole importancia.

—Por favor. Ya nadie se acuerda de eso. ¿No te parece curioso? Un caso con tanta repercusión que copa todas las portadas a nivel internacional se disuelve en cuestión de semanas y ya nadie habla de él. Las tendencias son difíciles de entender. Basta cualquier acontecimiento menor para que todo el mundo olvide. Del día a la mañana pasas de ocupar la portada al ostracismo. Debe de ser bastante ingrato para un inspector romperse los sesos intentando atrapar al malo para que la opinión pública pase página en tan poco tiempo.

Oriol solo escucha. Jason lo observa con interés.

—¿Es por eso por lo que lo has dejado? —inquiere.

Él tarda un segundo en responder.

—Lo he dejado precisamente por lo contrario. Porque no quiero a nadie husmeando en mis asuntos. Y eso va también por ti.

La camarera se acerca. Jason pide una cerveza en inglés, sin intentar disimular el acento. Cuando se marcha, se coloca unas gafas de sol.

—He leído que aquí llueve más de doscientos días al año. Eso es una barbaridad. —Señala la bolsa a sus pies—. Así que vengo preparado. He traído chaquetas impermeables para los dos, es lo que llevan los locales. Dicen que los paraguas son la mejor manera de identificar a los turistas, e imagino que no habrás venido preparado para eso. ¿Verdad?

Oriol lo observa unos segundos.

El sol comienza a esconderse tras una nube densa que avanza desde el fiordo.

—¿Cómo está tu madre?

La pregunta rompe el tono ligero de la conversación. A Jason se le borra la sonrisa. El cambio es inmediato, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—Pensaba que estaría mejor, pero no es así —dice, clavándole la mirada.

Durante un segundo, ninguno aparta los ojos.

—A veces creemos que ciertos actos nos devolverán algo de felicidad, pero no funciona de esa manera. Imagino que eso es lo que le ha sucedido a tu madre.

Jason asiente y baja la vista hacia la mesa.

—La verdad es que no ha cambiado nada en su estado de ánimo. Diría incluso que ha ido a peor. Hemos tenido que mudarnos. Otra comunidad, otro país… Todo nuevo. Le está costando integrarse.

—¿Dónde vivís ahora?

Jason niega al instante.

—No pienso decírtelo.

Oriol deja escapar una leve sonrisa.

—Te envía saludos, por cierto —añade Jason, compensando la negativa.

La camarera regresa con la jarra de cerveza. El cristal empañado, la espuma densa asomando por el borde. Ambos esperan a que se aleje lo suficiente antes de retomar la conversación.

Jason da un trago largo y exhala con satisfacción.

—Bueno. —Deja la jarra sobre la mesa—. Permíteme que hable como un poli. ¿Cuándo demonios piensas hablarme del caso?

Oriol mantiene los brazos cruzados. Observa el puerto, las fachadas de madera, a un grupo de niños con uniforme escolar que se fotografían bajo el cartel de Bryggen. Luego vuelve a mirarlo.

—Como imagino que habrás deducido, quiero investigar el caso de la mujer de Isdal.

Jason no oculta la sonrisa.

—¡Bingo! Sabía que no me traerías a Noruega por el salmón.

Oriol asiente.

—Deléitame. ¿Qué sabes del caso?

Jason se acomoda en la silla, disfrutando del momento. No se parece en nada a ningún compañero de la Interpol con los que Oriol ha trabajado. Él es distinto, una mente brillante que no disimula su ingenio sino que lo disfraza de sarcasmo.

—En 1970 apareció el cadáver de una mujer cerca de aquí. En el valle de Isdalen. La encontraron parcialmente quemada. Le habían golpeado con fuerza en la cabeza. Nadie la reconoció. Nadie identificó el cadáver. Lo curioso vino después; resulta que la mujer llevaba consigo un papel con un código que alternaba letras y números, podría ser un código… o el resultado de una mente delirante. Además, días más tarde, apareció un maletín suyo en la estación de tren de Bergen. Dentro había pasaportes falsos, pelucas y dinero en distintas divisas.

Oriol asiente despacio.

—Es un buen resumen. Hay una serie de detalles que hacen que el caso sea aún más llamativo, contradicciones que nadie ha conseguido explicar. El primero es que la ropa que llevaba puesta tenía todas las etiquetas cortadas.

Jason arquea las cejas.

—Sí, eso también lo he leído. He hecho los deberes, Oriol. Llevo días preparándome. He escuchado todos los episodios de Sarah Koenig en *Serial* —bromea.

Oriol lo examina con detenimiento.

Es muy consciente de lo que tiene delante. Jason no es solo un *hacker* brillante. Probablemente sea la persona más cualificada del mundo cuando se trata de equipos informáticos o de encontrar grietas en sistemas que otros considerarían inexpugnables. Pero su

talento va más allá de un ordenador. Sabe muy bien que su apariencia dicharachera y despreocupada es solo eso: una fachada. Tiene una mente estructurada, capaz de absorber datos contradictorios y ordenarlos con una claridad asombrosa. Analiza sin prejuicios. No se deja arrastrar por la narrativa oficial. Detecta inconsistencias donde otros no ven nada y tiene la mayor determinación que ha visto jamás en un hombre.

Por eso no tiene la menor duda de que ha sido todo un acierto contar con él.

Recuerda el día que decidió dejarlo libre. Fue una decisión arriesgada que se cuestionó durante semanas. Ahora con Jason frente a él, con esa verborrea y el deseo imperioso de colaborar, sabe que no se equivocó.

Jason se encoge de hombros, apoya la espalda en la silla y continúa hablando.

—He estado pensando mucho sobre esas pistas que tanto llaman la atención a los investigadores. Y, de verdad, Oriol, no quiero que te siente mal lo que voy a decir ni que pienses que voy de listo. Pero, por ejemplo, lo de las etiquetas… Sinceramente, no creo que sea tan importante. Estamos hablando de 1970. No había producción asiática a gran escala como ahora, por lo que la ropa era cara y, con mucha frecuencia, se compraba de segunda mano. Las etiquetas tampoco se parecían a las actuales. Servían más para identificar las prendas que para vender marca. Se cosían iniciales, números, detalles personales. No sería descabellado pensar que esa mujer comprase la ropa ya con las etiquetas cortadas. ¿Por qué otra razón iba a cortar todas sus etiquetas?

Habla sin titubear, como si estuviera desmontando una teoría demasiado romántica.

Oriol lo mira sin decir nada. Luego baja la vista hacia la jarra de cerveza de Jason, donde la espuma comienza a deshacerse lentamente. Alza una mano y llama a la camarera. Cuando se acerca, pide otra jarra para él. La suya, sin alcohol.

—Lo que dices de las etiquetas es cierto —admite al fin—. No tendría mucha relevancia si no fuera por lo que voy a contarte.

—¡Bien! Esto se pone interesante.

—Hay algo que no mucha gente relaciona —continúa Oriol—, cuando es evidente que entre ambos casos existen demasiadas similitudes.

—Dispara.

—¿Conoces el caso del hombre de Somerton?

Jason niega con la cabeza. Sus ojos se abren con interés genuino.

—No. Lo cierto es que, como ya sabes, estuve muy volcado en un caso en particular durante años y no tenía muchas ganas de investigar otros por mi cuenta. No ha sido hasta ahora que me ha picado la curiosidad.

Oriol asiente.

La camarera aparece y deja la cerveza frente a Oriol. El cristal golpea la mesa con un sonido seco. El inspector Duarte continúa hablando cuando se marcha.

—En 1943 apareció el cadáver de un hombre en Adelaida, Australia. Concretamente en la playa de Somerton.

—Perdona… ¿Has dicho 1943? —interrumpe Jason.

Oriol asiente, apretando los labios

Jason parpadea varias veces.

—Espera a oír esto. El hombre de Somerton no llevaba identificación consigo en el momento de su muerte. Todas las etiquetas de su ropa habían sido cortadas. Todas. Exactamente igual que en el caso de la mujer de Isdal. En cambio, el cuerpo no presentaba signos claros de violencia; había indicios de envenenamiento. Tampoco en este caso lograron identificar el cadáver y, en uno de sus bolsillos, encontraron un papel con un código muy similar al que llevaba la mujer de Isdal cuando murió.

Jason asiente, concentrado.

—Sigue.

—Más tarde apareció un maletín vinculado a él en una estación de tren. En él también se hallaron pasaportes falsos y dinero. Ni este código ni el que apareció en 1970 se descifraron de forma concluyente.

Jason guarda silencio.

El murmullo del puerto parece alejarse.

—Como ves, son muchas coincidencias como para obviarlas sin más. Dos cuerpos sin identidad, etiquetas eliminadas, pasaportes falsos, maletines en el interior de un armario de consigna en una estación de tren y anotaciones con apariencia de código. Podría tratarse de una casualidad, pero muy rocambolesca. Lo más lógico es pensar que ambos casos guardan algún tipo de relación.

Jason se lleva una mano a la barbilla. Piensa durante unos segundos antes de hablar.

—No conocía el caso del hombre de Somerton. No se puede negar que se parecen demasiado. ¿Tienes alguna teoría de lo que puede haber detrás de todo esto?

—Varias, pero todo a su debido tiempo.

—Por lo que he leído en foros, todas las hipótesis sobre la muerte de la mujer de Isdal giran en torno a la Guerra Fría y el espionaje.

—Lo sé. Pero los espías, aunque lo oculten, tienen una identidad real. Incluso Mata Hari, que nació en 1876, tenía un nombre y un pasado: Margaretha Geertruida Zelle. En este caso, nadie ha descubierto quiénes eran en realidad la mujer de Isdal o el hombre de Somerton.

Jason arquea las cejas.

—Pero tantos años de diferencia… Si el hombre de Somerton apareció en 1943 en Australia y la mujer de Isdal en 1970 en Noruega. Hablamos de más de dos décadas entre ambos y de dos extremos del mundo opuestos.

—Eso lo hace aún más interesante, amigo. ¿No te parece?

Jason esboza una leve sonrisa.

—Por supuesto que sí. ¿Cuándo empezamos?

Oriol mira su reloj.

—Termina la cerveza y nos vamos. Hemos quedado con alguien en un par de horas.

2

El limpiaparabrisas marca un ritmo constante. Jason observa a Oriol, muy pendiente de la carretera.

Lo echaba de menos. Es una de esas personas que aparecen como estrellas fugaces en la vida: solo están presentes durante un corto periodo de tiempo, pero, de algún modo, dejan una huella profunda.

Se han subido al coche hace solo unos minutos y ya han dejado atrás Bergen. Las siluetas de la ciudad desaparecen en el horizonte mientras se internan por una vía secundaria que serpentea entre montañas cubiertas de pinos. La bruma aparece por tramos, densa y caprichosa, obligándoles a reducir la velocidad. Ha empezado a llover con más decisión.

Admira a su compañero; es todo un ejemplo de profesionalidad y buen hacer. Sin embargo, no puede entender que haya sido capaz de alquilar ese coche.

Un Suzuki Swift.

No lo ha verbalizado, aunque se muere de ganas, pero en ese tipo de carreteras, con esas condiciones… Jason habría elegido algo distinto. Algo más potente, más elegante. Quizá algo más acorde con su cuenta bancaria. Porque dinero, precisamente, no le falta.

Desde que se convirtió en uno de los *hackers* más prestigiosos del mundo, aprendió a monetizar su talento sin cruzar la línea roja. Auditorías encubiertas para grandes corporaciones, ciberseguridad para fondos de inversión, asesorías discretas para gobiernos que jamás admitirían haberlo contratado. Nunca delinquió. Nunca dejó un rastro que pudiera comprometerlo. Supo jugar en la frontera, no más allá. Esa es su especialidad: el terreno donde sabe desenvolverse con maestría, sin parangón.

Con el tiempo hizo lo que hacen los que entienden el sistema: diversificó. Fondos indexados de bajo coste, participaciones en startups tecnológicas antes de que explotaran, inmuebles en ciudades estratégicas que ahora se revalorizan solos. Todo bajo sociedades interpuestas, estructuras limpias a nombre de una falsa

identidad que nadie conoce, diferente a la de Jason Bennett, con la que convive en su día a día. Su madre y él viven de rentas desde hace años.

Y, aun así, aquí está. En un Suzuki Swift blanco, cuyo motor sufre para salvar la pendiente que marca la carretera.

El asfalto brilla bajo la lluvia y apenas hay señalización ni vida humana a medida que se adentran en el corazón del bosque. Hace tiempo que no se cruzan con otro coche. A ambos lados, la vegetación se vuelve más espesa, y en algunos puntos amenaza con engullir la carretera.

—¿De verdad no había otro modelo? —pregunta Jason cuando al coche le cuesta recuperar potencia tras reducir en una curva pronunciada.

—Este es discreto —responde sin mirarlo.

—Eso seguro.

—Jason, soy agente de la Interpol y te recuerdo que, mientras esté de excedencia, no me pagan. No me puedo permitir grandes lujos. Espero que eso no sea un problema para ti.

—Ya… Sobre eso también quería hablarte. Sabes ese hostal donde estás alojado, en el que pretendías que yo me quedara contigo.

Oriol asiente sin pronunciar palabra alguna.

—Bueno, pues no vamos a quedarnos allí. He reservado un par de habitaciones en el Opus XVI. Es increíble. Resulta que el edificio pertenecía al banco más antiguo de Bergen y lo transformaron en un hotel de lujo hace unos años. Te va a encantar.

Oriol suelta un bufido y niega con la cabeza sin perder la vista de la carretera.

Silencio otra vez.

La lluvia golpea ahora con más fuerza y la niebla aparece de nuevo. Durante unos segundos solo ven unos pocos metros por delante.

—¿Cuánto falta? —pregunta él.

—Treinta minutos. Si la carretera no empeora.

Jason asiente y vuelve a mirar al frente. Esta vez no observa el coche, sino el entorno. Los árboles se alzan como sombras borrosas al otro lado del cristal. El paisaje tiene algo inquietante. Aislado,

recóndito y hostil. No puede evitar pensar que es un lugar muy adecuado para deshacerse de un cadáver.

—Háblame de esa chica con la que nos vamos a reunir —pide Jason, cambiando de tema.

Oriol asiente levemente.

—Se llama Nora Larsen. Es una periodista noruega de treinta y dos años. Trabajó un tiempo como reportera para el *Aftenposten*. Desde hace unos años presenta su propio pódcast de *true crime*. Se centra en casos sin resolver.

El coche atraviesa otra franja de niebla. Oriol reduce un poco más la velocidad.

—Tuvo bastante repercusión hace un par de años —continúa Oriol —. Poco después de la pandemia encontró pistas clave en el caso de un violador en Oslo que a la policía se le resistía. No sé si lo recuerdas: atacaba de noche a mujeres que salían a correr por zonas poco transitadas.

Jason chasquea los dedos.

—El violador de la máscara.

—Exacto.

—Sí, me acuerdo de las noticias. El tipo llevaba una máscara de perro cuando las atacaba, ¿verdad?

—Así es.

Oriol carraspea antes de continuar.

—Además de eso, Nora está obsesionada con el caso de la mujer de Isdal. Lleva años investigando por su cuenta e insistiéndome en que la ayude, solo que no he podido hasta ahora al depender de la Interpol. Ya sabes… Sin nuevas pruebas es complicado reabrir un caso cerrado. Antes de venir a Noruega contacté con ella. Se mostró muy predispuesta y entusiasmada.

—Ya veo… —murmura—. ¿Y dónde piensas esconderme cuando estés con ella?

—En ningún lado. Sabe perfectamente quién eres.

Jason gira la cabeza hacia él con una expresión que no necesita palabras.

—¿Perdona? ¿Se lo has dicho?

—Le expliqué lo justo. Lo suficiente para que entendiera que tu ayuda es clave.

—Oriol…

—Confía en mí. En este tipo de asuntos mi instinto suele funcionar.

Jason niega despacio.

—¿Vamos a fiarnos de ella? Reconozco que me gusta correr ciertos riesgos, pero esto… No la conocemos.

—Tú no, pero yo sí.

La lluvia arrecia y, durante un instante, solo se oye el golpeteo constante sobre el techo y a Jason murmurar palabras de lamento.

—La he estudiado —añade Oriol—. He analizado su trayectoria, sus intervenciones públicas, su forma de trabajar. Es de los nuestros, Jason. Solo busca la verdad y pelea por ella. Cuando le propuse colaborar, dejó claro que no quería protagonismo. De hecho, accedió a no mencionarnos a ninguno de los dos. Cualquier presentador de pódcast aprovecharía una historia como esta para generar más audiencia. Pero ella no.

Jason no parece convencido. Niega con la cabeza y saca el teléfono del bolsillo.

Mira la pantalla.

—Aquí hay poca cobertura.

—¿Para qué quieres el teléfono ahora?

Jason levanta la vista.

—Para preparar mi vía de escape. Después de tantos años en la sombra, no voy a caer ahora por una cagada tuya.

Oriol esboza una leve sonrisa que no llega a dibujarse del todo.

La carretera se estrecha aún más. El asfalto termina donde comienza un camino pedregoso y resbaladizo. El Suzuki sufre.

Durante unos segundos solo existe el sonido del motor y la lluvia.

—Si algo sale mal —añade Jason con voz más baja—, desapareceré antes de que puedas pedirme explicaciones.

—Lo sé.

Oriol aprieta la mandíbula y Jason vuelve a mirar la pantalla del móvil.

Sin señal.

—Perfecto —murmura—. Justo lo que necesitaba.

Oriol frena al tomar una curva cerrada. A lo lejos, entre la lluvia y la niebla, se distingue una tenue luz amarillenta.

Se encuentran cerca del lago Svartediket, en el punto más cercano al bosque al que se puede acceder con coche. Ante ellos se abre un pequeño aparcamiento de grava húmeda, una explanada irregular rodeada por árboles. Desde allí nace un sendero que se interna en el bosque.

Oriol detiene el Suzuki y apaga el motor.

La calma que sigue es absoluta.

Entonces la ven.

Un Mercedes Clase C negro destaca contra el verde profundo del bosque. La pintura reluce incluso bajo la lluvia tenue, impecable, ajena a la rusticidad del entorno. Sobre el capó, sentada con una naturalidad desmesurada, se encuentra una mujer con la capucha puesta, retando a la lluvia.

Ambos bajan del vehículo y se ponen las chaquetas impermeables.

El suelo del bosque es un mosaico de musgo brillante y helechos que trepan entre rocas húmedas. Todo parece saturado de vida, pero al mismo tiempo reina un silencio extraño, interrumpido solo por el repiqueteo de la lluvia o el graznido lejano de algún cuervo. En un claro fugaz, Oriol distingue la silueta de un milano planeando bajo, buscando refugio.

La mujer se acerca unos pasos mientras se retira la capucha. Lleva el cabello rubio recogido en una coleta baja. Viste una chaqueta impermeable oscura y unas mallas ajustadas. No parece que la lluvia la incomode.

Jason observa el vehículo durante un segundo largo.

Y sonríe.

—¿Ves? —susurra—. Eso sí es un coche.

Nora los recibe con una sonrisa serena, y Jason no puede apartar la vista.

Es preciosa.

Rubia, alta, con unas facciones limpias, proporcionadas, calcadas a los cánones académicos. No hay estridencia en su belleza; es la clase de rostro que encajaría en un manual de anatomía. Y esos ojos azules no son fríos como cabría esperar en alguien acostumbrado a

remover casos oscuros. Desprenden ternura, o algo que se le parece demasiado.

Eso lo descoloca.

Nora se detiene frente a Oriol y le tiende la mano con firmeza.

—Un placer conocerte en persona, Oriol —le dice en un perfecto inglés.

—El placer es mío. Gracias por reunirte con nosotros.

Ella asiente y luego se gira.

—Tú debes de ser Jason.

Él mantiene el gesto neutro hasta que asiente con cierta rigidez.

—No sé si es buena idea que me llames así.

Nora ladea la cabeza, divertida.

—Tranquilo. Puedes fiarte de mí. Tengo un trato con Oriol y lo cumpliré. Soy una mujer de palabra.

Jason hace una mueca con los labios.

—¿Nos ponemos en marcha? —pregunta ella, ajustándose las correas de la mochila—. Nos queda un largo camino que recorrer.

Oriol y Jason intercambian una mirada fugaz. Ambos asienten.

El sendero comienza justo detrás de ellos. Un camino de tierra oscura y húmeda que se adentra en el bosque como una grieta en la espesura. Los primeros metros son amplios y se recorren con comodidad, pero pronto el terreno se vuelve más irregular.

A medida que avanzan, el bosque se cierra sobre ellos.

Los abetos se alzan, los troncos se acercan unos a otros y la luz se filtra en haces estrechos entre las copas. El suelo está cubierto de raíces retorcidas y piedras resbaladizas. El olor a tierra mojada y resina se intensifica.

El camino se estrecha y los obliga a caminar en fila. Nora se coloca delante sin vacilar. Jason, que no aparta la vista de Nora, justo detrás, con Oriol cerrando la marcha.

La lluvia va perdiendo fuerza hasta convertirse en una llovizna casi imperceptible. El bosque cambia con ese matiz. El sonido se amortigua y una neblina baja comienza a deslizarse entre los troncos, envolviéndolos en una atmósfera blanquecina que difumina las distancias.

Los abedules parecen fantasmas pálidos entre la bruma. El musgo brilla con un verde intenso. El sendero serpentea ahora entre rocas cubiertas de líquenes y raíces que emergen del suelo como venas expuestas.

Nora se detiene en seco cuando escucha unas pisadas aceleradas. Un ciervo se dibuja entre la niebla y cambia de dirección, acelerando el paso al verlos. Jason da un respingo y Oriol suelta una risotada.

—Son bastante comunes aquí —comenta Nora.

—¿Y hay algo más que sea común por aquí? ¿Algo que pueda arrancarme la cabeza de un mordisco?

Nora se ríe.

—Osos y lobos, pero esos sí que son difíciles de ver. Los lobos no se acercarán. Si nos cruzamos con un oso, sigue andando. Que no se te ocurra salir corriendo o gritar.

A Jason le cambia la cara. Oriol lo adelanta a la vez que le da un golpe en el hombro.

—Te está tomando el pelo. Aquí no hay osos, Jason.

Jason levanta la vista y alcanza a ver a Nora riéndose.

Continúan andando con él cerrando la retaguardia. Nora se detiene junto a una roca plana y, sin previo aviso, se quita la mochila, de la que saca una pequeña grabadora digital. La sostiene un segundo entre los dedos, como si calibrara el momento.

La activa y la acerca a sus labios.

—Es sábado 11 de junio de 2022. En estos momentos me estoy adentrando en el bosque de Isdalen, a las afueras de Bergen, el lugar donde apareció el cadáver de una mujer en 1970 que posteriormente sería conocida como la mujer de Isdal. Me acompañan dos colaboradores experimentados en tareas de investigación que han preferido mantener el anonimato.

Su voz cambia. Se vuelve más narrativa, más contenida. Profesional.

—El entorno es abrupto, húmedo, cubierto de vegetación densa. Abetos y pinos se alzan sobre nosotros y la niebla desciende desde las laderas como si quisiera proteger el lugar. El día es lluvioso, aunque no frío. Si no surge ningún contratiempo, accederemos al punto exacto donde fue hallado el cuerpo en menos de una hora. El

caso continúa siendo un misterio más de cincuenta años después, pero desde NordicNoir nos hemos propuesto abordarlo con una nueva perspectiva que podría resultar crucial.

Nora pulsa el botón y detiene la grabación.

—¿Cuál es esa nueva perspectiva? —pregunta Jason, sin disimular la ironía.

Nora se detiene por completo, obligándolos a parar.

Se gira primero hacia Oriol.

—¿Aún no se lo has dicho?

Oriol sostiene su mirada.

—No. Primero quería que viera el lugar donde apareció la mujer y que conociera los detalles del caso. Se lo diremos pronto. Ha hecho los deberes.

Jason hace una mueca, sorprendido.

—¿Has estado investigando por tu cuenta? —le pregunta Nora, ahora mirándolo a él.

—Algo así —responde—. Digamos que he encontrado un pasatiempo en eso de los pódcasts de *true crime*.

Nora suelta una risa breve que rompe la tensión.

Jason alza una ceja.

—¿Te hace gracia?

—Oriol ya me había advertido.

—¿De qué?

—De tu manera de ser. Me gusta.

Jason le lanza una mirada inquisidora a Oriol, exigiendo explicaciones.

Oriol no responde. Solo reanuda la marcha.

Caminan en fila otra vez. Nora retoma la grabadora a intervalos, capturando fragmentos sueltos.

—La mujer fue hallada parcialmente calcinada en esta zona del valle, con un fuerte golpe en la cabeza que se determinó como causa de la muerte —dice en voz baja mientras graba—. Sin documentación. Con varias identidades falsas asociadas que fueron encontradas posteriormente en un maletín guardado en una consigna de la estación de tren de Bergen. Las etiquetas de su ropa habían sido retiradas.

Pausa. Ordena sus pensamientos y continúa.

—Se habló de espionaje en plena Guerra Fría. De redes internacionales. De suicidio, teniendo en cuenta el lugar rocoso y abrupto donde nos encontramos, y que fue empleado para tal fin con cierta frecuencia durante el siglo diecinueve y comienzos del veinte. Por ese motivo, se conoce también al Valle de Isdalen como el Valle de la Muerte. Sin embargo, ninguna hipótesis de las propuestas cerró todas las grietas.

Detiene la grabación de nuevo.

Jason siente que la historia adquiere otro peso. Ya no es solo un caso interesante. Ahora lo vive inmerso en un escenario tangible. Un lugar donde alguien respiró por última vez.

3

Oriol es el último en detenerse.

El sendero termina en una pequeña depresión del terreno, una especie de claro irregular rodeado de rocas oscuras y afiladas. La vegetación es menos densa; solo algunos arbustos bajos que se aferran a la tierra escarpada con obstinación. El lugar es recóndito y de difícil acceso. Ningún camino, por estrecho que sea, facilita llegar hasta allí.

Jason observa alrededor, coloca los brazos en jarra y recupera la respiración. Su estado de forma no es bueno, lo que cabría esperar de un informático que pasa horas sentado delante del ordenador y no se preocupa mucho por su salud.

—Recuerdo haber leído que un padre que hacía senderismo con sus dos hijas encontró el cuerpo —dice mientras gira sobre sí mismo, abarcando el lugar con la mirada—. ¿Os lo tragáis? ¿Quién demonios vendría aquí por gusto?

Oriol no responde. Está más pendiente del escenario que de la conversación. Saca el móvil y comienza a tomar fotografías desde distintos ángulos: las rocas, la pendiente del terreno, la orientación del claro respecto al bosque. Se agacha cerca de un grupo de piedras ennegrecidas por la humedad y estudia el suelo con detenimiento.

—Puede parecer extraño —responde Nora—, pero lo cierto es que ese hombre fue investigado a fondo.

El inspector Duarte sigue observando el lugar donde, según los informes, apareció el cuerpo. Se agacha aún más, apoyando una rodilla en la roca. El terreno forma una pequeña cavidad natural, protegida por varias piedras grandes que actúan casi como un muro irregular.

—La policía lo interrogó varias veces —continúa Nora—. También revisaron su coartada, su trabajo, sus movimientos. No encontraron nada extraño. Aquel hombre solía hacer rutas de senderismo con sus hijas, que eran dos niñas de catorce y dieciséis años de lo más normal. Este tipo de caminatas eran habituales para ellos.

Jason se acerca un poco más al centro del claro.

—Supongo que se me está pegando eso de desconfiar de todo el mundo ahora que soy una especie de poli.

Oriol levanta la vista un segundo, pensativo.

—El cuerpo estaba justo ahí. —Nora señala el punto exacto—. La encontraron tendida boca arriba, parcialmente quemada.

—¿Qué hay más allá del acantilado? —pregunta Jason señalando las rocas frente a él.

—Kilómetros y kilómetros de bosque virgen, sin caminos ni presencia humana. No sé si has escuchado antes lo que decía mientras grababa. Los habitantes de Bergen llaman a este lugar el Valle de la Muerte porque, durante años, quien quería suicidarse sin que nadie lo viera venía aquí y se lanzaba desde cualquier acantilado.

—¿De dónde demonios vendría esa mujer? —se pregunta Jason, mirando alrededor.

—Tanto la mujer de Isdal como quien fuera que la asesinó tuvieron que venir en coche o en algún medio de transporte, eso está claro.

Oriol se incorpora despacio, limpiándose las manos en el pantalón antes de guardar el móvil. Después, señala el suelo, justo donde Nora ha indicado que apareció el cuerpo.

—Podemos deducir que la mujer no conducía ningún coche o que, en caso de hacerlo, su agresor lo movió después, porque no se encontró ningún vehículo por los alrededores. Ya has visto dónde hemos aparcado: es el punto con acceso por carretera más cercano a este lugar, y era el mismo en 1970, lo he comprobado.

Jason cruza los brazos, pensativo.

—La hipótesis más aceptada es que la mujer ya estaba muerta cuando su agresor la trajo hasta aquí —comenta Nora.

—¿Hipótesis? No se supone que los polis buscáis marcas de sangre, huellas y ese tipo de pistas.

Oriol niega con la cabeza.

—Era 1970, Jason. La policía de Bergen no tenía experiencia. Era la primera vez que se enfrentaban a algo así. De hecho, no se llevó a cabo una inspección de la escena del crimen. Eso hubiera facilitado

mucho la investigación. Hay que tener en cuenta que era una ciudad con una tasa muy baja de criminalidad.

—Entonces, ¿damos por hecho que el asesino la trajo hasta aquí? En ese caso tuvo que cargar con ella por el sendero que hemos recorrido nosotros… Debía ser un hombre muy fuerte.

—O contar con alguien que lo ayudara.

Jason asiente tras las palabras de Oriol. Al cabo de unos segundos levanta un dedo para hacer una pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerta cuando la encontraron?

—La autopsia determinó que la muerte había ocurrido dentro de las veinticuatro horas anteriores al hallazgo del cuerpo.

—¿Qué más decía el informe de la autopsia?

—Lo más relevante fue que la mujer había ingerido una dosis reciente de fenobarbital y que la muerte se había producido por un traumatismo craneoencefálico al ser golpeada con un objeto contundente.

Jason lo mira con curiosidad.

—¿Qué es el fenobarbital?

—Un anticonvulsivo —responde Nora sin dudar—. Hoy casi no se usa, pero en aquella época era el tratamiento de elección para la epilepsia.

Jason ladea la cabeza y sonríe.

—¿Eres médico?

Nora niega suavemente.

—En absoluto, solo alguien con mucha curiosidad.

Le devuelve la sonrisa mientras el viento se cuela entre las rocas.

Oriol observa el suelo una vez más.

Han pasado más de cincuenta años.

Tal vez este sea el primer caso que se le resista en su carrera. Piensa que ha sido un poco pretencioso por su parte comenzar una investigación que nadie, durante más de medio siglo, ha sido capaz de cerrar. Y lo peor de todo es que la ha reabierto por su cuenta, sin estar en activo como agente de la Interpol, sin que una nueva prueba arrojase luz a un camino ya de por sí oscuro y hermético.

Quizá se arrepienta de esto, pero va en su naturaleza, y no puede negar que un reto como este es precisamente lo que necesita en

estos momentos.

Jason alza un dedo.

—Eso podría ser una pista interesante. ¿Sabéis si alguien revisó el registro de los hospitales? —pregunta—. No sé qué especialidad médica se encarga de las epilepsias, pero se podría haber cotejado esa pista. Alguien tuvo que recetarle el fenobarbital. ¿Era algo que se consiguiera en farmacias con facilidad en los años setenta?

Oriol aprieta los labios antes de contestar.

—En los años setenta, las farmacias no eran tan estrictas como ahora a la hora de dispensar medicación. En cualquier caso, tienes razón. Sería una buena pista, de no ser porque todo apunta a que la mujer no era noruega.

Jason le sostiene la mirada, contrariado.

—Pero hay testimonios de personas que dijeron haberla visto los días anteriores por la zona. La conocían, aunque fuera de vista.

Nora suelta una pequeña risa seca.

—A cuál más disparatado. Unos decían que tenía acento francés. Otros, que era una alcohólica que durante semanas iba de hotel en hotel y que cambiaba su nombre en el registro: unas veces era Anna Müller, otras Claire Laurent y otras Nina Petrova. También hubo quien aseguró haberla visto con un hombre teniendo relaciones sexuales al aire libre en un parque de Bergen.

Jason alza las cejas.

—¿Insinuáis que eran todos falsos?

—Es lo que creo, sí —responde Oriol.

—¿Por qué?

Oriol se toma un segundo antes de contestar.

—Por varias razones. La primera es que ninguno de los testimonios coincide. No hay concordancia temporal ni espacial entre ellos. No hay dos iguales sobre un mismo acto. Ni te imaginas la evolución que podría tener un rumor de este tipo en los años setenta. Lo que más me extraña es que nadie dijera que era una bruja que vivía en el bosque y que tenía a dos niños encarcelados junto a una casa de chocolate.

—Y además tenemos algo que sí es una prueba fidedigna: su maletín, el que apareció escondido en la consigna de la estación de

tren. En ese maletín había indicios suficientes para poder afirmar que la mujer practicaba acciones de espionaje. O, como mínimo que quería pasar completamente desapercibida —añade Nora.

Jason escucha sin interrumpir.

—Con lo que ninguna de esas historias encaja con alguien así —continúa Oriol—. Nada de comportamientos erráticos, nada de exhibicionismo en un parque. Si esa mujer hacía lo que creemos que hacía, sabía perfectamente cómo no llamar la atención.

Nora asiente.

—Y hay algo más, algo que poca gente sabe —anuncia Oriol—. La mujer tenía arreglos dentales. Obturaciones metálicas colocadas con una técnica bastante particular, poco frecuente en Europa occidental por aquel entonces. Por la forma en que estaba compactada la amalgama de los empastes, se llegó a la conclusión de que ningún dentista noruego habría podido realizar ese trabajo en 1970. Una investigación posterior determinó que ese tipo de técnica y materiales era habitual en Japón y en otros países asiáticos.

Jason parpadea.

—Pero la mujer era caucásica, ¿verdad?

—Sí —responde Nora.

Jason vuelve a cruzarse de brazos.

—¿Y qué hay de los análisis de ADN posteriores?

Oriol sonríe levemente y cruza una mirada con Nora.

—Ahora empezamos a acercarnos al motivo principal por el que he querido contar contigo en esta investigación.

Jason ladea la cabeza.

—Sorpréndeme.

—Vamos por partes, porque es aquí donde empieza a ponerse interesante —dice Oriol—. En 1970 no existían las pruebas de ADN. No se realizaron análisis hasta el año 2010 cuando se convenció a un juez para analizar el material genético de los restos de la mujer de Isdal, y se reabrió el caso.

Jason asiente.

—¿Y qué pasó?

Oriol hace un gesto con la mano hacia Nora para que continúe.

—En un primer momento —explica ella—, el análisis de ADN concluyó que el perfil genético correspondía a una mujer norteamericana.

Jason abre los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Se siguió esa línea de investigación durante un tiempo. Lo que más llamó la atención fue que el ADN de la mujer de Isdal coincidía con el hallado en varias escenas criminales donde se habían cometido asesinatos distribuidos por todo el territorio norteamericano —continúa Nora—, pero el árbol genealógico no arrojaba ninguna explicación lógica. Nadie sabía quién podía ser realmente la mujer de Isdal.

—¿Y entonces?

—Meses más tarde se descubrió el problema.

Oriol suspira.

—El ADN pertenecía a una mujer americana nacida en 1986 que trabajaba en la fábrica donde se producían los bastoncillos utilizados para recoger las muestras genéticas que utilizan los forenses.

Jason se queda mirándolo, incrédulo.

—¿Se habían contaminado todos esos bastoncillos?

—Exacto.

—¿En serio?

Oriol asiente con gesto resignado.

—Así es. Y no es la primera vez que ocurre algo así. De hecho, sucedió algo muy parecido en Alemania. ¿Has oído hablar del caso del Fantasma de Heilbronn?

Jason niega.

—Durante años apareció el mismo ADN en escenas del crimen completamente distintas —explica Nora—. Robos, asesinatos, delitos en varios países… Todos atribuían los hechos a una misteriosa mujer desconocida.

Jason deja escapar una pequeña risa incrédula.

—Déjame adivinar. También se había contaminado la muestra.

—Sucedió, por increíble que parezca.

El viento atraviesa el claro y mueve las ramas bajas del bosque.

—Así que cuando el juez autorizó una segunda extracción de ADN —explica Oriol—, lo hizo con bastantes reticencias por las mofas y las dudas sobre la profesionalidad con la que se estaba llevando a cabo el caso de la mujer de Isdal.

—Normal —murmura Jason.

—Pero esta vez el análisis sí fue fiable —dice Nora—. El problema es que no había coincidencias en las bases de datos. De ningún tipo.

Jason suspira.

—Entonces seguimos sin saber quién era.

—No exactamente —responde Oriol—. El análisis permitió obtener un dato importante. El ADN indicaba que la mujer podría tener origen alemán pero no se hallaron coincidencias claras con las muestras con las que se comparó.

Jason aguarda unos segundos.

—Aun así… seguimos sin nombre.

—Bueno, tal vez haya una manera de conseguirlo —comenta Oriol.

Jason arquea las cejas.

—¿Ah, sí?

—Aquí es donde entras tú.

—¡Ya era hora! Vamos al grano.

Oriol da un par de pasos hacia él por el claro mientras habla, midiendo las palabras.

—Todos esos análisis de ADN se hicieron hace años, en una época en la que las bases de datos genéticas todavía eran muy limitadas. Solo se comparaban con registros policiales o con bases de datos oficiales, y en muchas ocasiones no se cruzaban. Fue entonces cuando comenzaron a aplicarse las leyes de protección de datos. Por ese motivo, el ADN de la mujer de Isdal no está almacenado en un servidor que pueda alertar de una nueva coincidencia al recibir una muestra.

Jason asiente lentamente.

—Pero ahora hay muchas empresas privadas que sí almacenan esa información.

—Elemental, querido Jason —dice Oriol.

Nora interviene.

—Hoy en día hay millones de personas que han entregado voluntariamente su ADN para conocer sus orígenes familiares.

Jason completa la frase.

—Y esos datos se alojan en un servidor, claro.

Oriol lo mira directamente.

—Millones de perfiles genéticos que podrían dar respuesta al origen de esa mujer.

Jason se queda pensativo unos segundos.

—Ya veo… Queréis que yo me cuele en esas bases de datos y que busque coincidencias con el ADN de la mujer de Isdal.

—Eso es exactamente lo que queremos, sí.

Jason lo mira con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Y qué hay del hombre de Somerton. ¿Tenemos su ADN?

—Desgraciadamente, no. El hombre de Somerton apareció en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial. Por aquel entonces, Australia se había convertido en un destino al que mucha gente trataba de huir debido a su ubicación, lejos del foco del conflicto. Además, se habían disparado los casos de malaria por la llegada de tropas australianas que habían estado destinados en zonas tropicales como Papúa Nueva Guinea. Por ese motivo, se promulgó una ley que establecía que los cadáveres de personas extranjeras debían incinerarse. Así que no quedó nada del hombre de Somerton que pueda investigarse en la actualidad.

Se forma un silencio tras las palabras de Oriol que rompe Nora al cabo de unos segundos.

—Entonces, ¿crees que podrás hacerlo?

Una sonrisa aparece en el rostro de Jason.

—Qué decepción. Pensaba que se trataría de algo más complicado.

AÑO 1942

Frieda tiene siete años, y lleva tanto tiempo corriendo que no siente las piernas.

No es un juego; no le divierte. Corre porque la obligan a hacerlo.

El suelo es una mezcla de tierra oscura y barro que se pega a las botas y las vuelve pesadas. Cada zancada exige un esfuerzo mayor que la anterior. La lluvia cae sin descanso desde hace horas y el aire es tan frío que siente cómo le arde la nariz al inspirarlo.

Delante de ella hay un árbol. Siempre el mismo árbol. Un abeto alto y oscuro, que se alza solo en medio del claro.

Tiene que llegar hasta él, rodearlo y volver al punto de partida. Igual que la niña que corre a su lado. Su competidora.

Lotte es más rápida que ella. Por mucho que se esfuerce, no puede ganar.

A unos metros de distancia hay otros niños esperando su turno. Norbert es el mayor de todos. Su hermana Gudrun es un poco mayor que Frieda y los gemelos Gustav y Rudolf son los más pequeños. Todos permanecen alineados junto a la valla de madera que delimita el patio, encogidos dentro de chaquetas demasiado finas para ese clima. Sus caras están rojas por el frío y el viento provoca que se les peguen mechones mojados a la frente.

Frieda escucha sus propias pisadas chapoteando en el barro cuando llega en segundo lugar al tronco, para sorpresa de nadie.

Lo rodea con rapidez e intenta acelerar, pero el pie se le hunde demasiado en el barro.

Y entonces cae.

El impacto le corta el aire de golpe. La cara golpea contra el suelo y siente cómo la piel se rasga al deslizarse sobre la tierra. Se fija en el lazo rojo atado a su muñeca, el de la suerte. El que le dio su madre hace tiempo y que no se quita nunca, aunque esta vez no le haya protegido de esa caída.

Durante un segundo se queda inmóvil, con la lluvia golpeándole la nuca. Al alzar la vista, encuentra a los gemelos mirándola. Gustav se ha llevado la mano a la boca, tapando ese labio extraño partido en

dos que, según él, tiene desde que nació, y la mira con preocupación. En cambio, Rudolf ríe con esa sonrisa maliciosa que es incapaz de borrar de su rostro.

Las otras pisadas siguen alejándose.

—¡Levántate!

La voz llega desde atrás.

Frieda intenta incorporarse, pero el cuerpo no responde con la rapidez que le gustaría. Las manos resbalan sobre el barro cuando intenta apoyarse.

Entonces siente el tirón.

Una mano agarra la tela de su camiseta empapada y la levanta con brusquedad. La costura se clava en su cuello.

—¡Levántate, Frieda!

La mujer que la sujeta es alta y delgada. Tiene el rostro anguloso y el pelo gris recogido en un moño tirante. La lluvia resbala por su abrigo oscuro, pero parece no afectarle.

Sus ojos son duros.

Frieda no puede evitarlo y empieza a llorar debido más a la humillación que al dolor.

El rasguño en la mejilla arde. El frío se le ha metido en los huesos y las piernas tiemblan tanto que le cuesta mantenerse de pie.

—Deja de llorar —dice la mujer con irritación.

La empuja hacia delante.

El patio se abre detrás de ellas, un espacio amplio rodeado por una valla de madera ennegrecida por la humedad. Más allá se extiende el bosque, denso y oscuro, donde los árboles se amontonan unos contra otros, formando una pared irregular de troncos y ramas infranqueable.

Al fondo del patio está la cabaña.

Una construcción mezcla de madera y barro, levantada sobre una base de piedra. El tejado inclinado deja caer el agua en cascadas por los bordes. Una chimenea expulsa un humo pálido que se pierde en el cielo gris.

La mujer no suelta la camiseta. Arrastra a Frieda a través del lodo.

Cruzan el patio pasando junto a un banco de madera y a un cobertizo pequeño donde se apilan herramientas y troncos húmedos.

La puerta principal de la casa está abierta y la única luz de su interior procede del fuego que chisporrotea en la chimenea.

El suelo cambia bajo sus pies: la tierra da paso a tablones toscos de madera que crujen cuando la mujer tira de ella hacia el interior.

El vestíbulo es oscuro y precede a un corto pasillo del que nacen dos habitaciones.

La mujer suelta finalmente su camiseta.

Frieda permanece callada, temblando, con la cara sucia de barro y sangre.

Desde el patio llegan los gritos de los otros niños que siguen corriendo bajo la lluvia.

El contraste comienza a notarse. El calor de la chimenea del salón la envuelve como una manta invisible y sus músculos se aflojan sin que pueda evitarlo. Durante unos segundos se queda quieta, con las manos pegadas al cuerpo, dejando que el calor le devuelva la sensibilidad a los dedos.

Tirita. No sabe si es por el frío que aún lleva dentro o por el llanto que intenta contener.

El fuego ilumina la estancia con una luz anaranjada que baila sobre las paredes de madera.

Se lleva la mano a la cara.

La piel le arde allí donde la tierra le ha rasgado la mejilla. Cuando roza la herida con los dedos, siente el escozor subirle hasta el ojo y vuelve a brotarle una lágrima.

La señora Ackermann se dirige a la cocina sin mirar atrás.

Sus pasos suenan secos sobre los tablones mientras toma la jarra y llena un vaso con calma. Luego regresa al salón y se sienta frente a ella.

Durante unos segundos, la observa sin decir nada.

—Bebe —dice finalmente.

Frieda da un paso adelante.

Tiene la garganta seca y la voz atrapada en el pecho. Estira las manos hacia el vaso con cuidado.

En el instante en que sus dedos van a rozarlo, la señora Ackermann lo levanta y le arroja el contenido a la cara.

El agua fría la golpea de lleno.

Frieda suelta un grito ahogado y retrocede un paso, llevándose las manos al rostro.

—¿Cuántos años tienes, Frieda?

La niña intenta responder, pero el llanto vuelve a apoderarse de su voz.

—Si… siete.

Las palabras salen rotas, arrastradas por los sollozos.

La señora Ackermann inclina la cabeza.

—¿Y no crees que ya va siendo hora de que actúes como se espera de una niña de tu edad?

Frieda intenta secarse la cara con la manga empapada.

—Me… me he trop… tropezado… yo no… yo no quería…

—Ninguno queríamos, Frieda —la interrumpe la mujer con una calma que resulta más dura que un grito—. Pero ¿qué crees que pasaría si tropiezas cuando te persiga el Wyrm?

La niña no responde. Solo intenta controlar el llanto que todavía le sacude el pecho.

Los ojos de esa mujer la examinan con frialdad.

—Vas más retrasada que las niñas de tu edad —dice—. Todas son mejores que tú. Lotte y Gudrun son solo unos meses mayores y te superan en todo. Tienes que estar a la altura. Es lo que se espera de ti y debes esforzarte.

Frieda baja la cabeza.

—Lo haré, señora Ackermann.

La mujer se levanta.

—Ahora limpia todo este estropicio y cámbiate de ropa —dice, señalando el rastro de barro que ambas han dejado al entrar—. Quiero que vayas al gallinero a recoger los huevos y se los lleves a la señora Tietze al comedor. Luego la ayudarás a preparar la comida.

Se detiene un instante antes de desaparecer por el arco de la cocina.

—¿Ha quedado claro?

Frieda asiente rápidamente, aunque la mujer ya no la está mirando.

Permanece unos segundos frente al fuego de la chimenea. Desearía poder quedarse allí, junto al calor, pero sabe que no debe

tardar.

4

Oriol observa cómo Nora camina unos pasos por delante de ellos, con una energía infantil. La lluvia ha cesado hace rato, pero el suelo sigue húmedo y oscuro. Cuando doblan la esquina y la casa aparece entre los árboles del parque, Nora no puede evitar señalarla con orgullo.

La vivienda destaca entre las demás construcciones cercanas. Es una casa de madera, con el estilo propio de la arquitectura nórdica, donde reluce un tejado inclinado cubierto de tejas negras que se erige en el barrio de Sandviken, uno de los más cotizados de Bergen.

—Bienvenidos a mi pequeño imperio —dice Nora mientras abre la puerta.

Oriol entra el último.

El espacio interior es abierto, luminoso y sorprendentemente moderno. El salón y la cocina forman una única estancia amplia en la que las paredes originales de madera conviven con superficies blancas y mobiliario minimalista. Donde antes probablemente hubo una sala de estar, ahora hay mesas de trabajo llenas de pantallas, cables y dispositivos electrónicos. Es aquí, en su propio hogar, donde Nora edita su popular pódcast.

Un ordenador con tres monitores alineados descansa encima de una robusta mesa de madera de roble, donde también se encuentran dos micrófonos profesionales montados sobre brazos metálicos articulados. Al lado, una mesa de mezclas y varios auriculares descansan junto a una Sansevieria cuya maceta tiene serigrafiado el logo del programa de Nora.

Oriol no dice nada; se limita a observar cada detalle.

En una de las paredes, Nora ha colocado varias pizarras blancas cubiertas de anotaciones escritas con rotuladores de distintos colores. Hay flechas, preguntas encerradas en círculos, nombres subrayados varias veces e hilos de colores que conectan fotografías.

La mujer de Isdal aparece en muchas de ellas: el retrato reconstruido por la policía, imágenes del valle donde fue hallada,

copias de documentos antiguos. Entre esas imágenes hay algunas que Oriol reconoce enseguida, ya que son parte del archivo policial al que él tuvo acceso antes de dejar la Interpol. Se pregunta cómo habrá podido conseguirlas Nora.

También hay anotaciones y recortes de prensa sobre el hombre de Somerton, cerca de un mapa de Australia y fragmentos de textos impresos. Palabras clave escritas en pósits de colores se repiten como un eco: identidad, espionaje, códigos, fenobarbital.

Jason gira lentamente sobre sí mismo, observando todo aquello, asintiendo a modo de aprobación.

—No sabía que grabar un pódcast sobre crímenes diera tanto dinero.

Nora suelta una carcajada mientras deja su chaqueta en el perchero. Oriol la imita tras sacar una pequeña libreta del bolsillo interior. Después, toma asiento en uno de los sillones alrededor de una chimenea apagada. En cuestión de segundos, ya está pasando páginas y tomando anotaciones sobre el caso.

—No te creas —admite Nora—. Todo esto es de mi tío Kjell. Digamos que me cuida muy bien.

Jason arquea las cejas.

—¿Ah, sí?

—El pódcast es algo que amo y que no tengo pensado dejar —continúa ella mientras camina hasta la cocina para servirse un vaso de agua—. Pero, siendo honestos, no voy a hacerme rica con él. Al menos no por ahora. ¿Puedo ofreceros algo?

Oriol niega con la cabeza; sigue concentrado en su libreta.

Jason se sienta en una de las sillas altas de la cocina que rodean la isla central.

—Pues tu tío debe tener un buen trabajo.

Nora sonríe de medio lado.

—Algo así.

—¿A qué se dedica? —pregunta Jason.

Nora bebe un sorbo de agua antes de responder.

—Mi tío es Kjell Hagen.

Jason tarda un segundo en reaccionar.

—Me suena mucho ese nombre.

—Es un empresario petrolífero. Sale en la lista de *Forbes* todos los años. Su padre fue un pionero de las empresas de construcción en este país y él diversificó el imperio cuando heredó. Es una de las personas más ricas de Noruega y del mundo —interviene Oriol.

Jason cruza una mirada con Nora, que se encoge de hombros con naturalidad. Él silba por lo bajo.

—Una vida cómoda, entonces —concluye.

—Yo no lo llamaría así. Mi padre murió cuando yo tenía diez años. No he tenido una infancia maravillosa, precisamente. Mi tío Kjell es el marido de la hermana de mi madre. Siempre ha estado muy pendiente de mí desde que quedé huérfana.

—Vaya, lo lamento. ¿Qué le sucedió?

—Era policía. Un día, sin estar de servicio, paró a repostar en una gasolinera. Un atracador entró justo después. Según el dependiente, mi padre intentó mediar con él. Le dijo que era policía y, cuando echó la mano al bolsillo para enseñarle la placa, el atracador se puso nervioso y le disparó. Las imágenes de la cámara de seguridad confirmaron esa versión.

Jason aprieta los labios con una mueca.

—¿Cogieron al tipo?

—Esa misma noche, pero ya estaba muerto. Era un yonqui. Utilizó el dinero que había robado para comprar toda la droga que pudo y a las pocas horas murió de una sobredosis.

Oriol alza la cabeza para observar la escena. Ya conocía esa historia. Nora se la contó durante una de sus largas conversaciones telefónicas cuando empezaron a colaborar.

—¿Por qué no dejas de meterte donde no te llaman y te pones a trabajar? —sugiere Oriol.

Jason también se quita la chaqueta, por fin, y la deja caer sobre el respaldo de una silla. Durante un segundo vuelve a recorrer la estancia con la mirada, como si aún no terminara de creerse el laboratorio improvisado que Nora ha montado dentro de su casa.

Luego se dirige a la mesa de madera de roble y señala el ordenador.

—¿Puedo utilizarlo?

Nora le sostiene la mirada y cruza los brazos.

—¿Me prometes que no me meterás en un lío?

—Cariño, para eso tendrían que pillarme. Y eso no ha sucedido nunca.

Ella le concede entonces permiso con un gesto. Jason se agacha frente a la torre y pulsa el botón de encendido. El ventilador cobra vida con un zumbido suave y la pantalla se enciende. Antes de que cargue el sistema operativo, entra directamente en la BIOS con una rapidez que Nora apenas alcanza a seguir.

Ella toma asiento a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

Jason no responde. Navega por los menús con movimientos rápidos del teclado, revisando configuraciones, cambiando el orden de arranque y desactivando varias opciones de seguridad.

Al otro lado de la sala, Oriol ya ha terminado de escribir en su cuaderno. Se levanta y se acerca.

—¿Con lo que tienes aquí será suficiente? —pregunta el inspector Duarte.

Jason sale de la BIOS y deja que el ordenador termine de arrancar. Espera con la mirada perdida, crujiendo sus nudillos.

—El equipo no está mal. No es el mío, siendo sincero, pero bastará.

Abre varias ventanas a una velocidad absurda. En cuestión de segundos, el navegador ocupa una pantalla completa. En otra abre una consola de comandos. En la tercera aparecen varias pestañas de páginas web que Nora no reconoce.

—Si creéis que esto va a ser algo que me lleve unos veinte minutos, os equivocáis. —Se gira—. Necesitaré horas. Y agradecería que no estuvierais a mi lado observando cada paso que doy.

Nora y Oriol cruzan una mirada breve.

Oriol mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una memoria USB. La deja sobre la superficie y la empuja suavemente hacia Jason.

—Aquí tienes el archivo con el perfil genético de la mujer de Isdal. Lo extraje de la base de datos de la Interpol antes de tomarme una excedencia.

Jason ni siquiera se molesta en levantar la vista. Asiente levemente con la cabeza. Está completamente concentrado en la pantalla.

Sus dedos empiezan a moverse con una velocidad endiablada. Teclea con rapidez, ejecuta comandos, instala herramientas que se descargan en segundo plano y crea carpetas con nombres extraños.

—¿Necesitarás nuestra ayuda? —pregunta Oriol.

Jason niega con la cabeza mientras sigue escribiendo. Después emite un largo suspiro, se reclina un poco en la silla y se gira hacia el inspector Duarte.

—De acuerdo… no quiero sonar grosero, ¿vale? —dice con una media sonrisa cansada—. No hemos trabajado juntos hasta ahora, pero debes saber que, cuando estoy concentrado con algo, detesto que me molesten. Me da igual lo que hagáis, solo necesito que me dejéis tranquilo.

Oriol levanta ambas manos en señal de disculpa, conteniendo una sonrisa irónica.

—Perfecto.

Jason vuelve a girarse hacia las pantallas y sus dedos regresan al teclado con la misma velocidad frenética.

Oriol se aparta de la mesa.

—En ese caso, tengo una propuesta, Nora.

Ambos se alejan unos pasos para no molestar a Jason y se acercan a la pared donde ella ha ido acumulando, durante semanas, toda la información de la mujer de Isdal.

—Llevo semanas dándole vueltas al caso de manera más profunda —dice finalmente— y creo que he encontrado algo que puede ser relevante.

Los ojos de Nora se iluminan al instante. Da un paso hacia él.

—¿El qué?

Oriol señala una fotografía concreta, clavada con una chincheta roja.

Es la imagen del maletín encontrado en la estación de Bergen que se relacionó con la misteriosa mujer. Está abierto y el contenido de su interior, fotografiado y seriado a modo de prueba.

En la foto se ven las pelucas, los pasaportes falsos, los marcos alemanes y las coronas noruegas.

—Hay algo que me ha llamado mucho la atención. No he encontrado ningún informe en el que se hable de la presencia de ADN de la Mujer de Isdal en el maletín.

Nora ladea la cabeza, pensativa…, y entonces asiente despacio.

—Es cierto… —murmura.

Sus ojos recorren mentalmente los informes que ha leído durante meses.

—Hemos de tener en cuenta que el primer análisis forense se realizó hace cincuenta años —continúa Oriol—. Las técnicas eran primitivas en comparación con lo que puede hacer hoy cualquier laboratorio. No se procesaban este tipo de muestras. Y, cuando se reabrió el caso, tampoco se comprobó la presencia de ADN en sus pertenencias de la estación; solo se extrajo ADN del cuerpo para buscar coincidencias después de exhumar su tumba.

Oriol la mira fijamente.

—¿Entiendes por dónde voy? —le pregunta.

Nora tarda solo un segundo en comprenderlo.

—Sí. Si no hay ADN de la mujer en el maletín, significaría que no fue ella quien lo colocó allí. Que alguien lo dejó en la estación por ella. Podría incluso no pertenecerle. Pero fuera como fuese, en ese caso habría una segunda persona implicada en quien no hemos pensado hasta ahora.

—Así es. Se dio por hecho que era suyo por la foto de los pasaportes, pero eso, por sí solo, no lo demuestra. Quizá, si aislamos ADN de otra persona en el maletín o en alguno de los objetos que había en su interior, podríamos tener un hilo del que tirar.

Durante un instante, ambos se quedan callados frente a la pizarra.

Jason sigue tecleando detrás de ellos a toda velocidad. No ha escuchado ni una sola palabra.

—Es brillante, Oriol.

—No estoy seguro; ahora tenemos un problema.

Nora lo mira con una expresión resignada. Entiende perfectamente cuál es ese inconveniente.

—Necesitamos un nuevo análisis, pero tú no estás en activo ni trabajas oficialmente en el caso —explica ella.

Él asiente.

Nora cruza los brazos, pensativa.

—¿Crees que podrías hablar con tu tío? —pregunta Oriol—. Probablemente tenga ciertas influencias en la comisaría. Tal vez pueda echarnos una mano.

Nora duda un instante.

Luego saca el teléfono.

—No sé si podrá o no —dice mientras desbloquea la pantalla—, pero sí sé que no vamos a quedarnos con la duda.

5

Oriol Duarte permanece de pie junto a Nora frente al edificio de la comisaría central de Bergen. Antes de llegar, le pidió a Nora hacer una parada. Necesitaba recoger algo en el nuevo hotel donde ahora se hospeda, después de que Jason lo cambiara sin consultarle.

Se trata de algo importante.

Ella lo esperó en la puerta y él solo demoró unos minutos. Aun así, el cielo ha empezado a oscurecerse; la noche asoma.

La fachada de piedra clara se alza varios pisos sobre la plaza. Grandes ventanales rectangulares reflejan las luces de las farolas. Las líneas del edificio son modernas, pero conservan el aire institucional. La entrada principal está protegida por una marquesina de acero y cristal, bajo la que entran y salen agentes uniformados, algunos con prisa, otros conversando con calma, sonrientes ante el final de su jornada.

Oriol la observa con desdén, pensando que todas las comisarías se parecen entre sí.

Nora tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta y pierde la mirada entre el gentío. Se muestra impaciente ante la espera.

—¿Qué te ha parecido Jason? —pregunta Oriol.

Ella ladea la cabeza y contiene una sonrisa apretando los labios, dando a entender que calibra sus palabras.

—Un tipo peculiar, supongo —responde finalmente—. Pero es un genio, de eso no hay duda. Me ha parecido fascinante verlo en acción, aunque solo hayan sido unos minutos. Si soy sincera, me preocupa que pueda hacer algo con mi ordenador de lo que acabe arrepintiéndome, pero supongo que es un riesgo que debo correr si quiero avanzar con este caso.

—Puedes estar tranquila. Jason no comete errores. Lleva años en la sombra y no va a ser diferente ahora. En cualquier caso, tienes mi palabra de que, si algo se tuerce, daré la cara por ti. Diré que tú no tenías nada que ver y que la responsabilidad es solo mía.

Nora asiente distraída y levanta la muñeca para consultar el reloj. El sol ha comenzado a esconderse tras las montañas que rodean

Bergen y la temperatura cae con rapidez. Pronto será completamente de noche.

En ese momento, un Volvo negro se detiene suavemente frente a la entrada de la comisaría.

Oriol lo observa con atención.

El conductor desciende del vehículo para abrirle la puerta al hombre que va sentado detrás. Lo primero que se ve de él es un zapato negro que reluce. No tiene ninguna duda de que será carísimo. Unos segundos más tarde, el hombre ya camina hacia ellos. Es alto, delgado y viste perfectamente trajeado. La americana oscura se ajusta a su figura con una precisión impecable. Su cabello, completamente blanco, está peinado hacia atrás.

El rostro de Nora se ilumina con una sonrisa sincera que Oriol no le había visto todavía.

—¡Tío Kjell! —exclama mientras se acerca a él.

El hombre le responde con otra sonrisa, más contenida, pero cálida. Se inclinan el uno hacia el otro y hablan durante unos segundos en noruego.

Oriol no entiende ni una palabra. Solo distingue el tono cercano de la conversación, el ritmo rápido con el que intercambian frases breves.

Finalmente, Nora se gira hacia él.

—Oriol, este es mi tío, Kjell Hagen.

El hombre extiende la mano de inmediato.

Oriol la estrecha con firmeza.

La piel del hombre es fría, pero el gesto es cordial.

—Nora me ha hablado mucho de usted —dice Hagen, ahora en inglés, con un acento suave pero muy claro—. Es un placer conocerle.

—El placer es mío, señor —responde Oriol.

Hagen lo observa con atención durante un segundo. Después sonríe.

—Veo que mi sobrina lo ha arrastrado a alguna de sus locuras —añade con un brillo divertido en los ojos—. No estoy seguro de querer saber de qué va todo esto.

Nora se cruza de brazos con una sonrisa cómplice.

—No exageres.

—Oh, no exagero —replica él—. Yo solo espero que no te metas en líos.

La conversación se vuelve ligera en cuanto ponen rumbo a la comisaría. Comentan el variable clima de Bergen y la sorprendente facilidad con la que la noche cae en esa ciudad.

—En fin… —reconduce el señor Hagen—. Dime. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Se trata de alguno de esos casos que investigas?

—Sí. Solo necesitamos algo de información. En realidad —dice, bajando un poco la voz—, solo queremos hablar con el forense de la comisaría. Serán solo unos minutos.

Kjell arquea una ceja.

—¿Con el forense?

—Sí. Es por un caso antiguo. Nada serio. Solo algunas preguntas.

Oriol percibe el pequeño matiz en su voz. Nora no menciona qué caso es, ni da ningún detalle.

—Está bien —dice al fin—. Veamos qué podemos hacer. Solo unas preguntas. ¿Verdad?

Ella asiente con decisión.

El señor Hagen se aclara la garganta.

—No os prometo nada, pero hablaré con Knut Moen. Es el jefe de policía de esta comisaría. Soy un viejo amigo de su padre.

Entonces el hombre se gira hacia la entrada del edificio y hace un gesto para que lo sigan.

Los tres cruzan el control de seguridad.

El interior es amplio y luminoso. El vestíbulo está dominado por una gran recepción semicircular de madera clara, detrás de la cual trabajan varios agentes. Las paredes son de cristal esmerilado y acero cepillado, con paneles informativos y pantallas que muestran turnos y avisos internos. El suelo de piedra pulida es resbaladizo.

Un agente, al fondo, habla con una mujer rubia y joven. Levanta la vista al verlos entrar y emprende la marcha hacia ellos.

Es un hombre robusto, de mandíbula cuadrada y mirada dura. Su expresión parece permanentemente contraída. Cuando están cerca, los observa con una hostilidad que no disimula.

Estrecha la mano de Kjell Hagen con cordialidad, sin abandonar esa expresión severa.

Empiezan a hablar en noruego.

Oriol no entiende nada. Solo capta algunas palabras sueltas que reconoce por contexto o por intuición: «Nora», «forense», «preguntas».

Nora aprovecha ese momento para sujetarlo del brazo y apartarlo unos pasos.

—Todo el mundo en Bergen conoce a los Moen —susurra haciendo un gesto con la cabeza hacia atrás.

—¿Te refieres a ese hombre que nos mira tan dulcemente?

—Ese es Knut Moen. Mi padre solía decir que era jefe por quien era su padre, pero que no lo merecía.

—¿Quién es su padre?

Nora lo mira. Se gira para dar la espalda a su tío y que nadie pueda escuchar lo que dice.

—Es una historia larga. Te la puedo resumir en que desciende de una familia que sobrevivió al Holocausto. Knut es hijo de Rikard Moen, un hombre que llegó a Bergen junto a su padre y su hermano al finalizar la Segunda Guerra Mundial; después de que las tropas aliadas liberasen Auschwitz. Había pasado dos años allí.

—¿Sigue vivo?

—Rikard, sí. Es el único, su padre y su hermano murieron. Aunque su estado de salud es muy frágil. Está interno en una institución de salud mental. Mi tío me dijo que lo visitó una vez y que prefería no volver. No es fácil ver a alguien a quien aprecias en ese estado.

—¿Era buen amigo de tu tío? —inquiere Oriol.

—Hicieron negocios juntos. La historia de Rikard es… curiosa. Se llevaba a matar con su hermano, que murió hace unos años, pero en Bergen todo el mundo sabe que no se podían ni ver. Rikard fue alcalde de la ciudad durante casi veinte años y su hermano le daba muchos problemas porque era muy rebelde; un antisistema que siempre cargaba en contra de Rikard y lo comprometía.

Oriol asiente y desvía la mirada al hombre que habla con Kjell Hagen.

—¿Qué le está diciendo tu tío a ese hombre? —pregunta en voz baja—. No parece muy accesible.

Nora sigue la conversación con atención.

—Le está pidiendo que nos reciba el forense. Le ha dicho que necesito hacerle unas preguntas para el pódcast que edito.

Hace una pequeña pausa.

—De momento no ha dicho que no, aunque tampoco que sí.

La conversación entre los dos hombres termina de forma abrupta. El agente se gira hacia ellos y les hace un gesto seco con la mano para que lo sigan.

Kjell se apresura a hablar antes de que se pongan en marcha.

—Nora, cariño —dice con tono calmado—. Este hombre es el agente Moen. Era un buen amigo de tu padre.

Moen mantiene la expresión seria, aunque asiente levemente.

—Le he comentado que estáis grabando un episodio para el que necesitáis un punto de vista experto —continúa Kjell—. Va a acompañaros a ver al forense.

Luego consulta el reloj de su muñeca y suspira.

—Si me disculpáis, tengo que ir a recoger a tu tía del centro de día.

—Por supuesto —responde Nora con rapidez.

Se acerca a él y lo abraza con cariño antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias, tío.

Kjell le dedica una sonrisa tranquila.

—Ten cuidado con las preguntas que haces —murmura con un tono cómplice.

Luego se despide de Oriol con un leve apretón de manos y se dirige hacia la salida, desapareciendo entre el movimiento constante del vestíbulo.

Cuando la puerta automática se cierra tras él, el agente Moen ya está caminando hacia el interior del edificio sin decir una sola palabra.

Nora Larsen camina unos pasos por detrás del agente Moen mientras atraviesan los pasillos de la comisaría.

Un murmullo constante de conversaciones y el sonido de los teclados les envuelve. No alza la vista; no necesita mirar a su alrededor para saber que la observan. Lo siente en la piel, en esa manera particular que tienen algunas personas de bajar la voz cuando alguien pasa cerca.

Desde que su padre murió, ha aprendido a reconocer ciertas expresiones en los rostros de quienes lo conocieron. Esa mezcla incómoda entre respeto y compasión que muchos intentan disimular, pero que termina apareciendo de todos modos. La mayoría de las caras que ve ahora son desconocidas. Su padre murió cuando ella era apenas una niña, por lo que, probablemente, muchos de aquellos agentes ni siquiera trabajaban allí cuando él seguía en activo.

Todo ha cambiado desde entonces, salvo su afán por olvidar aquello, el episodio más doloroso de su vida, ese en el que perdió un pedazo de sí misma.

A pesar de ello, Nora tiene la sensación de que todos saben perfectamente quién es. No hace falta que nadie pronuncie su nombre para darse cuenta.

La atención que despierta se multiplica cuando reparan en quién camina a su lado. Su intención de pasar desapercibido es inútil. Puede conseguirlo en un centro comercial, en un evento deportivo, en aquellos lugares donde su figura no suscite el mismo interés que una comisaría, donde se le considera una referencia de la investigación moderna.

Oriol Duarte parece ajeno a todo ello. Mantiene las manos en los bolsillos de la chaqueta y su mirada se mueve con naturalidad por el entorno, observándolo todo con esa expresión analítica que Nora ya empieza a reconocer. No parece incómodo ni especialmente interesado en las miradas que reciben. Simplemente está allí, presente, atento. Tal vez acostumbrado a que suceda.

Nora lo observa de reojo durante un instante y un pensamiento la invade.

Cuando lo conoció, ya sentía una profunda admiración por él. Había leído sobre sus investigaciones, seguido algunos de sus casos y escuchado entrevistas en las que hablaba de su trabajo con una claridad que siempre le había resultado fascinante. Lo había invitado al pódcast a través de un correo electrónico que él no contestó y que no recuerda o finge no recordar en estos momentos. En su cabeza, Oriol Duarte representaba exactamente el prototipo de investigador ideal.

Pero conocerlo en persona es otro asunto.

La admiración se ha transformado poco a poco en algo diferente. En una especie de referencia personal. Es metódico, analítico y práctico. Siempre parece tener una alternativa preparada cuando una vía se cierra, una pregunta nueva cuando todos creen haber llegado a un callejón sin salida. No pierde tiempo en dramatismos ni en discursos innecesarios; observa, ordena las piezas y encuentra el camino.

Nora quiere aprender a pensar de esa manera.

Durante las últimas noches ha dormido poco, demasiado poco. Cada vez que cierra los ojos, el caso vuelve a su cabeza convertido en un rompecabezas incompleto que quiere y debe resolver. Se ha obsesionado y no se detendrá hasta el final, hasta saciar esa necesidad que se plantó como la semilla de una curiosidad que ha ido creciendo durante estos años.

El pódcast fue el primer paso. NordicNoir nació con una idea muy clara: hablar de las víctimas que el tiempo había ido enterrando en el olvido, recordar historias que ya no ocupaban titulares y devolverles el espacio que merecían. Eso era lo que buscaba cuando decidió iniciar aquel proyecto por su cuenta.

Pero con el tiempo empezó a entender que no era suficiente.

Contar una historia no es lo mismo que resolverla.

Cualquiera puede recopilar datos, reconstruir un caso antiguo y narrarlo frente a un micrófono. Lo difícil es ir más allá de eso: investigar de verdad, seguir pistas, descubrir detalles que nadie había relacionado antes. Encontrar respuestas.

Ese es el periodismo que quiere hacer y el motivo por el que ha decidido arriesgar tanto al dejar que alguien como Jason Bennett

acceda a su ordenador.

Moen gira por un pasillo lateral y Nora lo sigue sin apartar la mirada del frente. Un grupo de agentes deja de hablar cuando pasan a su lado.

Respira hondo mientras continúa caminando. Si todo sale como espera, ese respeto no será solo por el apellido Larsen; será por su trabajo y por las respuestas que está decidida a encontrar.

El agente Moen gira por el último pasillo y se detiene frente a una puerta metálica con un pequeño cartel que reza: «Departamento de Medicina Forense». Coloca su tarjeta sobre el sensor del control de accesos y empuja la puerta tras escuchar un pitido. Los tres entran en una zona silenciosa y luminosa que contrasta con el resto de la comisaría.

Nada más cruzar el umbral, Nora distingue el laboratorio al otro lado de un amplio panel de cristal. La sala está bañada por una luz blanca e intensa que parece eliminar cualquier sombra. A pesar de la hora, todavía hay actividad. Un técnico permanece inclinado sobre un microscopio, completamente concentrado, mientras otro teclea con rapidez frente a un ordenador cercano, rodeado de bandejas metálicas y tubos de ensayo etiquetados.

Moen avanza por el pasillo interior sin detenerse y señala con la barbilla una puerta cerrada al fondo. Se acerca, golpea dos veces con los nudillos y esperan.

—Adelante —responde una voz al otro lado.

Moen abre la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—Doctor, ¿tiene un momento? —pregunta con tono cordial—. La hija del agente Larsen tiene unas preguntas.

El hombre que está al otro lado del despacho levanta la vista de unos documentos que revisa sobre la mesa. Su expresión cambia de inmediato.

—¿La hija de Larsen? —repite, sorprendido.

Se pone en pie al instante y rodea el escritorio.

—Claro, claro. Pasen, por favor.

Moen abre la puerta del todo y se aparta para que Nora y Oriol entren primero. El despacho es amplio, aunque algo desordenado. Hay carpetas abiertas, libros de medicina forense apilados en una

estantería y varias fotografías clínicas sujetas con imanes en una pizarra metálica. El olor tenue a café reciente flota en el ambiente.

Moen se queda junto a la puerta.

—El doctor Røstad es el forense de guardia hoy —dice dirigiéndose a Nora—. Él podrá atender tu consulta.

Luego mira el reloj, resignado.

—Yo voy a seguir con lo mío. Hoy no quiero llegar tarde a casa.

Antes de salir, sus ojos se detienen un segundo en Oriol. La mirada es breve, pero claramente hostil. Se despide con un leve gesto de cabeza y abandona el despacho sin añadir nada más.

La puerta se cierra y Nora pone los ojos en el inspector Duarte, que tiene cara de no entender ni una palabra de lo que ha dicho Moen.

El doctor Røstad señala las dos sillas frente a su mesa.

—Por favor, tomad asiento.

Nora se sienta primero. Oriol lo hace a su lado, manteniendo esa calma observadora que parece acompañarlo a todas partes.

—¿Te importaría hablar en inglés? Mi amigo no habla noruego.

—Por supuesto. Soy Erik Røstad —contesta, estrechándoles la mano—. Y tú debes de ser Nora Larsen.

Ella asiente con una sonrisa.

—Encantado de conocerte. Tu padre y yo fuimos amigos durante muchos años.

Nora mantiene la sonrisa, aunque por dentro suspira. Si le pagaran por cada vez que ha escuchado esa frase, sería millonaria. Todos en Bergen parecen haber sido amigos de su padre, pero ninguno de ellos pudo salvarlo.

—Él es Oriol Duarte —añade ella, señalando a su acompañante.

El forense alza las cejas, pensativo.

—Oriol Duarte… —murmura—. Ese nombre me suena muchísimo. Estoy seguro de haberlo escuchado antes.

Oriol sonríe con naturalidad.

—Es lo que tienen los nombres españoles. Todos suenan parecidos.

La respuesta arranca una pequeña risa al médico y el momento de duda se diluye de inmediato.

—Puede ser —admite Røstad.

Luego vuelve a mirar a Nora con interés.

—Por cierto, aprovecho para decírtelo ahora que te tengo delante. Soy un gran seguidor de tu pódcast. Siempre me lo pongo cuando voy conduciendo al trabajo. Me parece excelente.

Nora no oculta una sonrisa.

—¿De verdad?

—Claro. Me gusta mucho el rigor con el que tratas los casos. No es habitual encontrar programas así. Se nota que hay trabajo serio detrás. Creo que debe de ser algo que los Larsen lleváis en la sangre. Tu padre soñaba con formar parte del grupo de homicidios. ¿Lo sabías?

—Gracias —responde ella, agradecida—. Sí, mi madre me lo contó en su día. Creo que se le hubiera dado bien.

El forense apoya las manos sobre la mesa.

—Eso seguro. Era un gran profesional. —Hace una pausa en la que se rasca detrás de la oreja—. Bien, ¿en qué puedo ayudaros?

Nora intercambia una breve mirada con Oriol antes de responder.

—Estamos investigando el caso de la mujer de Isdal —dice finalmente—. Intentamos aclarar algunos puntos que siguen siendo bastante confusos.

La reacción del médico es inmediata. Su expresión cambia por completo. Da un par de palmadas sobre la mesa, como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—Vaya. Reconozco que eso me ha sorprendido.

Nora se acerca un poco más.

—Doy por hecho que conoces el caso.

—Claro que lo conozco. Aquí todo el mundo lo conoce —responde Røstad—. Pero yo no participé en la investigación. Yo era un niño cuando ocurrió.

Nora asiente.

—Entiendo. Aun así, quizá puedas orientarnos.

El médico la observa con atención.

—Depende de la pregunta. —Su tono ha cambiado, volviéndose menos amigable, más suspicaz.

—Hemos revisado muchos documentos sobre el caso —continúa Nora—: informes policiales, artículos antiguos, reconstrucciones posteriores… pero hay algo que nos llama la atención. No hemos encontrado ningún informe en el que se mencione que el maletín hallado en la estación contenía ADN de la mujer de Isdal.

Røstad entrecierra los ojos.

—¿El maletín?

—Sí. El que apareció dentro de una consigna, con las pelucas, los pasaportes y el dinero. Si nunca se comprobó si había ADN suyo o de otra persona en él, podría tratarse de una nueva pista. Una que tal vez permitiría reabrir el caso con una nueva perspectiva.

El forense permanece en silencio durante unos segundos. Su mirada se mueve entre Nora y Oriol mientras asimila lo que acaba de escuchar.

Finalmente, se recuesta un poco en la silla.

—Eso es interesante —murmura, entrelazando los dedos sobre el regazo—. Pero hay algo que no entiendo —añade, clavando los ojos en Nora—. ¿Cómo puedes saber que esa comprobación no se hizo?

Nora sostiene su mirada sin titubear.

—Tengo mis fuentes.

Oriol observa la escena con atención, sin intervenir, dejando que sea ella quien marque el ritmo de la conversación.

El doctor Røstad adopta una expresión pensativa y gira la pantalla del ordenador hacia sí mismo. Sus dedos comienzan a moverse por el teclado mientras sus ojos recorren líneas de texto con rapidez. La luz blanca del monitor ilumina su rostro y acentúa el gesto de concentración que se dibuja en su frente.

La espera se alarga más de lo que Nora esperaba. Durante varios minutos, el único sonido que llena el despacho es el leve tecleo del médico y algunos murmullos que escapan entre dientes.

—Sí… Ya veo… —murmura sin apartar la vista de la pantalla.

Pasa a otra ventana.

—Ajá… Pues…

Sigue revisando archivos, desplazándose por informes antiguos, carpetas digitales y registros que parecen acumular décadas de

trabajo. Oriol permanece completamente inmóvil en su silla. Ambos son conscientes de cómo terminará esa comprobación.

Los minutos que transcurren se vuelven eternos.

Finalmente, el doctor deja de teclear y centra su atención en Nora.

—Pues yo tampoco veo nada. Quizá se cotejó en su momento, pero nadie redactó un informe al respecto. O, como apuntas, simplemente no se llevó a cabo ese estudio.

Chasca la lengua antes de continuar.

—Pero no puedo decirte mucho más, Nora. Y, por favor, no me menciones en el pódcast. No quiero problemas. Ese caso siempre ha sido delicado y se ha puesto en tela de juicio la investigación en más de una ocasión. Supongo que es normal después de tantos años sin que se haya resuelto.

Ella niega con una pequeña sonrisa.

—Si de verdad has escuchado mi programa, sabrás que nunca menciono a mis fuentes.

—Lo sé, lo sé —responde él, levantando una mano—. Pero entiende que este es un tema bastante peliagudo y podría costarme un disgusto.

—Los objetos están aquí, ¿verdad? —irrumpe la voz de Oriol de forma repentina.

El forense lo mira con cierta sorpresa.

—Así es —titubea—. Esta fue la comisaría que llevó a cabo la investigación original. Y la ley noruega exige conservar todas las pruebas de los casos no resueltos. —Entrecierra los ojos—. Sin embargo, algo me dice que eso ya lo sabías.

Oriol ignora por completo el comentario.

—¿Podría revisar el maletín de nuevo? —pregunta con tranquilidad —. Quizá haya restos de ADN de la mujer de Isdal, o cualquier otra pista que ayude a aclarar el caso.

El doctor Røstad lo observa con atención.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Oriol.

Røstad levanta las cejas, esperando claramente a que complete la respuesta con el apellido, pero él no lo hace. El silencio se alarga un segundo incómodo.

—Verá, Oriol… No puedo hacer algo así. El caso no está abierto. Para realizar un análisis de ese tipo necesitaría la autorización del jefe del distrito.

Nora interviene con naturalidad.

—En Noruega esa figura equivale más o menos al comisario en España —explica.

—Lo sé.

Røstad junta las manos sobre la mesa.

—Si queréis intentarlo, hablad con el agente Moen. Por mi parte no habría ningún inconveniente siempre y cuando él lo apruebe.

—No queremos molestar. Seguro que tienen mucho trabajo. Aunque, tal vez podría hacernos un último favor. Después de eso nos iremos, se lo prometo.

—¿De qué se trata?

—¿Podría enseñarnos los objetos?

El forense no contesta, parece no comprender del todo.

—Solo un análisis visual —aclara Oriol—. Entendemos perfectamente que no pueda examinarlos sin autorización, pero un simple vistazo podría sernos de gran ayuda.

Durante unos segundos parece valorar la petición, sopesando hasta dónde puede llegar sin meterse en problemas.

Finalmente suspira.

—Sí… supongo que eso sí puedo hacerlo por tratarse de ti —contesta mirando a Nora y levanta un dedo a modo de advertencia —. Pero solo una inspección visual. Nada de fotografías ni de grabaciones. ¿De acuerdo?

Nora asiente de inmediato.

—Por supuesto. Muchas gracias, doctor.

Oriol no aparta la vista de la mesa.

La sala de custodia de pruebas es más grande de lo que imaginaba. Las paredes están cubiertas por módulos metálicos que se elevan hasta casi tocar el techo. Cada módulo contiene decenas de compartimentos numerados, pequeñas puertas cuadradas con

cerradura que, al abrirse, revelan cajones profundos donde se almacenan las evidencias de las investigaciones. Un lugar donde cada número guarda un fragmento de una historia que, en muchos casos, nadie ha logrado esclarecer.

El doctor Røstad, carpeta en mano, abre uno de los compartimentos y extrae varias bolsas selladas.

—No hay gran cosa —dice con tono neutro.

Antes de empezar, se coloca unos guantes de vinilo y un gorro quirúrgico. Luego mira a Nora y a Oriol con severidad.

—Vosotros también, aunque no vayáis a acercaros.

No lo dice a modo de sugerencia.

Cuando ambos terminan de cubrirse, el forense asiente con aprobación.

—Solo yo puedo tocarlos, ¿de acuerdo?

Nora asiente. Oriol también.

Røstad coloca las bolsas sobre la mesa una a una. Cada objeto sale del plástico con movimientos cuidadosos y queda dispuesto junto a una pequeña tarjeta donde aparece el código de inventario.

Oriol ladea la cabeza.

Un vestido parcialmente quemado.

Dos pasaportes falsos.

Un maletín.

Un fajo de billetes de marcos alemanes.

Otro de coronas noruegas.

Un fragmento de papel donde hay escrita una serie de letras y números en mayúsculas sin sentido aparente.

Dos pelucas.

No parece mucho para una historia que lleva más de cincuenta años persiguiendo respuestas.

Cuando termina, el forense se aparta y recoge la carpeta que había dejado apoyada en el borde de la mesa. Oriol se acerca un poco más.

El vestido le llama la atención de inmediato. Se trata de su color. En las fotografías en blanco y negro parecía más raído de lo que realmente está. Está quemado de forma irregular, sobre todo en la parte inferior. No parece que el fuego lo consumiera de manera

uniforme. Algunas zonas están completamente chamuscadas, mientras que otras solo muestran leves marcas. Se toma un momento para observar la tela con mayor atención.

Después pasa al maletín.

Se agacha un poco más, intentando detectar alguna mancha, alguna irregularidad que pudiera haber pasado desapercibida en las fotografías del expediente, la mayoría con la calidad propia del año 1970.

Se detiene en el fragmento de papel donde hay escrito lo que podría ser un código. Se concentra. Solo necesita unos segundos para memorizarlo sin que nadie se percate.

—¿Lleva mucho trabajando en esta comisaría, doctor Røstad? —pregunta Oriol para ganar tiempo sin apartar la vista del código.

—Veintidós años —responde el forense.

—¿Y nunca trabajó en este caso?

—No. Cuando se reabrió en 2010 se lo asignaron al doctor Torgersen. No tuve ese placer.

Oriol asiente lentamente.

—¿Y le suena que su colega accediera a estas muestras en el año 2010?

Røstad vacila un instante.

—Supongo que sí.

Oriol se incorpora un poco.

—¿Dispone de algún registro donde quede reflejado el nombre y la fecha de todas las personas que han accedido? Como, seguramente, ese que lleva en la mano y que ha firmado antes de acceder a esta sala. ¿Podría mirar la última vez que alguien revisó las pruebas de este caso?

El doctor levanta la vista con clara expresión de incomodidad.

Luego la baja.

—Pues sí, dispongo de esa información. Pero, como comprenderá, no voy a compartirla con usted. Además, no me parece relevante.

Oriol arquea una ceja.

—Lo comprendo. Solo era curiosidad.

Røstad da unos golpecitos con los dedos sobre la carpeta.

—Bueno… Creo que ya os he ayudado más de lo que debía —dice, dando un paso hacia la mesa—. Así que, si me disculpáis, voy a recoger todo esto.

En ese momento, alguien llama a la puerta. Se abre inmediatamente después.

El doctor se gira.

Uno de los técnicos asoma la cabeza y le dice algo rápido en noruego. Oriol no entiende las palabras, pero el tono transmite urgencia. Probablemente se esté acumulando el trabajo.

El forense suspira y le contesta con voz tajante.

Oriol aprovecha la oportunidad; era justo lo que estaba esperando.

Se mueve con rapidez, un gesto limpio y preciso que apenas dura una fracción de segundo.

Cuando el forense regresa, Oriol ya se está quitando los guantes.

—No queremos molestarle más —dice con naturalidad.

Røstad parece aliviado.

Se apresura a recoger las pruebas y luego los acompaña hasta la salida. Nora le da las gracias en noruego antes de despedirse.

Un minuto después, están fuera.

La noche ha caído y el aire es más frío.

Suben al coche de Nora sin cruzar una sola palabra.

Oriol saca su libreta del bolsillo interior de la chaqueta y empieza a escribir a toda prisa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Nora.

Él levanta una mano pidiendo silencio sin apartar la vista del papel.

Durante unos segundos, solo se escucha el rasgueo del bolígrafo.

Finalmente, cierra la libreta.

—El código.

Nora pone cara de sorprendida.

—¿Lo has memorizado?

—Sí. Ya sabes que nunca se hizo pública la foto, salvo aquella que filtró un periódico en el año setenta de tan mala calidad que no se diferenciaba casi nada. En los informes solo aparece descrito como «un papel con letras y números sin sentido aparente». Ahora ya lo

tenemos y podemos compararlo con el que llevaba el hombre de Somerton. Tal vez no logremos nada, pero hay que intentarlo. Puede ser la clave.

Oriol cierra la libreta.

—Estoy asombrada —reconoce ella, arrancando el coche—. Siento que no hayamos podido sacar mucho provecho de nuestra visita a la comisaría.

Oriol gira la cabeza lentamente hacia ella.

—¿Estás segura de eso?

Nora arruga la frente mientras él mete la mano dentro de su chaqueta y saca una bolsa de pruebas transparente.

Dentro hay un fajo de billetes de marcos alemanes.

1943

Frieda entiende que el invierno se está marchando porque el barro del patio ya no está helado al amanecer. Ahora solo es espeso y pegajoso: se adhiere a las suelas de las botas y deja huellas profundas por todas partes. Ensucia mucho.

En solo un año ha cambiado mucho. No solo ella, sino todos y todo.

Ha crecido casi un palmo. Los pantalones que vestía el invierno anterior ahora le quedan cortos, y la señora Günther, la madre de Gudrun y Norbert, ha tenido que añadir un trozo de tela en el bajo. Sus brazos también se han alargado y son más gruesos. Tuvo que pedirle a su madre que le ajustara el nudo del lazo rojo de la suerte atado a su muñeca cuando comenzó a apretarle. Ahora, cuando corre, ya no se queda tan atrás como antes.

Lotte y las otras niñas siguen siendo más rápidas. Más fuertes también. Pero la diferencia ya no es tan evidente. Frieda lo nota cuando realizan sus sesiones de entrenamiento o cuando compiten para saltar los charcos que se forman después de la lluvia. Antes siempre llegaba la última. Ahora, algunas veces, no.

Ha forjado una amistad muy especial con Gustav, el hermano gemelo de Rudolf. Con él todo parece más fácil: las risas salen solas y las tardes libres se llenan de juegos interminables. Casi siempre están juntos, más que con ningún otro niño. Aunque tampoco hay mucho más donde elegir. Gudrun suele estar con su hermano Norbert y Lotte es el perrito faldero de Rudolf.

Gustav y su hermano son los más pequeños. Tienen un par de años menos que ella, pero a simple vista nadie lo diría. Son altos para su edad y ya le sacan un par de dedos de estatura a Frieda.

A veces piensa que quizá se gustan. No está del todo segura —Gustav y ella aún son niños, después de todo—, pero es evidente que algo se esconde tras esa forma en que él la mira, en cómo siempre acaba sentándose a su lado y en cómo la defiende cuando tiene la oportunidad de hacerlo.

Gustav y Rudolf son los hijos de la señora Ackermann, su férrea mentora y la mujer al mando. Y, si Gustav es maravilloso, Rudolf es todo lo contrario. Es áspero, maleducado y actúa con maldad. Siempre encuentra alguna forma de burlarse, de provocar, de herir. Tiene especial devoción por el labio roto de su hermano, y siempre se mofa de ello. Para Frieda es difícil entender que ambos compartieron vientre. Uno es la calma y el otro, la tormenta.

Por primera vez en mucho tiempo, hoy es un día soleado.

Hacía semanas que ni se insinuaba su presencia a través de las nubes negras. Frieda casi había olvidado lo clara que era esa luz. Ahora el patio brilla con intensidad, verde y resplandeciente.

El suelo, sin embargo, está completamente empantanado. La señora Tietze no para de decir que la lluvia es buena, que gracias a ella se llena el pozo del que bebemos agua y crece lo que comemos.

Los árboles y las enredaderas que plantaron alrededor de las casas han crecido mucho durante este tiempo, y ahora su hogar parece haberse fundido con el bosque. La madre de Frieda, la señora Blumenfeld, incluso ha tenido que retirar las ramas de las ventanas para que entre algo de luz en casa. Recuerda que todas comentaban lo importante que era que esos árboles crecieran. Decían que era la manera de esconderse del Wyrm, que era muy importante que el asentamiento se fusionara con la naturaleza.

El problema surge ante la dificultad de identificar los límites que pueden sobrepasar, ahora que su hogar está envuelto por la densa vegetación. Todos temen el bosque. Todos, menos Norbert, que parece no temer nada y muchas veces se ríe de la estricta e inflexible norma de no adentrarse en el bosque.

A primera hora de la mañana, Frieda está sentada en un tronco húmedo, con las botas hundidas en el barro. A su lado, Gudrun comparte con ella una hogaza de pan duro que han sacado de la cocina.

Cada mordisco es una pequeña tortura.

Hace unos días le salió un flemón en la encía y desde entonces el dolor no la abandona. Intenta masticar por el lado contrario, pero es complicado. El pan está tan duro que necesita morder con fuerza, y cada vez que lo hace siente un pinchazo que le sube hasta el ojo.

Aun así, no se queja.

Aprendió hace tiempo que quejarse rara vez sirve de algo: solo lo empeora todo.

Gudrun no es una niña muy habladora. Nunca lo ha sido. Tiene los ojos grandes, el cabello negro y una expresión tranquila difícil de alterar.

Durante un rato se limitan a masticar, mirando cómo Lotte y Rudolf corren por el barro, chapoteando sin preocuparse demasiado por las salpicaduras.

Entonces Gudrun habla, sorprendiendo a Frieda.

—La señora Ackermann vuelve a estar embarazada.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? —pregunta, girándose hacia ella.

Gudrun arranca otro trozo de pan antes de responder.

—Escuché cómo se lo decía a mi madre el otro día. Vino a casa para pedirle que le cosiera algunas prendas.

—¿Y estaba contenta?

Gudrun niega con la cabeza.

—No la vi. Estaba en el sótano guardando los quesos. Ya sabes cómo se pone mi madre si piensa que he estado escuchando.

Hace una pausa antes de añadir:

—Pero escuché su voz y no parecía contenta.

Frieda mastica con cuidado, intentando evitar el lado dolorido.

—Quizá esté triste porque dentro de unos meses no podrá seguir dándonos clase.

Gudrun niega inmediatamente.

—¡Qué va! Eso le da igual, Frieda. Qué ingenua eres.

Ella baja la mirada al pan.

—Si Ackermann no puede, lo hará tu madre, la mía o la señora Tietze —hace una mueca—, lo cual sería bueno para todos, por cierto.

Frieda no entiende.

—Entonces… ¿por qué estaba triste? ¿Tendrán que cambiarse de cabaña?

Gudrun tarda unos segundos en responder.

—Ya tienen la más grande. Todos sabemos que ella y sus hijos son las personas más importantes aquí. Yo creo que estaba triste por si

es otro chico lo que lleva en el vientre.

Frieda la mira sin comprender.

—Las escuché llorar, a las dos. A mi madre y a la señora Ackermann —añade Gudrun.

El comentario la deja desconcertada.

—Eso es muy raro —dice al final—. Las madres no lloran nunca, son mayores para eso.

Gudrun gira la cabeza hacia ella con la expresión de sorpresa instalada en su rostro. Durante un instante parece que va a decir algo más, algo importante. Sus labios incluso se separan un poco.

Pero al final suspira y se traga las palabras.

Frieda insiste.

—¿Por qué es tan malo ser un chico? Tu hermano es increíble. Es más fuerte que todas nosotras. Corre más rápido, salta más alto…

Gudrun la interrumpe con suavidad.

—Mi hermano es mayor, Frieda.

—¿Y qué?

Gudrun mira hacia el extremo del patio, allá donde los árboles forman una pared oscura que nadie puede atravesar.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena más baja.

—Pues que va a tener que irse pronto.

Frieda se queda quieta.

—¿Irse?

Gudrun asiente.

—Sí.

Durante unos segundos solo se oye el chapoteo de Rudolf jugando en el barro.

Frieda deja el trozo de pan sobre sus rodillas cuando escucha aquello.

—¿A dónde? —pregunta, con un hilo de angustia que no logra ocultar—. Nosotras no podemos salir de aquí. ¿De qué estás hablando?

Gudrun no parece sorprendida por su reacción. Arranca una pequeña miga de pan y la aplasta entre los dedos.

—Los chicos se van, Frieda. Quizá no lo recuerdes, pero se van.

Frieda no entiende nada.

—¿De qué estás hablando? Nadie se va, Gudrun.

—Soy mayor que tú. Sé de lo que hablo.

Frieda niega con la cabeza.

—Eso es mentira.

Gudrun levanta la vista.

—No me creas si no quieres. Me da igual. Solo puedo decirte que cuando se van ya no vuelven jamás.

Frieda siente un nudo extraño en el estómago.

—Por eso mi madre lloró —continúa Gudrun—. Y por eso mi hermano apenas habla ya con nosotras. No están bien, ninguno de los dos. No es tonto. Es bastante listo, de hecho. Muchas veces los oigo cuchichear, sé que tratan de ocultarme algo. No quieren que me entere porque soy pequeña.

Se queda mirando el barro mientras habla.

Frieda escucha sin moverse, sin interrumpir. Las palabras de su amiga han despertado su memoria. En su mente se forma la imagen de un recuerdo: un chico rubio, de unos catorce o quince años. Muy delgado, guapo. Le sonríe, tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse del barro después de que alguien la empujara. Ella es muy pequeña; no sabría decir cuántos años tiene. De algún modo sabe que ese chico es real. Pero ¿dónde está? ¿Quién es y dónde se ha marchado?

—¿Y dices que los escuchas hablar? —pregunta Frieda.

—Desde hace semanas, por las noches, mi madre y él se encierran en su habitación. Los oigo hablar por lo bajo… tan bajo que no alcanzo a escuchar lo que dicen —Gudrun se pasa la lengua por los labios—. Pero sí he escuchado a mi hermano llorar.

Frieda abre un poco los ojos.

—Creo que mi madre sabe que se irá pronto. Y lo está preparando para ello. Guarda un maletín debajo de la cama. El otro día miré en su interior sin que ella me viera y es bastante extraño.

—¿Por qué? ¿Qué había?

—No sé. Había pelo. No uno suelto, sino un montón, como si le hubieran arrancado a alguien el pelo y lo hubieran atado a una goma. Y también papeles con algo escrito que no entiendo.

En ese momento una punzada atraviesa la mandíbula de Frieda.

El dolor llega de golpe, como una descarga que le sube desde la encía hasta el oído.

—Ah…

Se lleva la mano a la cara, presionando la mandíbula.

Gudrun la observa.

—¿Te siguen doliendo las muelas?

Frieda asiente con dificultad.

—Mucho… cada vez más. Mi madre dice que el doctor vendrá pronto, que él me curará.

Gudrun hace una mueca.

—Pues espero que no tarde mucho en irse esta vez.

Frieda la mira.

—¿Por qué?

—Detesto cuando viene a mi casa —dice Gudrun—. Mi madre le sirve la mejor carne que tenemos y luego no queda nada para mi hermano y para mí.

Aplasta otra miga de pan entre los dedos.

—¿Tu madre también hace eso? —inquiere Frieda, sorprendida.

—Todas lo hacen, Frieda.

Durante unos segundos ninguna habla.

El sol sigue colándose entre las ramas, iluminando el barro del patio.

De pronto, Gudrun recuerda algo.

—Por cierto...

Mete la mano dentro de la manga de su abrigo y saca un pequeño trozo de papel doblado varias veces.

Se lo entrega.

—Toma. Yo ya lo he encontrado. Ahora te toca a ti —dice Gudrun. Se limpia los dedos en el pantalón antes de continuar—. Mi hermano dice que te esfuerces más esta vez.

Frieda desdobla el papel.

Dentro hay una serie de letras y números escritas en mayúsculas, sin sentido aparente.

Lo observa y sonríe.

—Esta vez lo encontraré —contesta.

6

Oriol Duarte conduce el Suzuki Swift por las calles húmedas de Bergen mientras el cielo gris parece aplastar la ciudad contra el fiordo. Sigue lloviendo y el limpiaparabrisas se esfuerza por mantener limpia la luna delantera. Se dirigen a Sandviken, a la casa de Nora, siguiendo una ruta que ya empieza a resultarle familiar pese a llevar solo unos días en la ciudad.

Jason ocupa el asiento del copiloto. Tiene el teléfono en la mano y desliza el dedo por la pantalla sin apartar la vista. Cada pocos segundos aparece un vídeo nuevo: gente cayéndose de forma ridícula al intentar hacer un baile viral, tipos disfrazados gastando bromas absurdas a desconocidos en la calle, mascotas reaccionando de manera exagerada a sonidos que ni siquiera se oyen en el vídeo. Nada que despierte la atención del inspector Duarte, pero que a su nuevo compañero, que dispone de una mente brillante, parece entretenerle mucho.

Sus pensamientos se centran en otros asuntos. Él no puede desconectar como Jason.

El hotel Opus XVI queda atrás en su memoria como una anomalía que ha resultado más agradable de lo que esperaba. No puede negar que hacía mucho tiempo que no dormía en una cama así de cómoda. La habitación era enorme, probablemente más grande que algunos de los apartamentos en los que ha vivido a lo largo de su vida. El colchón firme, las sábanas impecables, el silencio absoluto del edificio. Durante unas horas olvidó la sensación constante de provisionalidad que suele acompañar su trabajo.

Todo eso ha terminado de manera abrupta al sonar el despertador a las siete en punto.

Ayer, cuando regresaron de comisaría con el fajo de billetes de marcos alemanes, Nora estaba furiosa. No trató de disimularlo. La realidad es que Oriol había previsto ese movimiento hace semanas, cuando comenzó a planificar el caso. Desde el mismo momento en que tuvo la ocurrencia de realizar un cambiazo si la ocasión se presentaba ante él, supo que a ella no le gustaría.

No puede culparla por ello, su enfado está justificado ya que accedieron a esa sala a través de la influencia de su tío. Pero Oriol sabe que, si se lo hubiera dicho antes, ella habría intentado impedirlo.

No podía permitirse eso. Hay daños colaterales que debe asumir.

Ahora que ya no pertenece a la Interpol —aunque sea de manera provisional—, cada movimiento cuenta el doble. No dispone de recursos oficiales, ni de acceso directo a pruebas, ni de autoridad para exigir nada. Todo lo que puede hacer es moverse en los márgenes y aprovechar las pocas oportunidades que aparecen.

Y aquella lo era.

Había analizado durante horas las fotografías de las pruebas del caso, ampliándolas en su portátil, comparando tamaños, sombras y proporciones. Necesitaba recrear algo que se pareciera lo suficiente al fajo original como para pasar desapercibido durante unos minutos. No fue sencillo. Durante días pensó que tendría que imprimir los billetes en papel similar al de la época, algo que le parecía una chapuza incluso antes de intentarlo.

Por suerte apareció aquel anuncio en la aplicación de compraventa FINN.

Un vendedor ofrecía exactamente lo que él necesitaba: billetes de cincuenta marcos alemanes con el retrato de Albrecht Dürer. Antiguos y algo deteriorados; lo bastante gastados como para que nadie se detuviera a examinar cada detalle. Oriol los compró sin dudar.

Después vino la parte más delicada. Utilizó un programa informático para medir la escala de la fotografía original y calcular la altura aproximada del fajo. Con esa referencia apiló los billetes hasta conseguir un volumen casi idéntico. No perfecto, pero sí lo bastante convincente como para dar el pego.

Luego solo tuvo que esperar a que llegara el momento adecuado, la distracción precisa, el instante en que nadie prestara atención al intercambio.

Y todo salió bien.

Exhala lentamente mientras el coche avanza entre casas de madera y calles estrechas que descienden hacia el puerto,

preguntándose si a Nora ya se le habrá pasado el enfado.

Jason sigue deslizando el dedo por la pantalla del móvil, soltando una risotada cada pocos segundos. Si no lo conociera, sería imposible imaginar de lo que es capaz.

Ayer convirtió el salón de Nora en su nuevo centro de operaciones. Lo dejó todo programado y exigió que nadie tocara el ordenador bajo ningún concepto. Ni apagarlo, ni cerrar programas, ni siquiera mover el ratón.

Según explicó, había dejado en marcha varios programas de rastreo de credenciales. *Software* diseñado para buscar filtraciones, accesos débiles y puertas mal cerradas en redes corporativas. Su objetivo era sencillo sobre el papel y extremadamente delicado en la práctica: obtener nombres de usuario y contraseñas válidas de empleados con acceso a bases de datos de ADN.

Con suerte, alguno de esos accesos les permitiría consultar perfiles genéticos de manera limpia, sin que nadie pudiera después seguir el rastro hasta el ordenador de Nora. En eso es extraordinariamente bueno: nadie ha conseguido dar con él. Jamás.

Esta vez, su estrategia se ha centrado en ataques a distintos organismos que gestionan bancos de ADN en Europa y Norteamérica, utilizando herramientas de ingeniería social automatizada y pequeños fragmentos de *spyware* capaces de capturar credenciales si alguno de los objetivos cometía el más mínimo descuido.

El coche gira por la última curva antes de llegar a la casa de Nora.

Oriol reduce la velocidad y aparca frente a la puerta, junto al bordillo húmedo. El motor se detiene y durante unos segundos solo se escucha el sonido suave de la lluvia cayendo sobre el parabrisas.

Jason guarda el teléfono en el bolsillo y estira los brazos como si acabara de despertarse de una siesta.

Ambos bajan del coche sin cruzar una sola palabra.

Están a punto de subir los dos escalones del porche cuando la puerta se abre.

Nora aparece en el umbral.

No parece sorprendida de verlos. Probablemente ha escuchado el coche al detenerse frente a la casa.

Sus ojos se detienen primero en Jason y luego un segundo más de lo normal en Oriol.

Y ese pequeño gesto basta para que Oriol entienda que el enfado de la noche anterior sigue exactamente donde lo dejaron.

Nora ha dormido poco. Tan solo un puñado de horas entrecortadas en las que su mente no ha dejado de girar alrededor de lo ocurrido el día anterior. Normalmente eso le preocuparía; se habría mirado en el espejo y habría empleado mucho tiempo en intentar disimular sus ojeras con una buena capa de maquillaje.

Hoy no. Hoy lo último que le importa es el aspecto que tiene cuando abre la puerta de su casa y ve a Oriol Duarte plantado frente a ella, como si nada hubiera pasado.

El resentimiento aparece de inmediato.

Aun así, se hace a un lado y los invita a entrar.

Jason entra el primero y se deja caer en una de las sillas de la cocina.

—¿Tienes algo de café? —pregunta.

Nora se gira y abre uno de los armarios.

—Yo también necesito uno. Haré para todos.

Oriol se quita la chaqueta y la deja doblada sobre el respaldo de una silla. No aparta la mirada de ella mientras se mueve por la cocina, midiendo el café, llenando la cafetera, encendiendo la placa.

—Siento mucho lo que sucedió ayer —le dice.

Nora deja caer los hombros. La frase llega demasiado tarde para aliviar nada.

—Tenías que haberme avisado —responde—. Si fuera algo que me repercutiese solo a mí, me hubiera dado igual, pero le había pedido un favor a mi tío. Con lo que lo has puesto en riesgo a él.

—¡Alto, alto, alto! —interrumpe Jason de repente—. ¿Qué está pasando aquí? No me habíais contado nada.

Nora y Oriol lo miran al mismo tiempo, pero ninguno responde.

—Tienes que entender que era la única forma —continúa explicando Oriol—. Si te hubiera avisado, te habría expuesto al

peligro. De no haber salido bien, tú podrías haber alegado que no sabías nada y la culpa habría recaído en mí.

Nora se cruza de brazos.

—Creo que te he demostrado que soy alguien en quien se puede confiar.

—Precisamente por eso trabajamos juntos. Esta investigación tiene sus limitaciones. Por un lado, ya no ejerzo como inspector de policía y eso, créeme, hace que todo sea más difícil. Y por otro, no podemos llamar la atención mientras Jason esté con nosotros.

—Ah, por eso no te preocupes, amigo —suelta Jason con una media sonrisa—. Ya tengo arreglada mi vía de escape. En cuanto huela el peligro, desapareceré y ninguno de los dos podrá encontrarme. Bueno… más bien nadie, en realidad.

Nora deja la cafetera sobre la placa y espera a que el agua empiece a calentarse. Durante unos minutos no dice nada.

Jason le clava la mirada a Oriol y abre los brazos con las palmas hacia arriba, pidiendo explicaciones. Él aprovecha el momento para contarle lo sucedido ayer y Jason se tapa la boca para que Nora no vea la sonrisa que se ha dibujado en su rostro al conocer la historia que ha generado la disputa.

—¿Qué piensas hacer con los billetes? —pregunta Nora, finalmente.

—A primera hora he contactado con Markus Graff —responde Oriol —. Es un viejo amigo de la Interpol que además es forense. Ha trabajado algún tiempo en Noruega y le he pedido que me ayude a encontrar un laboratorio donde puedan extraer el ADN de la prueba y sean discretos.

Nora asiente despacio mientras apoya las manos en la encimera.

—Solo lo haré —añade Oriol— si tú estás de acuerdo. Si no es así, lo entenderé y buscaré otra manera.

Ella se lo piensa unos segundos. La cafetera empieza a burbujear.

—¿Dónde está ese laboratorio? ¿Es fiable?

—En Seim, a menos de una hora de aquí.

Nora levanta la cabeza, sorprendida.

—¿En Seim? Es un pueblo muy pequeño. ¿Estás seguro?

—Sí. Según me ha contado Markus, es un biólogo que antes fue policía. Con el auge del sector privado, donde se cobran auténticas fortunas por los análisis genéticos, montó su propio equipo y ahora trabaja por su cuenta. Dice que su empresa factura más de dos millones de euros al año.

Jason suelta un silbido bajo.

Durante unos segundos nadie dice nada.

Nora coloca los brazos en jarra y baja la mirada al suelo de la cocina. Piensa en su tío. En la comisaría. En lo cerca que estuvieron de que todo saliera mal. Luego vuelve a mirar a Oriol.

—¿Prometes tenerme en cuenta la próxima vez?

—Lo haré.

Nora sostiene su mirada un instante más, midiendo si cree o no en esa promesa.

Después asiente.

—Entonces le llevaremos los billetes cuando terminemos aquí.

7

Jason no puede evitar sonreír mientras observa el conato de discusión entre Oriol y Nora. Trabajar con el inspector Duarte está resultando mucho más entretenido de lo que esperaba.

Le gusta cómo piensa. La forma en que analiza cada detalle, la manera casi instintiva con la que conecta piezas. Se comporta como un director de orquesta que mueve la batuta marcando los tiempos.

De no ser consciente de su propia volatilidad, quizá incluso le pediría convertirse oficialmente en su compañero. Investigar juntos. Resolver casos.

Pero eso sería una pésima idea, claro.

Jason sabe que tarde o temprano se cansaría. Siempre ocurre. La emoción inicial, el estímulo intelectual, el desafío… Para él, todo eso termina perdiendo fuelle con el tiempo y acaba relegado a la intrascendencia. Así ha sido siempre.

Además, hay un detalle nada menor que lo imposibilita: su identidad debe permanecer oculta. Si alguna vez su nombre real aparece donde no debe, el resultado sería bastante simple.

Podría ir a la cárcel.

Y Jason no tiene la menor intención de que eso ocurra.

Cuando las aguas se calman entre Oriol y Nora, señala con el dedo la silla frente al ordenador. Se dirige hacia allí y se sienta. Detrás de él se acomodan ambos. No hace falta que los mire para notar su expectación. Demasiado callados y pendientes de la pantalla, esperando descubrir si el plan ha funcionado o no.

Jason, en cambio, no tiene ninguna duda.

Tal vez los datos no sirvan de nada. Tal vez no encuentren ninguna coincidencia útil. Pero está convencido de que el *software* que él mismo diseñó funciona a la perfección y habrá conseguido interceptar las credenciales necesarias para acceder a las diferentes bases de datos.

La pantalla del ordenador se enciende con un leve movimiento del ratón. Después, abre el programa de rastreo que dejó ejecutándose ayer, antes de marcharse al hotel.

La ventana se despliega en el monitor y Jason solo tarda un instante en localizar lo que busca.

Cuatro pequeños iconos aparecen alineados en la interfaz del programa. Los observa uno por uno con atención. Los cuatro muestran un tic de color verde.

Entonces apoya la espalda en la silla, deja escapar una breve exhalación satisfecha y murmura una sola palabra.

—Bingo.

—¿Ha dado resultado? —pregunta Oriol desde detrás.

Jason deja escapar una pequeña risa nasal antes de responder.

—Por favor, amigo…

La frase queda flotando en el aire con un tono claramente presumido. No necesita añadir nada más; su forma de decirlo lo evidencia.

Por primera vez desde que han llegado a la casa, Nora sonríe, y eso lo reconforta de alguna manera. Se gira y vuelve a enfrentarse al teclado con una energía renovada.

Ahora su tono de voz cambia, recreándose en cada palabra.

—Bien. Probemos suerte con la primera. La que más perfiles genéticos contiene. —Sus dedos vuelan sobre el teclado—. Combined DNA Index System. CODIS. La gestiona el FBI.

La ventana de acceso aparece en el monitor principal y Jason la arrastra con el ratón hasta uno de los monitores laterales. Mientras tanto, abre una pequeña consola negra donde su programa ha ido almacenando las credenciales obtenidas durante la noche. Copia una cadena de caracteres absurdamente larga y la pega en el campo de acceso.

Nora frunce el ceño.

—¿Has *hackeado* al FBI desde mi ordenador?

Hay una preocupación evidente en su voz.

Jason ni siquiera se gira al principio. Continúa escribiendo con tranquilidad.

—No sufras. A efectos prácticos, no estoy usando tu ordenador. —Pulsa una tecla—. No soy idiota.

Entonces se gira hacia ella por encima del respaldo de la silla.

—Encadeno varias VPN, utilizo proxies, botnets… y voy dejando trampas en el camino. A día de hoy, solo hay una persona en el mundo capaz de dar conmigo.

Nora lo observa con cierta incredulidad.

—¿Y quién es?

Jason mantiene su mirada unos segundos antes de contestar.

—Yo mismo.

Oriol, en cambio, sigue completamente concentrado en la pantalla.

Jason vuelve al teclado. Un instante después aparece la interfaz interna de CODIS. Introduce en el buscador el perfil genético de la mujer de Isdal, que ya tiene preparado en un archivo.

La secuencia aparece como una larga cadena de letras: A, G, C y T.

Jason habla mientras pega los datos.

—El ADN se codifica con cuatro bases: adenina, guanina, citosina y timina. Cada una, representada por una letra. Cuando comparas perfiles genéticos, lo que haces es alinear miles de estas posiciones y buscar patrones idénticos en ciertos marcadores específicos.

Pulsa enter.

En la pantalla aparece una barra de progreso que avanza con rapidez.

Solo tarda unos segundos.

El mensaje surge en el centro de la pantalla con claridad.

«Sin coincidencias».

Jason observa el resultado sin sorpresa alguna y Oriol asiente lentamente.

—Era esperable. Si hubiera habido alguna coincidencia de ADN en esa base de datos, lo más probable es que hubiera aparecido en 2010, cuando se cotejó el ADN con las bases existentes. CODIS ya estaba en funcionamiento —explica el inspector Duarte.

Jason ya está moviendo el ratón hacia el siguiente acceso, sin perder un solo segundo.

—Vamos con la siguiente. —Abre otra ventana. Esta vez el logotipo es mucho más sobrio—. National DNA Database.

Hace una pausa breve mientras copia las nuevas credenciales.

—Es una gran base de datos británica. La gestiona el Ministerio del Interior del Reino Unido. Durante años ha sido una de las mayores del mundo —explica Jason.

Introduce los datos robados.

La interfaz que aparece es mucho más austera que la anterior. Casi no hay colores. Todo parece diseñado con una lógica puramente funcional: campos de texto, menús simples y un botón con el símbolo de una lupa.

Jason pega de nuevo la secuencia genética de la mujer de Isdal y lanza la búsqueda.

Un segundo. Dos.

Y entonces aparece el resultado.

«El perfil genético introducido no coincide con ninguno de los alojados en esta base de datos».

El silencio vuelve a instalarse en la habitación mientras la frase permanece en el monitor.

—Bueno… —titubea Jason antes de continuar—. Aún nos quedan dos.

Nora ha comenzado a morderse las uñas. El semblante de Oriol, en cambio, continúa imperturbable.

Jason ejecuta la siguiente búsqueda. Durante unos segundos nadie dice nada.

El resultado aparece.

Nada.

La base de datos de la Prüm Convention, la más utilizada en Europa para intercambios de ADN entre países, tampoco muestra coincidencias.

Nora deja escapar una pequeña mueca de fastidio.

Jason lo percibe de reojo.

—Bien —dice, sin perder el tono despreocupado—. Nos queda la última bala. Vamos con AncestryDNA.

Abre el programa correspondiente y los tres se quedan mirando la pantalla. La *web* arranca con una pequeña cinemática: varias cadenas de ADN flotan sobre un fondo oscuro y comienzan a girar lentamente en espiral.

Jason sonríe.

—Vaya… Hay que reconocer que estéticamente es la mejor de todas.

Se inclina hacia el teclado e introduce el perfil genético de la mujer de Isdal. Las cadenas de letras vuelven a aparecer: A, G, C, T, repitiéndose en largas secuencias que el programa empieza a procesar.

Esta vez tarda un poco más.

La pantalla cambia y aparece una nueva ventana. En el centro del monitor aparece un nombre.

Claudia Adler.

Debajo, una ciudad: Núremberg.

—¡Hay una coincidencia! —exclama Nora, incapaz de contenerse.

Oriol se acerca a la pantalla casi de inmediato, apoyando las manos en el respaldo de la silla de Jason.

—¿Aporta algo más de información o eso es todo?

Jason entrecierra los ojos.

—No lo sé. Es la primera vez que entro aquí. Déjame ver.

Mueve el ratón. Hace clic en varios menús, abre pequeñas ventanas, examina los apartados con la curiosidad de quien explora un sistema nuevo. No tarda en descubrir un botón discreto situado en una esquina inferior: «Más información».

—Veamos…

Hace clic.

Una nueva ventana aparece y Jason lee el mensaje en voz alta.

—El perfil genético introducido tiene una coincidencia del 3,2%, lo que sugiere que se trata de una persona perteneciente a su árbol genealógico.

Se queda mirando el número unos segundos.

—Un 3,2%… —murmura—. No parece mucho. Aunque no tengo ni idea de cómo funciona esto.

Oriol se incorpora un poco más.

—Cada generación reduce aproximadamente a la mitad el ADN compartido —explica con calma—. Padres e hijos comparten alrededor del cincuenta por ciento. Abuelos y nietos, un veinticinco. Ese porcentaje significa que el parentesco es más lejano… quizá un

primo segundo o algo así. —Hace una pausa—. Pero es suficiente para confirmar que existe relación entre ambos.

Jason asiente lentamente.

—Entonces es más de lo que teníamos hace cinco minutos.

Nora mira la pantalla con atención.

—¿Hay algún dato de esa tal Claudia Adler?

Jason vuelve a moverse por la interfaz. Teclea un par de comandos y abre la ficha asociada al perfil.

—Aquí hay algo. Dirección y correo electrónico.

Jason gira el monitor para que puedan verlo mejor.

«Rothenburger Straße 118

90439 Nürnberg, Alemania».

Correo electrónico: claudia.adler.nbg@gmail.com

—Suficiente como para dar con ella —afirma Nora.

—Búscala —pide Oriol.

Jason obedece sin decir nada. Abre una nueva ventana del navegador y empieza a escribir el nombre.

Solo pasan unos segundos.

—Aquí está.

Varias redes sociales aparecen en la pantalla. Jason entra en uno de los perfiles y abre una fotografía reciente.

La imagen ocupa todo el monitor.

Una mujer joven aparece agachada sobre el césped de un campo de fútbol. Abraza a un niño que parece tener unos ocho o nueve años. El pequeño está cubierto de barro hasta las rodillas y sonríe orgulloso a la cámara con la camiseta amarilla del Borussia Dortmund.

Ella es guapa. Morena. Ojos claros.

Debe de tener poco más de treinta años.

Su brazo rodea los hombros del niño con naturalidad mientras los dos sonríen a la cámara, todavía respirando el entusiasmo del partido recién terminado.

Debajo de la fotografía aparece una frase.

«Con mi mayor tesoro».

Oriol tarda unos segundos en reaccionar cuando la fotografía aparece en la pantalla. Algo en su interior se activa y lo empuja a levantarse. Cruza el salón de Nora sin decir nada, dejando atrás el leve zumbido del ordenador donde Jason sigue sentado. La pizarra blanca donde se disponen las pistas del caso ocupa una pared entera junto a la ventana. Está repleta de nombres, fechas y flechas que conectan hipótesis aún por comprobar.

Se detiene frente a ella, coloca los brazos en jarra y la observa durante unos instantes con la cabeza ladeada, repasando mentalmente cada elemento del caso.

Después se gira hacia Nora.

—¿Puedo? —pregunta, señalando un pequeño hueco libre entre varias anotaciones.

—Por supuesto —contesta ella, acercándose.

Jason no se mueve de su sitio. Apoya los codos sobre la mesa y los observa con atención, como si estuviera asistiendo a una partida de ajedrez en la que intenta anticipar el siguiente movimiento.

Oriol toma el rotulador y escribe con letras claras:

«Claudia Adler».

«Núremberg».

Mientras lo hace, solo se escucha el sonido del rotulador deslizándose por la superficie blanca. Cuando termina, se aparta medio paso para contemplar lo que ha escrito.

—Jason, necesito que te encargues de investigar a esa mujer —dice sin apartar la vista de la pizarra—. Sus antepasados. Lo que tenemos claro es que algún punto de su árbol genealógico coincide con el de la mujer de Isdal. Tenemos que averiguar cuál. Comprueba si tiene algún familiar lejano que haya desaparecido. También podría ser que el punto en el que convergen sus ascendientes coincidiera con los años de la Segunda Guerra Mundial; si alguno de sus antepasados fue soldado, no resultaría extraño que hubiera embarazos no reconocidos. ¿Podrás ocuparte de ello?

Jason asiente desde la mesa.

—Claro. Me llevará un rato, pero no es difícil.

Oriol gira la cabeza hacia él.

—Consigue también su teléfono. Tal vez llamarla y preguntarle directamente sea una buena opción.

—¿Hablas alemán?

—Sí, perfectamente —responde Oriol—. Solo tengo que pensar en cómo hacerlo sin que eso nos genere un problema.

Se toma unos momentos para pensar antes de continuar.

—Nosotros vamos a Seim a llevar los marcos alemanes a ese laboratorio.

—De acuerdo —responde Jason.

Oriol vuelve a la pizarra.

—Pero antes quiero dejar esto aquí apuntado.

Comienza a escribir un bloque de letras mayúsculas sin ningún sentido aparente. Una sucesión irregular de caracteres que ocupa varias líneas. Cuando termina, añade al lado una pequeña anotación entre paréntesis. Se aparta, toma aire y empieza a escribir otro bloque similar justo debajo. Otra serie de letras, parecidas en estructura aunque no idénticas.

«X-B4-S7-R10-I15-H19-Q24-M28 (Mujer de Isdal)».

«X-B1-O6-C9-H12-M22-N26-P29-A2-C9-S16-F26-A2 (Hombre de Somerton)».

Deja el rotulador sobre la bandeja de la pizarra y se gira hacia ellos.

—Estos son los misteriosos códigos que se encontraron escritos en ambos cadáveres cuando fueron encontrados. Podría tratarse de una rocambolesca casualidad, pero son demasiado similares como para ignorar la posibilidad de que estén relacionados y correspondan a un mismo sistema de codificación.

Jason se queda mirándolos con atención.

—¿Cómo has conseguido el de la mujer de Isdal? —pregunta, contrariado.

—Lo vimos ayer, cuando el forense de la comisaría de Bergen nos enseñó las pruebas. Lo memoricé.

Oriol da un paso hacia Jason, que ha comenzado a asentir con gesto de aceptación.

—¿Puedes echarle un vistazo mientras estamos fuera? Quizá averigües algo.

Él se levanta entonces y se acerca despacio a la pizarra, estudiando las secuencias con cara de concentración.

—Sí, claro que puedo —dice al cabo de unos segundos—. ¿Sabes si lo han sometido a algoritmos criptográficos?

—Supongo que sí. Sería una chapuza de investigación en caso contrario.

Jason niega con la cabeza.

—Entonces no tengo tan claro que vaya a funcionar. Se trata de matemática pura. No hay mucho en lo que avanzar tecnológicamente en ese campo. Lo intentaré, pero si ya lo hicieron… Lo más normal es que no obtenga ningún resultado.

Oriol lo observa fijamente durante unos segundos.

—¿Dónde está el Jason Bennett que yo conozco?

Jason levanta la mirada; sus labios se curvan formando una sonrisa pícara.

—De acuerdo —dice finalmente—. Acepto el reto.

8

Oriol va sentado en el asiento del copiloto del Mercedes de Nora mientras el coche avanza por una carretera secundaria que serpentea entre colinas verdes. Le resulta relajante contemplar el paisaje a través de la ventanilla. Bergen queda atrás y el entorno se vuelve cada vez más rural, más silencioso.

La vegetación domina allá donde alcanza la vista. Bosques que parecen no tener fin se despliegan a ambos lados de la carretera. Entre los árboles reconoce algunos abedules de troncos pálidos y verticales que destacan entre la maraña verde, y también pinos altos que se elevan formando un techo irregular sobre el entorno. En algunos claros aparecen pequeñas casas dispersas que parecen perdidas entre la frondosidad.

Se deja llevar por la conversación de Nora, que hoy parece especialmente habladora. Durante el camino le ha preguntado por varios de sus casos. Primero, por Némesis, con un interés que va más allá de la simple curiosidad. Después, por aquel caso antiguo en el lago de Como. Sus preguntas son serias y bien dirigidas. No como las que suelen hacerle los periodistas en busca de una anécdota morbosa o un detalle escabroso que funcione bien como titular. Ella no parece interesada en el espectáculo de la violencia ni en los giros dramáticos que alimentan portadas.

Sus preguntas son diferentes.

Quiere saber cómo piensa. Cómo decide qué pista seguir primero. Qué hace cuando tiene varias hipótesis y ninguna encaja del todo.

Le pregunta por su instinto, pero también por el método que hay detrás de él. Oriol se da cuenta enseguida de que está intentando comprender su forma de trabajar, desmenuzarla. No busca la historia; busca el proceso.

Y eso le gusta.

Está acostumbrado a entrevistas donde lo único que importa es el momento más impactante del caso o la parte más oscura de una investigación. Nora, en cambio, va más allá y Oriol piensa que muchos reporteros deberían aprender de ella.

Lo que más le llama la atención de Nora Larsen es que podría vivir perfectamente al margen de todo aquello. Su familia tiene dinero suficiente como para que no tenga que preocuparse nunca por trabajar, si así lo desea. Podría llevar una vida cómoda, sin sobresaltos.

Sin embargo, ha elegido algo mucho más incómodo: perseguir historias olvidadas, investigar verdades que la mayoría de las personas preferirían dejar enterradas. Eso es tan honorable como inusual.

El trayecto hasta Seim dura alrededor de cuarenta minutos. El Mercedes abandona la carretera principal y toma un desvío más estrecho que se interna todavía más en el bosque. El asfalto se vuelve irregular, bordeado por una hilera de árboles que se inclinan sobre la calzada. Una valla publicitaria capta su atención mostrando colores llamativos y la fotografía de una mujer atractiva, en pose sugerente, que anuncia un club nocturno.

Oriol se incorpora ligeramente en el asiento cuando comprueba en su móvil que han llegado a su destino. Aparece una propiedad al final del camino. Una casa aislada, rodeada de terreno abierto y vegetación, lo suficientemente apartada para intuir el estilo de vida ermitaño de su propietario.

Ese es el lugar que les indicó el inspector Graff. La residencia de Leif Dahl.

Según le ha explicado su antiguo compañero, el laboratorio en el que trabaja desde que abandonó el cuerpo de policía se encuentra en su propio hogar. Hace años dejó su puesto como especialista en análisis de ADN para emprender su propio negocio en el sector privado, un proyecto personal que, por lo que parece, le ha ido bastante bien.

Nora detiene el coche frente a la casa. Oriol observa el lugar durante unos segundos antes de abrir la puerta.

La casa aparece recortada unos metros más adelante, elevada sobre el terreno que desciende hacia la ribera del fiordo junto al que se alza. La superficie gris se abre paso entre las colinas como una lengua de mar que penetra en tierra firme. Desde allí se aprecia el pequeño asentamiento costero de Seim, repleto de viviendas

unifamiliares dispersas, construidas a ambas orillas, cada una con su pequeño embarcadero. Un lugar tranquilo, aislado del mundo.

La vivienda de Leif Dahl es considerablemente más grande que las demás. Está construida en madera y pintada de un verde que camufla la construcción, rodeada de bosque. El tejado es inclinado y cubierto con tejas negras.

Se bajan del coche y caminan. Solo se escucha el viento suave que llega desde el fiordo.

Es Nora quien llama, golpeando la madera con los nudillos.

Durante unos segundos no sucede nada.

Después se oye el sonido de unos pasos en el interior y la puerta se abre.

El hombre que aparece al otro lado encaja bastante bien con la imagen que Oriol se había formado. Está pasado de peso, con el rostro redondeado y algo enrojecido. El pelo rubio que le queda es escaso y se concentra en los laterales de la cabeza, dejando una amplia zona despoblada en la parte superior. Debe rondar los cincuenta y muchos años y su cuerpo sugiere que hace décadas que no practica ningún tipo de ejercicio. Los observa alternando la mirada entre ambos a través de unas gafas grandes de pasta negra.

—Buenos días —dice.

Nora sonríe con cordialidad.

—Hola, me llamo Nora y él es Oriol. ¿Es usted Leif Dahl?

El hombre asiente, ladeando la cabeza, como si tratara de entender qué hacen allí.

—Nos gustaría hablar con usted acerca de su trabajo como analista de perfiles genéticos. ¿Podría atendernos unos minutos? —pregunta Oriol.

Dahl se muestra sorprendido.

—¿Sois policías?

Nora se queda callada. Es Oriol quien responde.

—¿Ayudaría de ser así?

El hombre vacila antes de responder.

—Supongo que no.

De pronto vuelve a fijarse en Nora.

—Me suena mucho tu cara —dice—. ¿Te conozco de algo?

Ella se sonroja.

—Tengo un pódcast sobre investigación criminal que publico en internet. NordicNoir. Tal vez sea de eso.

El hombre levanta una mano y chasca los dedos.

—¡Eso es! —exclama—. Sabía que te había visto antes.

Luego vuelve a mirarlos con curiosidad.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

Oriol responde sin dudar.

—Soy amigo de Markus Graff, es inspector en la Interpol. Fue él quien me habló de usted. Solo queremos hacerle unas preguntas sobre su trabajo para el pódcast de Nora. Nos dijo que usted era el hombre más indicado.

El nombre parece surtir efecto.

—¡Ah, Markus! Sí, claro, lo recuerdo —murmura el hombre, pensativo—. ¿Eso dijo?

Se queda unos segundos en silencio y finalmente se aparta de la puerta.

—Está bien, pasad, pasad.

Oriol y Nora entran en la casa.

El interior es amplio y sorprendentemente moderno. La vivienda ha sido reformada con materiales de gran calidad. La madera domina casi todo el espacio, aunque combinada con superficies metálicas y cristal que aportan un aire contemporáneo. Sin embargo, el orden no parece ser una prioridad para su dueño.

Hay papeles apilados sobre una mesa, varias cajas abiertas junto a una pared y un par de chaquetas tiradas sobre el respaldo de una silla. Ciertos detalles dejan claro que Leif Dahl gana bastante dinero con su trabajo. El suelo es de parqué, una lámpara de araña de diseño moderno cuelga del techo frente a la escalera principal y, en el salón, destaca una enorme televisión que ocupa prácticamente toda la pared. En este momento, la pantalla emite las imágenes de todas las cámaras de seguridad de la casa, dispuestas en cuadrículas.

Oriol se fija en un detalle sobre la mesa de centro junto al sofá. Solo necesita un segundo para entender que tal vez le sea útil.

—Les ofrecería algo de beber —dice el hombre mientras avanza por el recibidor—, pero me he quedado sin nada. Tengo que ir a comprar. Esta zona es fabulosa para que nadie te moleste y llevar una vida tranquila, pero está lejos de todo, así que suelo hacer la compra solo una vez por semana.

—No se preocupe, señor Dahl —responde Nora.

El hombre levanta una mano.

—¡Oh! Llámame Leif, por favor —contesta, ahora con un tono más relajado. Después, agarra el mando y apaga la televisión—. Es una zona un poco apartada y el año pasado hubo varios robos en el barrio. El equipo que tengo es caro, así que toda precaución es poca —comenta a modo de justificación.

Se gira y señala una puerta junto a la escalera.

—Venid, os enseñaré el laboratorio.

La abre y aparece una escalera que desciende hacia el sótano.

Leif baja primero. Nora lo sigue y Oriol cierra el grupo.

El espacio al que llegan no tiene nada que ver con el resto de la casa. Allí abajo todo está perfectamente organizado. Se trata de un laboratorio completamente equipado, iluminado por paneles blancos que proyectan una luz uniforme sobre las superficies de trabajo.

Oriol reconoce varias máquinas al instante.

Sobre una de las mesas se encuentra un termociclador de PCR, el dispositivo que sirve para amplificar fragmentos de ADN y copiarlo. Cerca de él hay un secuenciador genético automático, una máquina grande con pantalla integrada que analiza la secuencia exacta de las bases del ADN. También hay centrífugas de laboratorio, cabinas de flujo laminar y probetas.

Algunos de los equipos están en funcionamiento. Las pantallas muestran gráficos y secuencias alfanuméricas que cambian lentamente.

Sobre una larga bancada metálica hay varias bandejas con tubos de ensayo y pequeñas placas de muestra, todas perfectamente etiquetadas con códigos y fechas.

Leif se detiene en el centro del laboratorio con cierto orgullo.

—Aquí es donde paso la mayor parte del tiempo. Trabajo para varias compañías que gestionan bancos genéticos privados.

Analizamos muestras, verificamos coincidencias familiares… Ese tipo de cosas.

Oriol recorre el lugar con la mirada.

—Markus nos ha contado que antes eras policía —comenta Oriol.

El hombre suelta una pequeña risa nasal.

—Sí, pero dejé esa vida. Siendo funcionario, uno no puede avanzar ni prosperar. Al final, el sueldo está marcado por unos límites y da lo mismo que trabajes más o menos. Creo que, por esa falta de incentivos, la gente se estanca.

Carraspea mientras apoya una mano sobre la bancada.

—Yo vi una oportunidad —continúa—. Es un mercado con mucha competencia, pero en aquel entonces no había mucha gente que supiera procesar correctamente las muestras de ADN y cada vez la demanda era mayor.

Oriol observa cómo algunas de las máquinas siguen funcionando a su alrededor, emitiendo un zumbido suave.

—¿Ya no colaboras con la policía?

—No. —Leif niega con la cabeza—. A mí me mandan muestras y yo realizo el perfil genético. Fácil, rápido y sencillo. Envío una factura a la compañía y me pagan por ello.

—Parece que es muy rentable.

—Lo es, desde luego —responde Leif sin ocultar cierto orgullo—. Y me permite una vida cómoda. Trabajo por las mañanas y el resto del día lo tengo para mí.

Oriol decide dar un pequeño rodeo antes de llegar al punto que le interesa.

—¿Vives solo?

El hombre asiente, aunque la pregunta parece incomodarle. Durante un instante, su mirada se desvía hacia una de las máquinas antes de volver a ellos. Luego señala uno de los equipos.

—¿Queréis que os enseñe cómo funciona?

Oriol levanta una mano y niega suavemente con la cabeza.

—No es necesario. —Hace una breve pausa—. En realidad, Leif, hemos venido por otro asunto.

Mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca la bolsa transparente de pruebas. Dentro se distingue con claridad el fajo de

marcos alemanes que robó de la comisaría.

Lo levanta un instante y después lo deja sobre la bancada metálica.

Oriol no aparta la vista del rostro de Leif Dahl.

El cambio es inmediato.

El hombre se queda completamente quieto, con la mirada fija en la bolsa. Sus ojos recorren el plástico, los billetes, el precinto. No parece sorprendido.

Oriol se dispone a explicarle qué es y lo que quieren que haga con la muestra.

Pero Leif se adelanta.

—¿De dónde habéis sacado eso?

El inspector Duarte se toma un segundo para pensar.

—¿Sabes lo que es?

Leif asiente despacio.

—Sí. No es la primera vez que lo veo. Es una de las pruebas halladas en el maletín encontrado en la estación que pertenecía a la mujer de Isdal.

Nora intercambia una rápida mirada con Oriol.

—Conoces el caso a la perfección, por lo que veo.

Leif niega con suavidad.

—No tanto. Pero hace años un agente de policía contactó conmigo cuando yo estaba destinado en el laboratorio de criminalística de Bergen. Me enseñó unas fotos de las pruebas, entre las que se encontraba ese fajo de billetes. Me tanteó para realizar un análisis de ADN fuera de la investigación.

Hace una pausa, como si estuviera reconstruyendo mentalmente la escena.

—Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo perfectamente. El tipo vino por su cuenta. Sin una orden judicial. Ni siquiera formaba parte del grupo de homicidios, que son quienes se encargan de estas cosas. Así que no llegamos a entendernos.

Nora se sobresalta.

—¿Recuerdas cómo se llamaba ese hombre?

Leif asiente.

—Sí. ¿Cómo olvidarlo? Falleció una semana después. Se llamaba Arnold Larsen.

Al escuchar el nombre de su padre, el rostro de Nora cambia por completo.

9

Nora se queda completamente inmóvil.

Sus hombros se tensan, la mandíbula se contrae y, durante un instante, olvida incluso cómo respirar. El mundo que la rodea se ha detenido con ella y amenaza con derrumbarse.

Arnold Larsen.

No ha sido producto de su imaginación; Oriol ha escuchado lo mismo. Lo percibe en cuanto sus miradas se cruzan y encuentra cierta condescendencia en esos ojos marrones que la atraviesan.

Puede tratarse de un error.

—¿Arnold Larsen? ¿Estás seguro?

Su voz suena distinta. Más grave. Contenida a duras penas.

—Completamente —responde Leif Dahl con naturalidad.

Nora observa al hombre con atención. No parece consciente del terremoto que acaba de provocar. Permanece apoyado contra la mesa de trabajo, con los brazos cruzados y el gesto tranquilo de quien cree estar relatando algo sin demasiada importancia.

Consigue reunir fuerzas para continuar.

—¿Te dijo por qué motivo quería que realizaras un nuevo análisis de las pruebas de la mujer de Isdal?

El hombre niega con la cabeza. Sus mofletes tiemblan como gelatina.

—Lo cierto es que no. Yo a ese tipo no lo conocía, pero después empecé a escuchar historias sobre él.

La reacción de Nora es inmediata.

—¿Qué clase de historias?

Hay un matiz de tensión en su voz que Leif percibe al instante. Ahora la observa con mayor interés.

—¿Acaso lo conocías?

Antes de que Nora responda, Oriol interviene. Da un paso al frente y se coloca entre ambos, haciéndole un pequeño gesto con la mano.

Nora lo entiende de inmediato.

Debe contenerse y dejar que sea Oriol quien siga con las preguntas; si sigue hablando ella, meterá la pata.

El inspector Duarte sostiene la mirada del hombre con calma.

—No lo relacionábamos con la investigación que estamos llevando a cabo —dice con tono neutro—. Por eso nos asombra lo que acabas de decir.

Pero la curiosidad de Leif ya está despierta.

—¿Qué investigación? ¿De qué va todo esto?

La conversación cambia de dirección. Oriol sopesa la situación durante un instante. Han llegado demasiado lejos para andar ahora con evasivas y, si quiere que Leif siga hablando, tendrá que ofrecer algo a cambio.

Suspira.

—Soy agente de la Interpol —dice finalmente mientras saca la placa y se la muestra durante apenas unos segundos—. Estoy colaborando con Nora para intentar esclarecer algunos aspectos de la investigación llevada a cabo sobre el caso de la mujer de Isdal a lo largo de estos años.

Leif arquea una ceja.

No parece impresionado, pero sí intrigado.

—Entiendo —dice después de unos segundos.

Nora observa cada reacción del hombre. Siente el pulso acelerado en las sienes, pero mantiene el rostro inexpresivo.

Oriol guarda la placa y retoma la conversación.

—¿Te dijo Arnold Larsen algo que pueda ayudarnos a entender por qué quería investigar el caso por su cuenta?

Leif se toma su tiempo antes de responder. Sus dedos tamborilean brevemente sobre la mesa mientras ordena sus recuerdos.

—Bien… te diré lo que sé.

Nora nota cómo el aire se queda atrapado en su pecho.

—Cuando vino a verme, estaba muy nervioso. De hecho, me amenazó cuando le dije que no colaboraría con él. Yo creo que… Bueno, no estoy seguro, pero creo que iba drogado.

Nora se muerde el labio, tan fuerte que nota el sabor a sangre. Comienza a ser casi imposible contenerse.

—¿Por qué crees que iba drogado? —pregunta Oriol.

—Por cómo hablaba, por los ojos rojos… Además, luego me enteré de que Larsen tenía problemas con las drogas.

—¡Eso es mentira! —grita Nora.

Oriol se gira y le pide calma con un gesto de las manos. Ya es tarde para eso. Nora está llorando y su rostro desencajado transmite una ira creciente que desvela sus sentimientos.

—Os estoy contando lo que sé porque me habéis preguntado. Si no os gusta la respuesta, lo siento.

—Discúlpanos, Leif. Son muchas emociones juntas. Olvídalo, por favor. ¿Has dicho que te amenazó?

Leif mira a Nora de reojo, dudando si responder o no. Finalmente asiente.

—Sí. No fui el único que tuvo problemas con Larsen. Luego supe que su compañero le había puesto una queja y que Asuntos Internos había empezado a investigarlo… pero alguien desde arriba lo había tapado.

Nora siente cómo algo se remueve en su interior.

—¿Puedes darme más detalles? Es importante para nosotros.

Leif titubea un instante.

—Por lo visto, era el cuñado de Kjell Hagen, el famoso empresario. Recuerdo que se comentaba que tuvo que interceder porque a Larsen se le había ido la cabeza y querían echarle. Pero el jefe de la comisaría de Bergen es Knut Moen. Bueno… El jefe era realmente su padre, Rikard Moen, que era el alcalde por aquel entonces. Su hijo era su extensión en la comisaría, hacían lo que les daba la gana. Hagen les pidió un favor y ocultaron lo de Larsen. A la semana, tuvo la mala suerte de que le dispararan en una gasolinera. Eso es lo que se oía por los pasillos.

Nora baja la mirada un segundo. Las palabras caen como golpes secos.

—¿Sabes si le ocurrió algo a Larsen que provocase ese cambio de comportamiento? —inquiere Oriol.

—No sé… Supongo que hay profesiones que soportan mucho estrés. —Se pasa una mano por la nuca, pensativo—. En aquel entonces hubo muchos problemas en el barrio de Nygård. Todas las noches llegaban avisos de peleas, apuñalamientos… y él patrullaba esas calles.

Nora escucha cada palabra con la sensación de que alguien está reescribiendo la historia de su padre delante de ella.

Leif termina la frase con una media sonrisa resignada.

—Tal vez no pudo soportarlo y su mente explotó.

Algo dentro de ella se tensa con violencia.

Las palabras de Leif Dahl siguen flotando en el aire. Durante un segundo, la tentación de enfrentarlo es tan fuerte que nota cómo los dedos se le crispan y su cuerpo la empuja hacia delante con la urgencia de corregirlo, de gritarle a la cara que está equivocado.

Su padre fue un agente ejemplar.

Lo era, ¿verdad?

¿Verdad?

Pero se contiene. No tiene otra opción si no quiere que Oriol prescinda de ella por echarlo todo a perder.

Mientras tanto, una idea empieza a abrirse paso en la mente de Nora con una lentitud dolorosa.

¿Y si todo lo que creía saber no era cierto?

¿Y si la historia que le habían contado desde niña no era más que una versión suavizada de la realidad?

Se le forma un nudo en el estómago.

Tal vez todo había sido una farsa. Una mentira orquestada para protegerla.

Nadie habla mal de los muertos. Y mucho menos si ese muerto es tu padre.

Baja la mirada un instante. La sensación de vértigo no desaparece.

A su lado, Oriol Duarte mantiene la calma. La observa de reojo con discreción, consciente de la tormenta que se está formando dentro de su cabeza. No dice nada. No hace falta. Su mera presencia contiene el desastre.

Tiene ganas de llamar a su madre en ese mismo instante. De exigir explicaciones. De escuchar la verdad, sea cual sea. Pero se obliga a esperar. Esa conversación no puede tener lugar aquí.

Cuando regresen a Bergen, irá a verla. Y a su tío también.

Mientras tanto, Oriol continúa con la conversación como si nada hubiera sucedido.

—¿Hubo alguna investigación formal contra Larsen? ¿Algún expediente disciplinario?

Leif niega con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Sabes quién era el compañero que presentó la queja?

—No.

—¿Recuerdas cuándo ocurrió exactamente?

—Vino a verme una semana antes de morir en aquel accidente.

La conversación empieza a convertirse en un callejón sin salida. A cada nueva pregunta, Leif responde de la misma manera, con gestos de indiferencia; con un tono neutro que desespera.

Oriol parece darse cuenta de que no obtendrán nada más sobre ese asunto. Cambia de tema con naturalidad hacia el verdadero motivo de su visita.

—¿Podrías ayudarnos con esta muestra, por favor? Necesitaríamos extraer los perfiles de ADN.

Leif mira la bolsa de pruebas.

El hombre deja escapar una breve risa sin humor.

—Se trata de un fajo de billetes. Podría llevarme semanas. Es un objeto que debieron tocar cientos de personas; aparecerán muchos perfiles mezclados.

Oriol niega con suavidad.

—No será necesario analizarlos todos. De hecho, quien reunió el fajo necesariamente tuvo que tocar la goma que los mantiene sujetos. Nosotros solo queremos comprobar si la mujer de Isdal dejó una muestra de su ADN en esa goma.

Leif lo observa unos segundos, comprendiendo por fin.

—Ya veo… Queréis comprobar si fue ella quien preparó el maletín de la estación o no.

Oriol asiente sin decir nada.

Nora apenas escucha el resto de la conversación. Su respiración se ha acelerado sin que pueda evitarlo. Una sensación de claustrofobia comienza a apoderarse de ella. Necesita salir de allí cuanto antes.

—Entonces, ¿nos echarás una mano? —pregunta Oriol.

Leif Dahl no responde de inmediato. Se lleva una mano a la barbilla y aprieta los labios mientras observa de nuevo el fajo de

billetes sobre la mesa, sopesando la petición.

El silencio se alarga.

—Todo tiene un precio —dice finalmente.

Oriol asiente con calma.

—Por supuesto. Te pagaremos los honorarios correspondientes por el trabajo.

Leif chasca la lengua con suavidad.

—No. Esto no es un trabajo ordinario. No soy idiota. No quiero saber el motivo por el que no habéis acudido al forense de la policía de Bergen, pero sé que hay uno y, por tanto, la tarifa debe ser diferente.

Oriol lo fulmina con la mirada.

—¿Y cuál es el precio que consideras justo?

Leif no duda ni un segundo.

—Veinte mil euros.

Nora observa el rostro de Oriol. Permanece impasible, aunque ella sabe que por dentro ya está calculando.

—No tengo tanto dinero.

Leif se muestra impasible.

—Ese no es mi problema.

El inspector Duarte sostiene su mirada durante unos segundos que parecen eternos. No aparta los ojos.

Finalmente habla.

—Trabajo con alguien que sí dispone de esa cantidad.

Leif asiente despacio.

—Bien. En ese caso, dile que el pago se realiza por adelantado y a través de Paypal.

Oriol asiente sin discutir. Saca el teléfono del bolsillo y marca el número de Jason.

Nora no entiende la primera parte de la conversación porque Oriol habla en italiano, pronuncia dos frases antes de regresar al inglés.

—Lo sé…

Silencio.

Oriol comienza a pasear despacio por el laboratorio mientras escucha la respuesta.

—Lo quiere por Paypal…

Hace una pausa.

—De acuerdo. ¿Cuánto tardas?...

Asiente.

—Muy bien, espera.

Se gira hacia Leif.

—Necesito la dirección de correo asociada a tu cuenta de Paypal.

El hombre no duda.

—lf.dahl@online.no

Oriol repite la dirección con claridad al otro lado del teléfono. Después cuelga.

—Me ha dicho que en unos minutos realizará la transferencia. ¿Llevas tu móvil encima?

Leif ya lo está sacando del bolsillo.

—Sí.

—De acuerdo. Si me permites, me gustaría hablar con Nora un momento.

Leif asiente y se retira hacia una esquina del laboratorio, concentrado en la pantalla de su móvil.

Oriol se acerca a Nora y ambos se apartan hacia el extremo contrario del sótano para hablar en voz baja.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

Nora tarda en responder. Siente el rostro caliente y tiene que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Mal.

Se tapa la cara con una mano.

—No saques conclusiones precipitadas. Ya has visto que no es alguien de fiar.

Nora niega con la cabeza.

—Tengo que hablar con mi madre… Y con mi tío. ¿Por qué iba mi padre a investigar el caso de la mujer de Isdal? No tiene sentido.

Oriol mantiene el tono sereno.

—¿Tu madre nunca mencionó nada al respecto? ¿O tu tío?

—No. Esto ha sido una sorpresa. Bastante desagradable, además.

Se queda pensativa un momento.

—Es cierto que… Bueno, no sé.

—¿Qué sucede?

—Recuerdo algo que me ha venido a la cabeza ahora con todo esto, aunque tal vez no tenga importancia.

Oriol asiente con la cabeza animándola a seguir.

—Fue antes de la pandemia. Estaba comiendo con mi tío en un restaurante bastante conocido del centro, acababa de empezar a ganar algunos seguidores en el pódcast y estaba contenta por la repercusión que había conseguido. Allí estaba también Rikard Moen junto a su esposa. Te he hablado de él. ¿Lo recuerdas?

—Sí. El padre del Knut Moen, el jefe de policía.

Nora asiente.

—El hombre ya comenzaba a estar algo deteriorado. En un momento determinado se acercó a la mesa a saludar.

Hace una pausa.

—Yo noté que Rikard me miraba de una forma un tanto extraña, como con desprecio. Creo que ese hombre había bebido algún vino de más y sin venir a cuento, me soltó que agradeciera a mi tío haber sacado a mi padre de un lío.

Oriol asiente, procesando las palabras de Nora.

—¿Y qué te dijo tu tío?

—Que lo olvidara. Que Rikard era un tipo peculiar al que era difícil entender.

El silencio vuelve a instalarse entre ellos.

—Bien —dice Oriol al cabo de un momento—. No te preocupes. Averiguaremos si Leif dice la verdad.

Nora niega con rabia.

—Me parece increíble que vayamos a darle veinte mil euros a este impresentable.

Oriol la mira con calma.

—¿Eso crees?

Ella lo observa, sorprendida.

En ese momento, el teléfono de Leif emite un pitido que resuena con claridad en todo el sótano.

El hombre mira la pantalla.

—Creo que tu amigo me ha escrito un correo.

Lo abre.

Su expresión cambia por completo.

—¡¿Qué es esto?! ¡Por el amor de Dios!

Levanta la cabeza, furioso.

—¡Vuelve a llamar a tu amigo y dile que borre esto de inmediato o habrá consecuencias!

Oriol lo observa con una ligera sonrisa dibujada en el rostro.

—Lo haré.

Hace una breve pausa.

—Pero todo tiene un precio.

10

El Mercedes devora kilómetros a una velocidad desmesurada. A Oriol no le gusta en absoluto. La carretera serpentea entre bosques y pequeñas granjas que aparecen y desaparecen como manchas en el paisaje, mientras Nora conduce con la mandíbula tensa y la mirada clavada en el asfalto. Hace rato que dejaron Seim atrás, sumidos en un silencio que sirve a ambos para procesar la nueva información.

Oriol la observa de reojo. No la conoce lo suficiente como para saber qué es lo que está pensando, aunque se lo imagina.

—¿Puedes llamar a Jason por el manos libres, por favor? —pregunta él.

Nora asiente sin apartar la vista de la carretera. Lleva la mano a la pantalla central y pulsa el icono del teléfono. Los dedos le tiemblan.

—¿Seguro que no quieres que conduzca yo? —insiste Oriol.

Ella niega con la cabeza de inmediato.

La llamada tarda unos segundos en establecerse. El sonido del tono se mezcla con el rumor constante del motor y el siseo del viento contra la carrocería.

Al otro lado responde Jason con su habitual voz despreocupada.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta a modo de saludo.

—Bastante bien —contesta Nora—. El hombre ha tomado todas las muestras y estamos de vuelta a Bergen. Pronto tendremos los resultados.

—Así que ahora sería interesante averiguar cómo podemos devolver la prueba a su ubicación original. Si se te ocurre algo, soy todo oídos —añade Oriol.

Jason suelta una pequeña risa.

—A nadie le importan esos marcos alemanes, amigo mío.

Oriol ve cómo Nora hace una mueca de desaprobación mientras pone el intermitente para adelantar a un camión.

—¿Vais a contarme cómo lo habéis hecho? —pregunta ella.

—He hecho muchas cosas desde que te has ido, querida. De hecho, tengo grandes novedades que contaros. Pero, si preguntas

por mi extraordinaria actuación con el desgraciado de Leif Dahl, ha sido muy fácil. Cuando Oriol me ha hablado en italiano, sabía que lo hacía para que nadie más comprendiera lo que me estaba diciendo. Me ha resumido la situación en dos frases y me ha sugerido que mirara en su ordenador, ya que estaba seguro de que encontraría algo comprometedor.

Nora gira la cabeza un instante hacia él.

—Cuando entramos en su salón, me fijé en una tarjeta sobre la mesa: era de un club nocturno que había visto anunciado en una valla de camino a Seim. ¿Recuerdas que las cámaras de seguridad aparecían en miniatura en la pantalla del televisor?

—Sí, claro.

—Pues me fijé en que una de las cámaras apuntaba directamente a su cama. Una persona normal no grabaría cómo duerme; imaginé que había algo más.

Nora arquea las cejas. Su curiosidad por conocer cómo continúa la historia la lleva a reducir la velocidad sin darse cuenta.

—En cuanto Oriol ha conseguido su dirección de correo, he desarrollado mi magia. Con ese dato no me ha resultado difícil conseguir una dirección de IP y acceder mediante su red wifi a su disco duro.

Oriol apoya la cabeza en el reposacabezas y mira por el parabrisas mientras escucha.

—Das un poco de miedo —dice Nora.

—No lo he hecho por placer. Como comprenderás, no iba a pagarle veinte mil euros a ese personaje. Un hombre como yo debe saber jugar sus cartas, y las mías son estas. Al final, la mayoría de las personas guardan información en sus equipos que deberían borrar si fueran inteligentes. Por cierto, Oriol… ¿qué quieres que haga con esas imágenes?

—En cuanto termine el caso, se las enviaremos a la policía. Ha grabado a mujeres teniendo sexo con él sin su consentimiento y debe responder ante la justicia.

Durante un instante no se oye nada más que el motor.

—Pero entonces él les contará lo de los billetes, Oriol. Robaste una prueba y te suspenderán por ello —añade Nora.

—De ahí que quiera volver a cambiar los marcos y evitar esa posibilidad —dice con calma—. Pero no sufras. Asumo toda la culpa y es lo que diré llegado el momento. Si resolvemos el misterio de la mujer de Isdal, habrá merecido la pena.

Al otro lado del teléfono se escucha la risa de Jason.

—Has dicho que tenías mucho que contarnos —reconduce Oriol.

—Teniendo en cuenta que lleváis en casa de un pervertido todo el día… Sí, he tenido tiempo para avanzar en lo que estuvimos hablando esta mañana. Por cierto, ¿habéis comido algo?

—Yo no tengo hambre —reconoce Nora.

Oriol observa el velocímetro. El coche vuelve a avanzar deprisa, demasiado para su gusto, pero no dice nada.

—Cenaremos algo cuando lleguemos. No te andes con rodeos, Jason, ve al grano.

—Bien. Tengo el teléfono de Claudia Adler, la mujer de Núremberg cuyo ADN coincide con el de la mujer de Isdal. He revisado el registro civil y no veo nada extraño. No constan denuncias de desapariciones relacionadas con los apellidos de Claudia, aunque podrían habérselos cambiado en algún punto, no lo sé. En cualquier caso, en Alemania todos los registros durante los años de la Segunda Guerra Mundial están incompletos y son poco fiables.

Oriol asiente mientras observa cómo la carretera desciende hacia un valle cubierto de pinos.

—De acuerdo. La llamaré y hablaré con ella. Tal vez nos aporte algo.

—Por otro lado —continúa Jason—, he volcado el código que copiaste en la pizarra a varios programas especializados en descifrar mensajes. Las misteriosas notas que portaban consigo la mujer de Isdal y el hombre de Somerton.

Oriol se incorpora un poco en el asiento.

—¿Has conseguido algo?

—Nada en absoluto. Como te expliqué, esos programas se basan en operaciones matemáticas que buscan dar sentido a las abreviaturas o posibles combinaciones de código, pero no funcionan si los símbolos, letras o números tienen un significado que solo el portador del código conoce.

—De acuerdo, había que intentarlo. Buen trabajo en cualquier caso, Jason.

—No he terminado.

El silencio se instala dentro del coche. Nora mantiene la vista fija en la carretera y Oriol percibe cómo su propio pulso se acelera.

—Porque después me he sentado frente a la pizarra y he empezado a pensar qué podrían ser esas letras que preceden a los números. Es cierto que las combinaciones eran infinitas, pero si mirabas hacia donde debías, las piezas comenzaban a encajar. La clave ha sido la cadencia ascendente de los números.

Oriol se inclina un poco hacia delante.

—¿Lo has resuelto?

Se escucha a Jason respirar al otro lado de la línea, disfrutando claramente del suspense.

—Os lo explico en cuanto lleguéis. Pero por el amor de Dios, traed algo de comida de verdad. He mirado en la nevera de Nora y todo lo que tiene es comida sana y ecológica.

1943

Frieda observa desde el patio cómo la señora Ackermann se dirige a su cabaña con una cesta de patatas. La expresión en su rostro confirma lo que su madre le contó el día anterior: ha perdido al bebé a causa del disgusto. Era tan pequeño que apenas se le notaba el vientre, pero la tristeza que le ha dejado no hay manera de ocultarla.

Aparta la vista y se lleva un trozo de pan a la boca. Todavía le duelen un poco las muelas cuando mastica por ese lado, aunque ya no es aquel dolor terrible que la hacía llorar por las noches. El doctor la curó hace meses; dijo que había tenido una infección muy grave, que tres muelas estaban completamente podridas y que había llegado justo a tiempo. Según explicó, de haberse demorado un poco más, la infección habría seguido extendiéndose y podría haber muerto. No sabe si lo dijo para asustarla o si decía la verdad, pero desde entonces su madre no deja de repetir que tuvo suerte.

Perdió dos de esas tres muelas; la otra resiste, por ahora. Aún recuerda el crujido seco y la presión en la mandíbula cuando se las arrancaron, aunque procura no pensar demasiado en ello. Después le colocaron un arreglo al que él llamaba "puente". Todavía no se acostumbra a esa sensación metálica: cada vez que come, pequeños restos de comida se quedan atrapados debajo y pasa un buen rato intentando sacarlos con la lengua.

Durante todo ese tiempo también ha tenido que ir a casa de la señora Ackermann para que le ponga una inyección que combate la infección. Ella la llama penicilina o algo parecido. Cada pinchazo le duele como si le clavaran cristales rotos bajo la piel. A Frieda no le gustan las agujas, pero aquellas visitas tienen una recompensa: puede ver a Gustav y pasar más tiempo con él. Cada día está más alto, más guapo; a veces piensa que pronto parecerá un hombre y fantasea con que viven juntos en una casa nueva, una que Gustav ha construido con sus propias manos.

Pero nada de eso importa ahora.

Porque hace unas semanas ocurrió algo grave.

Algo que nadie esperaba.

Se percibe en el aire del recinto: en la forma en que las madres bajan la voz cuando creen que los niños no escuchan, en las miradas largas y tensas, en los silencios que irrumpen de repente en mitad de una conversación. Nadie se comporta como antes porque Norbert ha desaparecido. Y nadie sabe a dónde ha ido. Ni siquiera su hermana Gudrun, que siempre lo sabe todo… o tal vez lo sepa y no quiera decirlo.

Antes de marcharse, faltó varios días a clase y se ausentó de los ejercicios. Su madre decía que estaba muy enfermo, que había empezado a toser sangre, y Frieda recuerda cómo la palabra tuberculosis iba pasando de boca en boca, cargada de miedo. Una inquietud contenida se extendió por el lugar. Por eso enviaron a Gudrun a la cabaña de Frieda, para que se quedara allí mientras Norbert permanecía aislado. Por lo visto es una enfermedad contagiosa, y grave.

Gudrun cambió. Era evidente que estaba preocupada por su hermano, pero había algo más: se comportaba de un modo extraño, como si supiera algo que no quería compartir.

Pero cuando el doctor regresó tras casi cuatro semanas de ausencia, todos se enteraron de lo que realmente había sucedido. Fue de noche. Los golpes y los ruidos retumbaron en todas las cabañas, tan fuertes que hasta el suelo parecía vibrar. Durante horas solo se oyó la voz grave y autoritaria del doctor gritando a la señora Günther, la madre de Norbert. Le preguntaba cómo había podido permitirlo, cómo se había atrevido; decía que había puesto en peligro la vida de todos. Frieda recuerda algunas palabras, aunque intenta borrarlas de su memoria porque eran demasiado duras.

Aquella noche no durmió. Gudrun fingía hacerlo, pero la escuchó llorar hasta el amanecer. Ella tampoco pegó ojo.

No fue hasta el día siguiente, en el patio, hablando con los gemelos y con Lotte, cuando lo entendieron.

Norbert se había escapado.

Y todos saben lo que ocurre cuando alguien se interna en el bosque.

El Wyrm no tiene piedad.

Nadie regresa una vez cruza más allá.

Esa misma mañana vieron a la madre de Norbert por última vez. La señora Ackermann la acompañó a ver a Gudrun. Se abrazaron y se susurraron algo al oído.

Al principio nadie dijo nada, pero todos comprendieron enseguida que algo no estaba bien. Tenía la cara hinchada y amoratada; el lado derecho era el peor. El ojo estaba tan inflamado que no podía abrirlo.

La conversación con su hija fue breve. Después, Ackermann se la llevó a su cabaña. Caminaba despacio, con la cabeza baja, evitando las miradas. Cada paso parecía exigirle un esfuerzo enorme.

El doctor se marchó con prisa. Otras veces se quedaba unos días, pero en aquella ocasión se despidió de Rudolf —quien todos saben que es su preferido— y se fue pronto.

Él es el único que puede cruzar el bosque.

El único que sabe cómo evitar al Wyrm.

Lo vieron alejarse desde la distancia, internándose entre los árboles hasta desaparecer.

11

A Jason Bennett le gusta provocar ese pequeño instante de expectativa en los demás, ese segundo en el que todos callan para que él hable. Tal vez, esa megalomanía se deba a su dilatada trayectoria en las sombras.

Con Oriol Duarte, esa actitud infantil funciona de una manera particular: no porque se impresione —Jason está bastante seguro de que eso jamás sucederá—, sino porque esa calma suya, esa forma de observar sin mostrar nada, lo obliga a esforzarse un poco más. Después de todo, siempre le han encantado los desafíos.

Mientras Oriol y Nora continuaban enfrascados en Seim, él ha ocupado parte del tiempo libre que ha tenido a lo largo del día en curiosear algún álbum de fotos de Nora. Es innegable que esa chica es preciosa, y él no está acostumbrado a tratar con mujeres así; le ha cautivado la espontaneidad con la que posa en cada imagen, su sonrisa y la ternura con la que conserva, como un pequeño tesoro, las fotos junto a su padre cuando aún era un bebé.

Lleva intentando impresionarla desde el primer día que la conoció, pero no tiene claro si ha servido de algo. Nora es inteligente y no parece alguien que se asombre con facilidad. Aun así, Jason sigue intentándolo.

Con Oriol, en cambio, no hay nada que hacer.

El inspector Duarte posee el rostro más imperturbable que Jason ha visto en su vida. Da igual lo que ocurra: una coincidencia inesperada, una teoría brillante o una revelación que pondría los pelos de punta a cualquiera. Él permanece igual, con esa expresión neutra que parece tallada en piedra. A veces Jason piensa que, si el mundo se acabara frente a sus narices, Oriol se limitaría a observarlo en silencio y tomar nota mental de los detalles.

La inexpresividad personificada.

Por todo eso ha preparado la escena con cierto cuidado. Ha calculado el tiempo que tardarían en llegar al apartamento y se ha recostado en el sofá con un aire de relajación estudiada, como si todo estuviera bajo control. Incluso ha ensayado mentalmente cómo

introducir el tema. Quiere transmitir la facilidad con la que aborda ciertos asuntos que resultarían imposibles para otros.

Cuando la puerta se abre, Nora es la primera en entrar.

Jason levanta la vista justo cuando ella lo descubre comiendo cereales directamente de la bolsa. Se queda inmóvil durante un segundo, con un puñado de copos en la mano.

Detrás aparece Oriol, que se detiene en el umbral y arquea una ceja al verlo tumbado en el sofá.

—Tienes la despensa vacía —dice Jason mientras mastica—. No es la mejor manera de tratar a tus invitados.

Nora parece incómoda. Percibe que algo no va bien.

—Lo siento —responde—. No sabía que…

—No le hagas ni caso —interrumpe Oriol con calma. Da un paso hacia delante y se planta frente al sofá. Sus manos descansan en la cintura, adoptando esa postura que Jason ya reconoce como señal de que no tiene intención de perder el tiempo con rodeos.

Lo observa unos segundos. Luego habla.

—Hemos estado ocupados todo el día. ¿Le importaría deleitarnos con sus nuevos hallazgos, señor Bennett?

Jason deja la bolsa de cereales a un lado y se incorpora lentamente, exagerando un poco el movimiento. Se aclara la garganta y adopta una expresión que muestra sin tapujos su satisfacción.

—Por supuesto, inspector Duarte.

Se recrea. Percibe cómo las miradas de Nora y Oriol lo siguen mientras se dirige hacia la pizarra del salón, ese tablero blanco que Nora ha llenado durante semanas con flechas, nombres y anotaciones que a simple vista parecen un rompecabezas imposible de resolver.

Se coloca frente a ella, toma un rotulador y se gira hacia ellos.

—Espero que no te importe que haya usado tu pizarra. Creo que lo que os voy a contar os resultará interesante —dice mirando a Nora.

Ella no responde con palabras, solo le hace un gesto con la mano para que continúe y se apoya en el respaldo del sofá.

Jason se vuelve hacia la pizarra.

Con un movimiento del rotulador señala las dos líneas de texto que escribió Oriol a primera hora de la mañana.

—Tenemos dos códigos. El del hombre de Somerton, que es este —dice señalando una anotación en la que puede leerse:

«X-B1-O6-C9-H12-M22-N26-P29-A2-C9-S16-F26-A2»

Después hace una pequeña pausa.

—Y el de la mujer de Isdal.

«X-B4-S7-R10-I15-H19-Q24-M28»

Se aparta medio paso para que puedan verlos completos.

—Ambos siguen exactamente el mismo patrón —continúa—. Una letra seguida de un número, con una misma letra inicial: la letra X.

Oriol asiente lentamente.

—Hasta ahí estamos de acuerdo. Se han postulado todo tipo de teorías: que era una incógnita que había que resolver a modo de ecuación con los datos que aporta después, que marcaba la clave con la que se ha de interpretar el código… Pero el hecho de que no vaya acompañada de un número a mí me sugiere más un punto de partida. Lo difícil es entender cuál —dice Oriol.

Jason sonríe.

—Exacto.

Camina unos pasos delante de la pizarra antes de seguir hablando.

—Llevo horas dándole vueltas a la cadencia de los números. Tienen un valor ascendente, pero solo hasta cierto valor. El número más alto es el 28. Así que pensé… ¿y si representan días del mes?

—Esa hipótesis se ha barajado muchas veces. Yo mismo la he considerado. El problema siempre ha sido relacionar los números con las letras. Porque, en caso de que fueran nombres, seguiríamos sin saber cuál es el significado del código. Podrían ser los días que se encuentra con cierta persona, pero no tenemos opción de saber con quién, ya que no se le conocen amigos o familiares.

Jason chasquea los dedos.

El sonido seco corta el aire de la habitación.

—Justo ahí es donde está la clave —los mira a ambos—. Creo que las letras no corresponden a nombres de persona, corresponden a nombres de ciudad.

Oriol da un par de pasos hacia la pizarra.

—¿Puedes demostrarlo?

Jason sonríe, satisfecho. Ese pequeño gesto de curiosidad en Oriol ya es una victoria.

—Acércate tú también, Nora —dice, dándose importancia.

Ella obedece.

Jason traza una línea bajo las dos primeras letras de los códigos.

—Mirad esto. En ambos casos tenemos X y luego B. Creo que la X marca el punto de inicio. Un lugar que podría ser un piso franco, un pequeño pueblo, el nombre de una calle… Esa parte aún no la he resuelto. La B representa a Bergen.

Oriol entrecierra los ojos.

Jason continúa antes de que pueda interrumpirlo.

—He intentado reconstruir un itinerario factible para alguien que, en 1943, quisiera viajar desde Bergen hasta Adelaida, en Australia. Como podéis imaginar, no era nada sencillo.

Se apoya en la mesa mientras habla.

—La Segunda Guerra Mundial se estaba desarrollando. Con Europa fragmentada y los puertos vigilados, los desplazamientos son peligrosos; muchas rutas comerciales habían desaparecido. Un viaje así implicaría desplazamientos por mar y tierra, atravesando varios países y puertos estratégicos.

Se vuelve hacia la pizarra.

—Pero si alguien lo hiciera, por el motivo que fuese, el trayecto más lógico podría ser este.

Empieza a señalar las letras mientras habla.

—B de Bergen. —Mueve el rotulador a la siguiente—. O de Oslo.

Traza una flecha.

—Después, C de Copenhague.

—Espera un momento. Vamos a comprobar si era viable —dice Oriol.

Nora observa la pizarra con los ojos bien abiertos. El inspector Duarte se da la vuelta y se sienta frente al ordenador, después comienza a teclear. Al cabo de unos minutos, se dirige a ambos.

—El trayecto de Bergen a Oslo pudo hacerlo en barco costero o por carretera, teniendo en cuenta que Noruega se encontraba bajo

la ocupación de la Alemania nazi. En cualquier caso, sería factible que tardase seis días en llegar a Oslo si tuvo que esquivar controles o amenazas.

Jason asiente.

—Tras Oslo, tardó otros tres días en llegar a Copenhague pasando de O6 a C9. El dato es factible, teniendo en cuenta que Dinamarca también estaba ocupada.

—Pero eso no sería un problema si el hombre de Somerton pertenecía al ejército nazi —sugiere Nora—. Tenemos que recordar que Claudia Adler, la mujer con cuyo ADN coincide el de la mujer de Isdal, es alemana y vive en Núremberg.

—Eso es cierto. No debemos obviar ninguna posibilidad; sin embargo, esa no termina de convencerme —contesta Oriol.

—¿Por qué? —pregunta Nora.

—Porque las características del hombre de Somerton apuntan a que era un espía o algo similar. Los espías nazis de la Segunda Guerra Mundial pertenecían a la Abwehr o a la Gestapo, y su manera de actuar era muy característica. Se comunicaban por radio con Alemania y usaban la archiconocida Enigma cuyo código ya se descifró y no se parece en nada a este. Reunían una serie de particularidades que poco o nada tienen que ver con el hombre de Somerton. Aun así, es una buena observación, Nora.

Oriol se aclara la garganta antes de continuar.

—Sigue, Jason.

—Luego H12. H de Hamburgo. Tarda otros tres días en llegar. Es cierto que aquí hay un periodo de diez días en el que no se mueve, hasta que pasamos a M22, donde la M podría corresponder con Marsella.

—Déjame ver… —murmura Oriol mientras teclea a toda velocidad.

Durante unos minutos no se escucha nada salvo el clic del ratón en la casa de Nora Jansen.

—Eso tiene sentido —admite al fin—. Pudo llegar a Hamburgo por tren. En 1943, la ciudad de Hamburgo sufrió fuertes bombardeos por parte de la aviación británica y estadounidense: la Operación Gomorra. Las infraestructuras se dañaron mucho, lo que podría

explicar que demorase diez días en llegar a Marsella. Pudo acceder a Francia por carretera o tren.

Jason prosigue con un ritmo casi narrativo.

—Después, N26: Nápoles, el día 26.

Oriol teclea, haciendo sus comprobaciones.

—Lo más seguro hubiera sido viajar en barco. De acuerdo. También es factible. Arriesgado, dada la cantidad de submarinos que había en el Mediterráneo, pero factible.

El rotulador se desplaza otra vez.

—P29 de Port Said, en la entrada del canal de Suez.

Nora deja escapar un pequeño suspiro mientras Oriol comprueba la viabilidad repasando la situación en Egipto en 1943.

—Tuvo que desplazarse en barco necesariamente, pero esa zona estaba controlada por los Aliados. Si de verdad era nazi, tuvo que ser una estancia complicada. Por eso me decanto más por que en realidad huía de la Alemania nazi. En aquel entonces, aunque la mayoría de los exiliados partían a Estados Unidos, muchos otros se refugiaron en Australia.

Jason continúa sin detenerse.

—Después, A2: Aden, en el extremo de la península arábiga, ya en el segundo día del siguiente mes.

—Eso lo llevaría al océano Índico, fuera del foco de la guerra —dice Oriol.

—Exacto.

Jason marca la siguiente letra.

—C9 de Colombo, en Sri Lanka; S16 de Singapur; F26 de Fremantle, en Australia occidental. Y, finalmente, A2 de Adelaida.

Silencio.

Jason deja el rotulador sobre la mesa y se vuelve hacia ellos.

Oriol se queda mirando la pizarra. Ahora su expresión ya no es completamente imperturbable.

—Eso implicaría un viaje larguísimo —dice.

Jason asiente.

—Meses de trayecto. Cambios de barco, trenes, rutas improvisadas… posiblemente usando identidades falsas y sorteando controles militares. Pero cuadra perfectamente.

Jason cruza los brazos y observa la pizarra con satisfacción.

Ambos consideran su teoría buscando puntos débiles que no encuentran.

Oriol se levanta, da unos pasos y permanece unos segundos callado frente a la pizarra. No aparta la vista de la cadena de ciudades mientras repasa mentalmente el recorrido. Jason lo observa de reojo.

Finalmente se endereza un poco.

—Es brillante, Jason.

Él levanta las cejas.

—Australia —continúa Oriol— era un destino lógico en esa época. No había aún programas masivos de inmigración como el *Populate or Perish*, que se impulsó después de la guerra, pero el país ya admitía inmigrantes.

—Australia está prácticamente en el otro extremo del mundo —rebate Nora.

Oriol asiente.

—Lo cual es perfecto si tu intención es desaparecer.

—Eso es cierto —admite Nora.

—Jason, ¿has conseguido un itinerario válido para el código de la mujer de Isdal? —pregunta Oriol.

Jason gira sobre sus talones y señala la segunda línea escrita en la pizarra.

«X-B4-S7-R10-I15-H19-Q24-M28»

—En su caso es más difícil porque no llegó a su destino: la mataron en Bergen, pero he intentado aplicar el mismo principio. Letras que indican ciudades. Números que indican el día del mes. Y esta podría ser una posibilidad.

Traza una pequeña línea bajo la primera letra.

—La B, otra vez Bergen. Aquí el recorrido cambia por completo. Hay que tener en cuenta que era 1970 y que el destino de esa mujer podría ser cualquiera con unas conexiones de transporte mucho mayores que las disponibles en 1943. Le he dado unas directrices a un *software* de probabilidad que yo mismo diseñé y me ha dado la siguiente secuencia como la más probable, con un 74% de posibilidades. La segunda la he descartado porque solo tenía un 8%.

Oriol se cruza de brazos.

—S7, la S pertenecería a Stavanger, todavía en Noruega. —El rotulador baja un poco más—. Después, R10 de Reikiavik. Luego, I15 de Ísafjörður, en el noroeste de Islandia.

Oriol da un paso más hacia la pizarra.

Jason marca la siguiente.

—Después cruzaría el Atlántico. H19 de Halifax, en Canadá. Q24 de Quebec. Y finalmente, M28 de Montreal.

El rotulador queda suspendido unos segundos en el aire.

—Si seguimos la lógica de los días —continúa Jason—, el itinerario encaja bastante bien con un viaje marítimo y ferroviario típico de la época.

Oriol mira la secuencia completa.

—Has descubierto algo mucho más importante de lo que crees, Jason. Aunque no termino de entender por qué la mujer de Isdal habría tardado cuatro días en llegar a Bergen desde el punto X cuando en 1943, con peores condiciones, el hombre de Somerton lo hizo en solo un día.

Ambos callan, esperando a que continúe.

—Pero es cierto que este caso es muy difícil de abordar, nada tiene sentido. Si eran espías que participaron en la guerra, debieron hacerlo en el mismo frente, y ningún itinerario deja claro cuál de los dos sería, y mucho menos que la mujer de Isdal apareciese en 1970, más de dos décadas después del fin de la guerra.

—Esa parte te la dejo a ti, Oriol —dice Jason.

—Podría ser que formaran parte de un grupo de la resistencia, pero eso tampoco explicaría el desfase de tantos años de diferencia. Es un misterio que se resiste a que alguien lo resuelva. A veces pienso que nada tiene sentido. Aunque…

Se forma un silencio que se alarga durante un largo minuto en el que Jason y Nora cruzan miradas de incertidumbre mientras Oriol observa la pizarra con los ojos medio cerrados. Finalmente, el inspector Duarte se gira hacia Jason.

—Si tu hipótesis es correcta, y me decanto por que lo es, a la mujer de Isdal la asesinaron antes incluso de llegar al primer punto

del trayecto. Lo que sugiere que lo hicieron en algún lugar entre el punto de partida y la ciudad de Bergen.

Jason aprieta los labios; comienza a entender lo que sugiere Oriol.

—No tiene sentido que la mujer acudiera por su propia voluntad al valle de Isdalen cuando su intención era subirse a un barco que la llevara a Stavanger. —Golpea suavemente la letra S de la pizarra—. Y eso refuerza lo que hablamos. Lo extraño que resulta el lugar donde apareció muerta y el difícil acceso a esa zona.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Jason.

—Que tal vez, su cuerpo no apareció allí porque alguien quería ocultarlo. Hemos dado por hecho que se trataba de eso, pero hemos obviado que es muy posible que la mujer de Isdal estuviera de camino a Bergen desde el misterioso punto X que aparece tanto en su código como en el del hombre de Somerton, y que ese camino comprendiera el valle de Isdalen. Lo cual solo deja como posibilidad algún tipo de asentamiento perdido en el bosque. Allí hay grandes extensiones de tierra virgen e inexplorada.

Nora y Jason cruzan una mirada.

—¿Cómo piensas averiguar si estás en lo cierto?

—Creo que sé cómo hacerlo. Nora, ¿podemos quedarnos esta noche? Aún dispongo de acceso a las imágenes por satélite de la Interpol. Si la mujer de Isdal y el hombre de Somerton partieron de ese bosque, ambos debieron hacerlo desde algún tipo de refugio. Tendré que revisar ese bosque centímetro a centímetro y necesitaré tu ordenador.

12

Nora respira hondo durante unos segundos frente a la puerta antes de decidirse a tocar. Observa la fachada de la mansión como si no la hubiera visto nunca, aunque en realidad ha vivido allí en alguna que otra ocasión. Era su refugio cuando surgían las reincidentes discusiones con su madre durante la adolescencia.

La casa se alza imponente en una de las zonas más exclusivas de Bergen, en Sandviken, el mismo barrio donde se encuentra la casa de Nora. Allí, las viviendas no compiten por espacio, sino por presencia. Grandes ventanales, piedra clara, líneas modernas… Un lugar de ensueño que refleja el poderío económico de uno de los empresarios más exitosos de Noruega.

A Nora le duele tanto la cabeza que parece que alguien hubiera apretado un tornillo en su sien y lo estuviera girando poco a poco. Se lleva una mano a la frente, arrepintiéndose de no haberse dado esa ducha que tanto necesita. Le habría despejado. Le habría dado unos minutos de sosiego y paz. Pero no podía esperar.

No después de escuchar las palabras de Leif Dahl en Seim.

Todavía sigue oliendo su hedor a sudor rancio y trata de contener las arcadas que le provoca.

Aprieta los labios. Piensa en Oriol y en Jason, en el salón de su casa, rodeados de papeles, pantallas y cables.

No aguantaba ni un minuto más allí, con Jason quejándose, insistiendo en que no pensaba seguir trabajando sin cenar, como si fuera un niño pequeño sufriendo una rabieta. Oriol cediendo al final, consciente de que sus habilidades informáticas son una ventaja que no debe desaprovechar. Por eso llamó a una pizzería local y dejó que Jason eligiera el menú. Para cuando la comida debía estar en camino, ella ya había abierto la nevera, había cogido un par de yogures y se los había tomado sin sentarse, sin saborearlos siquiera.

Sin perder ni un segundo más, se despidió, dejando solos a dos desconocidos en su salón y se subió al Mercedes para conducir hasta la casa de su tío.

La puerta se abre antes de que tenga que llamar por segunda vez.

Kjell Hagen la mira con una preocupación que no intenta disimular. Es tarde. Demasiado tarde para visitas.

—Pasa, cariño, pasa. ¿Estás bien?

Nora asiente con un gesto breve y cruza el umbral sin responder. El calor del interior la envuelve, pero no logra aliviar el malestar que arrastra. Sus pasos resuenan sobre el suelo de mármol mientras avanza hacia el salón principal.

Siempre ha pensado que todo en esa casa es excesivo.

Demasiado espacio, demasiada luz, demasiado brillo en cada superficie. Muebles de diseño que parecen no haber sido usados nunca, cuadros perfectamente alineados, una lámpara colgante que domina la estancia como si fuera una pieza de museo.

Al fondo del salón encuentra a su tía Vilde. Está sentada en una silla de ruedas, inmóvil. Lleva un babero colocado alrededor del cuello. Sobre la mesa auxiliar, hay un plato con puré a medio terminar y una cuchara que descansa al lado.

Se acerca y se agacha para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, tía Vilde. ¿Cómo estás?

Su tía no reacciona. No la mira. No se inmuta.

No lo ha hecho desde que sufrió un ictus. Ahora su mundo es otro.

Nora traga saliva y aparta la vista. Siempre le ha costado tratarla en ese estado. Prefiere mantener el buen recuerdo que tiene de ella. Su tía la ayudó mucho cuando fue necesario. En muchas ocasiones fue Vilde quien ocupó los vacíos que su propia hermana, la madre de Nora, no era capaz de llenar tras la muerte de su padre. Jamás olvidará su implicación.

—Siento molestarte a estas horas, tío, pero es importante.

Las palabras salen a medias. La voz se le quiebra antes de terminar la frase. Siente cómo el calor le sube por el cuello, cómo su rostro empieza a tensarse hasta que ya no puede sostener la compostura.

Su tío no duda. Se acerca y la envuelve en un abrazo firme, protector.

—Me estás asustando, ¿qué ocurre?

Nora cierra los ojos un segundo. Agradece el contacto, pero no calma su angustia. Su tía sigue allí, ajena a todo, mirando a ninguna parte, atrapada en un silencio del que no saldrá.

—Es sobre mi padre.

Percibe el cambio en él al instante. No es brusco, pero sí evidente. Los hombros de Kjell descienden ligeramente, liberados.

Su tío se separa con suavidad, la observa unos segundos y asiente, tomando una decisión rápida.

—Espera. Le diré a Nina que baje y siga dándole la cena a tu tía. Nosotros hablaremos en mi despacho.

Nora asiente, sin fuerzas para añadir nada más, mientras él se aleja. Se queda sola unos segundos en ese salón impecable, rodeada de lujo, con la sensación creciente de que está a punto de descubrir algo trascendental.

Nora sigue de pie en mitad del salón cuando escucha pasos rápidos en la planta superior. La asistenta no tarda en aparecer, bajando las escaleras con prisa. Su expresión lo dice todo incluso antes de llegar al último escalón: mandíbula tensa, labios apretados y una mirada resignada.

No ha debido de sentarle bien.

Nina solo lleva un año trabajando con sus tíos y ya ha aprendido lo suficiente como para saber que en esa casa no hay horarios reales ni descansos que se respeten del todo. La anterior empleada apenas aguantó tres meses. Se llamaba Brigitte. Nora la recuerda perfectamente, con esa forma nerviosa de moverse por la casa y esa sonrisa forzada que fue desapareciendo con los días.

Dimitió sin miramientos.

Había pasado tres horas escuchando a Vilde gritar sin parar. Tres horas seguidas. Dijo que aquello no era sano para nadie, que no pensaba quedarse para averiguar hasta dónde podía llegar.

Y se fue.

Nina, en cambio, se limita a agarrar la cuchara que su tío ha dejado sobre la mesa y a ocupar su lugar junto a la silla de ruedas, retomando la tarea como si no hubiera interrupción alguna. Se percibe cierta brusquedad contenida en la forma en que acerca el plato y en cómo sostiene el cubierto.

Kjell le hace un gesto con la cabeza a su sobrina y se dirige hacia el fondo del pasillo. Ella lo sigue sin mirar atrás, agradecida por escapar de aquella escena.

Suben las escaleras.

La planta superior es distinta. Más sobria. Más antigua en su esencia. La modernidad del salón desaparece y deja paso a una estética más tradicional. La madera oscura domina el espacio: barandillas robustas, suelos que amortiguan los pasos, puertas macizas que aíslan cada estancia.

El despacho está al final del pasillo. Kjell abre la puerta y la invita a pasar.

Dentro reina el orden. Un gran escritorio ocupa el centro de la estancia, despejado en su totalidad salvo por un ordenador, una lámpara de luz cálida y un par de carpetas alineadas. Detrás, una butaca de cuero negro, moldeada por el peso y el paso del tiempo.

En una de las paredes, una estantería recorre de lado a lado el despacho. Los lomos de los libros, ordenados por tamaño y color, revelan títulos clásicos de negocios y economía: estrategias empresariales, liderazgo, biografías de grandes ejecutivos.

Entre los libros, algunos objetos rompen la monotonía: una pequeña escultura de metal pulido, un reloj antiguo detenido en una hora cualquiera, una fotografía enmarcada donde aparecen Kjell y su hermano muchos años atrás, cuando aún eran niños que soñaban con jugar en las grandes ligas europeas. Se detiene en la imagen. Nunca conoció al hermano de su tío; solo lo ha visto en fotografías como esa, en las que resulta evidente que Kjell era mucho más agraciado. También conoce la historia que su madre y su tía le han contado tantas veces: hace años que vive en Canadá, adonde se marchó para unirse a una comunidad Amish, de la que forma parte desde entonces, después de perder el rumbo y renunciar a su trabajo como profesor de ciencias en un instituto de Bergen.

Nora vuelve a respirar hondo ante el inminente inicio de la conversación.

Kjell cierra la puerta a su espalda.

Ahora sí. Están solos.

Ambos toman asiento. Ella se hunde en la silla, notando por primera vez el peso real del cansancio en su cuerpo, mientras Kjell se acomoda al otro lado, erguido, con las manos apoyadas sobre la madera. No dice nada. Solo aguarda.

—Lo siento de verdad, no podía esperar. Me ha afectado mucho.

Su voz suena más frágil de lo que le gustaría. Aun así, sostiene la mirada.

—Descuida, cariño. Sea lo que sea, si para ti es importante, para mí también lo es.

Nora asiente, pero no encuentra consuelo en esas palabras.

—Se trata de mi padre.

Hace una pausa. Nota cómo la garganta se le seca, cómo cada palabra que viene después pesa más de lo que debería.

—¿Me habéis ocultado algo sobre él?

El cambio en Kjell es inmediato.

—¿A qué te refieres, hija?

—Hoy he ido a Seim a ver a un hombre que tenía que ayudarme con una investigación que estoy llevando a cabo para el pódcast. Resulta que conocía a mi padre y me ha hablado de él. Me ha dicho que tuvo problemas de conducta antes de morir, que se había metido en líos.

Kjell entrelaza las manos sobre la mesa y baja la vista durante un instante, como si necesitara ordenar las ideas antes de responder.

—Tu padre era un buen hombre, Nora. Cuando eres policía, es bastante sencillo ganarte enemigos. ¿Quién era ese hombre? ¿De qué lo conocía?

—Según dice, trabajaron juntos… y papá le pidió ayuda para investigar el caso de la mujer de Isdal.

El impacto es claro esta vez.

—¿Qué? ¿De la mujer de Isdal? ¿Por qué?

Nora aparta la mirada, incapaz de ofrecer una respuesta que ni siquiera ella entiende.

—No tiene ningún sentido —continúa él, más para sí mismo que para ella—. Tu padre era un agente del Kripos que se encargaba exclusivamente de la sección de narcóticos. No me encaja para nada lo que me estás diciendo. Él odiaba su trabajo desde que… En fin. Es

cierto que siempre le gustó investigar y quería entrar en el Grupo de Homicidios, pero jamás actuaría por su cuenta. No sé… Me parece que ese hombre te ha mentido.

Nora lo observa, buscando en su rostro algo que confirme o desmienta lo que ha dicho Leif Dahl, pero lo único que encuentra es incomodidad.

—¿Y qué hay de esos problemas de conducta? Dijo que fuiste tú quien lo ayudó para que no lo echaran del cuerpo.

—Cariño…

—¡Dímelo! Necesito saberlo.

Su voz rompe la calma del despacho, más alta de lo que pretendía. El eco queda suspendido entre las paredes.

Kjell levanta la mirada hacia ella. Hay algo en sus ojos que Nora no sabe interpretar del todo. No es enfado. Tampoco tristeza. Tal vez sea cautela.

—¿Has ido a hablar con tu madre?

—Tío Kjell, por favor.

Él suspira, breve, contenido.

—Creo que debería volver al salón con tu tía. No es el horario laboral de Nina y no quiero que se marche; ya sabes lo que me cuesta encontrar a alguien que la tolere cuando empieza a chillar.

Se levanta, dando a entender que la conversación ha terminado.

Nora no se mueve. Lo sigue con la mirada, clavándola en él, atravesándolo con una mezcla de rabia y desesperación que ya no intenta ocultar.

—Solo te estoy pidiendo que seas sincero.

Kjell se detiene junto a la puerta. Cuando finalmente habla, su voz es firme, sin espacio para réplicas.

—No me corresponde a mí hablar de eso. Habla con tu madre.

Y en ese instante, Nora entiende que lo que ha descubierto sobre su padre es cierto.

13

Oriol parpadea varias veces frente a la pantalla del ordenador, intentando mantener el enfoque, pero las letras empiezan a desdibujarse. Lleva demasiado tiempo sin apartar la vista. Se frota los ojos y echa la cabeza hacia atrás, notando cómo la fatiga entumece sus músculos. Aun así, no se detiene.

Gira la cabeza.

Jason duerme en el sofá, completamente ajeno a todo. Tiene el cuerpo torcido en una postura imposible, una pierna colgando y el brazo apoyado sobre el abdomen. Frente a él, una caja de pizza abierta, vacía, con restos de grasa en el cartón, y un par de latas de cerveza aplastadas sobre la mesa. Oriol lo observa unos segundos. Le habría venido bien su ayuda. Mucho. Pero no dice nada, ni siquiera para sí mismo. Hace tiempo que entendió que no puede exigir a sus compañeros el mismo ritmo que él aplica a sus investigaciones.

Apoya los codos sobre la mesa y entrelaza las manos frente a la boca, manteniendo la mirada fija en la pantalla sin ver realmente lo que hay en ella. Ese ha sido siempre uno de sus problemas: no saber parar, no saber medir su implicación para evitar alcanzar el punto de no retorno, ese que le lleva ineludiblemente a colapsar.

A lo largo de su carrera, esa forma de trabajar lo ha separado de otros compañeros que no entienden su obsesión por resolver lo irresoluble, por avanzar sin descanso. Eso también le ha pasado factura a nivel personal.

Su mente, ya de por sí frágil, nunca ha terminado de recuperarse del todo tras el terrible episodio de su infancia. Hay grietas que permanecen latentes a la espera del momento oportuno para abrirse de nuevo. Recuerda la facilidad con la que perdía el control, la ira que le recorría el cuerpo sin previo aviso, la necesidad física de liberarla en peleas clandestinas, en noches que terminaban siempre igual: con su oponente sangrando y él liberado, hasta que una nueva crisis lo condujera a repetir.

Una espiral que lo arrastró demasiado lejos; tocó fondo y decidió terminar con todo eso.

El caso de Giulia Bernardi supuso una prueba de fuego para las decisiones que había tomado al abandonar Alemania. Había conseguido mantenerse alejado de sus fantasmas del pasado. Llevar una vida tranquila en Fiumicino, alejado de preguntas sin respuestas, de archivos olvidados de casos antiguos y del recuerdo de la maldad con la que puede actuar el ser humano.

Fue capaz de abordar el caso sin venirse abajo, sin que el recuerdo de la muerte de su hermano apareciera en su retina y lo obligara a ceder el control de sus decisiones a la ira.

Tal vez debería haber alargado su descanso tras abandonar Italia. Su salud mental lo hubiera agradecido. Es muy consciente de que aquella hubiera sido la decisión más apropiada.

Pero no lo hizo.

Principalmente, porque no podía desaprovechar la oportunidad de trabajar con Jason Bennett.

Oriol abre los ojos y vuelve a mirar hacia el sofá. El contraste entre ambos resulta absurdo. Uno trabaja hasta el límite; el otro duerme sin preocuparse por lo que queda pendiente. Y, sin embargo, sabe que sin él no habría llegado a este punto.

Esa es la clave.

Jason ve más allá. Conecta puntos desde ángulos que Oriol no contempla. Su forma de pensar es caótica e imprevisible, pero sumamente efectiva. Gracias a eso, a su acierto descifrando un código que nadie pudo descifrar en setenta años, ahora están siguiendo una pista a la que él jamás habría llegado por su cuenta.

Y eso lo cambia todo.

Oriol se incorpora y vuelve a centrar la mirada en la pantalla. Cierra los ojos con fuerza, desafiando al cansancio. Sus dedos regresan al teclado.

No puede permitirse parar.

El *software* de la Interpol ocupa todo el monitor, desplegando una interfaz compleja que el inspector Duarte conoce y domina. No debería tener acceso a él. No ahora. No después de solicitar la

excedencia. Sin embargo, sus credenciales siguen funcionando. Y eso supone una invitación que no piensa desaprovechar.

El sistema le permite alternar entre distintas capas de información con una rapidez inigualable para cualquier otro programa comercial: imágenes satelitales en tiempo real, registros históricos, capturas térmicas, datos topográficos.

Ahora ha activado el radar de apertura sintética. La imagen cambia de inmediato, penetrando la cobertura de nubes y niebla como si no existieran. Es de noche, con lo que la imagen actual solo sirve para buscar alguna luz en medio del frondoso bosque, que no encuentra.

Después superpone grabaciones históricas de drones geoespaciales, reconstrucciones tridimensionales del terreno, variaciones de vegetación a lo largo de los años.

Si están en lo cierto con respecto al código y su teoría es correcta, la mujer de Isdal y el hombre de Somerton compartían un punto de partida común que debería situarse cerca de Bergen y, por el lugar donde fue encontrado el cadáver de la mujer, el valle de Isdalen es la opción más plausible.

Sin embargo, todavía no ha encontrado nada.

Han pasado cuatro horas desde que Nora se marchó. No ha dicho a dónde iba, pero Oriol no necesita que lo haga. Lo sabe. Y ha decidido no preguntar al respecto.

Piensa que, si bien no debe inmiscuirse en sus reyertas familiares, no puede obviar su condición de investigador principal y actuar como tal. Por eso, antes de empezar a revisar las imágenes satelitales, ha accedido al archivo general de la Interpol, que contiene el registro de todos los casos acontecidos en los países colaboradores. Noruega es uno de ellos. Ha revisado el atestado del asesinato de Arnold Larsen y ha comprobado su expediente.

Ha descubierto que la historia que Nora cuenta sobre la muerte de su padre es cierta, pero también lo son los comentarios de Leif Dahl acerca de los problemas que Arnold arrastraba dentro del cuerpo; según un informe registrado tres semanas antes de su muerte, había participado como agente infiltrado en una operación antidroga destinada a reunir pruebas para desmantelar una red que introducía

cocaína en Bergen a través de barcos pesqueros que atracaban en el puerto y, de acuerdo con el firmante del documento, el contacto con ciertas personas de ese entorno resultó devastador, hasta el punto de arrastrarlo al consumo de estupefacientes. Con el paso del tiempo, su comportamiento empezó a deteriorarse y su salud mental fue cuestionada en repetidas ocasiones a raíz de episodios cada vez más inquietantes: redactaba informes con la pantalla del ordenador apagada, aseguraba haber trabajado en días que todos sabían que había librado, desobedecía órdenes de forma sistemática y gesticulaba de un modo que el informe describía como «enfermizo» y «demencial».

Entiende por qué la familia de Nora la ha mantenido alejada de esa historia y se pregunta si aquel yonqui que disparó a su padre tendría alguna cuenta pendiente con él.

El informe no va firmado; por mucho que busca no encuentra el nombre de la persona que lo emite. Eso le genera una serie de preguntas que decide plantearse en otro momento. Sea lo que sea, ahora no es su prioridad. Por eso, tras leer los informes del caso de Arnold Larsen, se ha centrado en la búsqueda mediante imágenes satelitales.

Después de un rato probando suerte con los drones, decide cambiar de método y utiliza las imágenes más recientes. Se capturaron hace solo tres días. El sistema detecta cuando la luz del sol incide de manera óptima para que la imagen sea nítida y la almacena en su memoria. Oriol amplía la zona del valle de Isdalen hasta que ocupa toda la pantalla. Un manto verde denso, compacto, casi impenetrable. Las coníferas dominan el terreno con uniformidad; su hoja perenne actúa como un escudo natural que oculta lo que hay debajo.

Reduce el *zoom*. Vuelve a ampliarlo. Divide la pantalla en cuadrantes y comienza a recorrerlos uno a uno, con precisión. Metro a metro. Sin prisas, pero sin pausa.

Carga imágenes antiguas. Inviernos pasados en busca de nieve. Tal vez es ahí donde puede haber una grieta, donde la cobertura vegetal se debilita lo suficiente como para revelar algo: un claro, una anomalía, una interrupción en la continuidad del terreno.

Nada.

Cambia de año y retrocede más. Cruza datos. Activa filtros.

Superpone capas térmicas, aunque sabe que es inútil a estas alturas. Aun así, lo intenta; nunca se rinde.

Se inclina aún más hacia la pantalla, apoyando los codos en la mesa. Sus dedos se mueven con rapidez sobre el teclado, alternando vistas, marcando puntos, descartando zonas. Su mente trabaja a la misma velocidad, anticipando patrones, buscando inconsistencias, cualquier detalle que rompa la monotonía del paisaje.

Pero el valle sigue resistiéndose a desvelar su secreto.

Oriol exhala lentamente, sin apartar la mirada del monitor. Sabe que está cerca de algo. Lo siente. No es una certeza racional, sino una intuición que se ha ido formando con los años, afinándose caso tras caso.

Detiene el cursor sobre una zona concreta, apenas perceptible entre la masa uniforme de verde.

Carga más imágenes de drones y abre una nueva ventana en el segundo monitor, filtrando por coordenadas. Mientras el sistema rastrea, mantiene en la otra pantalla la imagen satelital a mayor escala, alejándose lo suficiente como para no perder la perspectiva general. Sus ojos saltan de un punto a otro.

Se detiene en un lago pequeño, escondido cerca de una zona más escarpada donde las rocas rompen la continuidad del manto verde. No es grande, solo una mancha oscura rodeada de vegetación, pero destaca. Amplía la imagen y revisa los claros cercanos con paciencia, uno a uno, esperando encontrar algún indicio, aunque sea mínimo, de vida humana. Nada. Anota las coordenadas, captura la imagen y carga el histórico del que dispone: los últimos diez años. Pasa las instantáneas con rapidez, comparando. El lugar no ha cambiado en absoluto. Ni una variación. Ni una alteración en el perímetro. Es como si el tiempo no hubiera pasado por allí.

Introduce las coordenadas en el buscador de drones.

Sin resultados.

Ningún vuelo registrado en esa zona.

Regresa a la vista general. Dirige la imagen al norte del lago. Hay una especie de grieta. Un surco poco visible que rompe la

uniformidad del valle. Lo sigue con el cursor, arriba y abajo, intentando entender su forma. Podría ser un antiguo cauce, piensa, un río seco o un pequeño declive natural del terreno. Pero algo falla. No hay registros de ríos cercanos y, aun así, esa marca está ahí, demasiado definida para ser una simple casualidad.

Se queda observándola unos segundos más, hasta que el cansancio le obliga a apartarse. Se levanta y camina hasta la nevera, abre la puerta y saca una botella de agua fría. Llena un vaso, bebe despacio y se apoya en la encimera mientras se masajea los párpados con los ojos cerrados, presionando con los dedos. Está agotado, lo nota en cada músculo, pero no va a detenerse. No ahora.

Nora aún no ha vuelto. La idea de llamarla aparece, se queda unos segundos suspendida en su cabeza, pero termina por descartarla. No quiere interferir en lo que sea que esté haciendo.

Da otro trago y se queda mirando el vaso.

La luz tenue se refleja en el agua, generando un brillo suave que le atrapa durante un instante. Detrás, Jason empieza a roncar, ajeno a todo.

Agua.

Entonces sucede.

La idea se forma con claridad.

Si la mujer de Isdal y el hombre de Somerton estuvieron en algún asentamiento cercano, necesitaban una fuente de agua. Es básico. Imprescindible.

Deja el vaso y vuelve al ordenador con energía renovada.

Busca más lagos en la zona. No hay ninguno, solo ese. Arruga la frente y vuelve al surco. Si en algún momento hubo agua allí, aunque fuera hace años, el terreno debería reflejarlo. Registra todas las coordenadas cercanas y vuelve a lanzar la búsqueda de drones.

Esta vez sí aparece algo.

Una grabación en alta definición de un día despejado. El dron avanza sobre la zona con un movimiento estable, registrando el terreno desde arriba. Oriol reproduce el vídeo y comienza a analizarlo fotograma a fotograma, deteniéndose en cada detalle. No

hay rastro de agua. Solo árboles. Demasiados. La copa de las coníferas lo cubre todo, impidiendo ver el suelo.

Sigue avanzando.

El dron comienza a alejarse del área que le interesa y está a punto de descartarlo cuando algo llama su atención. Es mínimo. Un detalle casi imperceptible, pero suficiente para detener la reproducción.

Retrocede y lo pausa.

Entre dos sauces, una pequeña apertura en el follaje deja ver una porción del terreno. Amplía la imagen y ajusta el encuadre. Aparece una piedra clara, circular, con el interior más oscuro.

Demasiado estable en su morfología como para pertenecer a la naturaleza.

Captura la imagen y la descarga. Abre el archivo y empieza a trabajar sobre él. Ajusta la nitidez, juega con la claridad, equilibra luces y sombras. No es su especialidad, lo sabe, y en este momento echa en falta a Jason, pero sigue adelante.

Poco a poco la forma se define y se vuelve inconfundible.

Oriol se queda quieto, mirando la pantalla sin pestañear.

Es un pozo.

Y solo hay una razón para que exista un pozo en un lugar así.

1943

Frieda tira de la cuerda con las manos entumecidas, sintiendo cómo el peso del cubo asciende lentamente desde el fondo del pozo. El roce áspero le quema las palmas, pero no se detiene; ya está cerca, puede oír el leve chapoteo del agua balanceándose dentro. Está concentrada en ese sonido cuando un estruendo irrumpe en el aire.

Se queda rígida.

Al principio duda, podría ser algo distinto esta vez. Mantiene la esperanza de que así sea mientras se le corta la respiración. Lo que tiene claro es que no se trata de un crujido del bosque ni del siseo del viento colándose entre las ramas. Es otra vez el mismo estrépito, aunque más fuerte y aterrador. Levanta la vista poco a poco, con miedo, pero entre las copas de los árboles no distingue nada, solo pequeños fragmentos de cielo, un cielo gris cargado de lluvia.

Entonces vuelve a oírlo.

Esta vez no hay duda. El sonido atraviesa el aire con una violencia que le eriza la piel. Juraría que ha pasado por encima de su cabeza. Cuando reúne el valor necesario, vuelve a alzar la vista y descubre una sombra que se aleja a toda velocidad, seguida de un estallido monstruoso, como si algo enorme desgarrara el cielo.

Frieda no respira.

El mundo se queda suspendido en ese instante. Sus manos siguen aferradas a la cuerda, pero ya no tiran de ella. No puede. Su cuerpo no responde.

A lo lejos, una puerta se abre de golpe.

La señora Ackermann irrumpe corriendo y le grita algo que no termina de entender. Las palabras se deshacen antes de llegar a ella, ininteligibles. Frieda quiere girarse, contestar, hacer algo, pero no puede moverse.

La cuerda se desliza entre sus dedos y cae, golpeando el brocal con un sonido seco antes de desaparecer en la oscuridad del pozo. Un segundo después, el cubo impacta contra el agua con un chapuzón hueco que resuena hacia arriba.

En ese instante, algo la agarra del brazo.

El contacto es brusco. Frieda se sobresalta, el cuerpo reacciona por fin y, cuando gira la cabeza, ve a Gudrun, que tira de ella sin decir nada más. Sus dedos se hunden en la piel con fuerza, obligándola a moverse aunque sus piernas no respondan.

La arrastra hacia la cabaña más cercana.

Solo cuando ambas se encuentran en el interior, la mente de Frieda regresa a la realidad. Es la antigua vivienda de Gudrun. No la pisaba desde hace tiempo, desde que su hermano y su madre se marcharon. Ahora no es un hogar, es solo un espacio frío que sirve de almacén.

Gudrun no se detiene.

La empuja hacia el interior y baja las escaleras que conducen al sótano. El aire es aún más fresco allí abajo. Las estanterías cubren las paredes, cargadas con bloques compactos de queso brunost. Antes era la señora Günther, la madre de Gudrun, quien los elaboraba; ahora los hace la señora Tietze, la madre de Lotte, y no tienen nada que ver.

—Agáchate —ordena Gudrun.

Frieda obedece sin pensar. Se encoge sobre sí misma, apoyando una mano en el suelo para no perder el equilibrio. Sus dedos se hunden en la tierra con una facilidad impropia para un sótano. El de su cabaña es mucho más duro y firme. Es como si alguien lo hubiera removido recientemente.

Tiembla. No puede dejar de hacerlo. Nota la piel fría, el rostro tenso, los labios secos.

Una gota cae desde el borde de sus pantalones.

Luego otra.

Entonces se da cuenta de que se ha hecho pis encima. Gudrun lo ha visto. Frieda lo sabe, pero ella no dice nada. No la mira. No hace ningún gesto. Solo permanece atenta, escuchando.

—¿Es el Wyrm? —consigue preguntar Frieda, con la voz rota.

Gudrun niega con la cabeza, aunque su expresión no es de certeza.

—No lo sé, pero, sea lo que sea, vuela. No vamos a quedarnos allí fuera a descubrir de qué se trata.

Frieda traga saliva. Intenta ordenar lo que ha sentido, lo que ha oído, pero no encaja con nada que conozca. Sucedió algo similar hace unos días, aunque el ruido no sonó tan próximo.

—¿Crees que hoy también aparecerá la nube de polvo como el otro día?

Gudrun aprieta la mandíbula.

—No lo sé, Frieda. No lo sé todo.

Frieda baja la mirada, sintiendo cómo el miedo la controla.

—No te enfades conmigo, Gudrun. Estoy asustada.

Ella no responde de inmediato.

—Todos lo estamos —dice al final—. Quizá no lo estaríamos tanto si las madres nos dijeran la verdad.

Frieda alza la cabeza, sorprendida. Está a punto de preguntar qué quiere decir con eso cuando el estruendo vuelve.

Las paredes del sótano vibran y una nube de polvo atraviesa el techo. Algo surge de la nada y desaparece igual de rápido, dejando tras de sí un zumbido agudo que parece quedarse atrapado en sus oídos. Es un sonido imposible, uno que no pertenece al bosque ni a la tierra. Nunca han escuchado nada así.

Ambas se llevan las manos a los oídos al mismo tiempo.

Se encogen, pegándose la una a la otra, buscando refugio en el contacto mientras el ruido lo invade todo. Frieda aprieta los ojos con fuerza, pero eso no lo hace desaparecer. El sonido sigue ahí, vibrando en su interior, recordándole que, sea lo que sea lo que sobrevuela sus cabezas, no se parece a nada que hayan conocido antes.

—¿Por qué crees que nos mienten? —pregunta Frieda sin soltarse, abrazada a su amiga, con la cabeza apoyada en su hombro.

Gudrun tarda un instante en responder. Su respiración sigue acelerada, pero hay algo en ella que ha cambiado, una firmeza extraña que no estaba allí antes.

—Tienes que ser más fuerte, Frieda. Levanta la cabeza y mírame.

Frieda duda, pero acaba obedeciendo. Cuando alza el rostro, sus ojos están llenos de lágrimas que no ha podido contener. Gudrun la observa con una seriedad impropia de su edad, como lo haría una niña forzada a la madurez a base de desgracias.

Le coloca las manos en la cara, sujetándola.

—No llores. Escúchame. Es importante que sepas esto por si me pasa algo.

—¿De qué estás hablando?

—¡Calla y escúchame! Todo lo que creemos saber no tiene por qué ser cierto. ¿Por qué nunca salimos de aquí? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

Frieda parpadea, confundida. La respuesta le sale de manera automática. Lo ha repetido tantas veces que le resulta obvio.

—Por el Wyrm… Nos haría daño, como le hizo… —titubea, notando cómo la voz se le quiebra—. Como le hizo a tu hermano.

El gesto de Gudrun no cambia, pero sus ojos se endurecen.

—Mi hermano está bien, Frieda. ¿Cómo explicas que al doctor no le haga nada? Él viene y se va cada cierto tiempo.

Frieda traga saliva.

—Mi madre dice que es un hombre muy listo. Que sabe cómo esquivarlo.

—De acuerdo —responde sin soltarla—. ¿Y a dónde va?

Frieda no tiene respuesta. Esboza un gesto vago, sintiéndose de pronto pequeña e ignorante. Siente que todo su mundo empieza a resquebrajarse.

El ruido se ha alejado, aunque sigue ahí. No ha desaparecido. Late sobre sus cabezas como lo haría algo vivo, cruzando el cielo una y otra vez. De pronto, otro estruendo se superpone al primero. Uno se acerca mientras el otro se aleja, como si dos bestias invisibles se persiguieran en el aire.

Frieda contiene la respiración. Se lleva la muñeca a los labios y le da un beso al lazo rojo de la suerte, rezando porque la proteja.

El sonido cambia.

Ya no es solo ese rugido continuo. Ahora hay golpes. Ráfagas secas que estallan en el aire una tras otra, rápidas, violentas, y que impactan en algún lugar que resuena con un golpeteo metálico.

—¡¿Qué demonios es eso?! ¡Que pare ya, por favor!

No son truenos. No son ramas rompiéndose ni nada parecido.

Frieda se encoge más contra Gudrun. Cada estallido la sacude por dentro y se le escapa un grito ahogado.

Gudrun permanece firme, con los ojos abiertos, como si se negara a apartar la atención de algo mucho más importante.

—¿Te has fijado en nuestra ropa? —pregunta de repente.

Frieda arruga la frente, confundida.

—¿Qué?

—Nuestra ropa. ¿Te has fijado?

Frieda asiente sin entender a su amiga.

—Claro, son las prendas que tejía tu madre. Por eso, ahora que no está, quieren que Lotte y yo aprendamos a coser.

—Mi madre no tejía las prendas, las arreglaba si se rompían. Pero las traía el doctor. Igual que las medicinas, o los cubiertos, o las herramientas.

No añade nada más. Las palabras quedan suspendidas entre ambas.

—Mira —continúa Gudrun.

Se aparta un poco y se quita el jersey. Lo gira hacia el cuello, señalando un punto concreto donde la tela está cortada de forma irregular, como si alguien hubiera arrancado algo que no debía verse.

—En todas nuestras prendas hay algo como esto. Han quitado algo de aquí.

Frieda se acerca, observando con atención. No se había fijado nunca, pero Gudrun está en lo cierto, hay algo recortado.

—Le pregunté a mi madre cuando todavía estaba aquí —añade Gudrun—. Me dijo que no había nada, que me lo estaba imaginando. Pero entonces comprobé el resto de mis prendas. Todas están cortadas en algún sitio, suele ser en la parte posterior del cuello o en la parte trasera de los pantalones. Te digo la verdad, Frieda, yo vi a mi madre tejer durante mucho tiempo. Nunca hacía cosas así —sentencia, agarrando su prenda.

Frieda le sostiene la mirada con el rostro pálido y tembloroso.

—No sé a dónde quieres llegar, Gudrun…

—Creo que nos engañan. Que nos cuentan la historia que quieren para que nos quedemos aquí sin cruzar el bosque, sin hacer preguntas. Quieren que tengamos miedo.

El ruido vuelve a atravesar el cielo, más lejano ahora, pero todavía presente. Frieda mira hacia arriba instintivamente.

—¿Y entonces qué es ese ruido, si no es el Wyrm?

Gudrun niega despacio.

—No lo sé. Pero ahora que mi madre y mi hermano no están, voy a descubrirlo. Hace semanas que no viene el doctor. ¿No has notado que las madres están cada vez más nerviosas?

Frieda duda.

—No lo sé… Mi madre está igual que siempre.

Gudrun suelta una risa breve, sin alegría.

—No puedo ver por ti, Frieda. No intentaré convencerte. Solo te pido que no le cuentes nada de esto a nadie. ¿De acuerdo?

Ella asiente, casi sin pensar.

Gudrun se agacha y busca entre los bolsillos de su pantalón hasta extraer un pequeño trozo de papel arrugado. Está manchado, desgastado en los bordes.

—¿Recuerdas cuando mi hermano se marchó?

Frieda asiente.

—Mi madre se inventó lo de la tuberculosis; en realidad, estaba preparando a mi hermano para que se fuera de aquí. Lo sé. Me lo susurró cuando vino a despedirse. Me dijo que no me preocupara, que él estaba a salvo, lejos de aquí. Me pidió que aguantara, que esperase a que Norbert me rescatara y que, si tardaba mucho, intentase escapar. No pude hablar mucho más con ella. La señora Ackermann se la llevó enseguida. —Hace una pausa en la que respira profundo—. Y ya no volví a verla.

—La envió a buscar a tu hermano.

—¡Mentira! Eso fue lo que dijo, pero no es verdad. ¿Crees que ella me dejaría sola con la señora Ackermann y los gemelos?

Frieda no dice nada, sigue temblando.

—No, no lo haría —continúa Gudrun—. Ackermann le hizo algo, estoy segura…

Ambas cruzan la mirada.

—Registré la habitación de mi hermano cuando se fue. Encontré esto —dice Gudrun extendiéndole el trozo de papel.

Frieda lo toma y lo observa unos segundos. Lo reconoce al instante.

—Es el código de su juego, el que él mismo inventó.

Gudrun asiente.

—Sí. Pero las letras son diferentes. Fíjate, él siempre usaba la inicial de la persona en cuya cabaña escondía el caballo de madera, el que, por cierto, todavía tienes tú.

Frieda aprieta los labios.

—Lo sé. Lo recuerdo.

—Y el número era el día del mes en el que lo encontrábamos. El código se iba ampliando con cada búsqueda y lo utilizaba a modo de marcador. Pero mira esto. —Señala el papel—. Aquí no hay nadie cuyo nombre empiece por la letra X. Ni por la B. Ni por la O… No tiene sentido.

Frieda siente un nudo en el estómago.

—¿Sabes lo que significa?

Gudrun agita el papel.

—No estoy segura, pero creo que contiene un mensaje con un código que mi madre y Norbert inventaron partiendo del que ya usaba. Algo así como los pasos a seguir para estar a salvo una vez se internase en el bosque. Sospecho que mi madre sabía que el doctor iba a venir a por Norbert, o que corría peligro aquí. Tú no te acuerdas, pero hubo un chico mayor. Ha pasado mucho tiempo y el recuerdo que tengo es muy difuso, pero escuché que se lo llevaban a un lugar peligroso que se llamaba guerra o algo parecido. Lo que tengo claro es que mi madre no quería que a Norbert le pasara lo mismo, y creo que por eso lo ayudó a escapar.

Frieda abre la boca, a punto de decir que sí recuerda a ese chico. Tiene una imagen sepultada en su memoria. Creía que tal vez lo habría soñado, pero al escuchar las palabras de su amiga, comienza a entender que fue real. Un chico rubio, delgado y apuesto la ayudó a levantarse del suelo después de que alguien la empujara. Evoca la escena en su cabeza, pero no dice nada al respecto.

Gudrun continúa, sin darle tiempo a responder.

—Mi madre actuó por su cuenta y ayudó a mi hermano, por eso el doctor se enfadó tanto cuando vino. Y también creo que esa es la razón por la que mi madre ya no está con nosotros.

El silencio que sigue la aterra más que el ruido del cielo.

Gudrun levanta la vista y en sus ojos hay algo nuevo. Una determinación que podría ser peligrosa.

—Voy a buscar a mi hermano, Frieda —aprieta el papel entre los dedos—. Aunque me cueste la vida.

14

Nora Larsen permanece tumbada sobre la que fue su cama durante muchos años, con la mirada fija en el techo, allí donde las pequeñas estrellas fluorescentes siguen pegadas en el mismo lugar exacto en el que estaban cuando era una niña. Algunas están torcidas, otras han perdido intensidad, pero todavía conservan ese brillo tenue que aparece cuando la habitación queda en penumbra. Durante unos segundos, se permite no pensar en nada más y deja que la imagen la arrastre hacia otra época, hacia aquellas noches en las que se quedaba despierta observándolas, imaginando que flotaba en mitad del espacio, que no había paredes ni techo, solo oscuridad infinita y puntos de luz lejanos, y ella, diminuta, viajando en una nave que avanzaba sin rumbo por el universo.

Entonces todo parecía sencillo.

La felicidad aparece a lomos del recuerdo. Fueron años en los que no se cuestionaba nada; no había grietas en su mundo. Su padre aún estaba vivo. La llevaba al parque, la empujaba en los columpios mientras ella gritaba que lo hiciera con más fuerza. Le enseñó a montar en bicicleta en una calle tranquila, corriendo a su lado mientras ella pedaleaba con torpeza, sujetando el sillín al principio y soltándolo después sin avisar. Nora caía una y otra vez, se hacía daño, se enfadaba, pero él siempre estaba ahí para ayudarla a levantarse, para decirle que lo intentara de nuevo, que ya casi lo tenía.

Su madre seguía siendo Theresa Larsen, aún no se había cambiado el apellido; ella suponía el refugio de Nora siempre que lo necesitaba. Mucho después, cuando ella creció y ganó independencia, vendrían las salidas nocturnas, las copas de más, las actitudes naturales, pero hirientes, que representaban el olvido. Quizá se tratara de una superación del proceso de duelo, de una aceptación que, en el caso de Nora, no llegaría hasta más adelante.

Intenta cerrar los ojos y relajarse. Debería dormir, solo que le resulta imposible.

Las palabras de Leif Dahl han abierto una grieta imposible de ignorar, y todo lo que había construido en torno a la figura de su padre empieza a desmoronarse sin que pueda hacer nada por evitarlo. La duda se instala y lo contamina todo. Cada recuerdo, cada gesto, cada enseñanza. Todo lo que fue sagrado queda ahora bajo sospecha.

Gira la cabeza hacia la mesilla y enfoca la vista en el reloj digital. Las cifras rojas marcan las dos de la mañana. Demasiado tiempo incapaz de conciliar el sueño. La discusión con su madre sigue resonando en su cabeza, repitiéndose en bucle sin ofrecer ninguna respuesta. Ha sido tensa, incómoda, cada vez más elevada, hasta convertirse en un choque frontal en el que ninguna de las dos ha cedido ni un milímetro. Nora ha insistido, una y otra vez, en que ella y su tío le estaban ocultando algo, que había piezas que no encajaban, que necesitaba saber la verdad. Su madre, en cambio, se ha mantenido firme, como un muro inquebrantable.

No ha negado nada de forma clara.

Pero tampoco lo ha confirmado.

Esa incertidumbre es lo peor de todo.

Nora vuelve a mirar al techo, a las estrellas que ya no logran transportarla a ningún lugar.

Lo único que ha conseguido sonsacarle a su madre ha sido que su padre atravesó una mala racha antes de morir. Lo ha dicho de forma ambigua, escudándose en palabras suaves que apenas rozan la superficie de lo que realmente ocurrió, pero Nora ha sabido leer entre líneas. Ha percibido los silencios, las evasivas, la manera en que ciertas preguntas quedaban sin respuesta o eran reconducidas hacia terrenos más cómodos. No ha hecho falta mucho más para entender que Arnold Larsen cambió, que algo se torció en algún punto y que ese cambio fue lo suficientemente evidente como para que ahora nadie quiera explicarlo con claridad.

Ella no recuerda nada de eso. Era demasiado pequeña. Su memoria está construida a partir de momentos felices, de una versión de su padre muy distinta, pero aun así puede unir las piezas a partir de lo que le han dejado entrever su tío, su madre y Leif

Dahl. Tres versiones incompletas que, sin embargo, apuntan en la misma dirección.

Le gustaría que alguien reuniera el valor suficiente para mirarla a los ojos y decirle la verdad sin rodeos, sin intentar protegerla. Porque hay algo que no encaja de ningún modo.

Nada justifica que se involucrara en el caso de la mujer de Isdal.

Ese detalle se le clava en la cabeza y no hay forma de hacerlo desaparecer.

Las ideas empiezan a acumularse, atropellándose unas a otras en un intento desesperado por encontrar una explicación que le permita sostener la imagen que tiene de él, pero todas resultan forzadas, artificiales y ridículas.

Nora coge el teléfono y desbloquea la pantalla. Necesita distraerse, agarrarse a algo que la saque de ese bucle mental, aunque sea durante unos minutos. Sus dedos se mueven con rapidez para enviarle un mensaje a Oriol.

«He terminado tarde. Siento no haber avisado antes, pero me quedo con mi madre. Mañana a primera hora nos vemos en mi casa».

El doble tic aparece casi al instante. Recibido.

No esperaba que lo leyera hasta la mañana siguiente, pero unos segundos después el indicador cambia a azul.

Oriol está despierto y está escribiendo.

La contestación llega enseguida.

«Sin problema. ¿Cómo ha ido?».

Nora mantiene el dedo suspendido sobre la pantalla durante unos segundos. No sabe muy bien qué decir.

Al final escribe:

«Nada. Aquí nadie quiere hablarme con sinceridad. ¿Qué tal vosotros?».

La respuesta no tarda.

«Jason en su tercer o cuarto sueño. Yo tengo algo. Pero es tarde, descansa y mañana te cuento».

Nora exhala con suavidad.

«Ok».

Apaga el teléfono y lo deja sobre la cama. La quietud vuelve a envolver la casa de inmediato. Se incorpora despacio y se levanta, notando el suelo frío bajo los pies. Al abrir la puerta, el pasillo la recibe completamente a oscuras, solo iluminado por una débil luz que se cuela desde el exterior.

Su madre duerme. No escucha ningún sonido.

Avanza hasta el baño y enciende la luz. El fluorescente proyecta una luz clara que se derrama hacia el pasillo e ilumina la puerta del fondo, la que conduce al antiguo despacho de su padre.

Su madre no lo ha tocado desde que él murió. Siempre ha estado cerrado.

Nora se queda inmóvil unos segundos, con la mirada fija en la puerta, sintiendo cómo la idea se instala en su mente sin posibilidad de apartarla.

¿Por qué no?

Apaga la luz del baño y el pasillo vuelve a quedar en penumbra. Avanza despacio, cuidando cada paso hasta detenerse frente a la puerta. Extiende la mano y la empuja con suavidad. La bisagra se queja con un leve crujido.

Entra, enciende la luz y cierra tras de sí.

El despacho es pequeño, más de lo que recordaba, y evoca la sensación de haber quedado suspendido en el tiempo. Frente a ella, un escritorio ocupa el centro de la estancia, cubierto por una fina capa de polvo que delata el abandono. Sobre él, una lámpara metálica junto a un pisapapeles con la insignia del Cuerpo de Policía de la ciudad de Bergen.

A la derecha, una estantería repleta de libros se alza hasta casi tocar el techo. No hay un orden evidente: manuales de criminología conviven con novelas de suspense, carpetas antiguas y cuadernos de tapas gastadas.

En la pared principal, encima del escritorio, hay un cuadro enmarcado. Nora se acerca un paso.

Es una fotografía de la graduación de su padre.

Decenas de rostros jóvenes, uniformados, mirando a cámara con una sonrisa que transmite orgullo. Localiza pronto a su padre, más joven, luciendo un semblante alegre.

Nora observa la imagen con atención antes de retirar la mirada y centrarla de nuevo en la estantería. Recorre los lomos de los libros con los dedos y empieza a sacar algunos al azar, abriéndolos por distintas páginas, pasando hojas con cuidado, sin saber exactamente qué está buscando, solo con la certeza de que, si su padre estaba metido en algo, tenía que haber dejado algún rastro, algún indicio, alguna prueba.

Se mueve con cautela, intentando no hacer ruido. Va hojeando sin demasiado orden hasta que uno de los libros le llama la atención por su estado. Sus tapas se encuentran más desgastadas en comparación a otros libros, como si hubiera sido utilizado con mucha más frecuencia.

Lo saca y lee el título.

Valor desafiante: la fuga más larga de la Segunda Guerra Mundial en Noruega.

Lo reconoce al instante: la historia de Jan Baalsrud, el miembro de la resistencia que, tras una operación fallida en 1943, tuvo que escapar de la Gestapo atravesando el norte de Noruega en condiciones extremas. Es un relato conocido a nivel nacional, una de esas historias que muchos han escuchado alguna vez. Ella también.

Pasa el pulgar por el borde de las páginas, pero no se detiene demasiado. Lo devuelve a su sitio y alza la vista hacia la balda superior, donde otro libro capta su atención, esta vez por el estado del lomo, tan arrugado y desdibujado que casi no se lee el título.

Lo coge.

Noruega durante la ocupación nazi.

Nada más abrirlo, comprende que hay algo diferente. Encuentra subrayados, palabras encerradas en círculos, anotaciones hechas con bolígrafo. No es una lectura casual. Nora empieza a pasar páginas con más atención, fijándose en ciertos términos con marcas que se repiten.

«Asentamiento».

«Trabajos forzados».

«Resistencia».

Su padre no estaba leyendo por interés general, estaba buscando algo concreto, aunque no tenga la más remota idea de qué. No tiene

tiempo para analizarlo todo, así que continúa avanzando hasta dar con un capítulo que destaca claramente sobre los demás por la cantidad de anotaciones que hay en él.

Es el capítulo que habla de la ocupación nazi de Bergen.

Empieza a leer por encima, guiándose por las flechas que su padre ha dibujado para dirigir la atención. Una de ellas señala un párrafo concreto.

«Bergen se convirtió en una base estratégica para la Kriegsmarine, lo que la convirtió en una ciudad con un puerto repleto de submarinos».

Sigue bajando la mirada, aún sin saber exactamente qué espera encontrar, hasta que ve la anotación.

Junto a una referencia a la fortaleza de Bergenhus como centro militar, hay algo escrito a mano.

«U47».

No entiende muy bien a qué podría hacer referencia. Se llevará ese libro para averiguarlo. Lo cierra y lo deja sobre el escritorio antes de sentarse en la silla, moviéndola lo justo para no hacer ruido. Se queda un momento en silencio, pensando, tratando de encajar esa pieza con el resto, pero cada vez tiene más claro que su padre no se había acercado a ese caso de forma superficial.

¿Podría ser parte del código misterioso de la mujer de Isdal?

Eso sería extraño. Si Jason tenía razón y los números del código correspondían a días del mes, eso lo descartaría, ya que no hay ningún mes con cuarenta y siete días.

Da unos golpecitos con los dedos sobre la superficie del libro. Cuando se inclina hacia delante, su rodilla choca con la cajonera. Se fija en ella.

Hay tres cajones.

Se agacha y abre el primero con suavidad. Está vacío. El segundo contiene objetos sin valor aparente: una grapadora, un par de bolígrafos gastados y un cargador de teléfono antiguo, de cuando cada marca tenía el suyo propio. Nada relevante.

Cierra ese cajón y abre el tercero.

Desde el primer momento nota algo extraño. No es algo evidente, pero hay una ligera sensación de desajuste, como si la base no

estuviera donde debería. Introduce la mano y pasa los dedos por la superficie, presionando con cuidado hasta que percibe un roce.

Es un hilo transparente, tan fino que apenas se ve.

Tira de él con suavidad y la base del cajón cede, elevándose lo justo para revelar un compartimento oculto.

Un doble fondo.

Nora contiene la respiración mientras observa el interior. Esperaba encontrar documentos, quizá alguna libreta, algo que pudiera explicar lo que estaba investigando, pero dentro solo hay un objeto.

Un caballo de madera.

Se queda mirándolo unos segundos antes de tocarlo, intentando encontrarle sentido, pero no lo hay, al menos no de forma inmediata. Finalmente lo coge con cuidado. Es pequeño, cabe en la palma de la mano, está tallado de forma sencilla, sin demasiados detalles, pero el desgaste en algunas zonas indica que ha sido manipulado muchas veces.

Lo gira entre los dedos, observándolo con atención.

Se lo mete en el bolsillo, coge también el libro con las anotaciones y regresa a su habitación.

15

Oriol solo ha dormido un par de horas. El descanso ha sido superficial y poco reparador. Ahora es la adrenalina la que lo mantiene alerta.

El reloj marca las siete cuando pone en marcha el motor del Suzuki Swift de alquiler y pone rumbo a Seim. El cielo luce con ese tono indeciso de las primeras horas del día, una lánguida luz que no termina de asentarse.

Conduce en silencio, sin música, dejando que el rumor constante del motor le ayude a mantener la concentración. Su mente repasa los últimos movimientos y lanza teorías que desgrana y analiza, tratando de encajar piezas y anticipar consecuencias.

Una hora después, llega a su destino. Leif Dahl lo está esperando.

El hombre presenta el aspecto de quien no ha dormido en toda la noche: la piel pálida, los ojos hundidos, los movimientos más torpes de lo habitual. Oriol se percata y huele su preocupación, el miedo que se instaló en él cuando Jason sustrajo ciertas imágenes de su disco duro.

La entrega se produce sin rodeos. No hay tiempo ni interés mutuo en fingir cordialidad. Leif le proporciona los resultados del análisis de ADN que ayer le solicitaron sin mirarlo a los ojos.

Oriol revisa el contenido de forma rápida, lo justo para confirmar que todo está en orden. No hace preguntas. No hay nada que preguntar después de que Leif afirme haber escrito un informe detallado con los resultados.

Todo ha quedado claro, por lo que decide marcharse. A cada segundo de más que transcurre en ese lugar, más ganas le entran de agarrarle de la pechera y decirle que es un ser despreciable. Debe controlarse.

Se gira para marcharse, dando el asunto por cerrado, pero antes de que alcance el coche, la voz de Leif lo detiene. No es firme ni segura.

—¿Estamos en paz? —tantea.

Oriol se detiene un segundo.

Lo mira.

No hay amenaza en su gesto ni necesidad de elevar la tensión. Solo una mirada limpia y directa, la que de forma natural aparece en su rostro e intimida cuando debe hacerlo. Leif baja la vista casi de inmediato.

Entonces Oriol asiente con falsa cordialidad y se despide sin añadir nada.

Cuando vuelve al coche, abre el sobre con los resultados de la muestra tomada del fajo de marcos alemanes que pertenecía a la mujer de Isdal. Encuentra una serie de gráficos y dibujos de cadenas de ADN con anotaciones. Avanza directamente a la última página y lee las conclusiones.

Tiene que leerlo tres veces para procesarlo.

Porque lo que encuentra escrito lo cambia todo.

Arranca y toma la carretera de regreso a Bergen sin prisa, dejando que los kilómetros se acumulen mientras ordena las innumerables hipótesis que se agolpan en su mente.

Aún es pronto para mover ficha con Leif Dahl. Podría hacerlo. Tiene material suficiente para enviarlo al departamento correspondiente y asegurarse de que responda ante la justicia por grabar a mujeres sin su consentimiento, teniendo relaciones sexuales. La condena sería merecida.

Pero no hoy.

No mientras Jason pueda quedar expuesto.

Sabe que acabará enviándolas. No se trata de una posibilidad, es una certeza. Simplemente elige el momento adecuado. No perdonaría algo así. No podría mirarse a sí mismo si lo dejara pasar.

Intenta centrarse en el intenso día que se le presenta.

Ha decidido que encontrará un momento para llamar a Claudia Adler, la única coincidencia viva en las bases de datos, la única pieza tangible que conecta directamente con la mujer de Isdal. Ese contacto podría abrir una nueva vía de investigación o ser inservible. En cualquier caso, es un paso necesario.

Quizá lo más importante que debe hacer hoy es inspeccionar el terreno. El punto exacto que localizó con las imágenes del dron. Un lugar aislado. Sin referencias. Sin registros que justifiquen la

presencia de un pozo en mitad de la nada. Ese detalle no encaja en absoluto y tiñe el caso con pinceladas cada vez más intrigantes e inexplicables.

Informará a Nora en cuanto la vea y se desplazarán hasta allí.

También le hablará de los resultados de la prueba de ADN que le ha proporcionado Leif Dahl.

Oriol aprieta el volante mientras piensa en ello. Es muy consciente de que la nueva información puede cambiar el rumbo de todo.

El coche avanza entre curvas suaves mientras el paisaje se abre a ambos lados. La luz del día ya se ha asentado por completo mientras Oriol intenta encajar la pieza. La idea se le escapa cada vez que cree tenerla sujeta, como si le faltara un ángulo desde el que mirarla. Conduce con la vista fija en la carretera, pero la atención está en otra parte, girando en torno a los resultados, dándoles la vuelta una y otra vez, buscando una explicación que no termina de aparecer.

Esto sí ha sido una sorpresa. Una de verdad.

Su mente empieza a acelerarse, enlazando hipótesis a un ritmo cada vez más alto, descartando unas, reformulando otras, construyendo posibilidades que se desmoronan en cuestión de segundos. En dos ocasiones se ve obligado a detener el coche en el arcén para seguir pensando. El volante se queda inmóvil entre sus manos mientras fija la mirada en un punto cualquiera del paisaje, consciente de que conducir en ese estado no es solo una mala idea, es imprudente.

Respira hondo. Intenta ordenar.

No lo consigue.

El teléfono ha sonado un par de veces durante el trayecto. Es Nora.

Lo sabe sin necesidad de mirar la pantalla. Lo más probable es que ya haya llegado a casa, que esté esperando noticias, que quiera saber qué fue aquello que descubrió anoche y prometió contarle hoy a primera hora.

Hay mucho de lo que hablar.

Demasiado.

No solo lo del pozo en mitad de la nada, en ese punto perdido del valle de Isdalen.

Eso no es lo más inquietante.

Vuelve a abrir el sobre con los resultados de las pruebas y los lee por cuarta vez.

El apartado de conclusiones que encuentra al final no ha cambiado durante los cuarenta minutos que lleva conduciendo.

El ADN encontrado en el fajo de marcos alemanes no pertenece a la mujer de Isdal.

Eso ya es suficiente para alterar el tablero.

Pero hay más.

Pertenece a un varón.

Un perfil limpio, sin coincidencias en las bases de datos disponibles. Un fantasma que no ha existido a efectos oficiales o que nunca ha dejado rastro, pero del que existe una coincidencia del 31% con otro perfil que sí está presente en la base de datos.

Oriol abre los ojos, consciente de lo que supone un porcentaje coincidente tan elevado. Es vínculo. Consanguinidad.

Leif ha ido más allá en el informe. Ha utilizado técnicas de parentesco, análisis cromosómico, todo lo necesario para afinar el resultado hasta un punto en el que ya no hay margen para la especulación.

La conclusión es clara.

La muestra presente en el fajo de marcos alemanes pertenece a un medio hermano de la mujer de Isdal.

Oriol vuelve a arrancar el coche, esta vez con más cautela, obligándose a mantener la atención en la carretera, aunque su mente siga trabajando sin descanso. Empieza a plantearse escenarios, no desde la intuición, sino desde la lógica fría que siempre le ha dado resultado.

Nora detiene el coche en la planicie y permanece unos segundos con las manos apoyadas en el volante, con la mirada fija en el sendero que se abre hacia el valle de Isdalen. Están siendo unos días muy intensos para ella; un vaivén de emociones que comienza a afectar a su estado de ánimo.

Se pregunta por qué demonios siente esa necesidad imperiosa de complicarse la vida, de intentar averiguar la verdad a toda costa sin detenerse a considerar las consecuencias. Esta vez, esa obsesión la ha salpicado, exponiendo fragmentos enterrados de su pasado.

Y eso no entraba en sus planes.

Apaga el motor, suspira y aparta las manos del volante. El teléfono sigue acumulando llamadas perdidas en el asiento del copiloto. Lo observa un instante, medio arrepentida. Su madre no ha dejado de llamarla desde primera hora, desde el momento en que Nora ha salido de casa sin escucharla, dejando la conversación a medias, cortándola en seco cuando intentaba rebajar la tensión de la noche anterior. No quería escuchar nada. No en ese momento. No después de la decepción derivada del mutismo de su madre.

Silenciar el teléfono ha sido su represalia ante su escasa colaboración. Una actitud infantil, tal vez. Como también lo es no tener el valor de afrontar las consecuencias de la verdad.

Abre la puerta y baja del coche. El sendero comienza a dibujarse a pocos metros, el mismo por el que hace un par de días caminó junto a Jason y Oriol. Entonces se dejó llevar por las ganas de resolver los misterios que rodeaban al caso. Todo era confuso y enigmático, pero manejable al ser ajeno. Ahora no. Ahora todo se ha desbordado.

Se apoya un instante en la puerta del Mercedes, sin apartar la vista del camino.

A primera hora de la mañana había regresado a su casa esperando encontrar algo de calma, o al menos un refugio desde el que empezar a ordenar los últimos acontecimientos con uno de los mejores investigadores del mundo. En lugar de eso, encontró a Jason Bennett tirado en el sofá, sin compartir en absoluto la angustia que invadía el cuerpo de Nora desde la noche anterior.

Oriol no estaba. Según Jason, había salido muy temprano en dirección a Seim para reunirse con Leif Dahl. La espera fue algo incómoda. Él intentaba sacar tema de conversación una y otra vez, pero ella no tenía la menor intención de corresponder. Han sido los cuarenta minutos más largos de su vida.

Cuando Oriol apareció por fin, la expresión de su rostro dejaba claro que traía noticias consigo.

Solo que ni Jason ni ella esperaban escuchar lo que él les contó. El caso ha dado un giro de ciento ochenta grados con los resultados de la prueba de ADN.

Nora se separa del coche y avanza unos pasos hacia el inicio del único sendero que cruza el valle de Isdalen. El sonido de otro motor rompe el silencio. Se gira por inercia y ve aparecer el Suzuki de Oriol, avanzando despacio hasta detenerse a pocos metros del Mercedes.

Jason ocupa el asiento del copiloto y, en cuanto el coche se detiene, se queda mirándola con una media sonrisa que no corresponde con el momento. Ella lo observa, incapaz de decidir si le irrita o le desconcierta. Se pregunta, sin poder evitarlo, si se toma todo aquello como un juego o si, simplemente, su cabeza funciona de una forma tan particular que la tensión no le afecta como al resto. No se puede negar que es un genio, después de todo.

Ambos bajan del vehículo. Visten ropa de montaña: botas firmes, pantalones cómodos y las chaquetas impermeables de Jason.

—¿Has tenido tiempo para pensar en todo lo que te he contado esta mañana? —le pregunta Oriol.

Nora levanta las cejas y se pinza el puente de la nariz durante un segundo.

—Sí… la verdad es que no he dejado de pensarlo —responde, soltando el aire poco a poco—. Pero no sé qué decirte. No se me ocurre nada que lo explique. Es muy extraño. Tal vez Jason podría buscar en los bancos de ADN alguna coincidencia con el misterioso medio hermano de la mujer de Isdal.

—Justo lo hemos hablado en el coche —responde Jason—. Ya lo hizo Leif Dahl. El informe que ha presentado es muy completo, la verdad. No hay coincidencias. Solo el 31% con la mujer de Isdal. Es más, no detecta la coincidencia con Claudia Adler, lo que se debe a que existe menos de un 1% de patrones idénticos entre ambos perfiles. En caso de que esa mujer y el medio hermano sean familiares, el parentesco es muy lejano.

Oriol aprieta los labios, pensativo.

—¿Vas a llamar hoy a Claudia Adler? —pregunta Nora.

—Sí. En cuanto terminemos aquí. No tengo muy claro que nos vaya a resultar útil, pero es un hilo del que debemos tirar.

Oriol saca el teléfono, lo desbloquea y abre la ruta que había guardado el día anterior tras descubrir el pozo. El mapa muestra una línea irregular que se pierde en el interior del valle, lejos de cualquier camino marcado.

—Nos queda un buen tramo —dice, mostrando la pantalla antes de guardarlo.

Jason mira hacia la vegetación y resopla.

—¿Cuánto tardaremos?

—No hay senderos —responde Oriol—. Así que mínimo un par de horas. Puede que más si tenemos que rodear zonas por las que no se pueda pasar.

Nora observa el inicio del camino. Ha paseado cientos de veces por ese lugar, por el estrecho sendero que serpentea el valle, pero nunca más allá, adentrándose en el espeso bosque.

Sin decir una sola palabra más, los tres comienzan a caminar.

La ruta se estrecha en cuanto dan los primeros pasos. Se trata de un camino que se abre paso entre la vegetación, sin ningún orden aparente. En un punto determinado, lo abandonan para caminar por un suelo irregular, cubierto de raíces que emergen como trampas, de piedras húmedas que resbalan bajo las botas y de una capa de hojas que amortigua cada pisada.

Los árboles se alzan altos, cerrando el cielo sobre sus cabezas. Las copas se entrelazan formando una bóveda densa que filtra la luz hasta convertirla en un tono verdoso, apagado. A ambos lados, los troncos crecen torcidos; algunos cubiertos de musgo, otros desgarrados por el paso del tiempo. La humedad lo impregna todo: se pega a la ropa, a la piel, a la respiración.

Caminan en fila, reduciendo el paso por las inclemencias del terreno. Oriol abre paso, apartando ramas; Jason va detrás y Nora cierra el grupo, absorta en sus pensamientos.

No puede dejar de pensar en que no ha sido del todo sincera con Oriol y Jason. Ellos comparten cada hallazgo y, sin embargo, ella no ha hecho lo mismo.

Ha decidido guardarse una parte. No les ha contado nada acerca de lo que encontró en el despacho de su padre: ni el caballo de madera escondido en aquel cajón, ni el libro repleto de anotaciones que parece esconder un nuevo misterio.

Esa misma mañana, cuando ha conseguido quitarse de encima a Jason, lo ha guardado todo en la caja fuerte oculta tras el cuadro de su dormitorio. Fuera del alcance de cualquiera.

Incluso de Oriol.

Aprieta la mandíbula mientras esquiva una rama baja.

Aún no sabe qué significa todo aquello. Pero no piensa compartirlo hasta entenderlo. Porque, por mucho que le pese, se trata de su padre. Y una parte de ella empieza a sospechar que hay aspectos de su pasado que quizá no deban salir nunca a la luz.

El camino se vuelve más complicado a medida que avanzan. En varias ocasiones tienen que detenerse y retroceder. Un grupo de árboles ha crecido de tal forma que sus troncos se entrelazan, creando una barrera casi impenetrable y les obliga a dar un rodeo.

Más adelante, el terreno se abre en un desnivel abrupto. Una caída pronunciada, cubierta de tierra suelta y roca expuesta. Oriol se detiene, observa, calcula y niega con la cabeza. Es imposible pasar sin un equipo de escalada adecuado.

—Por aquí no.

Vuelven atrás. Jason resopla.

—Necesito parar un momento —dice, apoyando las manos en las rodillas.

Nora suspira, conteniendo la frustración. El aire se le escapa en un gesto seco.

No dicen nada, pero la caminata se está haciendo más larga de lo esperado.

Al cabo de un rato, reanudan la marcha, perdiéndose de nuevo entre la vegetación.

Cuando por fin se acercan a la zona donde Oriol localizó el pozo, a unos trescientos metros según el GPS, algo llama su atención y el inspector Duarte se detiene en seco.

—Fijaos en el suelo —dice, señalando un punto entre la maleza. Nora y Jason se acercan. La hierba ha crecido por encima, pero se

distingue una línea irregular. Piedras colocadas a ambos lados, parcialmente ocultas, marcan lo que en su día debió de ser un camino.

—Han crecido matojos por encima… —continúa Oriol—, pero esto no es natural. Esa disposición de las piedras solo pudo hacerla un ser humano.

Jason levanta la vista. El cielo ha desaparecido por completo bajo las copas de los árboles. La luz es tenue. Parece el escenario de un cuento.

—Todo esto es muy extraño —dice—. ¿Cómo podría alguien vivir aquí?

Se aleja unos pasos. Algo en el tronco de un árbol llama su atención, es una especie de marca.

—¡Eh! Mirad —exclama.

Nora y Oriol se acercan. Él señala el tronco.

—Por si había dudas, esto lo deja bastante claro.

Nora se aproxima. La madera está marcada. Alguien ha tallado unas letras con precisión.

«Raus hier, Wyrm».

—¿Qué significa? —pregunta ella, sin apartar la vista.

—Pensaba que tú me lo dirías —responde Jason—. Yo no hablo noruego.

—Es alemán —corrige Oriol—. Significa: «Fuera de aquí, Wyrm».

—¿Y qué demonios es un wyrm?

—Una criatura mitológica —explica Oriol—, del folclore alemán. Un dragón con cuerpo de serpiente. Representa el mal y la corrupción.

Jason lo mira con una ceja arqueada.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Leo mucho, Jason. Supongo que es lo que mejor sé hacer.

—¿Y en alguno de esos libros que lees has encontrado la respuesta a por qué alguien grabaría esa frase en un árbol en mitad de la nada?

—No. Eso no lo sé aún.

—¿Estás seguro de que es alemán? —insiste Nora.

—Completamente.

Nora se incorpora despacio, mirando a su alrededor.

—No tiene sentido, estamos en Noruega.

Oriol asiente.

—Me temo que las piezas empiezan a encajar —dice—. Creo que deberíamos seguir. El pozo debería estar en esa dirección. Queda poco.

Los tres retoman la marcha siguiendo la señal del GPS de Oriol.

El bosque comienza a cambiar su forma poco a poco. La vegetación se abre de manera irregular, dejando entrever estructuras que no encajan con el entorno natural. Primero son sombras, formas indistintas entre los árboles.

Luego se hacen visibles.

Son cabañas, o más bien lo que queda de ellas.

Se detienen casi al mismo tiempo.

Frente a ellos se extiende un asentamiento en ruinas. Varias construcciones de madera, derrumbadas en su mayoría; otras resisten a duras penas. Tablas clavadas de forma rudimentaria, paredes levantadas con una mezcla de barro endurecido, techos hundidos que dejan al descubierto el interior.

El lugar está muerto, pero resulta inquietante el mero hecho de pensar que algún día pudo estar vivo.

El abandono luce en cada rincón.

—¿Qué es esto? —murmura Jason.

Avanzan despacio, con cautela, tanteando el terreno.

En el centro hay un patio abierto. Y allí, rodeado por las cabañas, está el pozo cuyo brocal vio Oriol en las imágenes del dron.

—Ahí está —dice, señalándolo.

Nora lo observa. Un círculo oscuro en medio de la nada.

Cuenta las estructuras con la mirada. Siete, tal vez ocho, en función de la procedencia de una pila de escombros que se alza sobre el suelo. La mayoría están completamente derrumbadas.

Se dispersan unos metros, inspeccionando el asentamiento.

—Esto era una granja —añade Nora, señalando restos de lo que parecen antiguos cercados, estructuras caídas y herramientas oxidadas.

Jason recoge algo del suelo.

—Mirad esto —dice tras inspeccionarlo.

Es una lata oxidada y deformada. Oriol saca un par de guantes del interior de su chaqueta y la coge con cuidado. La agita para limpiar de tierra la superficie.

Se distinguen palabras en alemán.

—Propiedad del ejército alemán… —lee en voz baja.

Nora y Jason intercambian una mirada.

—Es de la Segunda Guerra Mundial… —murmura ella.

En uno de los laterales, algo más capta la atención de Nora. Se acerca y se tapa la boca, emitiendo un grito ahogado.

Sobre el suelo hay cruces de madera: viejas, desgastadas y dobladas por el paso de los años.

Oriol alza la vista al escuchar a Nora e inmediatamente entiende la importancia de lo que acaban de descubrir. Cuenta al menos tres tumbas. El terreno está tan deteriorado que resulta difícil saber si hay más.

Se queda mirándolas en silencio.

El viento no sopla allí dentro. Nada se mueve.

—Jason, vas a tener que marcharte. Ha llegado el momento de pedir ayuda a la policía.

1943

Gudrun se detiene a unos pasos del árbol, con los brazos cruzados y el peso del cuerpo apoyado en una cadera, observando cómo Frieda hunde la punta del cuchillo en la corteza con dificultad. La madera cede a regañadientes, dejando al descubierto un trazo irregular que apenas se distingue hasta que ella repasa la línea una y otra vez, empeñada en que las palabras queden claras, en que alguien —o algo— pueda leerlas.

—¿De verdad crees que eso va a funcionar?

Frieda no deja de tallar. Se toma un segundo antes de contestar, sin apartar la mirada del árbol. Tiene los ojos vidriosos; parece que esté a punto de llorar.

—No lo sé… supongo que no. Pero ya no puedo más. No hay día que no venga a asustarnos. Es desesperante. Y Lotte necesita tranquilidad para recuperarse.

—Lotte no va a conseguirlo, Frieda. Se lo escuché decir a la señora Ackermann. Dice que no hay nada que hacer, que cuando le aparecieron esos puntos rojos por todo el cuerpo, con esa fiebre y esos delirios… Ya estaba sentenciada.

—El doctor vendrá y le dará alguna medicina que la cure.

—Lo que tú digas.

Gudrun resopla y levanta la vista. Entre las copas densas de los árboles se abre un pequeño hueco, un fragmento mínimo de cielo que parece ajeno a todo lo demás. Es tan pequeño que cuesta creer que por ahí pueda colarse la luz del día. Durante un instante, se queda mirando ese punto fijo, intentando recordar cómo era mirar las estrellas por la noche, cuando aquel lugar no estaba totalmente cubierto por ramas.

—El otro día vi su sombra —dice Gudrun.

—¿La de quién?

—La del Wyrm.

Frieda se detiene. El cuchillo queda suspendido en el aire.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste nada?

Gudrun encoge un hombro, sin mirarla.

—Porque si lo hubiera hecho, habría tenido que aguantarte hablando de eso todo el día, y no tenía ninguna gana.

Frieda aprieta los labios. Vuelve a la corteza, pero ahora el movimiento es más rápido, menos preciso.

—¿Llegaste a verlo?

—No del todo —responde Gudrun, bajando la mirada hacia el suelo cubierto de hojas—, pero no es humano, eso lo tengo claro. Era metálico. Lo vi solo un segundo.

—¿Metálico?

—Sí. Parecía del color de las latas.

Frieda parpadea, incrédula.

—¿Y qué hacías fuera? La señora Ackermann dejó bien claro que no podemos salir cuando esté cerca.

Gudrun deja escapar una risa seca, sin humor.

—La señora Ackermann no es mi madre.

Se sienta sobre una piedra cercana, con un gesto cansado que no corresponde a su edad. Hay algo en la forma en que lo dice, en ese pequeño quiebre al final de la frase, que inquieta a su amiga.

Frieda termina de trazar la última letra. Se aleja y lee el grabado desde cierta distancia: «Raus hier, Wyrm». Se aparta un poco para observarlo, ladeando la cabeza. Luego se gira hacia Gudrun.

—¿Echas de menos a tu madre?

Gudrun se encoge de hombros.

—Sí, supongo. Más a Norbert, la verdad. Pero estoy segura de que él está bien, lejos de este infierno. Sé que algún día volverá a rescatarnos.

No añade nada más. No hace falta.

Frieda limpia la hoja del cuchillo contra la pernera del pantalón, sin saber muy bien qué decir, incómoda ante algo que no puede arreglar. Gudrun se levanta y se acerca un par de pasos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Frieda?

—Claro.

—¿Recuerdas algo antes de todo esto? Algún lugar, alguna imagen distinta a este sitio.

Frieda niega con la cabeza casi de inmediato.

—No, Gudrun, claro que no. Todos hemos nacido aquí, ya lo sabes. No me gusta cuando te pones así.

Ella la mira con asombro.

—De eso nada. Eso es lo que te han contado tu madre y las demás mujeres, lo que quieren que creas, pero no es cierto. Nada de lo que dicen lo es.

Frieda no responde. Sus dedos se tensan alrededor del cuchillo.

—De hecho —añade Gudrun—, tengo un recuerdo al que le he dado muchas vueltas. Es algo borroso, porque yo era muy pequeña, pero estoy casi segura de lo que significa.

Frieda la mira, contrariada.

—¿De qué estás hablando?

—Norbert no estaba con nosotros al principio. O quizá sí, no estoy segura. Lo que sí recuerdo es que a veces se iba con un hombre al que él llamaba papá, pero era su padre, no el mío.

Frieda da un paso al frente y se coloca a su lado casi de inmediato, arrastrada por la frase, por la forma en que ha sonado.

—Eso es imposible. ¿Me tomas el pelo?

—No.

La respuesta es seca, firme, sin espacio para dudas.

—Yo sí tengo el recuerdo de un lugar distinto. Había edificios altos y olía extraño, como a algo quemado. Las calles eran muy diferentes a esto: no había tanto árbol, se veía el cielo y muchas veces humo, parecido al que aparece cuando el fuego se apaga y sale espeso y de color blanco. Yo vivía en una casa muy pequeña. No era de madera; las paredes eran duras. Era muy diferente a lo que conocemos.

Se detiene un segundo antes de continuar.

—Recuerdo una conversación. Mi madre, al principio, no quería que Norbert viniera con nosotros aquí. Había alguien más en casa, pero no consigo recordarlo. Sí recuerdo ver a Norbert llorando, agarrado a la mano de esa persona que mi memoria se resiste a mostrarme. No quería soltarlo y le gritaba: «¡No quiero, papá!». Entonces mi madre comenzó a chillar.

Silencio.

No es solo la ausencia de palabras lo que perturba a Frieda. Es un miedo creciente a lo desconocido que aumenta cada vez que su amiga le narra hechos que no entiende, que su mente no puede procesar.

Frieda baja la mirada, removiendo la tierra con la punta del zapato.

—¿Y no puede ser que lo hayas soñado? Suena a eso. A mí también me pasa a veces… Me despierto pensando que durante un sueño he cruzado el bosque y he llegado a la guarida del Wyrm, pero no consigo recordar cómo era. Me lo imagino con la cara de Gustav, incluido su labio partido por la mitad. Creo que a ti te ha pasado algo parecido.

Gudrun ladea la cabeza, con los labios dibujando una mueca de indiferencia, sin molestarse en discutir.

—Cree lo que quieras.

Se hace un breve silencio. Esta vez más corto, más tenso.

Gudrun inspira hondo antes de formular la pregunta.

—¿Le has dicho a alguien lo que te dije en el sótano?

—¿Te refieres a lo de escapar?

Gudrun asiente y Frieda niega de inmediato.

—No. Te lo prometí.

Gudrun pone sus manos sobre los hombros de su amiga y se acerca para mirarla directamente a los ojos.

—Bien, porque lo haré pronto. Y voy a necesitar que me ayudes.

16

Oriol Duarte permanece de pie junto a la bancada, con las manos en los bolsillos, observando a Erik Røstad, el forense de la comisaría de Bergen, mientras despliega el brazo metálico del armario de almacenamiento. El sonido del mecanismo rompe el silencio clínico de la sala y, con él, la incomodidad que se había instalado unos segundos antes entre ambos.

—He estado leyendo sobre usted —dice Erik sin mirarlo al principio, concentrado en localizar el compartimento correcto—. Así que es agente de la Interpol… y bastante conocido. ¿Por qué no me lo dijo?

Oriol carraspea.

—No me gusta que me juzguen. No digo que usted fuese a hacerlo. Es solo que, de una forma u otra, mis casos han resultado más mediáticos de lo que me hubiera gustado y detesto las consecuencias que eso conlleva.

Erik deja escapar un leve sonido entre irónico y comprensivo.

—Ah, ya veo. El precio de la fama.

Abre el compartimento y de él extrae varias bolsas de pruebas. Después, las deposita sobre la bancada con cuidado, ordenándolas con precisión.

—Parece que, gracias a lo que usted ha descubierto, el caso ha dado un vuelco tremendo. Enhorabuena. Siempre ha sido uno de los mayores misterios de Noruega. Todos tenemos ganas de que lo resuelva. Pero he de advertirle que, si como dice no le gusta llamar la atención de los medios, se ha equivocado de caso.

Oriol no responde. Asiente, tratando de no parecer descortés. En su cabeza aún resuena la voz de Lefebvre, seca, cortante, más dura de lo habitual. La llamada de esa mañana no ha sido una advertencia; ha sido una imposición. Reincorporarse para trabajar en el caso o quedarse fuera. No le ha gustado en absoluto que solicitara una excedencia para trabajar por su cuenta. El inspector Duarte ha perdido la cuenta de cuántas veces ha pensado que su jefe iba a

expedientarlo. Hasta ahora, nunca lo ha hecho, pero de algún modo siente que esta vez ha tensado la cuerda más de lo necesario.

No ha tenido más remedio que aceptar su propuesta y volver a ser, oficialmente, un agente de la Interpol. Uno que tiene a un prófugo y a una periodista como compañeros y que no piensa renunciar a ellos, aunque tenga que realizar algunos cambios en su estrategia.

Erik se vuelve entonces hacia él, apoyando las manos sobre la bancada.

—Bien. Dígame, ¿por qué quiere volver a ver las pruebas? Tal vez pueda serle de ayuda.

Oriol se acerca despacio, sin prisa, dejando que su mirada recorra las bolsas transparentes con los objetos en su interior antes de responder.

—A veces necesito cierta inspiración. Quería comparar visualmente estos objetos e intentar encajarlos con la imagen que tengo grabada en la memoria. La del asentamiento abandonado del valle de Isdalen que descubrí ayer.

Erik arquea las cejas.

—He visto una foto. Es… No tengo palabras. Mis compañeros comentan que está en un lugar de muy difícil acceso. ¿Es eso cierto?

—Totalmente.

El forense asiente, pensativo.

—Entonces no será fácil transportar pruebas desde allí. Una pena… —añade, dejando caer la frase—, porque estoy deseando ponerme con ellas.

Oriol no contesta. Se limita a colocarse los guantes.

—¿Cómo dio con aquel lugar? En fin… He leído que se encuentra en una zona muy alejada, sin rastro de civilizaciones cercanas. Uno de esos lugares inexplorados en medio de la nada.

—Suerte, supongo —contesta, obviando que utilizó un *software* al que, en teoría, no estaba autorizado a acceder.

Toma el sobre que contiene los marcos alemanes con la mano derecha, mientras la izquierda permanece dentro del bolsillo de su chaqueta.

Se gira ligeramente, dándole la espalda a Erik.

Y entonces ocurre.

—No veo el vestido. ¿Lo ha sacado?

—Sí, está aquí —dice el forense, volviéndose para señalar el objeto en la otra punta de la bancada.

Oriol aprovecha el momento y mueve sus manos con un gesto mínimo, preciso y ensayado.

El intercambio se produce en una fracción de segundo, limpio, sin titubeos. Ha devuelto el sobre original y se ha guardado el falso en el bolsillo, idéntico a simple vista. Finge prestar atención al vestido, alimentando la curiosidad del forense, que no tiene ni idea de lo que acaba de suceder.

Tras unos segundos, Oriol alza el sobre que contiene los billetes.

—¿Cree que podría analizar esta prueba en busca de restos de ADN? —pregunta Oriol, alzando la bolsa.

Erik aprieta los labios, evaluando.

—Será complicado. Lo lógico es que estén repletos de muestras. Si me dice qué es exactamente lo que quiere encontrar, quizá pueda centrarme en esa parte.

Oriol asiente.

—Los billetes fueron encontrados en el maletín hallado en la estación de Bergen. Se relacionó con la mujer de Isdal por una serie de suposiciones vagas, pero sin pruebas fehacientes de que realmente fuera de su propiedad. De serlo, su ADN debería estar en algún lugar de estos billetes. Quiero comprobarlo. —Hace una breve pausa—. Sospecho que no fue ella quien dejó el maletín. Creo que alguien la ayudaba.

Erik se queda inmóvil, pensando en las palabras de Oriol. Abre la boca para decir algo, pero se frena. Después, observa los billetes con atención y se inclina hacia delante.

—¿Y no sería más sencillo analizar el maletín?

Oriol chasca los dedos y señala al forense con un gesto rápido, dándole la razón.

Claro que lo sería.

Pero no era factible utilizar el señuelo de un maletín sin que nadie se percatase; por eso se llevó los billetes.

—Tiene usted razón —responde, dejando el fajo sobre la bancada —. Ya me han avisado de que es bastante bueno. Proceda con el maletín.

El comentario, medido al milímetro, tiene el efecto esperado. Erik se ruboriza, incapaz de ocultar la satisfacción que le provoca.

—Haré lo que pueda —dice, con una sonrisa breve.

En ese instante, la puerta se abre sin previo aviso. El agente Moen asoma la cabeza, con esa expresión agria que parece permanente en su rostro.

—Señor Duarte. He citado a todos en la sala en media hora.

Oriol empuja la puerta de la comisaría y agradece el aire fresco del exterior. A su derecha, un pequeño grupo de agentes se arremolina junto a la pared: cigarrillos encendidos, conversaciones a medio volumen; no necesita escucharlos para saber que hablan de él. Basta con la forma en que uno levanta la vista, otro sonríe y el murmullo se comprime antes de reanudarse. Oriol no se detiene, tampoco les devuelve la mirada. Sigue caminando, consciente de que, una vez más, el caso que tiene entre manos se convertirá en un circo mediático.

Se sienta en un banco de metal en la acera de enfrente y siente el frío en sus muslos. Apoya los antebrazos sobre las piernas y observa la comisaría, cuya silueta se recorta frente a él en perspectiva. Aprovecha esa soledad para su introspección, para intentar razonar con esa voz interna que le reprocha, una y otra vez, haberse complicado la vida de tal forma.

A estas alturas, esa situación se ha repetido tantas veces que ha perdido la capacidad de sorprenderse.

Podría haber tomado distancia, haber dejado que otro asumiera la dirección, haber puesto algún tipo de límite o, por lo menos, no traer a Jason Bennett a Noruega, a lo que se ha convertido en la boca del lobo.

Pero no lo hizo. Nunca lo hace.

Pronto, esa misma acera —ahora ocupada por un grupo de agentes que ríen entre una nube de humo— se llenará de reporteros y curiosos que no darán tregua y aprovecharán el más mínimo error para descargar toda su artillería contra cualquiera que se ponga a tiro.

Aprieta los labios, sin darse cuenta.

Jason está fuera de juego, al menos de momento. Oculto en casa de Nora, a salvo dentro de esa especie de burbuja que parece segura, con esa promesa que dejó caer sin dramatismos: si tiene que marcharse, lo hará sin despedirse, sin mirar atrás. Tal vez sea mejor así.

Y luego está ella, la audaz reportera que ha despertado cierto recelo en Oriol por su actitud tras las palabras que escuchó en boca de Leif Dahl en Seim.

Con ella todo es más difícil de encajar.

Desde aquel comentario, algo se ha desplazado; él lo percibe aunque ella intente mantenerlo oculto. No es una ruptura definitiva, al menos de momento, pero ahora contempla escenarios en los que Nora difícilmente podría colaborar en la investigación por su parentesco y sus emociones con respecto a los nuevos implicados. Además, sospecha que hay algo más.

Hay algo que no le ha contado.

No sabe muy bien el qué, aunque se ha planteado varias hipótesis. Tal vez habló con su madre. O con su tío. Tal vez alguno de ellos le dijo algo que no esperaba, algo que preferiría no haber escuchado, y decidió guardárselo. No la conoce lo suficiente como para vaticinar cuál sería su comportamiento en caso de verse en esa tesitura.

En condiciones normales, el inspector Duarte jamás se inmiscuiría en asuntos personales ajenos. Es una línea que no cruza nunca. No por prudencia, sino por convicción.

Pero esto es diferente.

El padre de Nora estaba investigando por su cuenta el caso de la mujer de Isdal. Eso no es un detalle secundario, ni una coincidencia irrelevante. Necesita entender por qué, qué fue lo que lo motivó a ello y hasta dónde llegó antes de su desafortunada muerte.

Exhala lentamente, clavando la vista en la puerta de la comisaría.

Ayer por la tarde, Lefebvre movió ficha. Contactó con la policía noruega y no se anduvo con rodeos. Le bastaron dos frases cargadas de autoridad para comunicar al jefe de distrito, el agente Moen —quien no estaba muy de acuerdo—, que será el inspector Duarte quien dirija la investigación.

Pese a la imposición, la mayoría de los agentes del cuerpo se han presentado voluntarios para participar en las labores de investigación. ¿Quién iba a perderse un caso así?

El gran problema son las condiciones desfavorables.

El acceso a la zona complica todo desde el principio: terreno irregular, aislamiento casi total, un lugar donde ni siquiera los helicópteros pueden aterrizar sin una intervención previa.

Esa fue la primera orden de Oriol al mando. Un equipo se desplazó ayer por la tarde con herramientas, maquinaria ligera y todo lo necesario para abrir un espacio entre los árboles. Nivelarán una porción de terreno para crear una superficie viable donde el helicóptero pueda tomar tierra sin riesgos. Eso facilitará el resto de las tareas.

Moen le ha confirmado, justo antes de salir a la calle, que la zona ya está operativa y que se ha instalado una carpa para la toma de muestras. En breve empezarán a procesarlas en el laboratorio forense, lo que significa que no tardarán en llegar las primeras respuestas. Desde ayer, cuando hablaron sobre el nuevo hallazgo, el jefe de distrito no se ha despegado del teléfono. Durante aquella conversación tuvo que soportar las miradas cargadas de rabia de Moen. Oriol desconoce el origen de esa hostilidad, pero sí tiene algo claro: no puede confiar en él. Por eso ha ordenado al resto de agentes que cualquier decisión pase antes por sus manos.

Permanece inmóvil unos segundos más, con la mirada clavada en la fachada de la comisaría, hasta que la inercia acaba empujándolo a dar el siguiente paso. Saca el teléfono del bolsillo, lo desbloquea y busca el contacto que Jason le consiguió, ese nombre que lleva horas orbitando en su cabeza: Claudia Adler, la mujer de treinta y tres años, nacida en Núremberg y cuyo ADN coincide parcialmente con el de la mujer de Isdal.

Ayer trató de contactarla, pero a Claudia le surgió una emergencia familiar y no pudo atenderlo.

Pulsa para llamar.

El tono suena una vez, dos. A la tercera, alguien descuelga.

—Hola.

Oriol endereza la espalda.

—Buenos días, Claudia. Soy Oriol Duarte —saluda en perfecto alemán.

Una pausa.

—Sí, lamento mucho no haberle podido atender ayer, pero ingresaron a mi marido con un cólico y hemos pasado la noche en el hospital.

Oriol asiente para sí, aunque ella no pueda verlo.

—No se preocupe, entiendo la situación y le agradezco que me atienda ahora. ¿Dispone de unos minutos para contestar mis preguntas?

—Sí, pero antes de nada me gustaría preguntarle cómo dio con mi perfil de ADN. Ayer, cuando me lo dijo, me sorprendió mucho.

Oriol mantiene la vista al frente, clavada en la puerta de la comisaría.

—Como ya le dije, soy policía. Tenemos ciertos recursos.

—Sí, lo sé. Lo busqué en internet y comprobé que es quien dice ser. Me hice una prueba de ADN porque mi marido y yo tuvimos problemas para concebir y el médico nos la recomendó. No tenía ni idea de que ese dato acabaría siendo público.

—Le aseguro que todo lo que hablemos en esta conversación tendrá un carácter confidencial. No le pediría ayuda si no se tratara de un caso tan relevante.

Al otro lado se escucha un suspiro, largo y contenido.

—¿Y dice que mi ADN coincide con el de esa mujer? He leído también sobre el caso. Es… impactante.

—Solo un 3,2 %.

—¿Eso qué quiere decir?

—Significa que usted y ella comparten un familiar lejano, tal vez de hace tres o cuatro generaciones. ¿Hay alguna historia de desapariciones en su familia?

Hay una breve pausa. Claudia piensa.

—La verdad es que no… Bueno… No sé, desapariciones como tal no, pero mi madre siempre me contó que una tía suya falleció en Auschwitz.

Oriol escucha con atención mientras saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Su familia es judía?

—Así es.

—¿Podría decirme dónde está enterrada esa mujer?

—No. Es ahí donde voy. No se recuperó su cuerpo o, si se hizo, acabó en una fosa común. Recuerdo que hace unos meses apareció una cerca de Cracovia; salió en las noticias, tal vez lo recuerde. Decían que era la más grande de Europa, que podría haber más de mil cuerpos. Pensé que quizá entre ellos estaría el de la tía de mi madre, pero a las pocas semanas se informó de que no pertenecían a la Segunda Guerra Mundial, sino a una epidemia de peste entre los siglos XVI y XVII.

Oriol cierra los ojos un instante, procesando la información.

—Comprendo. ¿Tiene alguna fotografía de esa mujer?

—No, lo siento.

—¿Su madre, quizá?

—Mi madre falleció hace cinco años, inspector. Vendimos su casa a los pocos meses y nos deshicimos de todo lo que había en ella. Durante los últimos años de su vida, su salud mental no estaba muy bien y sufrió síndrome de Diógenes. No había nada salvable; lo tiramos todo.

Una leve mueca de lamento se dibuja en el rostro del inspector.

—¿Recuerda que su madre le contase algo sobre ella?

—No era algo de lo que hablásemos habitualmente. Mi madre no llegó a conocerla. Todo lo que sabía de ella venía de las historias de mi abuela.

—Entiendo.

—Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero es algo que he olvidado. Creo… aunque no estoy segura, que esa mujer tenía una hija, o un hijo. No lo sé. Que también murió en Auschwitz —Claudia

murmura algo ininteligible por lo bajo—. Vale… Sí, estoy segura. Acabo de recordar algo.

Oriol no dice nada. Solo escucha.

—Tenía un hijo, seguro. Lo recuerdo porque mi madre me contó una vez que esta mujer, su tía, antes de ser deportada a un campo de concentración, había conocido a un general del ejército alemán que la dejó embarazada. Ella sostenía que era el padre del niño, al que le puso su nombre, y creía que eso la mantendría a salvo. Mi madre se reía y decía que los generales viajaban mucho, que era fácil que tuviéramos parientes repartidos por toda Alemania. Parece que no iba tan desencaminada.

—¿Qué sabe de ese general? ¿Podría decirme algo? Lo que sea, me valdría con un nombre, una ciudad, un apellido, cualquier dato que recuerde.

Se escucha un bufido.

—Ha pasado mucho tiempo. Creo que se llamaba Walther, es lo único que recuerdo.

Oriol apunta mentalmente ese nombre y entreabre los ojos, pero no dice nada todavía. Deja que pasen un par de segundos, ordenando la información antes de dar el siguiente paso.

—Claudia —dice al fin, con un tono más contenido—, hay algo más que necesito preguntarle. Ha dicho que su familia tenía ascendencia judía. ¿Por qué no deportaron también a su abuela a Auschwitz junto a su hermana?

Al otro lado hay un leve cambio en la respiración, como si la pregunta hubiera tocado una parte más concreta, más definida dentro de ese relato difuso heredado.

—Porque estaba casada con un alemán.

Oriol no interrumpe.

—Mi madre siempre decía que mi abuelo era óptico, pero no uno cualquiera. Por lo visto, fabricaba lentes de alta precisión, creo que para uso militar. Unas miras especiales para los fusiles de los francotiradores o algo así. Era un trabajador protegido. Y a su familia no se la molestó. La hermana de mi abuela no tuvo la misma suerte.

Oriol asiente lentamente. La respuesta encaja, tiene sentido. Guarda silencio un momento.

—Me ha ayudado mucho, Claudia. Esta información es muy valiosa. Espero no tener que molestarla más, aunque es posible que tengamos que tomar alguna muestra de ADN en el futuro.

Finalmente, se despiden con brevedad, sin añadir nada más.

Cuando la llamada se corta, el sonido de la calle vuelve a ocuparlo todo de golpe, más presente, más áspero. Oriol baja el teléfono despacio, manteniéndolo unos segundos en la mano sin mirarlo, mientras repasa cada dato, cada conexión, cada posibilidad que empieza a dibujarse con cierta claridad.

Algo llama su atención. Al otro lado de la calle, en la puerta de la comisaría, el agente Moen se ha asomado al exterior. Su figura destaca entre el marco oscuro de la entrada y, en cuanto localiza a Oriol, levanta la mano y le hace un gesto claro y seco.

Quiere que entre.

17

La reunión con Moen ha terminado hace unos minutos. Continúa siendo un hombre de gesto áspero que no invita a la cercanía. Se ha ausentado durante casi tres cuartos de hora para ir a visitar a su padre en la institución de salud mental donde se halla ingresado.

Oriol ha comprobado que Nora no exageraba: el poder de su familia y la influencia que ejerce moldean, inevitablemente, la actitud de quienes lo rodean. Ignora si el puesto de jefe de policía lo conquistó a base de esfuerzo o si le fue concedido por su padre cuando aún era alcalde; lo que tiene claro es que él nunca abandonaría la comisaría en el punto álgido de una investigación, salvo por una causa de auténtica fuerza mayor.

No hay complicidad entre ellos, tampoco la busca. Quizá sería bueno para ambos que existiera un entendimiento tácito. Justo lo necesario para avanzar.

Durante la charla, Moen ha expuesto los nuevos hallazgos sin rodeos, señalando lo relevante. Oriol ha seguido cada punto con interés, consciente de que, al salir de esa sala, la responsabilidad de ordenar todas esas piezas recaería sobre él, con todo lo que ello conlleva. No se le escapa que eso es algo que puede causar ciertas reticencias, ya que Noruega no es su país natal y el caso de la mujer de Isdal es casi parte de su patrimonio cultural.

Ahora se encuentra al frente de una sala de reuniones que se ha quedado pequeña. No cabe un agente más. Algunos permanecen de pie, otros sentados mientras ajustan los auriculares que traducen sus palabras al noruego en tiempo real. El leve murmullo previo se extingue poco a poco, sustituido por una tensión contenida que se concentra en la mesa alargada donde él y Moen ocupan el centro.

Nadie se lo quiere perder.

A través del cristal opaco de la ventana se adivinan movimientos en el exterior. Los primeros reporteros ya han llegado, pero no entrarán. Ha sido una exigencia del inspector Duarte, una línea que ha marcado sin titubeos y que, sorprendentemente, se ha respetado. Solo hay una excepción.

Oriol alza la vista y la encuentra en una esquina al fondo de la sala. Nora se apoya contra la pared, apartada del resto, con una credencial de invitada colgando del cuello. Las ojeras oscurecen su mirada, más profundas cada vez. No sonríe ni parece cómoda.

Moen se aclara la garganta y comienza a hablar en noruego. Su voz grave llena la sala de inmediato. No necesita elevar el tono; basta con que empiece para que todos callen de golpe.

Oriol se coloca los auriculares. La voz del traductor llega un instante después, ligeramente desfasada, pero clara.

Moen comunica que será la Interpol quien dirigirá la investigación y que Oriol Duarte estará al mando.

Las palabras generan un leve murmullo y algún que otro cruce de miradas. Percibe el descontento en los agentes.

Sin adornarse, el jefe de policía se detiene y le cede la palabra.

Durante un segundo, Oriol no se mueve. Luego se recoloca el micrófono y empieza a hablar.

—Gracias por estar aquí. Sé que muchos habéis tenido que reorganizar turnos y dejar otras líneas abiertas para poder asistir, así que lo primero que quiero hacer es reconocer ese esfuerzo. También quiero felicitar a la comisaría de Bergen por la rapidez con la que se ha volcado en este caso, poniendo a disposición de la investigación todos los recursos necesarios.

Hace una breve pausa, mirando a Moen, que asiente con cara de pocos amigos como respuesta al agradecimiento.

—A partir de ahora, es imprescindible actuar con cautela. Especialmente con la prensa. Todo lo que se diga en esta sala es confidencial.

Su mirada se detiene en un punto concreto. Un agente sostiene el móvil a media altura de manera poco natural. Oriol no eleva la voz, pero el cambio es suficiente.

—No quiero ver ningún móvil.

Se forma un silencio incómodo en la sala.

—Si alguien graba esta conferencia, me encargaré personalmente de que haya represalias —añade.

El agente baja el dispositivo sin rechistar. Nadie más se mueve. A partir de ese momento, solo se escucha la voz de Oriol.

—Como la mayoría sabréis, ayer por la mañana, a primera hora, se hallaron los restos de lo que parece ser un asentamiento abandonado desde hace años en el corazón del valle de Isdalen. No existe constancia en registros históricos y está ubicado en una zona de difícil acceso, rodeada de naturaleza virgen. Por los indicios que hemos podido analizar hasta ahora, podría tratarse de un lugar habitado desde los años cuarenta hasta, quizá, la década de los setenta. No sabemos quién lo habitó ni con qué fin, pero creemos que podría ser el lugar donde residió la mujer que apareció muerta en 1970 en el mismo valle y que conocemos en la actualidad como la mujer de Isdal.

Algunos rostros se tensan. Otros intercambian miradas rápidas.

—Son varios los motivos que nos llevan a considerar esta posibilidad. En primer lugar, la inexistencia de pruebas que hayan permitido dotar de identidad a dicha mujer durante más de cincuenta años casaría con la opción de un asentamiento clandestino, aislado de la civilización. En segundo lugar, la proximidad del asentamiento con el punto donde se halló su cadáver.

Hace una pausa deliberada. Levanta la mano con un gesto mínimo.

—Podéis repartirlos —dice, dirigiéndose a un par de agentes que portan cajas de cartón repletas de dosieres que contienen la nueva información sobre el caso.

Una agente comienza a moverse entre las filas, entregando los documentos. El sonido del papel al pasar de mano en mano rompe la quietud y las voces comienzan a extenderse por la sala.

Oriol espera con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas.

Cuando están todos repartidos, retoma la palabra.

—Durante las semanas previas al hallazgo de este asentamiento, se consideró la posibilidad de que el caso de la mujer de Isdal tuviera relación con otro suceso de similares características que tuvo lugar en Australia en 1943. Se trata del hombre de Somerton. Para aquellos que no conozcan el caso, el hombre de Somerton fue un varón que apareció muerto en la playa de Somerton, en Adelaida, Australia, en 1943.

Deja que la idea flote, incómoda.

—Las coincidencias de ambos casos son difíciles de ignorar. Ambos cadáveres fueron encontrados en circunstancias extrañas y fue imposible identificarlos. No se encontraron registros de ningún tipo que dieran respuesta a preguntas básicas como quiénes eran o con quién interactuaban. Un detalle curioso es que en ambos casos las etiquetas de toda la ropa que llevaban puesta habían sido recortadas. Pero la prueba más importante es que ambos portaban un código de números y letras muy similar.

Algunos agentes ya han empezado a hojear las páginas.

—Si avanzáis hasta el final del dosier, encontraréis un cuadro comparativo de ambos códigos. Una de las hipótesis que se han valorado es que ambos pudieran conocerse o formar parte de algún tipo de organización secreta.

Las hojas se mueven casi al unísono. El murmullo crece un poco, luego vuelve a apagarse.

—El código es, hasta ahora, la prueba más relevante. La interpretación con la que estamos trabajando parte de una base sencilla que podéis ver desglosada en el último cuadro. La inicial representa el nombre de una ciudad. El número, el día del mes en el que se llega a esa ciudad.

Algunos levantan la vista. Otros siguen clavados en el papel.

—Tras probar numerosas combinaciones, encontramos una que podría encajar y que, tras comprobarla meticulosamente, parece plausible. Creemos que ambos códigos describen un itinerario y que la letra X que ambos comparten en su inicio corresponde al asentamiento que acabamos de encontrar.

Oriol hace una pausa antes de seguir.

—Ese escenario situaría a ambos, a la mujer de Isdal y al hombre de Somerton, en el mismo lugar, aunque separados por más de dos décadas de diferencia.

Oriol desvía su mirada hacia Nora, que no se ha movido ni un centímetro.

Un agente alza la mano y Oriol lo señala, concediéndole la palabra.

—¿De verdad cree posible que alguien viviera allí durante más de veinte años sin que nadie lo supiera? —pregunta en inglés.

Oriol hace una mueca.

—Resulta paradójico, sobre todo por las imágenes satelitales. Sin embargo, he contrastado el terreno con grabaciones almacenadas en la base de datos, incluidas las realizadas por drones de alta precisión, y puedo asegurar que no ha sido fácil de encontrar. Había que buscar a conciencia para ver el asentamiento, ya que está escondido bajo una gruesa capa de vegetación en un entorno de muy difícil acceso.

—¿Y cómo sobrevivían? —insiste el mismo agente.

—Creemos que se autoabastecían, a juzgar por los elementos hallados hasta el momento y que comentaré a continuación. Y parece que también contaban con ayuda del exterior. A medida que consigamos más evidencias, seremos capaces de explicar mejor las particularidades de este caso. Pero he de insistir en que lo realmente importante, desde el punto de vista legal, no es averiguar quiénes eran. Lo que debe centrar nuestros esfuerzos es descubrir quién los mató y por qué.

Oriol no aparta las manos de la mesa. Mantiene el tono constante, sin titubeos. Permite unos segundos al agente para contestar, pero no lo hace.

El inspector Duarte continúa.

—Antes de dividir tareas, vamos a comentar lo que se ha encontrado. En el dosier tenéis fotografías del asentamiento.

El sonido del papel vuelve a llenar la sala. Las páginas se deslizan, se levantan, se giran. Decenas de miradas descienden al mismo tiempo. Oriol, sin embargo, no mira el papel.

—Se encontraron un total de ocho construcciones que debieron de servir como viviendas. Muy rudimentarias. Levantadas con una mezcla de barro y tablones de madera. Algunas contaban con sótano.

Un agente pasa la página con más fuerza de la necesaria. El murmullo eleva su intensidad. Moen sonríe sin llamar al orden.

—Además, se identificó una estructura que podría corresponder a una granja, terrenos adyacentes para cultivo. Dos pozos: uno

grande, cegado con escombros y tierra y otro más pequeño que debió funcionar hasta que se abandonó el asentamiento. Además de varias zonas destinadas al almacenamiento.

Se toma un segundo antes de continuar, midiendo la reacción colectiva.

—Entre las ruinas se han recuperado objetos de uso común. Cubiertos, platos… La mayoría de los enseres están tallados en madera de forma tosca y funcional. En un sótano se han encontrado varias latas que conservan un grabado: «Propiedad del ejército alemán».

El efecto es inmediato. Se escuchan silbidos de asombro y exclamaciones de todo tipo. Algunos levantan la cabeza. Otros se quedan mirando esa línea en el documento con la boca abierta.

Un agente se levanta y lanza la pregunta sin pedir permiso.

—¿Eran nazis?

Una pausa incómoda.

—Aún no lo sabemos. Se ha comprobado con documentos antiguos y sí, el grabado era típico de la mercancía que el ejército alemán repartía entre sus tropas en la Segunda Guerra Mundial, pero no podemos asegurarlo.

Otro agente se lleva las manos a la cabeza y se une a la conversación.

—¡Eran nazis que se escondieron allí cuando los aliados recuperaron Noruega!

—¿Cómo se llama, agente? —pregunta Oriol.

—Soy el agente Caspersen.

—Le sugiero que no saque conclusiones precipitadas. Aunque investigaremos esa opción que usted sugiere, debe saber que también se han recuperado prendas de ropa. Aunque estaban en mal estado, todas tenían algo en común: las etiquetas estaban cortadas, pero hay algo más. En una de las viviendas, dentro de lo que parece un armario, se ha encontrado una chaqueta. En ella hay una estrella de David cosida. Y la palabra «Judío» en su interior.

El impacto es inmediato. Gestos de sorpresa, cejas que se elevan, miradas que se cruzan buscando una explicación que nadie tiene

todavía. El ruido crece, se superpone y la amenaza del desorden emerge.

La voz de Moen irrumpe por fin, pidiendo silencio. El efecto es instantáneo.

Oriol retoma.

—Eso no es todo, hay más. En los aledaños también se han encontrado indicios relevantes, algunos todavía sin una interpretación clara. Uno de ellos es un grabado en un árbol. El texto está escrito en alemán y dice: «Fuera de aquí, Wyrm».

—¿Qué demonios es un Wyrm? —pregunta otro agente abriendo los brazos.

—Tiene la explicación debajo de la imagen, agente —señala Oriol —. Déjeme acabar; tendremos mucho tiempo para responder a todas estas preguntas. Ya estamos terminando.

El inspector Duarte carraspea.

—Además, se han recuperado numerosos casquillos cuyo calibre coincide con munición alemana estándar de la Segunda Guerra Mundial. Principalmente de 7,92×57 mm Mauser, utilizada por las ametralladoras de los aviones de la Luftwaffe.

Ahora sí, la sala está completamente atenta.

—La cantidad y dispersión de los casquillos sugiere actividad militar en la zona. Es posible que se trate de restos vinculados a enfrentamientos aéreos.

Pausa.

—En 1943, esta región fue escenario de operaciones entre la fuerza aérea alemana y la Royal Air Force británica. No sería extraño que parte de ese material proceda de enfrentamientos ocurridos entonces.

De repente, Nora se mueve, saca su teléfono del bolsillo y su mirada se centra en la pantalla. Comienza a teclear algo, una respuesta a un mensaje.

—Por último, hemos encontrado lo que parece un dibujo hecho por un niño. He incluido la imagen en el documento que tienen en sus manos. Se trata de un bosque donde hay una especie de cabañas rodeadas de árboles y, sobre las copas, vuela un dragón con forma de serpiente.

Nora vuelve a guardar su teléfono, se gira y se dispone a salir de la sala.

—Se ha distribuido el trabajo por bloques. En su mayoría, todos dependen de las pruebas que el laboratorio vaya procesando. El agente Moen les informará al respecto. Queda terminantemente prohibido que uno solo de estos dosieres salga de esta comisaría —concluye Oriol, levantándose de su asiento tras ceder la palabra.

Ahora debe hacer algo.

Se agacha y le susurra a Moen que continúe él y distribuya los equipos, que debe hacer una llamada. El jefe de policía le clava la mirada sin decir una sola palabra.

Oriol continúa pensando que jamás abandonaría la investigación en un momento tan importante, pero acaba de surgir una causa mayor.

Debe hacer algo inmediatamente.

Seguir a Nora.

18

Oriol empuja la puerta de la sala de reuniones, dejando atrás el bullicio y el rostro desencajado de Moen, que lo sigue con la mirada hasta que desaparece. Lo cierto es que lo ha dejado solo ante una marea de agentes que hacen preguntas para las que aún no hay respuestas. Los hallazgos recientes son inquietantes y difíciles de explicar, pero su atención ahora se ha centrado en algo que considera importante.

Debe buscar a Nora.

Primero en los pasillos de la comisaría, recorriéndolos con la mirada mientras avanza rápido, esperando que aparezca en alguna esquina. Pero no está. Ninguna puerta abierta, ningún reflejo de su melena rubia en los cristales. Intuye que se ha marchado corriendo del edificio y quiere saber por qué. No puede obviar que todo apunta a que su padre había metido las narices en el caso de la mujer de Isdal, y cada vez resulta más necesario conocer qué motivos le llevaron a hacerlo.

Ya en la calle, el aire libre le resulta placentero en comparación al ambiente cargado de la comisaría. Los coches pasan frente a él y la gente se mueve de un lado a otro. Oriol rastrea varios ángulos con urgencia hasta que la ve.

Se aleja a paso ligero, sin mirar atrás. No duda ni un instante.

Tiene que seguirla.

Se pone en marcha manteniendo cierta distancia, obligándose a no acortar demasiado el espacio entre ambos. No quiere que lo vea. Ajusta el ritmo, aprovechando cada elemento de la ciudad como cobertura: un grupo de peatones que se detienen ante un semáforo, un coche aparcado que le sirve de pantalla momentánea, el reflejo de un escaparate en el que finge interesarse durante un segundo mientras Nora continúa avanzando.

Pasan junto a una tienda de bicicletas. Oriol reduce la velocidad y se acerca lo justo para integrarse en la escena: cuadros metálicos colgados en fila, ruedas alineadas como engranajes perfectos, una

bicicleta roja destacando entre las demás. Se detiene un instante, deja que se aleje y luego retoma la marcha.

Nora gira en una esquina y Oriol acelera. La pierde de vista durante un segundo, hasta que la localiza de nuevo entrando en un parque.

El contraste es inmediato: menos ruido, más espacio, senderos de grava y bancos dispersos entre árboles que aportan sombra. Oriol se detiene en la entrada, observando cómo ella avanza sin vacilar hasta uno de los bancos, situado cerca de un camino secundario. Se sienta.

Él no se acerca.

Busca un punto desde el que observarla sin exponerse y lo encuentra tras una hilera de arbustos, junto a un árbol lo bastante ancho como para cubrir parte de su silueta. Desde ahí tiene una visión clara, sin estar en su campo directo. Se apoya en el tronco, con los ojos fijos en ella.

Pasan los minutos.

Nora no hace nada. No mira el móvil, no se mueve apenas. Su mirada parece perdida en el horizonte.

Casi diez minutos después aparece un coche que se detiene a unos cincuenta metros del banco donde ella está sentada, en una calle poco transitada.

Es negro e inconfundible. Oriol lo reconoce al instante. Es el Volvo de su tío.

La puerta se abre.

Kjell Hagen baja del vehículo con una agilidad impropia de su edad. Se dirige hacia Nora. Ella se levanta en cuanto lo ve.

Se abrazan a modo de saludo y comienzan a hablar. Oriol no puede descifrar lo que dicen desde la distancia. No alcanza a oír nada, pero no puede acercarse.

El rostro de Hagen se ensombrece, la expresión se tiñe de lamento. Nora, frente a él, parece a punto de quebrarse.

Hagen se sienta en el banco.

Se pasa una mano por la frente con lentitud. Resulta evidente que esa conversación no es agradable. Nora permanece de pie un segundo más antes de dejarse caer a su lado.

Oriol no se mueve, solo observa.

Nora se lleva la mano al bolsillo y extrae su teléfono. Desliza el dedo por la pantalla, buscando algo. El inspector Duarte entrecierra los ojos para afinar la mirada, intentando atrapar algún detalle, cualquier pista. Cuando ella encuentra lo que buscaba, gira el dispositivo hacia su tío.

Kjell Hagen observa la pantalla alargando el brazo para alejar el dispositivo.

Al cabo de unos segundos niega con la cabeza, pero no aparta la vista; su mano se mueve hacia el interior de la americana. Saca unas gafas del bolsillo interno, las despliega con cuidado y se las coloca con un gesto metódico que contrasta con la tensión de su rostro.

Vuelve a mirar el teléfono.

Esta vez se toma más tiempo. Sus ojos recorren la pantalla con atención, observando algo que Oriol no puede ver. No se dicen nada durante ese tiempo. Finalmente, Hagen vuelve a negar con la cabeza. Más despacio esta vez.

Nora dice algo que provoca una mueca en su tío.

No escucha las palabras, pero capta el cambio en su postura. Hagen responde con un gesto ambiguo y evasivo. La conversación continúa y, aunque las voces no llegan hasta él, la comunicación no verbal indica que Kjell le está contando algo comprometido, tal vez sobre su padre.

Pasan varios minutos.

Nora comienza a llorar.

Hagen inclina el cuerpo hacia ella, intenta consolarla. Ella se desmorona poco a poco; se lleva las manos a la cara, apoyando los codos sobre las rodillas, escondiendo el gesto en una postura que no logra ocultar del todo su fragilidad. Baja la cabeza.

Su tío le coloca la palma sobre la espalda. Después la atrae hacia sí y la abraza.

La escena se prolonga: palabras que no llegan, gestos que insinúan demasiado y explican poco.

Para Oriol es suficiente.

Se retira de vuelta a la comisaría. Cuando ha girado un par de calles, saca su teléfono y realiza una llamada.

Jason se ajusta la toalla sobre los hombros, observando el reflejo apagado de las luces en el mármol pulido. La visita al *spa* ha sido un capricho. El último antes de desaparecer; no podía irse de allí sin probarlo.

Cuando entra en su habitación en el Opus XVI, todo está exactamente como lo dejó: la maleta cerrada sobre la cama y la ropa que va a ponerse preparada para facilitar una salida rápida. Lo tenía claro antes de bajar a relajarse. De hecho, es muy consciente de que está tardando más de lo que debe.

Solo que en realidad no quiere irse.

No era así como esperaba que acabase. Esa investigación, que en un principio no era más que un pasatiempo, había conseguido captar su atención y quería presenciar el desenlace.

Sabe que eso es peligroso. Demasiado. Aun así, no puede ignorar que reencontrarse con Oriol Duarte ha sido una grata experiencia. Trabajar con él ha activado algo que llevaba tiempo dormido, una especie de impulso que creía haber dejado atrás.

Ansiaba que este momento llegase desde que se despidieron en Fiumicino.

No es así como debía terminar.

Se detiene un instante frente al espejo mientras acaba de vestirse y se coloca la gorra, observando su propia imagen en el espejo y dejando surgir el atisbo de duda que florece. Niega levemente con la cabeza, intentando sacudirse la idea.

No puede arriesgarse.

El caso está a punto de estallar, lo sabe. En cuanto la atención mediática se dispare, todo se volverá más imprevisible; un escenario inseguro. Y quedarse en Noruega, con la policía cada vez más implicada, con Oriol en el centro de todo… Sería caótico.

Jason no permitirá que lo arrastren al abismo.

Agarra la maleta y la baja de la cama. Le esperan dos días de viaje: Bergen, Dubái, Fiyi y, finalmente, Nauru. Una línea trazada sobre el mapa que lo aleja de todo esto, hasta la otra punta del mundo. Allí le espera su madre, en una casa alquilada cerca de la playa, en una isla lo bastante pequeña como para desaparecer sin dejar rastro. Un lugar donde el tiempo se diluye y las noticias tardan en llegar, donde podrán vivir con cierta tranquilidad.

Un tiempo, al menos.

Se ha acostumbrado a eso. A no quedarse. A no construir nada que no pueda abandonar en cuestión de horas. Es más sencillo así, siendo un nómada que no se ancle a ningún lugar.

Está a punto de abandonar la habitación cuando el teléfono vibra en su bolsillo. El nombre en la pantalla le arranca una sonrisa.

Oriol.

Jason descuelga mientras sujeta el asa de la maleta.

—¿Qué tal la reunión? ¿Te han dado palmaditas en la espalda tus compañeros?

No hay respuesta inmediata. Jason arquea una ceja, apoyando el peso en una pierna.

—No estaba seguro de si contestarías —dice Oriol al otro lado—. ¿Sigues en Bergen?

Jason mira la puerta.

—Por poco tiempo. No pensaba despedirme, pero ya que llamas, seré cortés y te desearé una buena investigación. Ha sido un placer. Supongo que sabré por las noticias en qué queda todo esto. No olvides mencionarme en agradecimientos.

La contestación no tarda en llegar.

—Me lo imaginaba, pero quizá te interese... Bueno, olvídalo. No importa.

Jason cierra los ojos un segundo, dejando escapar un suspiro.

—No me jodas, Oriol. Dímelo.

—No, tranquilo. Si has tomado la decisión de irte, no quiero interponerme; es solo que creo que lo que te iba a proponer te podría resultar interesante.

Jason suelta el asa de la maleta. El golpe suave contra la moqueta retumba en la habitación.

—No hacía falta este teatrillo, inspector Duarte. Los dos sabemos que voy a quedarme si lo que tienes entre manos lo merece.

Esta vez Oriol no se detiene.

—Si es lo que quieres, de acuerdo, te lo contaré. Creo que Nora esconde algo. ¿Puedes ayudarme a averiguar de qué se trata?

Jason aprieta los labios, notando cómo algo se activa de nuevo en su interior, rápido, preciso e imposible de ignorar.

—¡Joder! Por supuesto.

1944

El fuego chisporrotea con una cadencia irregular, con ráfagas que no alcanzan a calentar del todo la estancia. Frieda mantiene los pies lo más cerca posible de las llamas, aunque es inútil. Tiene tanto frío que siente que le quema la piel; le cuesta incluso mover los dedos dentro de las botas.

La nieve derrumbó el tejado de su casa hace ya dos días y, desde entonces, vive hacinada en la cabaña de los gemelos y la señora Ackermann.

Porque su madre ya no está.

Ni Lotte.

Ni la señora Tietze, la madre de Lotte.

La señora Ackermann le explicó que la enfermedad que las había matado se llamaba tifus, y que era muy contagiosa. Por eso aislaron a las tres en la cabaña de Lotte mientras agonizaban.

Fue horrible.

Tardaron varios días en morir. La primera en enfermar fue Lotte; después su madre, la señora Tietze. Para cuando a la madre de Frieda le apareció la primera pústula, ya habían pasado siete días, los suficientes para que todos comprendieran el funcionamiento de la enfermedad.

Cuando lo asimiló y quiso despedirse, la fiebre ya la había tomado por completo: su madre apenas articulaba palabras, perdida en un murmullo de incoherencias.

Hubo momentos en que Frieda deseó enfermar también, solo para no tener que sostener aquel peso. Un dolor constante, sin tregua ni remedio, que la acompañaba a todas horas.

Han pasado dos meses y aún no lo ha superado. No lo hará nunca.

No consigue apartar la imagen del cadáver de su memoria. Recuerda que antes de su muerte perdía su mirada en el bosque con la esperanza de que el doctor apareciese con la cura. Que llegase justo a tiempo para salvarlas.

Pero no lo hizo. La última vez que él estuvo por allí fue cuando Norbert y la señora Günther se marcharon, y de eso hace una eternidad.

Ahora hay tres tumbas junto al granero.

Tres huecos abiertos entre los árboles, tres montículos de tierra que simbolizan el final.

Alza la vista y dirige su atención al fuego de la chimenea preguntándose quién ocupará la cuarta tumba.

No mira a Gustav ni a Rudolf directamente, pero los escucha; sus voces suben y bajan, se cruzan, se pisan, giran siempre en torno a lo mismo. Las figuritas de madera. Las pequeñas estatuillas de animales que Norbert talló con paciencia, con cada curva suavizada bajo la hoja de su cuchillo, cuidando cada detalle con esmero hasta el punto de dotarlas de un realismo admirable.

Rudolf las tiene en la mano y juega con ellas. Las levanta, las sopesa, las acerca demasiado al fuego.

Frieda nunca ha entendido su manera de comportarse. Siente un tirón en el estómago.

No le pertenecen, piensa, y no soporta la idea de verlas desaparecer. Son de Norbert y volverá a por ellas, o al menos eso cree. Para ella, esas figuras no son un juguete, son algo más; representan la esperanza.

Rudolf ya ha dicho tres veces que va a tirarlas. Gustav protesta, le arrebata una de las figuras y la deja sobre la mesa con un golpe seco. La otra sigue en manos de Rudolf.

Frieda baja la mirada hacia sus pies. No quiere escucharlos discutir. Se acerca aún más a la chimenea, aunque eso implique que el humo le roce la cara y le haga lagrimear.

La señora Ackermann no está. Ha salido hace rato, cargada con una pala, decidida a quitar la nieve antes de que termine de hundir lo poco que queda en pie del resto de cabañas.

Este invierno está siendo el peor de todos.

No es solo el frío. Es todo lo demás.

El nombre del Wyrm aparece en su cabeza sin que lo pronuncie nadie, como una sombra que se arrastra por los pensamientos de todos desde hace semanas.

Rudolf se mueve de nuevo y el reflejo del fuego baila sobre la figura que aún sostiene. Frieda levanta la cabeza esta vez, incapaz de seguir fingiendo que no le importa, y fija los ojos en su mano, en la distancia que separa la madera de las llamas.

El sonido llega de golpe, seco, profundo, como si algo enorme hubiera explotado a lo lejos. Esta vez no hace vibrar la cabaña con la misma intensidad que hace un par de horas, pero sigue siendo imposible ignorarlo.

Gustav y Rudolf se quedan quietos al mismo tiempo. La discusión se corta en seco.

—¿Lo habéis oído? —pregunta Gustav.

—¿Eres idiota? Claro que lo hemos oído —responde Rudolf sin apartar la vista de la figura que aún sostiene.

Frieda no dice nada. No lo necesita. Ese tipo de estruendos ya forma parte del día a día. El Wyrm ruge en la distancia y la tierra responde. A veces piensa que no estaría mal que uno de esos estallidos cayera justo aquí, sobre la cabaña, sobre ellos, sobre todo.

Que terminara con este sufrimiento de una vez.

Cada vez le cuesta más afrontar su vida.

Pero por si lo del Wyrm, lo de su madre, lo de Lotte y lo de la señora Tietze no fuera suficiente, hay algo más.

Gudrun.

Nadie lo sabe todavía. El secreto se hace más pesado a cada minuto que transcurre. Ella ha hecho su parte. Lo prometió. Y Gudrun también prometió volver con respuestas.

Frieda no deja de imaginarla: corriendo entre los árboles, abriéndose paso por la nieve que en el bosque ya llega hasta las rodillas, respirando rápido, mirando atrás. Tal vez esos truenos lejanos no sean solo el Wyrm rugiendo. Tal vez la esté persiguiendo.

Aprieta los dientes.

No. No quiere pensar eso.

Recuerda la determinación en su mirada cuando se despidió de ella y le ató el lazo rojo de la suerte alrededor de su muñeca para que la protegiera.

Desea que encuentre a su hermano, donde sea que esté. Y que no ignore la promesa que hizo y vuelva a rescatarla.

Se pregunta cómo será ese mundo que Gudrun describe en base a su recuerdo. ¿Le decía la verdad? ¿Existe realmente?

Da igual cuánto tiempo pase. Ella esperará.

La puerta se abre de golpe y el frío entra con rapidez, invadiendo la estancia. La señora Ackermann cruza el umbral con pasos rápidos, la nieve aún adherida a su ropa, el rostro endurecido por algo más que el propio invierno.

—Frieda, ¿has visto a Gudrun?

Levanta la cabeza despacio. Ha repetido la respuesta que va a dar muchas veces en su mente, puliéndola, ajustándola, tratando de que suene normal.

—Sí, vino conmigo al gallinero por la mañana y recogimos los huevos. Después volvió a las cabañas.

—En las cabañas no está —responde Ackermann sin dudar.

—Tal vez esté retirando nieve, no sé.

—Te digo que no está. Y alguien ha entrado en el almacén y se ha llevado latas de comida, queso y dos cantimploras.

Frieda evita responder.

A su lado, Gustav y Rudolf se miran. Gustav alza las cejas, confundido, mientras que Rudolf abre los ojos con una mezcla de sorpresa y algo más difícil de nombrar. La comisura de sus labios se eleva, dibujando un atisbo de sonrisa.

Frieda no sabe mentir.

Ackermann no cede ni un segundo.

Da dos zancadas y se planta ante ella antes de que pueda reaccionar. Sus dedos se cierran sobre su oreja y tiran con violencia, retorciéndola hasta arrancarle un gemido.

—¿Dónde está Gudrun? Dímelo, niñata.

El dolor es inmediato, punzante.

—No lo sé —solloza Frieda.

—¿Hacia dónde ha ido?

—Te digo que no lo sé.

Sus ojos buscan una salida. Recorren la cabaña con rapidez, saltando de un punto a otro. Ve a Rudolf, ahora riendo a carcajadas. También a Gustav, acercándose a su madre, intentando apartarla, murmurando algo que no llega a entender.

Ackermann lo empuja con la otra mano sin miramientos.

Gustav pierde el equilibrio y cae hacia atrás, resbalando sobre la madera. Por un segundo parece que va a precipitarse directamente contra las brasas, pero consigue girarse en el último instante y se queda a escasos centímetros del fuego, jadeando.

Frieda no tiene tiempo de reaccionar.

Ackermann tira de ella hacia la puerta y la arrastra al exterior. El frío la golpea con fuerza, mucho más penetrante que antes, atravesando la ropa y clavándose en la piel. Sus pies se hunden en la nieve a cada paso, torpes, pesados, como si llevara piedras atadas a los tobillos.

No se detienen hasta llegar al pozo.

Ackermann la empuja y Frieda cae de lado. Su cuerpo golpea la nieve antes de hundirse en ella.

—Te vas a quedar aquí hasta que me digas dónde ha ido.

Durante un instante no reacciona.

Luego la mira a la cara y las facciones desafiantes que encuentra despiertan un sentimiento nuevo que nace de lo más profundo de su ser.

Empieza en el pecho y se extiende rápido, demasiado rápido, como si una chispa hubiera prendido en su interior y ahora se alimentara de todo lo que encuentra. La rabia le sube por la garganta, le tensa los músculos, le hace olvidar por un segundo el entumecimiento de sus extremidades.

Quiere levantarse.

Quiere lanzarse sobre ella.

Quiere hacerle daño.

—¡Dímelo! —grita Ackermann.

Frieda se incorpora un poco, apoyándose en los codos. La nieve se desliza por su ropa.

—Voy a morir congelada si me dejas aquí.

—Entonces dime dónde está Gudrun.

Entrecierra los ojos. El mundo parece reducirse a la figura de Ackermann frente a ella, a su voz, a su rostro hostil.

Nunca ha odiado tanto a nadie.

—Gudrun se ha ido —dice arrastrando las palabras—. Y ojalá yo tuviera el valor de hacer lo mismo.

El gesto de Ackermann cambia y se instala en un punto entre la exasperación y la sorpresa. Se agacha y la agarra por la ropa, tirando de ella hacia arriba con brusquedad.

Frieda pierde pie al incorporarse. La nieve cede bajo sus botas.

Ackermann la sacude.

Pero esta vez Frieda responde.

Primero es solo resistencia, torpe y desordenada, intentando soltarse. Sus manos empujan, arañan, buscan un punto débil. Ackermann la abofetea y el golpe le gira la cara, le hace ver destellos blancos durante un segundo.

El impacto consigue que la chispa que había emergido termine por provocar un incendio.

Frieda gruñe, un sonido bajo, extraño. Entonces la empuja con todas sus fuerzas. Ackermann intenta sujetarla de nuevo, pero Frieda se retuerce, se libera a medias, vuelve a empujar, esta vez con el cuerpo entero.

El suelo está resbaladizo.

Ackermann da un paso atrás para mantener el equilibrio.

Frieda no se detiene.

Otro empujón.

El talón de Ackermann pisa nieve suelta al borde del pozo. Su peso se desplaza hacia atrás, sus brazos se abren intentando recuperar el equilibrio que ya no tiene.

Durante un instante queda suspendida, inclinada hacia el vacío.

Sus ojos se abren.

Luego desaparece.

El golpe sordo llega desde dentro del pozo; el agua se congeló hace semanas. Le sigue un eco breve que se pierde en la profundidad.

Frieda se queda inmóvil, el pecho subiendo y bajando con violencia, las manos aún extendidas en el aire donde hace un segundo estaba el cuerpo de Ackermann.

El mundo se queda en completo silencio.

19

Oriol empuja la puerta y la cierra a su espalda con un leve chasquido, dejando fuera el murmullo apagado del edificio. El apartamento no tiene nada que ver con la habitación del Opus XVI de donde viene Jason. Es pequeño, de una sola estancia, y ha sido reformado recientemente con lo básico, sin pretensiones. Un intento de modernidad que no logra ocultar la edad del inmueble. Se ubica en el barrio de Laksevåg, a las afueras, en un bloque de edificios muy próximo a la autovía. Ideal para desaparecer cuando llegue el momento. Un coche de alquiler está aparcado frente a la puerta, listo para su uso en caso de ser necesario.

Jason no levanta la vista del portátil.

Oriol observa el espacio con calma, recorriéndolo con la mirada: la cama plegada contra la pared, el sofá bajo, la barra americana que separa la cocina del salón.

Asiente para sí mismo.

Ha de reconocerlo. A pesar de sus excentricidades, Jason puede ser el compañero más brillante que ha tenido jamás.

Repasa mentalmente la secuencia: la llamada telefónica de hace unas horas, el hotel de lujo abandonado sin levantar una sola sospecha, el paso por la tienda de informática, el portátil nuevo, el alquiler gestionado con una identidad que no existe, la llave en un pequeño depósito metálico junto al portal, sin tener que mostrar su rostro.

Lo más llamativo de todo ello es la rapidez con la que actúa. Han pasado menos de tres horas desde que colgaron.

La voz de Jason rompe el silencio, sin apartar los dedos del teclado.

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

—Vale, pues hazlo. Hay de todo en la cocina, he pasado a comprar antes de venir aquí.

Oriol arquea las cejas y niega con la cabeza.

—Eres un gran anfitrión —ironiza, dirigiéndose hacia la barra. Abre los armarios, encuentra el café, el azúcar, las tazas colocadas sin ningún orden aparente. No tarda en poner la cafetera en marcha. Las teclas siguen sonando de fondo con un ritmo constante.

Apoya una mano en la encimera.

—¿Qué estás haciendo exactamente?

Jason no responde de inmediato. Sigue escribiendo unos segundos más antes de hablar.

—Estoy borrando el rastro que dejé en el ordenador de Nora, pero antes voy a echar un vistazo. A ver si hay algo comprometido.

Oriol observa el vapor que empieza a elevarse de la cafetera.

—¿No hay forma de hacerlo sin invadir del todo su intimidad?

Esta vez Jason sí se detiene. Apoya la espalda y deja escapar una risa breve, sin humor.

—Evidentemente no, Oriol. Era esto lo que querías, ¿no?

El inspector Duarte sirve el café con cuidado, dejando que el líquido oscuro llene la taza mientras mide sus propias palabras antes de soltarlas.

—Soy muy consciente de lo que te pedí, pero solo me interesa saber qué fue lo que le enseñó a su tío con el móvil esta mañana.

Jason vuelve a centrarse en la pantalla.

—Háblame de eso.

Oriol se acerca a la mesa y coloca una taza de café junto al portátil de Jason; después, se sienta frente a él.

—Nora había acudido a la sala de conferencias para asistir a la reunión inicial sobre el caso. Vi cómo recibía un mensaje. Entonces abandonó la comisaría. La seguí hasta el banco de un parque y la vi reunirse con Kjell Hagen.

Las teclas vuelven a sonar, más rápidas.

—¿Sabes la hora?

—Sí. Las 11:45 aproximadamente.

Jason asiente, sin mirarlo, y sus dedos cambian el ritmo, buscando algo concreto entre capas de información que no deberían estar a su alcance. Oriol da un sorbo al café, demasiado caliente, pero reconfortante. Mantiene la vista fija en Jason, en la pantalla que no

puede ver, en la velocidad con la que todo está empezando a moverse.

—De acuerdo, eso cambia las cosas… —murmura—. Aunque la idea de echar un vistazo e intentar destapar sus secretos no me disgustaba del todo.

Oriol deja la taza sobre la mesa con un leve golpe seco.

—Jason, compórtate. ¿Puedes averiguar qué fue lo que le enseñó?

Él ni siquiera gira la cabeza.

—Oriol, por favor…

Y vuelve al teclado.

Ahora es distinto. Hay pausas más largas, combinaciones diferentes, ventanas que se abren y se cierran con rapidez. En la pantalla empiezan a desfilar líneas de texto, rutas, accesos, historiales. Está entrando en otro terreno.

Oriol observa que su teléfono vibra dentro del bolsillo. Lo agarra y mira la pantalla.

Es el jefe Moen.

—Hola.

—Hola, ¿tienes un momento para comentarte los avances? —pregunta Moen en inglés, con su marcado acento.

—Por supuesto, dime —contesta con la vista todavía fija en Jason.

—Le pediste al forense que analizara una muestra antigua de la mujer de Isdal.

—Sí. El maletín que apareció en la estación y que se relacionó con ella.

—Pues resulta que ya tiene los resultados. No hay ADN de la mujer en la prueba. He hablado con el doctor Røstad; dice que sería posible que, al manipularlo con guantes, no dejara su rastro, pero es extraño porque el maletín tenía signos de haber sido utilizado con frecuencia.

—Curioso…

Oriol modula el tono con cuidado. La sorpresa suena convincente, aunque ya se imaginaba ese detalle y también lo que viene después.

—Hay algo más —continúa Moen—. Ha encontrado otra muestra. Es la de un varón, y no vas a creerte lo que te voy a contar.

—Sorpréndeme.

—Hay una coincidencia en el ADN. El hombre que manipuló ese maletín era el hermano de la mujer de Isdal.

Oriol silba por lo bajo y deja que pasen unos segundos, midiendo el peso de la información antes de responder.

—¿Habéis comprobado si lo tenemos en alguna base de datos?

—Sí, y no aparece en ninguna.

—¿Podéis comprobar si hay alguna coincidencia con el perfil genético de terceras personas en otras bases de datos?

—Si involucra a personas ajenas a la investigación, necesito una orden judicial.

—Solicítala.

Se produce un silencio que Oriol interpreta como la resignación de Moen a recibir órdenes.

—De acuerdo. También quería informarte de algo más. Hemos recuperado huesos de las tumbas que se encontraron. Ha surgido un problema.

Oriol se endereza.

—¿Cuál?

—Me lo ha contado el forense al examinar los restos. Dice que el valle de Isdalen es una zona donde llueve y nieva mucho… Parece que eso afecta a la composición del suelo. Me ha explicado algo del arrastre de minerales… No lo tengo del todo claro. El caso es que es un entorno ácido y eso degrada más rápido el ADN de los huesos. Para recuperar muestras válidas tiene que limpiarlos primero, pulverizarlos después…

Oriol aprieta los labios un instante, procesando.

—¿Puede extraer ADN o no?

—Sí, pero tardará un par de días.

Oriol asiente, aunque Moen no puede verlo.

—De acuerdo. Infórmame si hay más novedades. Volveré a comisaría más tarde y hablaremos de todo esto.

—Yo no volveré hoy, y probablemente tampoco mañana.

—¿Por qué?

—Tengo que ocuparme de un asunto familiar. Si necesitas algo de mí, escríbeme un mensaje.

—De acuerdo —dice Oriol antes de colgar.

Durante un segundo se queda quieto, con el teléfono todavía en la mano, sopesando las últimas palabras de Moen.

Al otro lado de la mesa, Jason sigue tecleando a toda velocidad hasta que se detiene en seco. Entonces gira el portátil hacia Oriol, enseñándole una imagen que no alcanza a distinguir.

—Fue ella quien escribió a su tío a primera hora de la mañana.

Oriol deja el móvil sobre la mesa y la rodea para colocarse tras él.

—Das un poco de miedo a veces, Jason, pero es innegable que eres muy eficaz.

—Gracias, me lo tomaré como un cumplido.

Oriol se detiene a su lado.

—¿Qué le dijo a su tío?

Jason chasca los labios.

—Que quería enseñarle algo. Le preguntó si podían verse. Él tardó en contestar. Debió de ser el mensaje que recibió cuando estaba en la sala de conferencias. En él, su tío le pide que le diga dónde está y se acercará. Ella propone quedar en el parque de Fiskeren, en lo que llama literalmente «Nuestro banco».

Hace una pausa breve.

Luego señala la pantalla.

—Y esta es una foto de la galería de su móvil que sospecho que fue lo que le enseñó.

La foto es de un caballo pequeño de madera, tallado a mano. Las líneas no son perfectas; hay ligeras irregularidades en los cortes, pero el conjunto tiene una precisión suficiente como para revelar oficio, o al menos mucha práctica. No es un objeto decorativo cualquiera. Tampoco parece reciente.

—¿Qué demonios…?

Jason no responde de inmediato.

—¿Te dice algo?

Oriol niega, sin apartar la vista.

—¿Hay más fotos?

—He visto otra un poco extraña, pero te prometo que no he husmeado. Estaban juntas en la galería de su teléfono.

Hace un par de clics.

La imagen cambia.

Ahora son dos páginas abiertas de un libro en noruego, con subrayados y anotaciones escritas a mano en los márgenes. La tinta es irregular en algunos puntos, como si hubiese sido añadida en momentos distintos.

—¿Puedes traducirlo?

Jason ladea la cabeza.

—Ya lo he hecho, jefe.

Oriol lo mira de reojo.

Jason abre otra ventana. La misma imagen aparece de nuevo, pero ahora el texto está en inglés, respetando la disposición original, incluso la diferencia entre la tipografía impresa y la escritura manual.

—¿Lo has traducido al instante?

—¿A que es la bomba?

Oriol no responde; basta con una mueca de aceptación para elevar el orgullo de su amigo. Centra la atención en la pantalla y comienza a leer.

El libro trata sobre la invasión nazi de Bergen durante la Segunda Guerra Mundial. No es un texto superficial; entra en detalles, fechas, movimientos, nombres. Las anotaciones destacan ciertos fragmentos, conectan párrafos, insisten en puntos concretos. Hay una recurrencia clara en las anotaciones que gira en torno a un submarino.

El U-47.

Por algún motivo es importante.

Oriol se lleva la mano a la barbilla, sin darse cuenta, y se queda así unos segundos, repasando mentalmente lo que sabe, lo que encaja y lo que aún no.

—¿Se te ocurre algo? —pregunta Jason.

Oriol aprieta los labios.

—Sí. Voy a hablar con Nora. Creo que será lo más inteligente. Después de ver esto, no creo que esté actuando con mala fe. Lo que creo es que tal vez intenta proteger a su padre. Es posible que haya escarbado en su pasado y haya encontrado esa figura de madera y ese libro.

—Te acompañaría, pero ya sabes que ahora es un pelín peligroso.

—Lo sé.

Oriol se termina el café de un trago.

—Quiero que te quedes aquí, Jason.

Hace una breve pausa antes de continuar.

—¿Recuerdas el nombre de Walther? Según Claudia Adler, era el general que tuvo un encuentro con la tía de su madre.

Jason entrecierra los ojos, entendiendo.

—Ya veo. Quieres que averigüe quién pudo ser ese tal Walther.

—Sí, algo me dice que puede haber una relación entre el submarino que se menciona en ese libro y el nombre de Walther. Se lo pediría a los agentes de la comisaría, pero hasta que Moen consiga la orden, no sabrán quién es Claudia Adler. Tal vez sea mejor así, de momento.

Jason asiente una vez más. Su rostro refleja cierta emoción.

—Cuenta con ello.

—Y hay algo más —añade Oriol—. ¿Puedes rastrear la ubicación de un teléfono móvil si te doy el número?

—La duda ofende.

El inspector Duarte teclea con rapidez en su teléfono, abre la ficha de un contacto para que aparezca el número en cuestión y se lo muestra a Jason.

—Entonces, hazlo con este.

Jason mira la pantalla iluminada donde puede leerse: «Knut Moen».

20

Nora observa la calle a través de la luna delantera del Mercedes.

El barrio no parece formar parte de Bergen; parece de otra ciudad totalmente distinta: fachadas desconchadas, ventanas cubiertas con tablas mal clavadas, grafitis superpuestos unos sobre otros hasta convertir las paredes en una masa ilegible de pintura vieja. Hay bolsas de basura abiertas junto a los portales, muebles abandonados que alguien arrastró hasta la acera y decidió no volver a recoger, y todo teñido de un color gris que le confiere un aire funesto.

Su coche destaca demasiado. Brilla incluso bajo ese cielo encapotado, una pulcritud fuera de lugar. Durante un instante piensa en volver a arrancarlo y marcharse sin mirar atrás, considerando la advertencia de su tío de mantenerse al margen. Según él, no tiene sentido acercarse a un caso que ya está en manos de alguien como Oriol Duarte. Él piensa, cediendo el control a su lado paternal y protector, que hay asuntos que terminan salpicando a cualquiera que meta las narices donde no debe.

Sin embargo, no puede hacerlo.

Se baja del coche, ajusta el bolso contra su cuerpo y echa a andar. A medida que avanza, las miradas empiezan a posarse en ella sin disimulo. Hay personas sentadas en el suelo, apoyadas contra las paredes; algunos sobre cartones aplastados, otros directamente sobre el pavimento húmedo. Ropa gastada, manos sucias, rostros que parecen mucho más viejos de lo que deberían.

Uno de ellos se incorpora al verla. Se acerca lo suficiente para invadir su espacio, con una insistencia incómoda y desmedida. Nora reacciona de inmediato, sujetando el bolso con ambas manos contra el pecho, acelerando el paso sin apartar la vista del frente, ignorándolo con una determinación que no siente del todo. Nota su presencia unos segundos más; luego desaparece, absorbido por el mismo paisaje del que ha salido.

Sigue caminando.

Cada paso refuerza la sensación de que ha cruzado un límite invisible. Piensa en las notas de su padre, en las páginas

subrayadas, en los márgenes llenos de anotaciones que nunca llegaron a tener sentido hasta ahora. Piensa también en el asentamiento que Oriol ha descubierto, en las piezas dispersas que empiezan a encajar de una forma inquietante, aunque no tenga claro si ese encaje es real o producto de una obsesión que ha ido creciendo sin control.

Todo le parece impregnado de un aire de irrealidad.

La mujer de Isdal. El hombre de Somerton. El secreto que parece arrastrarse detrás de todo. Su padre, implicado de algún modo que todavía no logra descifrar. La figura de madera, el libro de la ocupación nazi de Bergen.

Ha decidido que llegará hasta el final. Y ese es el motivo por el que ha puesto sus pies en la peor zona de Bergen, junto a las vías del tren abandonadas, para encontrarse con Petra Rasmussen. La mujer que salía con Ragnar Pollen, el hombre que mató a su padre y después murió de una sobredosis.

Se detiene un momento para comprobar la dirección en el móvil. La pantalla ilumina su rostro mientras confirma que está en la calle correcta. Solo tiene que cruzar.

Cuando levanta la vista, lo ve.

Un Suzuki Swift blanco aparece desde la esquina. Circula más rápido de lo necesario. Reduce la velocidad de golpe y se detiene justo delante de ella, ocupando todo el paso y bloqueándole el avance.

La ventanilla desciende despacio.

Es Oriol.

La sorpresa la deja inmóvil durante un instante, con el cuerpo a medio giro, como si todavía no hubiera decidido si avanzar o retroceder. No esperaba encontrarlo allí. No ahora. No así. Su mente busca algo que decir, pero no encuentra nada que no suene torpe o fuera de lugar.

—Sube —dice él.

No hay duda en su tono. Nora rodea el coche y abre la puerta sin responder, deslizándose en el asiento del copiloto con una rigidez que no consigue disimular. Apenas ha cerrado cuando alguien se acerca por el lado del conductor. Un hombre de rostro curtido pide

limosna. Oriol baja la ventanilla, saca su cartera del bolsillo y de ella extrae un billete de cincuenta coronas que le entrega sin añadir una sola palabra. El hombre lo recoge con rapidez, murmura un agradecimiento en noruego y repite un par de reverencias antes de alejarse.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Oriol no responde. Arranca y avanza unos metros antes de aparcar de nuevo. El motor queda en marcha, pero él se gira hacia ella. No hace falta que diga nada. Nora lo entiende.

—¿Jason? —la incredulidad le sube por la garganta—. ¿Me ha rastreado el teléfono? ¿Cómo se atreve?

—No exactamente. Tenía acceso a tu ordenador desde el momento en el que lo usó para *hackear* los bancos de ADN. Solo ha tenido que acceder a tu perfil y seleccionar la opción: «Encuentra tu teléfono». Pero has de saber que fui yo quien se lo pidió.

La respuesta cae con una calma que la irrita todavía más. Nora niega con la cabeza, aparta la mirada y busca el tirador de la puerta.

—Estoy aquí para ayudarte. Sé a qué has venido.

Se detiene, aunque no se gira del todo.

—¿Ah, sí? —su voz sale más áspera de lo que esperaba—. ¿Ahora eres una especie de adivino?

—No. Soy alguien que también busca la verdad. Como tú. —Hace una pausa breve—. Y por eso creo que Petra Rasmussen es una pieza importante en todo esto. He revisado el caso de tu padre y, a medida que avanza lo de la mujer de Isdal, he ido pensando en alguna teoría sobre lo que pudo pasar.

No esperaba escuchar esas palabras y no puede ocultar su asombro. Nora baja la mirada, clavándola en sus propias manos.

Duda. No sabe qué hacer. Debería contarle toda la verdad. Después de todo, Oriol es un aliado y un hombre que siempre busca la justicia.

Finalmente da el paso, aunque titubea. Estaba deseando hacerlo, librarse de esa carga, pero no se atrevía; no quería comprometer la memoria de su padre.

—Encontré esto en su despacho… en un doble fondo —dice, mientras busca el teléfono dentro del bolso.

—No te molestes, Nora. No voy a mentirte, lo he visto.

Ella alza la cabeza de golpe. Una risa corta, seca, se le escapa antes de poder contenerla. Levanta las cejas, incrédula.

—Claro. Por supuesto.

—Tenía que asegurarme de que podía confiar en ti. No es nada personal.

—Sois un par de capullos —dice sin elevar la voz, pero con una claridad que no deja espacio a dudas—. Tú y Jason. Los dos.

Oriol no responde.

Nora aparta la vista hacia la calle gris que ahora parece suspendida en el tiempo. No puede confiar en nadie. Se pregunta si ella hubiera hecho lo mismo, si hubiera antepuesto su interés personal al hecho de traspasar ciertos límites. Quizá eso sea lo que ella ha estado haciendo al ocultarle a Oriol que encontró un caballo de madera y unas anotaciones extrañas en un libro de su padre.

Le cuesta admitirlo, pero no es momento de rabietas.

Se gira hacia él sin ocultar su descontento.

—¿Crees que aquello que sabía le costó la vida?

Oriol hace una mueca.

—No lo sé, Nora. Pero huele mal.

La respuesta causa una reacción inmediata.

Nora se cubre el rostro con las manos. El gesto llega tarde, porque las lágrimas ya han empezado a caer, primero contenidas, luego imposibles de frenar. Su respiración se rompe en pequeños tirones y, por un momento, pierde la capacidad de sostener nada más que ese dolor que llevaba días acumulándose, creciendo en silencio, esperando justo esto.

Oriol no aparta la vista de ella. No intenta calmarla; deja que se desahogue y espera a que se recomponga para volver a hablar.

—¿Por qué no dejas que te ayude? Podemos ir juntos a hablar con esa mujer. No es seguro que andes sola por aquí.

Ella se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Respira hondo. Luego asiente.

Durante un par de minutos, respira hondo y logra calmarse. Después bajan del coche.

Aunque sea la misma calle, la sensación es distinta. Ahora no está sola. Caminan uno al lado del otro, sin prisa, atentos a todo lo que se mueve a su alrededor. Un grupo de hombres discute en una esquina, alguien arrastra una bolsa llena de chatarra por la acera, una ventana se abre y se cierra de golpe en un piso bajo.

—Moen me ha llamado antes —dice Oriol mientras avanzan—. ¿Qué relación tenía ese hombre con tu padre?

—No lo sé. Han pasado demasiados años y, además, mi madre no me cuenta nada. —Nora evita mirarlo—. Solo han dejado caer que tuvo problemas de adicción. Que, por decirlo de alguna manera, perdió el norte.

Oriol asiente.

—He revisado los informes que hay en el registro. No terminan de ser convincentes. Hablan de esos episodios de comportamiento extraño. Sin embargo, desde el principio, vi que había algo raro.

Nora gira la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres?

—A que, normalmente, cuando ocurre algo así, y créeme, es más habitual de lo que parece, antes de que un superior redacte un informe de ese tipo sobre un agente, pasa por una evaluación psicológica. Nadie se arriesga a dejar por escrito ciertas acusaciones sin ese respaldo. —Hace una pausa breve—. Y, en el caso de tu padre, por más que busqué, no encontré esa valoración, ni la firma de quien redactó el informe. Eso me chirría.

Nora se detiene en seco.

El portal de Petra Rasmussen está justo frente a ellos.

—¿No sabes quién firmó esos informes?

—No.

—¿Lo has hablado con Moen?

—No, lo haré cuando llegue el momento porque, en caso de ocultar algo, no me lo diría. Y sé perfectamente que ese informe necesariamente pasó por él porque entonces ya era el jefe de policía.

Los ojos de Nora se mueven rápido y se pierden en el suelo. Después alarga la mano y pulsa el timbre.

No hay respuesta.

Vuelve a intentarlo. Silencio otra vez.

Entonces empuja la puerta del portal y descubre que está abierta.

—Hablemos con esa mujer —dice con cierta rabia.

Entra sin mirar atrás. Oriol la sigue.

El interior del edificio es aún peor que la calle. El suelo está cubierto de manchas oscuras, algunas recientes, otras tan antiguas que ya forman parte del propio material. Las paredes, amarillentas, muestran capas de pintura que se descascarillan, dejando ver tonos anteriores, como si el lugar hubiera intentado renovarse muchas veces sin conseguirlo nunca. No hay ascensor. Solo una escalera estrecha, con la barandilla pegajosa al tacto.

Empiezan a subir.

En el primer piso, una música alta se filtra por debajo de una puerta cerrada. Un ritmo repetitivo, insistente, que vibra en las paredes. En el segundo, una puerta está entreabierta. De pronto, un perro pequeño sale disparado al rellano, ladrando con furia desproporcionada. Nora se detiene por instinto. Un hombre sin camiseta aparece detrás, con el torso huesudo y los brazos marcados por heridas recientes, puntos oscuros que no necesitan explicación. Agarra al animal con torpeza y lo arrastra hacia dentro sin decir nada.

Siguen subiendo. Nora tiene un mal presentimiento; una anticipación incómoda que no sabe explicar.

Tercer piso.

El rellano es estrecho, con cuatro puertas. Apenas hay luz. Una bombilla desnuda parpadea en el techo.

Se acercan a la puerta de Petra Rasmussen. La número tres.

Oriol llama.

Sin respuesta.

Vuelve a llamar.

En ese momento, una mujer de cuerpo consumido asoma la cabeza por una de las otras puertas con gesto expectante.

Les ofrece droga sin rodeos.

Oriol niega con un gesto.

—No buscamos nada de eso, gracias.

La mujer insiste unos segundos más; luego desaparece.

El perro del piso inferior sigue ladrando. El sonido sube por la escalera, constante, irritante.

Oriol golpea la puerta con más fuerza.

—¡Policía!

Nada.

El tiempo empieza a estirarse.

Cuando están a punto de rendirse, otra puerta se abre. Esta vez, más despacio. Una anciana asoma, observándolos con curiosidad.

—¿Buscan a Petra?

—Sí —dice Oriol, sacando la placa—. Soy policía. ¿La conoce?

—Desde hace muchos años. Esa pobre chica siempre anda metida en líos.

—¿Sabe si está en casa?

—No lo sé… pero hace cosa de una hora ha venido alguien. De eso estoy segura. He oído gritos. Y golpes.

Oriol se tensa.

—¿Y no ha llamado a la policía?

La mujer sonríe.

—Tendría que llamar todos los días —responde con naturalidad—. Ya no le doy importancia. Pero tengo una llave. Petra ha perdido la suya tantas veces que me dejó una copia. Dice que soy la única persona en quien puede confiar en este edificio. Yo vivía aquí con mi marido cuando todo era muy diferente, eso fue en los años…

—Señora, ¿nos puede dar la llave? Es importante —la corta Nora.

La anciana asiente, algo desconcertada. Entra en su piso y regresa al cabo de unos segundos con una pequeña llave metálica que entrega a Oriol.

—Gracias.

Nora nota cómo el pulso se le acelera.

Oriol introduce la llave en la cerradura.

Gira.

Un clic seco y empuja la puerta.

El interior los recibe con un fuerte hedor. La vivienda es pequeña, caótica, con ropa acumulada en montones, platos sucios apilados en una mesa, restos de comida reseca, envases vacíos esparcidos por todas partes. Sobre la mesa, cucharas ennegrecidas, mechones de

algodón, pequeños restos que dejaría alguien que acaba de consumir heroína.

Avanzan despacio.

—Petra —llama Oriol.

No hay respuesta.

Un paso más. Luego otro.

La cocina queda al fondo.

Nora es quien la ve primero.

El cuerpo está en el suelo, con el cuello torcido, rodeado de utensilios caídos y una silla volcada. El rostro de Petra Rasmussen permanece inmóvil, con los ojos abiertos.

Nora no puede apartar la mirada.

Han llegado tarde.

21

Oriol mantiene la espalda apoyada en la pared, los brazos cruzados, sin apartar la vista del ir y venir de los técnicos que llenan el piso de Petra Rasmussen con sus monos blancos y sus voces medidas; el lugar conserva ese aspecto descuidado que ya tenía cuando él entró por primera vez, pero ahora está invadido por maletines abiertos, bolsas de pruebas y destellos intermitentes de linternas que recorren cada superficie, cada rincón, cada objeto, como si el apartamento estuviera siendo desmontado pieza a pieza delante de sus ojos.

No se mueve.

Observa cómo uno de los agentes se arrodilla junto al cuerpo, cómo otro fotografía desde distintos ángulos, cómo un tercero recoge algo minúsculo con unas pinzas y lo guarda en un sobre numerado; siguen un orden que solo ellos parecen comprender, pero Oriol no pierde detalle: registra cada gesto, cada intercambio de miradas, cada anotación rápida en una libreta.

Cada vez que la puerta del edificio se abre, su atención se desplaza de inmediato hacia el pasillo, y allí está otra vez la vecina, con medio cuerpo oculto tras su propia puerta y la curiosidad venciendo al miedo; cuando alguno de los agentes sale o entra, ella retrocede unos centímetros, pero no llega a desaparecer del todo y, en cuanto cree que nadie la mira, vuelve a asomar la cabeza. Oriol ya ha contado al menos seis veces ese mismo movimiento.

El piso entero está siendo procesado. Nada queda fuera. Nada se da por irrelevante. Y, sin embargo, la sensación que se instala en el ambiente no tiene que ver solo con la gravedad de la escena, sino con algo más difícil de definir: una incomodidad que se adhiere a cada presencia, una hostilidad que nadie verbaliza pero que todos parecen percibir.

Oriol fue quien llamó a comisaría en cuanto tuvo la situación bajo control. Lo hizo sin dudar. Para entonces, Nora ya se había marchado. No hizo falta que dijera demasiado; ambos sabían que lo

que había allí encajaba con algo mayor, algo que empezaba a tomar forma con una claridad inquietante.

La puerta se abre de nuevo.

El jefe Moen entra con paso rápido, esquivando a uno de los técnicos que sale con una caja de evidencias, y se dirige directamente hacia Oriol. Él no se aparta de la pared ni gira la cabeza para recibirlo.

—¿Qué está pasando aquí?

—He llamado a comisaría y he pedido un equipo porque ha aparecido un cadáver.

—¿Pero qué…? ¿Y lo has encontrado tú? ¿Aquí? ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Por qué no me has llamado a mí?

—Me dijiste que ibas a estar ocupado. ¿Ya estás operativo?

—Sigo siendo el jefe, aunque tenga que ocuparme de algunos asuntos familiares.

Entonces sí, Oriol lo mira. No hay prisa en ese gesto, tampoco sorpresa; lo observa unos segundos, midiendo cada reacción.

—¿Dónde estabas, Moen?

El rostro de Knut Moen se transforma. Los pómulos se enrojecen.

—Por muy importante que te creas, yo no respondo ante ti. ¿Te queda claro?

Oriol mantiene los brazos cruzados y la mirada neutra en los ojos de Moen. No va a responder la pregunta, pero Jason no tardará en acceder a la ubicación de su teléfono. Tal vez, cuando eso suceda, deberá hacerlo ante un juez.

Oriol no responde.

Rompe el contacto visual y vuelve a fijarse en el cuerpo de Petra, justo en el momento en que dos técnicos terminan de cerrar el sudario y ajustan la cremallera con cuidado, preparándolo para el traslado.

—Se llama Petra Rasmussen, era la novia de Ragnar Pollen. ¿Te suena ese nombre?

—No, la verdad.

—Admiro esa capacidad de olvidar que tenéis algunos, sobre todo cuando hablamos del hombre que mató a un compañero.

Moen ladea la cabeza.

—¿Él fue? ¿Es la novia del hombre que mató a Arnold Larsen?

Oriol descruza los brazos, se separa de la pared y se gira hacia Moen hasta quedar completamente de frente.

—¿Qué relación tenías con Larsen? —pregunta sin rodeos.

El rostro de Moen se ensombrece aún más con una dureza inmediata.

—¿Me estás interrogando?

Oriol sostiene su mirada sin pestañear.

—Por algún motivo, el agente Larsen investigaba el caso de la mujer de Isdal cuando murió. Y ahora sucede esto... Resulta que Petra y el asesino de Arnold eran pareja, y que tú eras el jefe de policía cuando todo esto sucedió. ¿No te parece lógico que quiera entender lo que está pasando?

Moen no tarda en responder.

—No tengo que contestarte. Este caso debería ser de la policía noruega. Así que ¿por qué no te largas de aquí y dejas que nos encarguemos de nuestros asuntos?

Oriol da un paso al frente. La distancia entre ambos se reduce hasta volverse agresiva. No hay elevación de voz, pero sí una presión clara en la forma en que se coloca, en cómo invade el espacio de Moen sin apartarse.

—Yo soy quien está al mando en esta investigación. Quiero que vuelvas a comisaría y que me envíes un informe de los avances en el registro del asentamiento. Te advierto que no voy a tolerar ninguna insubordinación, y que, si vuelves a subir el tono conmigo, pagarás las consecuencias.

Moen se esfuerza por dibujar una sonrisa que intenta provocar al inspector Duarte.

—No me marcharé mientras mis agentes estén aquí.

—Moen, no quiero que estés en la escena del crimen. Así que, si no te marchas de inmediato, pediré que te sancionen.

—¿Cómo te atreves? ¿No estarás insinuando que yo…?

—Sé que no —Oriol lo corta sin titubeos—, porque el hombre que la mató fue un chapucero. Se le ve perfectamente entrar y salir gracias a la cámara de la panadería que hay justo enfrente. Es un

yonqui del barrio al que no fue difícil identificar y detener; ahora mismo está de camino a comisaría.

Hace una breve pausa, lo suficiente para que la información cale.

—Cuando termine aquí, iré a interrogarlo. Ya he dado orden a tus agentes de que nadie, absolutamente nadie, puede acercarse a él sin que yo esté presente.

El murmullo de los técnicos continúa alrededor, ajeno a la tensión que se ha concentrado entre los dos hombres.

Oriol mantiene la vista fija en el cristal mientras sostiene el dosier con una sola mano, sin apartar los ojos del hombre que espera al otro lado.

Su nombre es Ivar Fosse. No ha dicho una palabra desde que lo han sentado ahí. No ha protestado ni ha preguntado por qué lo retienen. Parece en la inopia, abnegado e incapaz de reaccionar ante lo que, probablemente, sea el último día en libertad de su vida.

A su alrededor, la comisaría bulle: pasos rápidos, voces bajas que se apagan en cuanto Oriol gira la cabeza, papeles que cambian de manos con rapidez. Desde que ha aparecido el cadáver de Petra Rasmussen, el tono de la investigación ha cambiado. Ya no es solo un caso complejo de hace cincuenta años; ahora hay urgencia, presión y algo más difícil de nombrar que se filtra entre los agentes. Desconfianza.

Lo nota en cómo se miran entre ellos, en cómo interrumpen conversaciones al verle pasar, en la forma en que Moen le ha entregado el registro con las nuevas pruebas que han aparecido en el asentamiento sin añadir ni una sola palabra de más. El equilibrio previo se ha roto.

Baja la mirada al dosier.

Las fotografías están desordenadas. Oriol pasa una tras otra hasta detenerse en la más relevante: las figuras de madera que se han hallado enterradas bajo unos escombros en el asentamiento del valle de Isdalen.

Las observa durante unos segundos. Un lobo, un ciervo, un búho. Están talladas con cortes irregulares, pero con una intención clara en cada forma. No son piezas improvisadas. Hay repetición en los trazos, una manera concreta de trabajar la madera que se repite en todas.

Cualquiera podría reconocer el patrón.

Son idénticas al caballo que Nora encontró en el despacho de su padre, solo que entre ambas épocas y ubicaciones hay una gran brecha difícil de explicar.

El caballo no era una pieza aislada. Formaba parte de una colección de figuras que alguien poseyó en el asentamiento. Lo inquietante es que apareciese en Bergen cincuenta años después. Debe averiguar cómo llegó a manos del padre de Arnold Larsen y por qué la escondía.

Pasa a la siguiente hoja.

Se disponen varias imágenes de esqueletos reconstruidos. A algunos les faltan huesos y otros están en tan mal estado que parecen incompletos.

Son seis en total. Un cuerpo pequeño. Cuatro cuerpos adultos de mujer y otro de un hombre. Durante un instante, no piensa en ellos como pruebas, sino como las personas que una vez fueron y la vida miserable que debieron vivir allí arriba. Eso le trae recuerdos desagradables que prefiere mantener alejados de su mente.

Dos mujeres adultas y una niña estaban enterradas en las tumbas que encontraron cerca del granero. Una mujer ha aparecido con el cuello roto dentro del pozo cegado, junto con el cuerpo de un hombre adulto. Además, ha aparecido otra mujer más enterrada en el sótano de una de las cabañas.

El laboratorio forense trabaja ya a pleno rendimiento. Un equipo ha llegado desde Oslo a petición de Oriol, lo que ha removido aún más el ambiente. La intervención externa confirma que la situación ha superado los límites de la comisaría de Bergen y, por si fuera poco, el inspector Duarte ha tomado la decisión de poner al frente a la recién llegada doctora Haugland sin consultarlo con nadie. Puede que esto haya sido la gota que ha colmado el vaso para derramar la

hostilidad. A Oriol le da igual. Correrá con cualquier daño colateral siempre y cuando el caso se resuelva.

No puede obviar que ciertos indicios apuntan directamente a la comisaría de Bergen. Como esos informes que no terminan de esclarecer los hechos, o ciertas coincidencias tan oportunas como sospechosas, como la muerte de Arnold Larsen cuando parecía estar tras la pista de algo o de alguien.

Para el inspector Duarte, son motivos de peso para suponer que la investigación se ha empujado en la dirección equivocada.

No permitirá que eso vuelva a suceder.

Levanta la vista de nuevo hacia el espejo. Ivar Fosse sigue en la misma posición. Ni inquieto ni relajado. Solo espera.

De repente, su teléfono emite una notificación.

Oriol lo desbloquea sin apartarse del cristal. Es Jason.

«Tengo novedades serias sobre el tal Walther. Creo que lo tengo».

Responde sin pensarlo demasiado.

«Esta noche será larga. Iré en cuanto acabe. Mira lo que ha aparecido en el asentamiento».

Sin cambiar de postura, levanta el móvil y fotografía una de las imágenes impresas, la de las figuras de madera. La calidad no es perfecta, pero suficiente.

La envía y guarda su teléfono.

«Interesante». Contesta Jason.

«¿Tienes algo de Moen?».

«Nada evidente, pero lo que te voy a decir no te va a gustar. Cuatro horas antes de que encontrarais el cuerpo de Petra Rasmussen, apagó su teléfono y no volvió a encenderlo hasta cuarenta minutos antes de encontrarse contigo en la escena del crimen».

Oriol mira la pantalla, pensativo.

«Buen trabajo. Te veo luego».

Ahora sí, ha llegado el momento de hablar con Ivar.

Oriol se separa del cristal y localiza al becario tras él, sentado junto a una mesa con varios archivadores abiertos. Es joven, quizá el que más de toda la comisaría, a juzgar por su tez imberbe, con unas gafas de pasta que le agrandan los ojos y una rigidez en la postura

que revela su nerviosismo. Cuando Oriol se acerca, el chico levanta la vista con atención.

Oriol lo evalúa sin decir nada.

—¿Estás listo, Torgeir?

Asiente de inmediato y recoge una libreta sobre la mesa.

No hay más que decir.

Ambos cruzan el pasillo y entran en la sala de interrogatorios.

Ivar Fosse sigue en la misma silla, pero de cerca la impresión cambia. No es solo la quietud. Es lo que ocurre en los pequeños gestos. Se rasca el antebrazo una y otra vez, sin darse cuenta de que la piel empieza a enrojecer. Luego la frente. Después el cuello. Un ciclo que se repite sin control. Los ojos, inyectados en sangre, no parpadean lo suficiente y hay una tensión errática en su mandíbula que delata algo más que nervios.

Es evidente que ha consumido drogas o que su cuerpo las necesitará pronto.

Oriol se sienta frente a él. Torgeir, que será su traductor, ocupa la silla a su lado, preparado para intervenir. Durante unos segundos no le dice nada. Se limita a observarlo, dejando que el silencio haga su trabajo. Siempre le ha gustado que se alarguen las pausas por el efecto que causan.

—Señor Fosse, soy Oriol Duarte, inspector de la Interpol y, en estos momentos, el agente al mando de la investigación que se está llevando a cabo por la muerte de Petra Rasmussen y de la que existen indicios que lo señalan a usted como sospechoso. En primer lugar quiero informarle de que la conversación va a ser grabada.

Hace una pausa breve.

Torgeir traduce al noruego. El sonido de las palabras llena la sala y, al terminar, los ojos claros de Ivar se clavan en él. Es imposible saber lo que piensa, ya que no reacciona. Solo esa mirada fija que no termina de transmitir nada. Aspira con fuerza por la nariz, un gesto brusco, y vuelve a rascarse la frente, insistente.

No responde.

Oriol continúa.

—Mis compañeros le han leído sus derechos y se le ha advertido que tiene opción a solicitar la presencia de un abogado. —Hace una

pequeña pausa—. Querría hacerle unas preguntas.

La traducción llega unos segundos después.

Ivar murmura algo en noruego, sin apartar la vista. Su voz es áspera, arrastrada. Oriol no entiende ni una palabra, pero no necesita hacerlo para percibir el tono.

Torgeir interviene.

—Pregunta cuándo podrá irse.

Oriol no parpadea. Sostiene la mirada del hombre durante un instante más, dejando que la pregunta se desgaste por sí sola antes de responder.

—Dile que tenemos una grabación en la que se le ve entrar y salir del edificio coincidiendo con la hora de la muerte de Petra, además de testigos que escucharon una discusión en el apartamento y que, al ser detenido, le incautaron el móvil de la víctima entre las pertenencias que llevaba encima. No se va a ir. La pregunta que debería hacerse es cuándo va a salir de la cárcel.

Torgeir traduce, esta vez más despacio.

A medida que las palabras se trasladan, el semblante de Ivar cambia. El rascado se detiene por primera vez. Sus dedos quedan suspendidos en el aire, inmóviles, como si el mensaje hubiera encontrado por fin un punto de anclaje.

Y entonces vuelve a aspirar por la nariz, más fuerte que antes.

A Oriol le invade un pensamiento que lo desconcierta. Le resulta abrumador el efecto que pueden desencadenar las drogas a nivel mental. Ivar no era siquiera consciente del lío en el que se había metido hasta ahora, cuando empieza a desmoronarse.

—¿Conocía a Petra Rasmussen? —pregunta Oriol.

La voz de Torgeir traduce con precisión. Ivar no responde. Su mirada se ha desviado hacia la pared.

Oriol no insiste todavía. Cambia de ángulo.

—¿Había discutido con ella anteriormente?

Nada.

Solo un leve movimiento en los labios, una mueca que no termina de convertirse en palabra.

—¿Era la primera vez que entraba en ese edificio?

El mismo vacío.

—¿Para qué había ido?

Ni una sola respuesta. El patrón empieza a definirse. No es solo resistencia; es una mezcla de bloqueo y deterioro, de alguien que no consigue sostener una versión ni siquiera para sí mismo.

Oriol sube el tono.

—No voy a mentirle, con las pruebas que tenemos no se va a librar de la cárcel. Su vida ya está arruinada, señor Fosse; lo que debe plantearse ahora es cuántos años va a pasar en la cárcel. Puede morir allí o puede tener otra oportunidad. ¿Le pidió alguien que asesinara a Petra?

Torgeir hace una mueca al escuchar esas palabras, pero traduce sin titubeos.

El silencio regresa, pero esta vez no es igual. Hay un cambio casi imperceptible en la respiración de Ivar, en la tensión de sus manos, que vuelven a buscar la piel, aunque ahora con menos insistencia.

Oriol gira la cabeza hacia el becario.

—Dile que estoy intentando ayudarle.

La traducción llega. Entonces algo se rompe.

Ivar se lleva las manos a la cabeza, apretando los dedos contra el cuero cabelludo, y comienza a balbucear en noruego, rápido, atropellado, sin orden. No levanta la vista. Las palabras se encadenan unas con otras, cargadas de una desesperación que ya no puede contener.

—¿Qué dice? —pregunta Oriol en voz baja.

—Se está lamentando… dice que la ha jodido, que ha metido la pata.

Oriol asiente apenas.

—Déjale unos segundos hasta que se calme. En cuanto deje de hablar, pídele que te diga por qué ha asesinado a Petra Rasmussen.

Torgeir espera. No interrumpe. Solo observa, atento al momento exacto en que el flujo de palabras empieza a agotarse. Entonces interviene, formulando la pregunta con cuidado.

Ivar levanta la cabeza de golpe.

Sus ojos están vidriosos. Comienza a darse golpes en las sienes con los puños.

Para en seco y golpea la mesa con la palma abierta, gritando.

—Dice que lo ha hecho porque es un completo idiota —traduce Torgeir.

—Pregúntale si alguien le ha ofrecido dinero.

El becario obedece.

Ivar responde casi sin pensar, con la voz rota.

La traducción llega enseguida.

—Dinero no. Droga.

Oriol no cambia el gesto, solo desvía la mirada hacia la esquina para asegurarse de que el piloto verde está encendido y de que se está grabando el interrogatorio.

—Pregúntale quién.

Torgeir abre la boca para formular la pregunta, pero no llega a hacerlo.

La puerta se abre de forma abrupta.

Un hombre entra sin pedir permiso. Alto y bien vestido, con unos andares que desprenden soberbia. Ronda los cuarenta; el traje le queda perfecto, un tejido de calidad que no pasa desapercibido.

Se acerca directamente a Ivar y le habla en noruego.

Oriol no necesita traducción.

Sabe que es un abogado que le está diciendo que no diga una sola palabra más.

Cuando termina, el hombre se gira hacia él.

—Viktor Lunde. Abogado de oficio. He recibido una llamada y ese es el motivo por el que estoy aquí.

Oriol esboza una sonrisa leve y asiente.

—Oriol Duarte, inspector de la Interpol.

Se estudian durante un segundo.

—El sospechoso no ha pedido en ningún momento un abogado —continúa Oriol—. ¿Quién le ha llamado? Conozco la normativa. En Noruega, un sospechoso puede prescindir de su abogado hasta que se le acuse formalmente. Algo que no he hecho aún.

Lunde niega con la cabeza.

—Pues no lo sé, inspector. No pido que se identifiquen cada vez que me llaman para asistir a un cliente.

Oriol no responde de inmediato.

Se gira.

La puerta ha quedado entreabierta. A través del hueco, distingue a Moen al fondo del pasillo, inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada fija en él. No aparta los ojos cuando se cruzan.

El mensaje es claro.

Oriol vuelve a centrar su atención en el abogado.

Esta vez lo observa con más detenimiento. El traje, impecable, no es de confección estándar. El corte de los hombros, los detalles en las costuras. Varios miles de euros, como mínimo. La muñeca asoma lo suficiente para dejar ver el reloj.

Un Omega.

Nada en él encaja con la etiqueta de abogado de oficio.

—¿De oficio, dice? —pregunta, con un matiz apenas perceptible en la voz—. ¿Cuál es su bufete?

Lunde sostiene la mirada, sin perder la compostura.

—¿Es relevante esa pregunta, inspector?

Oriol se levanta despacio. Sabe que no ganará nada luchando esa batalla. Elegirá la correcta.

—Mera curiosidad, señor Lunde. Algo me dice que volveremos a vernos pronto y que entonces no lucirá esa sonrisa. Hasta entonces —dice antes de marcharse.

22

Nora abre los ojos de golpe, sin saber muy bien cuánto tiempo ha pasado ni en qué momento exacto su cuerpo se rindió. El techo que tiene encima no es el suyo, y ella jamás compraría un cojín tan incómodo como el que tiene bajo la nuca.

Está en el sofá del nuevo apartamento de Jason. Se incorpora despacio, notando la tensión acumulada en los músculos, y busca el reloj con la mirada; las agujas revelan que es casi medianoche, demasiado tarde para todo y demasiado pronto para que algo haya cambiado.

Jason sigue en el mismo lugar. Frente al ordenador, rodeado de pestañas abiertas y notas dispersas que apenas se distinguen desde donde ella está. No ha dejado de trabajar. No ha dejado de buscar. Oriol le pidió algo y él se ha aferrado a esa orden como si no existiera nada más.

Nora se frota los ojos, intentando despejarse sin éxito, consciente de que ha dormido al menos una hora, quizá más, y le irrita haber perdido ese tiempo, haber cedido justo ahora, cuando todo parece depender de pequeños avances que llegan más despacio de lo que le gustaría. El cansancio comienza a ganar la partida sin que pueda evitarlo.

Jason gira la cabeza en cuanto percibe el movimiento.

—Hola, bella durmiente. ¿Sigues enfadada?

Ella no responde. Ni siquiera le sostiene la mirada.

—¿Sabes algo de Oriol? —Su voz suena más seca de lo que pretende, pero no hace ningún esfuerzo por suavizarla.

—Está de camino. No tardará.

Se levanta del sofá.

—Voy a hacer un café. ¿Has averiguado algo?

—Muchas cosas —dice él, sin apartar la vista de la pantalla—. Además de que tienes un ronquido muy dulce, creo que he encontrado la pieza que faltaba.

Nora no llega a contestar, solo resopla.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta corta el momento.

Jason se levanta al instante, más alerta que sorprendido, y le hace un gesto claro con la mano para que no se mueva. Ella se queda donde está, observándolo mientras cruza el salón sin hacer ruido, se asoma por la mirilla y se detiene antes de abrir.

Oriol entra rápido, cerrando a su espalda, quitándose la chaqueta mientras avanza.

—Siento la demora. Quería asegurarme de que nadie me seguía antes de venir aquí.

Lleva una bolsa de papel en la mano, oscurecida en varios puntos donde la grasa ha ido calando.

—He traído algo de cena, por si no habéis comido —añade.

Jason no espera invitación. Se acerca, le da un par de palmaditas en el hombro y mete la mano directamente en la bolsa, sacando una hamburguesa envuelta a medias en papel.

Nora los observa un segundo antes de hablar.

—¿Qué tal ha ido en comisaría?

Oriol deja la chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—Bien hasta que ha llegado un abogado. Uno de los caros. Creo que Moen lo ha llamado. Se está tomando demasiadas molestias en entorpecer la investigación.

—¿Cómo se llama? ¿Lo recuerdas?

—Viktor Lunde. Lo he buscado. Es el socio mayoritario de Lunde & Jebsen.

Ella asiente despacio.

—Lo conozco. Bueno… toda la ciudad lo conoce. —Hace una pausa breve—. ¿Ha ido a defender al yonqui? Sus servicios cuestan un ojo de la cara.

—A alguien le interesaba que Petra no hablase —dice Oriol—, y ahora le interesa lo mismo de Ivar Fosse.

Las palabras caen con un peso distinto.

Nora lo mira fijamente.

—Eso mismo podría haberle sucedido a mi padre.

Oriol mide cada palabra.

—No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero es hacia donde nos está llevando la investigación. Por eso debemos ser cuidadosos. Tienes mi palabra de que llegaré hasta el final.

Nora asiente, muy despacio. Siente cómo algo dentro se desplaza, como si las piezas empezaran a encajar en una imagen que no quiere ver completa todavía. Sus ojos se humedecen sin que pueda evitarlo, y parpadea varias veces, intentando mantener el control.

Oriol se da cuenta y cambia de tema.

—¿Te ha enseñado Jason la foto de las estatuillas?

—No —responde Nora, sin apartar la mirada de él.

Jason interviene desde la mesa, masticando.

—Resulta que sigue enfadada conmigo por lo de rastrear su móvil, lo cual fue idea tuya, por cierto.

Nora gira la cabeza hacia él, esta vez sí, y la mirada que le dedica no deja lugar a dudas.

Oriol le lanza a Jason una mueca de desaprobación, breve pero clara, antes de volver a centrarse en Nora.

—Te las enseño.

Saca el teléfono y desbloquea la pantalla con rapidez, desplazando el dedo hasta encontrar lo que busca. Durante un instante, la luz fría del dispositivo ilumina su rostro, endureciendo los rasgos, y luego gira el móvil hacia ella.

—Estaban enterradas bajo escombros. No hay duda de que son muy parecidas al caballo que encontraste en el doble fondo del cajón del escritorio de tu padre.

Nora acerca un poco más la vista.

Las imágenes muestran pequeñas figuras talladas en madera. Hay varias, alineadas sobre una mesa de laboratorio, cada una con su código correspondiente debajo.

El reconocimiento es inmediato.

Un escalofrío le recorre la espalda, lento e inevitable. Su padre tenía una igual. Exactamente una como esas. No es que sea parecida, son inconfundibles. El mismo tipo de madera, el mismo acabado imperfecto, la misma sensación extraña que ya sintió la primera vez que sostuvo el caballo entre los dedos.

Su mente empieza a moverse deprisa.

¿Por qué lo tenía? ¿De dónde había salido? ¿Alguien se lo dio? ¿Lo encontró él?

¿Su padre sabía de la existencia de ese asentamiento?

La idea se abre paso y no le gusta lo que implica. Una serie de teorías luchan por dominar el pensamiento de Nora. Todas tratan de explicar los motivos por los que Arnold Larsen podría tener esa maldita figura, pero ninguna es convincente.

Ella sigue mirando las fotos, intentando encontrar algo más, cualquier detalle que responda a lo que empieza a crecer en su interior, pero lo único que encuentra es más de lo mismo: madera gastada y formas que no transmiten nada más que desconcierto.

—Además, se han encontrado seis cuerpos. Tres en el cementerio del asentamiento. El de una mujer y un hombre, sepultados bajo escombros en el pozo grande, y otro más, enterrado en el sótano de una de las cabañas —continúa Oriol—. A simple vista, la nueva forense llegada desde Oslo dice que, en los cuerpos enterrados en tumbas, no observa huesos rotos ni marcas que sugieran una muerte traumática. Pero no ocurre lo mismo con la mujer del pozo ni con la que fue enterrada en un sótano. Una tiene el cuello roto y la otra, el cráneo fracturado.

—¿Y qué hay de ese hombre que han encontrado en el pozo?

—Hay algo distinto en él. Su ropa sí tiene etiquetas. El cuerpo está muy deteriorado por haber estado tantos años dentro de un pozo y la forense dice que tiene que analizarlo en profundidad, pero le llama la atención la forma en que una de sus costillas se ha fracturado. No puede estar segura, pero cree que a ese hombre le dispararon. De momento, la bala no ha aparecido, pero podría haberse perdido en el pozo.

Las palabras llegan, pero Nora tarda un segundo en procesarlas.

Desliza el dedo por la pantalla y aparecen nuevas imágenes. Tierra removida. Restos. Fragmentos que alguna vez fueron personas.

—Son demasiados cuerpos… —musita Nora.

Se obliga a mirar, a no apartar la vista.

Hay algo en esas fotografías que incomoda. Transmiten abandono, olvido, intrascendencia. Se imagina cómo sería vivir allí, en aquel lugar recóndito y siente lástima.

Oriol continúa poniéndoles al día de los hallazgos.

—La verdad es que se han recuperado un montón de objetos —añade Oriol—. Más latas, lápices, hojas con ejercicios muy básicos

de matemáticas. La caligrafía infantil indica que alguien estaba enseñando a los niños allí. También jarrones y prendas de ropa, todas ellas con las etiquetas cortadas, como las que llevaban el hombre de Somerton y la mujer de Isdal.

Nora levanta la vista un segundo antes de regresar a la pantalla.

—Pero de todo lo que se ha encontrado —sigue él—, lo que considero más relevante es esto.

Cambia a la siguiente imagen.

Aparece una tabla con palabras escritas. La madera está desgastada en los bordes y las letras, escritas a mano en columnas irregulares. Tiene que ampliar la imagen para ver qué pone.

Son nombres. Algunos están unidos por líneas a otros.

—Si estamos en lo cierto, y todo apunta a que sí, esto es una especie de censo —dice Oriol—. Un árbol genealógico. Lo interesante es que tanto el nombre de la mujer de Isdal como el del hombre de Somerton están aquí. Ya hay un equipo trabajando con estos nombres.

Nora se fija en las palabras escritas. Según la disposición, se entiende perfectamente que se trata del nombre de cuatro mujeres y de sus hijos.

«Valerie Ackerman. Madre de Gustav y Rudolf Ackermann».

«Prisca Günther. Madre de Gudrun y Norbert Günther».

«Anna Blumenfeld. Madre de Frieda Blumenfeld».

«Romy Tietze. Madre de Lotte Tietze».

Nora siente cómo se le acelera el pulso.

—Esto es bueno, Oriol. Enhorabuena.

Él asiente.

—Hay que seguir trabajando, pero estamos cerca de tener respuestas. ¿Y tú qué has encontrado, Jason? —pregunta, centrando ahora su atención en él.

Jason sonríe desde la mesa y hace un gesto con la mano para que se acerquen.

—¡Por fin es mi turno! Tengo algo importante. Venid.

Sus dedos se preparan sobre el teclado mientras espera a que ambos se coloquen a su lado. La pantalla está llena de ventanas

abiertas, documentos escaneados, archivos que parecen sacados de registros antiguos, muchos de ellos incompletos, fragmentados.

—He estado tirando del hilo con lo poco que teníamos. Buscábamos a un hombre llamado Walther, del que solo sabíamos que podría haber sido un general del ejército nazi. Sabemos que en algún momento estuvo en Núremberg y que allí mantuvo una relación con la tía de la madre de Claudia Adler. Una judía a la que dejó embarazada.

—Y hay que recordar que las relaciones entre mujeres judías y alemanes arios estaban prohibidas por las leyes de Núremberg. Los castigos no eran leves, precisamente —añade Oriol.

Jason se aclara la garganta antes de continuar.

—Este tal Walther es nuestra mejor pista para llegar a la mujer de Isdal, siempre y cuando demos por bueno el testimonio de Claudia Adler y la historia que a ella le contaron.

—Nadie se arriesgaría a mentir con algo así. Lo más probable es que la historia sea cierta.

—El problema que surge es que los registros de esa época son un completo desastre. Muchísima documentación fue destruida durante la guerra o en los años posteriores para ocultar pruebas. Lo que queda está incompleto, disperso o es directamente inaccesible.

—Me lo imaginaba —comenta Oriol.

Jason abre otra pestaña.

—Pero hay una excepción. He encontrado referencias en archivos vinculados a la asociación de Simon Wiesenthal. ¿Os suena?

Oriol asiente.

—Fue un superviviente del Holocausto. Dedicó su vida a localizar a criminales nazis que habían escapado y llevarlos ante la justicia. Creó toda una red para rastrearlos.

—Exacto. Su asociación es genial, pero también muy vulnerable a un *hackeo* —dice Jason, sonriente—. Gracias a sus registros he podido acotar un poco más la búsqueda.

Cambia de pestaña.

—En las fuerzas armadas alemanas hubo entre mil quinientos y dos mil oficiales con rango de general. Entre todos ellos, he encontrado tres cuyo nombre es Walther.

Se detiene un segundo antes de añadir:

—Los tres están dados por muertos.

—Era lo más probable, teniendo en cuenta que fueron generales hace más de setenta años.

Jason señala la pantalla con un dedo antes de dar la información.

—El primero, Walther Rademacher —pronuncia el apellido con dificultad—, general de las SS destinado en el frente oriental. Murió en la batalla de Stalingrado en 1943.

Otro gesto.

—El segundo, Walther Kornfeld, fue un general destinado en operaciones de infantería en el norte de África. Falleció en El Alamein cuando un mortero alcanzó el tanque en el que avanzaba con su unidad.

Pausa.

—Y el tercero —dice cambiando de documento—. Walther Sturm. Aquí viene lo interesante. Oficialmente muerto durante uno de los bombardeos que la aviación británica llevó a cabo sobre Bergen, en Noruega, cuando intentaban debilitar la base de submarinos alemanes que operaba allí.

Nora levanta la vista hacia Oriol, pero es Jason quien continúa.

—El submarino al que estaba asignado este general era el U-47.

Oriol reacciona al instante. Se gira hacia Nora.

—Esto sí que es interesante. Parece que tu padre nos llevaba ventaja. Ahora tienen sentido sus anotaciones en ese libro.

Ella siente cómo esas palabras se clavan.

—Hay algo que no entiendo —dice Nora—. Si este hombre estaba destinado en Bergen, ¿cómo es que tuvo un encuentro en Núremberg con el antepasado de Claudia Adler?

—Porque Núremberg era uno de los centros neurálgicos del régimen —responde Oriol—. Allí se celebraban los grandes congresos del partido. Era un punto clave al que acudían los generales con cierta asiduidad.

Jason asiente, pero no ha terminado.

—Hay algo más. He podido encontrar una ficha donde se indica la profesión de este general.

Busca otro archivo y se gira un poco hacia ellos.

—Era médico. Cirujano maxilofacial. De los primeros que se formaron en esa profesión por la cantidad de heridas derivadas de la Primera Guerra Mundial.

El silencio cae de golpe.

Oriol lo capta al instante. Nora también.

No necesitan decirlo en voz alta.

El arreglo dental de la mujer de Isdal.

Ese trabajo imposible, adelantado a su tiempo, ejecutado con una técnica que no encajaba con nada conocido en Europa en aquel momento.

Jason continúa, ahora más despacio.

—He seguido buscando sobre él. Participó en misiones de intercambio de información entre submarinos alemanes y japoneses. Pasó una temporada en Japón al comienzo de la guerra, y más tarde regresó y se estableció en Bergen.

Abre otra carpeta.

—Me parece que el bueno de Walther era un nazi al que le gustaba arriesgarse cortejando a mujeres judías. ¿Queréis conocerlo? —pregunta Jason.

Navega entre varias ventanas hasta detenerse en una imagen. Después, gira el portátil para que lo vean mejor.

Es una fotografía en blanco y negro.

Un hombre y una mujer posan juntos, de pie. Él, uniforme impecable. Ella, morena, elegante, con una expresión serena. Ambos sostienen a dos bebés de la misma edad.

Gemelos o mellizos, probablemente.

Nora deja de respirar durante un segundo.

Hay algo en esa imagen.

No es una sensación vaga ni una impresión pasajera.

Es un reconocimiento claro.

Su mirada se fija en un punto concreto de la fotografía, en un detalle que no puede ignorar, que conecta de forma inmediata con algo que ya ha visto antes.

Y en ese instante lo entiende todo.

PARTE II

1944

Gustav sigue temblando. Sobre todo por el frío, pero también por lo vivido. Nunca algo le había aterrorizado tanto, ni siquiera el Wyrm con sus estallidos.

Han pasado horas desde que todo ocurrió; no sabría decir cuánto tiempo con exactitud. No consigue avanzar, sigue atrapado en ese mismo instante, en el momento en el que todo se rompió.

Ese instante en el que su madre desapareció dentro del pozo, la fracción de segundo que ha arruinado su vida entera.

No cree que vaya a superarlo. No cree que exista un después para algo así.

Tiene tanto miedo que el bloqueo que sufre no le permite ni llorar.

Su hermano, por el contrario, no para de hablar. Sus palabras le llegan distorsionadas, como si atravesaran una barrera invisible antes de alcanzarlo. No se cansa de repetir lo mismo, maldice, escupe amenazas y repite una y otra vez lo que hará cuando encuentre a Frieda. Hay algo en su voz que no había escuchado antes, algo más afilado y oscuro. Gustav no contesta. La ansiedad lo envuelve todo y lo convierte en ruido. Su mente le devuelve, de manera constante, la imagen de su hermano asomándose al fondo del pozo, gritando el nombre de su madre sin obtener respuesta. Él miró con miedo y no pudo contener el vómito cuando comprendió que la oscuridad se la había tragado.

Una serie de golpes lo saca de su ensimismamiento. Entonces levanta la vista y encuentra a Rudolf destrozándolo todo.

Las pertenencias de Frieda vuelan por la estancia, su ropa desgarrada con rabia, los pocos objetos que tenía reducidos a fragmentos inútiles. No hay pausa, no hay duda, solo esa necesidad de borrar cualquier rastro de ella, de hacerla desaparecer incluso de los lugares donde ya no está. Gustav observa, incapaz de intervenir, incapaz de moverse, y piensa en lo distintos que son.

Se supone que son gemelos idénticos, pero no se parecen lo más mínimo.

Recuerda a su madre diciéndolo con una seguridad absoluta, como si fuera una verdad indiscutible: copias exactas, idénticos en todo. Rudolf no lo aceptó nunca. Protestó durante horas, señalando la cara de Gustav, insistiendo en que no podían ser iguales si uno tenía el labio partido y el otro no. Aquella discusión se alargó hasta que su madre le recriminó a Rudolf su actitud.

Ya no podrá recriminarle nada nunca.

Porque está muerta.

La idea no le provoca nada parecido a la pena. Ni un poco. Nunca ha sentido un vínculo real con ella. Nunca ha habido afecto, ni refugio, ni nada que se le parezca. Rudolf era el elegido, el que recibía su atención, su aprobación, el que aprendía a responder exactamente como ella esperaba.

Gustav no recordará a su madre con cariño.

No olvidará las sesiones interminables de ejercicio forzado, la nieve pegándose a la piel desnuda, los empujones, los castigos, las humillaciones. Su obsesión con las normas, sus ataques de ira que podían llegar por cualquier motivo, por pequeño que fuera. La incertidumbre constante, ese miedo que nunca se iba del todo porque no había forma de anticipar qué iba a desencadenarlo.

No era una madre.

Era una supuesta mentora que se dedicaba a maltratar.

Por eso, cuando la vio caer, no sintió nada. No hubo impulso de ayudar, ni de gritar, ni de detener lo que estaba sucediendo. Y cuando Frieda escapó, cuando todo terminó de romperse, lo único que sintió fue alivio.

Un alivio efímero que se ha esfumado, cediendo el paso al miedo.

Porque Frieda ya no está aquí.

Está en el bosque.

Y el bosque no es un lugar al que se pueda huir sin pagar un precio.

Cierra los ojos un instante. La imagen vuelve igual de nítida. Frieda alejándose, internándose entre los árboles, desapareciendo

en la misma dirección de la que provienen los estruendos del Wyrm. Su territorio. Un lugar donde no hay segundas oportunidades.

Aunque no lo haya admitido nunca y sea un secreto que nadie sabe, está enamorado de ella. Ha fantaseado con decírselo muchas veces. Con que, cuando se hicieran mayores, fueran marido y mujer y formasen una familia.

Esa posibilidad se esfumó en el momento en el que ella puso un pie en el bosque.

De repente, un estallido seco contra su mejilla le hace girar la cabeza y perder durante un instante cualquier referencia de dónde está. La bofetada ha llegado sin aviso. Cuando consigue enfocar, Rudolf se encuentra delante de él, demasiado cerca.

—¿Quieres espabilar? ¡Te estoy hablando, imbécil!

Gustav nota cómo le arde la cara, pero no responderá. Nunca lo hace, no tiene el valor suficiente para ello.

—Esa malnacida ha matado a nuestra madre. Tenemos que encontrarla.

Las palabras caen con dureza. A Gustav le cuesta procesarlas; cuando lo hace lo único que consigue es negar, torpemente, sin fuerza.

—Rudolf… Se ha metido en el bosque, Gudrun tampoco está. Estamos solos, ¿no te das cuenta?

El silencio que sigue es breve, pero suficiente para que Gustav imagine, por un segundo, que todo puede calmarse. Que su hermano va a entenderlo.

Se equivoca.

—Querrás decir que estoy solo, porque tú no me sirves para nada.

La mano de Rudolf le agarra de la pechera y lo sacude. Gustav siente cómo el mundo se le descoloca y rompe a llorar.

—¿Ahora vas a llorar? Nuestra madre se ha caído al pozo y no te he visto derramar ni una sola lágrima.

Las palabras duelen más que el bofetón. Gustav no sabe explicarlo, ni siquiera a sí mismo. No lloró antes. No pudo. Pero ahora todo se le viene encima de repente, sin orden, sin sentido.

Se deja caer. Busca refugio donde puede y lo encuentra en el suelo, en una esquina cercana a la chimenea, donde mueren unas

brasas y el frío parece menos agresivo. Se encoge, intenta hacerse pequeño, desaparecer.

—Levántate y ven conmigo a buscarla, idiota.

No se mueve.

El primer golpe llega como una patada torpe contra su costado. Luego otro. Rudolf pierde la paciencia y Gustav solo puede protegerse, cerrándose sobre sí mismo, cubriéndose la cabeza con los brazos.

—¡No podemos ir al bosque, Rudolf! ¡Si no nos mata el Wyrm, nos matará el frío!

—¡Cobarde!

La palabra se queda suspendida, más afilada que cualquier golpe.

Gustav sigue llorando, pero ya no es solo miedo. Es una sensación más intensa, como si un caos irreversible hubiera empezado sin que nadie pueda detenerlo. Su respiración se vuelve irregular, le cuesta llenarse los pulmones, le zumban los oídos.

Y entonces, entre ese ruido interno, aparece otro.

Un crujido.

Rudolf se detiene en seco.

Gustav se queda helado. Su hermano levanta la cabeza, escucha, y luego le hace un gesto brusco, urgente, para que calle.

Silencio.

Las pisadas vuelven a sonar sobre la nieve, acercándose.

El corazón de Gustav se dispara y actúa por instinto.

—¡Frieda, no entres, huye, Rudolf quiere hacerte daño!

La frase le sale sola, antes de pensarla. Antes de medirla.

El cambio en la cara de su hermano es inmediato. La ira se apodera de él, le enrojece el rostro, endurece cada rasgo. Lo mira con sumo desprecio.

Y entonces se lanza hacia él.

Pero la puerta se abre de golpe.

Los dos se quedan quietos.

Un hombre ocupa el umbral.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está vuestra madre?

Rudolf se recompone al instante, se coloca recto frente a él, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido. No responde.

Gustav sigue en el suelo. No se atreve a moverse.

—Os he hecho una pregunta.

Rudolf intenta hablar. Se le atascan las palabras, tropieza con ellas.

Gustav levanta la vista y encuentra al doctor. Algo ha cambiado en él.

Su mano derecha está cubierta de sangre reseca. Oscura, espesa y mezclada con algo negruzco que le resulta imposible ignorar. El olor le llega un segundo después, fuerte, reconocible. Parecido al que transporta el humo cuando cazan ardillas y las ponen sobre las brasas.

La piel de su cara es demasiado pálida y se mueve despacio. Todo en él parece ir un instante por detrás.

Gustav siente que el estómago se le revuelve.

Rudolf habla, pero su voz llega distorsionada de nuevo, lejana. Gustav no consigue seguir lo que dice. El mundo empieza a inclinarse.

El hombre no reacciona a la explicación. Simplemente avanza, entra en la cabaña y se sienta junto a la chimenea. Coloca yesca, unos troncos, saca un cigarrillo y un mechero. Lo enciende con calma. Después prende el fuego.

La normalidad del gesto resulta inquietante.

—Entonces estáis vosotros dos solos. ¿No hay nadie más? —pregunta el doctor sin mostrar la más mínima reacción.

—No. Solo nosotros.

—¿Dónde están Gudrun y Frieda?

—Huyeron hacia el bosque.

Una pausa. El hombre da una calada.

—Entonces me temo que también están muertas.

Las palabras caen pesadas, definitivas.

—¿Las habrá matado el Wyrm? —pregunta Rudolf.

El hombre suelta el humo despacio.

—Dejaos de gilipolleces. No hay ningún Wyrm, eso fue un truco de vuestra madre para que nunca salierais de aquí. Lo que hay es un bosque inmenso y un laberinto de árboles del que unas niñas de

siete años no van a poder escapar. Lo siento por ellas y por vuestra madre, pero no puedo hacer nada más.

A Gustav se le para el corazón.

¿Ha escuchado bien?

—¿El Wyrm no existe, señor? —inquiere Gustav, con voz temblorosa.

El hombre gira la cabeza hacia él.

—A partir de ahora no me llaméis señor. Ni doctor. Tendréis que llamarme padre si queremos que esto funcione. Llevo tiempo preparándolo y contaba con vuestra madre para ayudarme, pero tendremos que apañarnos sin ella. Estaba claro que esto iba a pasar tarde o temprano. Si la Operación Valquiria hubiese funcionado…

Otra calada.

—¿Operación qué? —pregunta Rudolf.

El doctor se ríe.

—Olvidadlo. Y no. No existe. A lo que llamáis Wyrm es al Avro Lancaster de la jodida fuerza aérea británica que lleva bombardeando la ciudad semanas sin que nadie venga a echarnos una mano. Esto es un regalo de vuestro monstruo mitológico —dice, alzando la mano herida.

El fuego empieza a crepitar.

Rudolf y Gustav cruzan una mirada. Ninguno de los dos entiende nada.

Pero acabarán haciéndolo.

La cabaña vuelve a quedarse en silencio cuando amanece.

Gustav no ha dormido. Ni un momento. Ha pasado las horas mirando cómo la chimenea se apagaba poco a poco, contando las grietas del techo, escuchando la respiración de su hermano. No entiende cómo Rudolf ha podido cerrar los ojos, cómo ha sido capaz de entregarse al sueño mientras todo lo demás se desmorona.

El doctor, o su padre, como ahora quiere que le llamen, aunque la palabra no le encaja del todo, dejó de hablar pronto. No hubo más explicaciones, no hubo preguntas. Solo dijo que se marcharían en

unos días, cuando estuviera en condiciones. Se ocupó de sus propias heridas sin ayuda, apretando los dientes cuando el alcohol le tocaba la piel abierta; Gustav recuerda el brillo rojizo de su piel, la forma en que sus hombros se tensaban, ese sonido breve que escapaba cada vez que se pasaba el trapo humedecido.

Después se puso ropa limpia de la que había guardada en el armario de su madre y comieron algo.

Calentaron tres latas con el fuego de la chimenea y las colocaron sobre la mesa. Nadie habló. Ni una sola palabra. El ruido de las cucharas chocando con el metal fue lo único que rompió el silencio. El doctor comió como si llevara días sin hacerlo. Gustav apenas pudo terminar su ración.

Antes de intentar dormir, les explicó que se adentraría en el bosque por la mañana. Lo haría solo. Dijo que sabía seguir rastros, que lo más probable era que encontrara a las niñas. Les contó algo que no entendieron: que tanto Gudrun como Frieda tenían el pelo muy moreno y que eso era útil. Que merecía la pena intentar encontrarlas con vida. Lo dijo con total tranquilidad, como si fuera una actividad simple y cotidiana en la que los sentimientos no tuvieran cabida.

La esperanza creció en Gustav y se aferró a esa idea durante toda la noche. Deseaba con todo su ser que volvieran, que Frieda y Gudrun cruzasen la puerta para no quedarse con su hermano y el doctor.

Hoy, al despertar —o más bien cuando deja de fingir que duerme — el doctor ya no está. La puerta está cerrada, pero su ausencia se nota de inmediato. Gustav se levanta sin pensar demasiado y añade un par de troncos a la chimenea.

La madera cruje.

Detrás de él, Rudolf se incorpora de golpe.

—¿Dónde está padre? ¿Estamos solos otra vez?

La palabra le golpea. Padre.

Gustav se gira despacio.

—¿Padre? ¿De verdad te sale llamarle así?

—Ya escuchaste lo que dijo. Ahora tenemos que hacerlo. ¿Tanto te cuesta?

Gustav no responde. Hay algo desagradable en la forma tan paternal en la que Rudolf lo dice, una convicción extraña.

—Creo que sí es nuestro padre de verdad —añade Rudolf.

Gustav intenta entender lo que acaba de decir su hermano.

—¿De qué estás hablando?

Rudolf duda.

—Una de las veces que vino… Se metió en el cuarto de mamá y…

—¿Y qué?

—Los escuché.

—¿El qué escuchaste?

Rudolf da un paso hacia él, impaciente.

—¿Eres idiota? ¿Qué crees que escuché? Eso que hacen las madres con los hombres.

Gustav se queda quieto, sin comprender.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Norbert me lo contó una vez. Es algo que hacen los mayores. Por eso mamá se quedó embarazada.

El significado tarda en llegar, pero cuando lo hace, le cambia la cara por completo.

—Ah…

Rudolf abre la boca para seguir, pero en ese momento algo irrumpe desde fuera.

Pasos.

Esta vez no duda.

Gustav corre hacia la puerta, la abre con un golpe seco, con el pulso acelerado, con una esperanza que le sube por el pecho.

Frieda. Tiene que ser Frieda.

Pero no.

Es el doctor caminando a solas hacia la cabaña.

Cruza el umbral sin mirarlos, se acerca a la chimenea y extiende las manos hacia el calor, frotándolas despacio.

Se forma un silencio expectante. Es él quien lo rompe.

—No han llegado muy lejos. Es lo que sucede cuando no conoces este bosque. Es peligroso.

Una ola de calor le sube a Gustav por las mejillas.

No puede hablar. Pero Rudolf sí.

—¿Las has encontrado?

El doctor asiente sin mirarlo.

—He visto un cuerpo en el fondo de un acantilado. Estaba de espaldas y algo alejado, pero llevaba ese lazo rojo atado a la muñeca. Es una zona muy escarpada. Cualquier resbalón cerca de la ladera es fatal, porque comienzas a rodar. Está en un lugar al que es imposible llegar. Tendremos que dejarla allí y rezar para que no la encuentre nadie. Ahora lo importante es recuperar fuerzas, esperar a que todo se calme y salir de aquí. Es nuestra única oportunidad.

Algo se rompe en Gustav al escuchar esas palabras.

El pecho se le encoge de golpe. El aire deja de entrar con normalidad y tiene que forzarlo, una vez, otra, cada vez más rápido, como si se le escapara antes de llegar a los pulmones. Intenta centrarse en algo —la chimenea, las manos del doctor, la voz de su hermano—, pero todo empieza a desdibujarse.

El borde de la habitación se oscurece, como si alguien estuviera cerrando una puerta alrededor de su visión. Las figuras se vuelven borrosas, los contornos se diluyen. Intenta decir algo, pero no sabe qué, no sabe cómo.

Ni siquiera nota el golpe con el suelo al caer desmayado.

1944

Frieda observa el asentamiento desde la distancia. Lleva haciéndolo durante horas, sin apartar la vista, agazapada entre la maleza y la nieve. Aunque los vio marcharse hace un día y medio, no termina de fiarse. Se fueron los tres juntos, alejándose entre los árboles sin mirar atrás, y desde entonces el silencio lo ha ocupado todo.

Tres días a la intemperie dejan huella en cada parte de su cuerpo. Cuando por fin se decide, avanza a trompicones hasta la cabaña en la que residía con los gemelos y la señora Ackermann, empuja la puerta con el hombro y entra sin detenerse a comprobar nada más. El interior está en penumbra, quieto, intacto, como si el tiempo se hubiera detenido allí dentro mientras ella se congelaba fuera.

Se deja caer junto a la pared, respirando a toda velocidad. Al inclinarse para quitarse las botas no puede evitar gritar. La nieve compactada ha endurecido el cuero y, cuando tira de él, siente cómo la piel se desgarra, un dolor agudo que le sube por las piernas. Le cuesta varios intentos liberar los pies. Los calcetines están empapados. Cuando por fin consigue retirarlos, los dedos quedan expuestos. Los ve, pero no los siente.

Busca las cerillas con torpeza. La primera se le escapa; la segunda apenas prende y muere al instante en el temblor de sus manos. A la tercera, la llama se sostiene lo suficiente para alcanzar la madera. Observa cómo el fuego nace despacio, dudoso al principio, para luego crecer. Se queda mirando, esperando, hasta que el calor empieza a empujar hacia atrás el frío que llevaba dentro.

Añade más troncos, uno tras otro, hasta que la chimenea responde con un crepitar firme. Acerca las manos, las gira despacio, y es entonces cuando se percata: donde deberían estar las uñas solo queda carne irregular, enrojecida. No reacciona de inmediato; simplemente lo acepta, como ha aceptado todo lo demás.

Cuando el tacto regresa poco a poco, se lleva los dedos al rostro. La piel está quebrada alrededor de los labios, abierta en pequeñas grietas que escuecen al contacto. Se desprende de la ropa

empapada con dificultad. Cuando se dirige a su catre para buscar la ropa que guarda debajo, descubre que alguien la ha cogido y la ha destrozado. El suelo está cubierto por telas desgarradas que antes fueron pantalones o jerséis. No necesita preguntarse quién ha sido. Rudolf, sin duda. Gustav nunca le haría algo así.

¿O sí? Después de todo, ha matado a su madre. Puede que la opinión que tiene sobre ella haya cambiado.

Busca en el interior de la cabaña y encuentra prendas dobladas con cuidado en la estancia donde dormía la señora Ackermann. Elige un jersey de lana, demasiado grande, pero seco y cálido. Al ponérselo, el tejido la envuelve, aportándole un confort que añoraba. Hace lo mismo con unos gruesos calcetines.

Permanece allí durante horas, sin hacer nada más que existir cerca del fuego, dejando que el calor reconstruya las partes de su cuerpo que ha dejado de sentir. La sensación es tan intensa que por momentos le resulta dolorosa, como si los nervios despertaran poco a poco y transmitieran, de golpe, todo el daño que han sufrido.

Cuando por fin se levanta, lo hace con más estabilidad. Encuentra latas de comida en la cocina. Las abre y las calienta sin prisa: albóndigas en salsa y legumbres. Come con ganas. Durante estos días ha sobrevivido a base de las pocas setas que encontraba en el bosque, recordando las enseñanzas de la señora Tietze como si fueran una regla de vida o muerte. Siempre decía que elegir mal podría ser una decisión fatal. Por eso no arriesgó y fue a lo seguro, a los hongos que ha recogido decenas de veces junto a Gudrun y Lotte: los rebozuelos, las trompetas amarillas, los boletus… y evitó las amanitas, especialmente la roja con puntos blancos.

Ha sido un verdadero infierno.

Para beber, solo disponía de nieve derretida. El recuerdo del dolor de dientes al intentar beber se planta en su memoria mientras permanece sentada junto al fuego, con las manos extendidas y la mirada fija en las llamas. Han sido los peores días de su vida por el hambre, por el frío, por el cansancio y por el miedo.

Sobre todo por el miedo.

De haberse alargado un día más, uno solo, sabe que no habría sobrevivido.

Lo piensa mientras se masajea la punta de los dedos de los pies. La piel, amoratada en algunas zonas, tiene un tono extraño que no recuerda haber visto antes en su propio cuerpo. Presiona con cuidado, esperando alguna respuesta que no llega del todo, como si esa parte ya no le perteneciera.

Si antes temía el bosque, después de todo lo que ha sucedido es mucho peor. Siente pánico solo con imaginar que vuelve allí.

Durante su estancia a la intemperie ha sentido algo similar a una presencia que se cerraba a su alrededor. Ahora no es capaz de apartarlo de sus pensamientos, y esa es la razón por la que se ha prometido a sí misma que jamás volverá a adentrarse en el bosque.

Nunca más.

El tiempo avanza sin que se dé cuenta del todo. La noche y el día se alternan sin que a ella le importe lo más mínimo. Necesita más tiempo.

No es hasta el día siguiente, cuando la luz dentro de la cabaña cambia y se vuelve más clara, que se levanta. En algún momento, el cielo se ha despejado y el sol ha conseguido abrirse paso.

El cuerpo comienza a responder. Se acerca a la puerta y la abre con cautela. La claridad del exterior la obliga a entrecerrar los ojos durante un instante.

Da un paso. Luego otro.

Un escalofrío le recorre la espalda cuando ve el pozo.

No hay nada que lo oculte, nada que lo suavice. Está ahí, inmóvil, como si hubiera estado esperándola. El miedo regresa en su máximo esplendor; le recorre el cuerpo con la misma intensidad que el frío de los días anteriores. Se queda detenida en el umbral, incapaz de avanzar o de retroceder, con la mirada clavada en ese círculo oscuro.

Ahora está sola.

No hay nadie más.

La idea, que antes era difusa, toma forma con una claridad que no admite escapatoria. La ha estado acompañando sin que quisiera nombrarla, creciendo en silencio mientras caminaba entre los árboles, mientras buscaba comida, mientras intentaba no detenerse.

O se acerca y se deja caer al pozo para que todo se acabe.

O hace lo posible por sobrevivir.

Permanece inmóvil, con los pies hundiéndose levemente en la nieve, sosteniendo ese pensamiento hasta que ya no puede esquivarlo. No hay nadie que vaya a venir. Nadie que vaya a decidir por ella. Todo lo que antes recaía en otras manos, en otras voces, ahora le pertenece.

Y eso es lo que más miedo le da.

1970

Jakob tiene treinta y tres años y ha perdido la cuenta exacta de las veces que ha emprendido la búsqueda. Quiere creer que esta es la decimocuarta vez que lo intenta, porque necesita pensar que hay un orden, que no está vagando sin rumbo, sino siguiendo un patrón que, tarde o temprano, dará resultado.

Piensa que debería sacarse, por fin, el carné de conducir. Está cansado de levantarse a las cinco de la mañana para subirse a un autobús que ni siquiera le ahorra una larga caminata.

El bosque se abre y se cierra ante él sin ofrecer respuestas claras. Un laberinto de luces y sombras que se entrelazan con las ramas de los árboles y los elementos de la naturaleza. A veces reconoce un lugar determinado; algo se dispara en su memoria y ansía investigarlo para terminar descubriendo que allí no hay nada, que con total seguridad lo ha visitado antes y se trata de un recuerdo, solo que debió de suceder durante una de las otras trece incursiones en las que no tuvo éxito.

En más de una ocasión, su mente le traiciona, arrastrándolo al pensamiento de la duda. ¿Y si nunca estuvo allí? ¿Y si todo lo que cree recordar nunca sucedió realmente? Tal vez no fuera real y se trate de un producto de su imaginación.

Es demasiado tiempo sin encontrar nada.

Sin embargo, piensa que la nitidez de su memoria y el nivel de detalle solo pueden ser propios de una experiencia real. Se obliga entonces a volver a empezar, como si retrocediera dentro de sí mismo, buscando una versión más antigua de los recuerdos, una más cercana al niño que fue antes de convertirse en Jakob.

Porque hace mucho tiempo, ese no era su nombre.

Antes era Gustav, y de eso está seguro; no es cuestionable, simplemente es un hecho que las circunstancias de su vida han relegado al olvido.

Todo cambió el día que su padre los sacó de aquel funesto lugar y los llevó lejos. No recuerda en cuántas casas se escondió antes de llegar a una nave agrícola enorme en las afueras de Sauda, al sur de

Bergen. El mundo que conocía hasta entonces cambió por completo; dejó de ser un denso y hostil bosque para convertirse en un lugar irreal y propio de una fantasía.

Aunque, por lo que parecía, solo era así para él y para su hermano.

Recuerda el sótano de aquella nave donde permaneció algún tiempo. Su nuevo hogar. Era un lugar oscuro, compartido con otras familias que hablaban de una manera que él no entendía. Se sucedían las respiraciones contenidas, los llantos y las rutinas silenciosas. Su día a día era simple: nunca salían de allí. Se ocultaban, midiendo cada gesto, cada ruido, cada paso, como si cualquier descuido pudiera filtrarse hacia arriba y delatar su presencia, lo que pronto entendió, sin que alguien se lo explicara, que sería un gran problema. Fue allí donde dejó de ser Gustav y se convirtió en Jakob, con la idea de dejar atrás su pasado.

Pero lo que ocurrió antes no desapareció por arte de magia. Jamás lo haría.

No hay grieta en su memoria cuando rememora el momento fatídico.

Frieda empujó a su madre. Ella cayó en el pozo.

Y se desató el caos.

El bosque se tragó a Frieda y luego apareció un mundo desconocido.

No hay duda en esa imagen, no hay distorsión, no hay versiones alternativas. Todo lo demás puede haberse desdibujado, pero eso permanece inmóvil, como si estuviera grabado en una superficie distinta, más profunda, inmune al paso del tiempo.

Le costó entenderlo al principio, pero fue asimilando lo que había sucedido de manera paulatina. Hasta ese momento, su mundo se limitaba a aquello comprendido dentro de los márgenes del asentamiento. Un lugar donde las normas eran claras, donde lo que consideraban real tan solo era una farsa construida para engañar a unos niños inocentes.

Jakob no sabía que había otra vida, no sabía que existía una guerra que aterrorizaba al mundo, no sabía que el universo era algo cuya extensión se ampliaba mucho más allá del bosque.

Con el tiempo supo todo eso y mucho más. Se topó con la cruenta realidad y no tuvo más remedio que adaptarse para sobrevivir.

Respira hondo y cierra los ojos un instante, no para orientarse, sino para intentar recuperar una imagen que no logra fijar del todo. Está seguro de que el asentamiento estaba allí, en algún punto que ya ha atravesado o que está a punto de atravesar, y que su incapacidad para encontrarlo no significa que haya desaparecido.

Abre los ojos y vuelve a avanzar, consciente de que no busca solo un sitio, sino una versión de sí mismo que ya no existe.

Se detiene en lo alto de un risco desde el que contempla el valle de Isdalen, apoyando una mano sobre la rodilla.

No se detendrá hasta encontrarlo. Comenzó a buscarlo cuando su padre falleció.

Jakob nunca aceptó la ley del silencio que se instauró en su familia desde que abandonaron el valle como la explicación más razonable. No pudo hacer nada para evitarlo, pero ansiaba encontrar respuesta a las muchas preguntas que surgieron y que fueron apareciendo conforme la edad adulta y la madurez le llevaron a planteárselas.

Jamás habló con el doctor sobre todo esto. Con el tiempo, al igual que Rudolf, terminó llamándole padre, aunque fuera parte inherente de las normas sociales que tuvo que adoptar y no un sentimiento paternal real.

Su hermano, su padre y él formaron una familia en la que el tema quedó enterrado de una forma tan absoluta que llegó a parecer natural. Nadie hacía preguntas, nadie dudaba, nadie se detenía en los huecos de la historia que escuchaban una y otra vez, siempre igual, siempre con las mismas palabras, como si repetirla bastara para convertirla en verdad. Ernst —así se hizo llamar su padre—, se encargaba de eso con una convicción incuestionable, reconstruyendo un pasado que encajaba, que explicaba su huida, que justificaba cada decisión.

En la historia que contaba tanto él como sus dos hijos eran judíos nacidos en el norte de Alemania, concretamente en la ciudad de Flensburgo. Decía que a su mujer se la había llevado la Gestapo, que un oficial se había encaprichado de ella al verla en su trabajo como

telefonista. Ernst decía que no sabía si seguía viva o no, que no habían podido hacer nada. Contaba que él y sus hijos se habían visto obligados a huir para evitar ser deportados, primero a Dinamarca, donde un corredor de seguros escondía familias judías dispersándolas por zonas rurales cerca de Skagen, y después a Noruega, cuando las redadas empezaron a estrecharse y varias familias fueron detenidas y deportadas a Mauthausen.

Era una historia completa.

Y funcionaba.

Real, terriblemente real. Solo que era mentira. Todas y cada una de esas palabras eran falsas.

Lo más extraño es que, cuando la guerra concluyó, su vida y la de su hermano se normalizaron. Fueron a la escuela como cualquier niño de su edad, recuperaron los años perdidos, aprendieron noruego y se integraron sin dificultad. La sociedad los acogió como refugiados, les ofreció oportunidades y una rutina que no exigía explicaciones.

Y ellos la aceptaron como si nada hubiera ocurrido.

Una argucia sostenida durante años que nadie cuestionó, aunque Jakob empezó a hacerlo en silencio mucho antes de saber exactamente qué era lo que estaba buscando.

Pronto, las piezas de su memoria comenzaron a encajar. Las latas de comida del ejército alemán, el sonido atroz que durante un tiempo atribuyeron a un terrible monstruo que habitaba el bosque y al que conocían como el Wyrm, y que más tarde reconocería como el de un motor de avión. Las estruendosas explosiones que dejó de interpretar como algo abstracto para entender que eran bombas cayendo en algún lugar cercano.

Y las estrellas.

La clave fueron las estrellas.

Las había visto, bordadas en algunas prendas en el asentamiento, ocultas en el interior de algún armario, con la palabra «Judío» escrita dentro de ellas.

Fue fácil entender con el tiempo que ese era el motivo por el que se escondían: porque eran judíos. Tanto él como su hermano.

Su madre también, la verdadera. Pero su padre no.

En cuanto Jakob tuvo acceso a los archivos que reconstruían el Holocausto y que rememoraban a sus víctimas, descubrió que Valerie Ackermann fue una ciudadana judía de Múnich. Que había sido dada por muerta en un altercado entre tropas de las SS y miembros de la Rosa Blanca, un enfrentamiento que terminó con el derrumbe del edificio donde vivía con sus dos hijos gemelos.

Eso es lo que dicen los registros; eso es lo que figura en los documentos.

Pero no murió allí, murió en un pozo.

Y ese pozo es lo que Jakob lleva cuatro años buscando sin descanso, recorriendo zonas cada vez más amplias, descartando lugares, inspeccionando rutas imposibles con recuerdos incompletos.

Saca el mapa y marca la última área explorada, una línea más que tacha con decisión, reduciendo el territorio que queda por revisar. El gesto tiene algo de definitivo, como si cada marca lo acercara a un final que no sabe si será alivio o confirmación de algo que lleva demasiado tiempo sospechando.

Guarda el mapa.

Está a punto de dar media vuelta, consciente de que la noche caerá pronto y de los peligros que eso conlleva, cuando algo le llama la atención desde lo alto de un pequeño acantilado cercano.

Es una intuición, pero decide seguirla.

Se trata de una zona boscosa distinta, más cerrada, más densa que el resto.

La duda aumenta según avanza, pero es solo un instante.

Después decide descender.

El terreno es irregular, sin senderos, sin indicios de haber sido transitado, lo que le obliga a elegir cada paso con cuidado mientras se adentra en una vegetación salvaje que no ofrece concesiones, donde las ramas se cruzan, la maleza cubre cualquier posible referencia y el suelo cambia de consistencia sin aviso.

A medida que avanza, la luz se filtra cada vez menos entre las copas de los árboles, hasta que el cielo desaparece por completo sobre su cabeza y todo queda sumido en una penumbra uniforme que aplana las distancias y distorsiona la percepción del espacio.

Entonces el terreno se abre.

Una amplia planicie inesperada en mitad del bosque, completamente rodeada de árboles que se alzan como un muro oscuro a su alrededor.

Jakob se detiene. Un sentimiento comienza a despertar en su interior.

Se adentra unos pasos más en la llanura con cautela, como si el propio lugar exigiera ese respeto, y es entonces cuando empieza a notarlo, primero como una impresión leve, y luego como una certeza que se instala sin dejar lugar a la duda: ha estado allí antes. No sabría señalar qué lo provoca exactamente, no hay una imagen concreta ni un recuerdo completo, pero algo encaja de una forma que no había ocurrido en ninguno de los intentos anteriores.

Se queda quieto, escuchando.

Un sonido rompe el silencio, breve e irregular. Lo reconoce antes de aceptarlo y por eso tarda unos segundos en reaccionar. Necesita tiempo para procesar algo que no debería estar ocurriendo.

Es el cacareo de unas gallinas. Niega levemente, pero el sonido se repite, más claro e inconfundible esta vez, y ya no puede ignorarlo. Avanza, apartando ramas, empujando un arbusto que le corta el paso, con una tensión creciente que le acelera la respiración.

Al otro lado aparece la estructura.

Un granero pequeño, rudimentario, levantado con madera envejecida. Frente a él, dos gallinas escarban el suelo emitiendo ese sonido que le ha traído hasta allí. El corazón se le detiene durante un instante antes de volver a latir con fuerza.

Sigue avanzando despacio y el asentamiento empieza a revelarse poco a poco, sin mostrarse del todo. Primero, una cabaña a unos metros, descuidada, con parte del techo hundido, la madera oscurecida por el tiempo; no necesita acercarse para saber que lleva años abandonada. Continúa, y el terreno cambia bajo sus pies: reconoce los surcos, la tierra trabajada, restos de cultivo que aún resisten, probablemente patatas o coles, plantas duras, adaptadas al clima. Eso no casa con el abandono.

Alguien ha estado allí.

El olor le alcanza entonces, una mezcla que no proviene solo del granero ni de los animales, algo más persistente, más pesado, que

se queda en la garganta y que no pertenece al bosque.

Entonces ve el pozo.

Está ahí, frente a él, más pequeño de lo que recordaba, casi insignificante comparado con la imagen que ha arrastrado durante años, pero no hay margen para la duda. Se acerca sin darse cuenta de que lo hace, cada paso cargado de una gravedad distinta.

Por fin.

Después de tantos años.

Se detiene junto al borde sin asomarse, sintiendo cómo algo se recoloca dentro de él. Alrededor, los recuerdos empiezan a emerger con una claridad incómoda. A unos metros distingue una zona llana, se gira hacia ella y la reconoce al instante: el lugar donde su madre le obligaba a entrenar, donde repetía ejercicios hasta el agotamiento bajo su supervisión constante. Ahora lo entiende de otra manera. El cuerpo recuerda antes que la mente: el cansancio, la exigencia, la imposibilidad de detenerse.

Traga saliva.

El presente y el pasado se superponen durante un momento extraño, como si no pudiera asentarse del todo en ninguno de los dos.

Entonces fija la vista en otra cabaña.

La única que sigue en pie sin signos claros de abandono. La fachada se mantiene, el techo está entero, alguien se ha ocupado de que no se derrumbe. Se acerca con cautela. La puerta está entreabierta y, desde el umbral, percibe el calor del interior y un olor claro y reconocible.

Comida reciente.

Da un paso dentro. El suelo cruje bajo su peso y una sensación difusa le recorre. Avanza un poco más y encuentra algo que no esperaba.

Agazapada en una esquina, una mujer tiembla mirándolo con unos ojos que transmiten pánico.

No la había percibido al entrar. Está encogida sobre sí misma, temblando, respirando con rapidez. Tiene el pelo sucio y muy largo, enredado. La piel, marcada y repleta de heridas en las manos, en la cara… La ropa sucia y desgarrada, llena de descosidos.

No dice nada.

Él tampoco.

Las miradas se mantienen acrecentando la incertidumbre de ambos.

Jakob tarda en comprenderlo.

Pero cuando lo hace, no hay error posible.

La mujer que tiene delante es Frieda.

1970

Hoy se cumplen exactamente dos meses desde que Jakob encontró el asentamiento y a Frieda dentro de él. Ese día ha supuesto un antes y un después. Han cambiado muchos aspectos de su vida desde entonces.

Lo primero y más evidente es que ha renunciado a su puesto como profesor de ciencias en el instituto de Bergen donde ejercía. Ya no entra en un aula, no corrige exámenes ni repite explicaciones sobre leyes físicas que ahora le parecen irrelevantes. Tras descubrir que Frieda seguía con vida, su compromiso es muy distinto y su prioridad es reinsertarla en la sociedad.

La idea, en su forma más simple, suena lógica, pero es muy consciente de la dificultad que entraña. No es una tarea sencilla, no basta con enseñarle normas o costumbres; se trata de cambiar su mundo por completo y hacerle entender que vive en una realidad de la que no es partícipe.

No será fácil.

Por suerte, puede permitírselo. Esa es la parte positiva.

El dinero de su padre lo sostiene todo; gracias a eso, puede dejar su trabajo sin tener que preocuparse por el aspecto económico. Cuando llegaron a Bergen tras la guerra, haciéndose pasar por una familia judía que había huido de la Alemania nazi, aquel hombre al que tenía que llamar padre supo cómo prosperar. Descubrió una oportunidad donde otros solo veían ruinas y escombros que sepultaban vidas perdidas e historias desgarradoras. Empezó como carpintero, reuniendo lo justo, y poco después ya estaba levantando estructuras más grandes, organizando equipos, expandiendo un negocio que creció con la misma rapidez con la que el país intentaba reconstruirse. En pocos años, su nombre quedó ligado a una de las constructoras más importantes de Noruega.

Jakob nunca aceptó la admiración que despertaba en la comunidad a la que fingía pertenecer. Siempre lo vio con otros ojos, como un hombre despreciable, con un talento innegable para los negocios.

Pero no es idiota, no piensa renunciar a una herencia que aporta soluciones a problemas que de otro modo serían imposibles de abordar. El músculo económico es imprescindible para que lo de Frieda prospere.

Esta decisión tan trascendental, la de volcarse en ayudar a Frieda, no nace solo de unos valores que considera dignos de un ser humano.

Hay algo más personal.

El verdadero motivo por el que buscó ese asentamiento con tanto ahínco nace de un sentimiento más profundo. De algo que intuyó en un principio y que más tarde comprobó.

Durante la investigación sobre el pasado de su padre, algo que empezó casi como un pasatiempo y terminó convirtiéndose en una necesidad, encontró algo que no ha logrado apartar de su cabeza. No es un dato concreto ni un documento único; es la suma de fragmentos, de silencios, de nombres que aparecen y desaparecen entre registros incompletos.

Todo empezó con uno de los nombres que recordaba de su primera infancia, el de Norbert Günther.

Durante años se esforzó mucho en intentar recordar cómo se llamaban aquellas personas que convivían con él en el asentamiento cuando era un crío. El paso del tiempo fue relegando al olvido lo que en su día fueron datos más frescos y certeros.

Pero había algunos aspectos de su pasado que lograba recordar con claridad. Norbert era uno de ellos. Lo recuerda como un niño algo mayor que los demás y tiene grabado en la memoria el día que cruzó el bosque y desapareció.

Durante más de una década, la necesidad de entender su pasado y descubrir la verdad lo llevó a actuar en la sombra. Por ello organizó un viaje el año pasado, en 1969, con la intención de encontrar respuestas. Se inventó que asistiría a unas jornadas internacionales de enseñanza, y nadie cuestionó demasiado aquella explicación; en aquel verano, la atención del mundo estaba puesta en otra parte, en la misión del Apollo 11 con destino a la luna. Un hito histórico difícil de olvidar.

Pero a Jakob le resultaban más interesantes otros asuntos.

Viajó a Alemania Occidental, a Bad Arolsen, con la intención de visitar el Servicio Internacional de Búsqueda, el mayor archivo de documentación sobre crímenes del nazismo. Pasó días enteros entre registros incompletos, listas interminables y papeles deteriorados, buscando conexiones que pudieran aportar luz a su oscuro pasado.

Su condición de víctima del Holocausto le abrió las puertas del centro, al que llegó tras solicitar formalmente una autorización para realizar labores de investigación. Lo justificó con su papel como docente, construyendo una historia lo bastante sólida como para no levantar sospechas: un judío alemán que, tras la guerra, se había instalado en Noruega huyendo del régimen nazi y que ahora necesitaba documentación para una tesis doctoral. No era una mentira completa, pero tampoco era la verdad.

Omitió lo esencial.

No dijo que recordaba haber visto a su padre vistiendo un uniforme que el tiempo le haría identificar como el de un general del ejército nazi. No dijo que aquel hombre se había hecho pasar por judío sin serlo, que había sabido desaparecer bajo un nombre que no le pertenecía. Jakob nunca logró averiguar cuál, pero sí tenía claro que no era Ernst. Porque la información que encontró sobre el verdadero Ernst y sus hijos en registros oficiales cuadraba con la versión que su padre solía contar: que su mujer fue deportada y que él huyó con sus hijos sin que quede muy claro a dónde o con quién.

Siempre se ha preguntado en qué lugar acabarían los cuerpos de la verdadera familia judía que intentaba huir de Flensburgo. Cada vez que lo hace se le revuelven las tripas.

Aquello no fue lo único que encontró en aquel océano de documentos, también halló una referencia que lo obligó a detenerse.

El nombre de Norbert Günther.

Estaba ahí, escrito con una firmeza que contrastaba con lo difuso de su recuerdo. Y junto a él, otro que había olvidado hasta ese momento.

Prisca Günther.

Así se llamaba su madre. Leerlo despertó su memoria.

Las líneas eran escuetas: mujer soltera de Frankfurt, dos hijos, Gudrun y Norbert. La mujer había sido detenida por poseer

documentación falsa y colaborar con asociaciones dedicadas a ocultar judíos. La última anotación indicaba que los tres habían sido deportados al campo de concentración de Treblinka.

Después de eso, nada.

Salvo algo curioso: ninguno de los nombres aparecía en los registros de ingreso del campo.

En aquel momento pensó que podía tratarse de un error, de otra de esas lagunas documentales tan habituales en los archivos de la guerra. La realidad era que Treblinka no funcionaba como otros campos; no estaba concebido para retener prisioneros durante largos periodos ni para registrar su paso con detalle.

Era un lugar diseñado exclusivamente para el asesinato masivo.

No había alojamiento permanente. No había intención de conservar identidades. Los cuerpos se enterraban en fosas comunes y, más adelante, eran exhumados y quemados en piras al aire libre para eliminar cualquier rastro. Lo que desaparecía allí no dejaba huella, y precisamente por eso era posible que los nombres de la familia Günther no apareciesen.

Lo que Jakob consideró verdaderamente extraño fue que no hubiera un señor Günther.

Su memoria se activó con los nombres de Prisca y Gudrun de una manera abrupta, como si siempre hubiese estado esperando ese momento. Y, con él, otros nombres empezaron a emerger, más difíciles de sostener, más ligados a imágenes que sus mecanismos de defensa bloqueaban.

Frieda.

Lotte.

Le costó días, no solo por la dificultad de encontrar referencias, sino por el esfuerzo de recuperar una lengua alemana que no hablaba desde los siete años. Volvió a leer, a traducir, a reconstruir significados hasta que, finalmente, dio con los archivos que necesitaba. Encontró a varias mujeres con el nombre de Frieda, pero solo una de ellas tenía una madre con un apellido que le resultaba familiar.

Anna Blumenfeld. Era la madre de Frieda.

Lo mismo sucedió con Romy Tietze, la madre de Lotte.

Ambas figuraban como fallecidas en registros que apenas ofrecían detalles.

En el caso de Anna, la mención era vaga: se le dio por muerta junto a su hija en un accidente ferroviario tras colisionar un tren civil con un convoy militar en 1939.

Romy, en cambio, había sido detenida por oponerse al régimen y deportada junto a su hija al campo de concentración de Majdanek.

Pero tampoco allí aparecía su llegada.

Ni su nombre en ningún censo posterior.

Y en ninguno de los dos casos constaba un señor Blumenfeld o un señor Tietze.

Fue entonces cuando empezó a unir las piezas de una forma que ya no pudo deshacer.

Su padre.

El doctor.

El hombre que decía ser judío y llamarse Ernst, el que había construido una historia sobre la pérdida de su esposa y la huida con sus dos hijos, escondía mucho más de lo que podría parecer a simple vista.

Porque solo hay un motivo por el que un general del ejército nazi se arriesgaría a esconder, en un asentamiento remoto y recóndito de un bosque de Noruega, a mujeres judías acompañadas de sus hijos.

Era el padre de todos ellos.

De Frieda. De Gudrun. De Norbert. De Lotte. De su hermano y de él. Y probablemente también de aquel chico rubio que Jakob recuerda de forma fragmentaria, como una imagen que aparece y se desvanece antes de poder fijarla del todo.

Por ese motivo, hará lo que sea necesario por ayudar a Frieda.

Porque es su hermana.

Jakob lo entendió en cuanto la vio.

No hubo transición, ni duda, ni ese juego de reconocimiento progresivo que a veces se cuela entre dos desconocidos; fue inmediato. Sucedió a pesar de que aquella mujer no era alguien con

quien se pudiera hablar. No porque no quisiera, sino porque algo en ella se había quedado atrás, muy lejos, en un punto al que él no sabía cómo llegar.

Ya no era una niña. Su cuerpo había crecido por el camino natural que su mente no pudo recorrer. Sus rasgos se habían endurecido, con una mirada pendiente únicamente de sobrevivir. Se había convertido en mujer sin nadie que la acompañara en ese proceso, sin referencias, sin correcciones, sin afecto. Había vivido veintiséis años sola.

Era un milagro que siguiera con vida.

El asentamiento era el escenario de un calvario horrible.

Caos, abandono; enseres orientados a la supervivencia. Gallinas que servían como sustento, pequeñas parcelas de tierra trabajadas con constancia, trampas de lazo colocadas con precisión para cazar conejos, un taladro de arco para conseguir fuego. Y el agua almacenada en solo uno de los dos pozos que allí había.

Uno de ellos, el más pequeño, lo había excavado ella misma. El otro, el antiguo, lo había cubierto de piedras hasta inutilizarlo.

Jakob no necesitó preguntar. Entendió por qué Frieda nunca volvió a beber agua de ese pozo, aunque era muy difícil comprender lo que Frieda sentía, ya que le costaba comunicarse.

El primer día probó a hablarle en un tono bajo, sencillo, buscando palabras básicas, pero no hubo reacción. Cambió al alemán casi sin pensarlo, recordando que había sido lo único que ella conocía. Trató de captar cualquier mínima señal de comprensión, pero lo único que obtuvo fue ese mismo bloqueo, más profundo ahora, más evidente.

Señaló el bosque, intentó explicarle, hablarle del wyrm, de lo que había ahí fuera, creyendo que compartir el peligro podía acercarlos, pero ocurrió justo lo contrario. El miedo en Frieda se intensificó hasta deformarle la expresión; se tapó los oídos y cerró los ojos con fuerza.

Jakob se quedó quieto, sin saber cómo corregir lo que acababa de hacer.

Y entonces pronunció un nombre señalándose el pecho.

Gustav.

Su verdadero nombre.

El cambio fue inmediato. Frieda abrió los ojos y lo miró de una forma distinta. Se levantó con cuidado, sin dejar de observarlo, y se acercó poco a poco hasta quedar frente a él. Alargó la mano.

El contacto lo sorprendió.

Las uñas estaban negras, la piel áspera, el olor era fuerte, casi insoportable, pero Jakob no se apartó. Había algo en ese gesto que no permitía rechazarlo. Frieda le tocó la cara como si necesitara comprobar que era real, que no era algo que su mente había tenido que inventar para sobrevivir.

Y entonces lloró.

—¿Gustav?

La voz salió deformada, nasal, quebrada por el desuso.

—Gustav hermano Rudolf.

Las palabras llegaron fragmentadas, incompletas, como piezas sueltas de algo que antes fue un lenguaje y a él también le llegó el llanto.

Esa noche Jakob se quedó a dormir en el asentamiento.

Al día siguiente, la distancia entre ambos empezó a reducirse. No desapareció, pero se volvió manejable. Frieda se atrevió a hablar más. Utilizaba términos aislados, sonidos que intentaban convertirse en significado. Había inventado sus propias palabras.

Se refería a la lluvia como «Neger» y al sol como «Enos».

Jakob se adaptó con rapidez a ella, no porque fuera sencillo, sino porque entendía que era la única manera. No corregía, no insistía en reconstruir lo perdido; simplemente se amoldó.

Así empezaron a comunicarse.

Pronto descubrió también los límites invisibles que gobernaban su mundo. Frieda no cruzaba la línea de árboles que rodeaba el asentamiento. Ni siquiera se acercaba. El bosque no era un lugar al que se pudiera ir; para ella era una frontera que no debía traspasarse.

Y entonces lo entendió.

Ese miedo era lo que la había mantenido allí, lo que había impedido que nadie la encontrara. No se había escondido. Se había quedado porque creía que allí estaba a salvo. Después de todo,

cuando se quedó sola era una niña sin la madurez necesaria para tomar decisiones difíciles.

Jakob se marchó a Bergen y regresó al día siguiente con comida, ropa limpia, tijeras, mecheros y herramientas pequeñas que para ella eran avances enormes. A partir de ese momento, ir y venir se convirtió en rutina. Cada visita añadía algo nuevo, no solo objetos, también confianza y un hábito que trataba de prepararla para dar el salto al mundo real.

En la tercera o cuarta visita, ocurrió.

Hablaron —a su manera— de las personas que vivían allí en los años cuarenta. Frieda recordaba a Gudrun. No construía una frase, pero decía palabras sueltas. Hablaba de un lazo rojo, de una promesa de volver, de esperar.

Jakob guardó silencio sobre lo que sabía. Sobre lo que su padre le había contado. Sobre la niña en el fondo del acantilado, que por descarte ahora sabía que debía de ser Gudrun.

No lo dijo.

Cuando apareció el nombre de Norbert, Frieda reaccionó de forma distinta. Se levantó con rapidez y desapareció unos segundos antes de regresar con una caja de madera. Estaba hecha a mano, imperfecta, pero resistente, las tablas sujetas con cuerdas.

Dentro había papeles.

Los sacó con cuidado.

—Esto, Norbert.

Señaló un mapa del mundo. Había un itinerario marcado con precisión irregular, una línea que conectaba Bergen con la ciudad de Adelaida, en Australia. Jakob lo examinó con atención, reconociendo lo que Frieda no podía nombrar. Junto al mapa había pasaportes. No necesitó mucho tiempo para entender que eran falsos; había visto muchos similares en el archivo de Alemania.

Pronto comprendió que Prisca, la madre de Norbert, debió de conseguirlos antes de llegar al asentamiento. Según la información que encontró en los archivos, había sido detenida por poseer documentación falsa. La lógica se impuso cuando comprendió que Norbert no había desaparecido sin más, sino que había huido siguiendo un plan que ambos habían trazado juntos.

Todo lo que necesitaba para comprender lo sucedido estaba dentro de aquella caja. Prisca debió esconderlo y Frieda lo encontró más adelante.

Todo encajaba.

Y entonces, de repente, vio el código que había olvidado por completo.

Jakob lo reconoció de inmediato, aunque al principio no supo por qué. Había algo familiar en la forma en que estaba escrito, en la estructura. Su memoria recuperó imágenes de un juego: escondían objetos, los buscaban, cada letra representaba un lugar; los números, el día del mes en el que se encontraba el objeto. Recuerda que su madre disponía de un calendario que había elaborado ella misma.

Entonces Jakob miró a Frieda y le invadió la pena. Tenía que sacarla de allí como fuera. Ella no cruzaría el bosque voluntariamente.

A no ser que…

1970

Jakob ha probado de todas las formas que se le han ido ocurriendo.

Durante semanas ha acudido al asentamiento cada día, repitiendo el mismo camino una y otra vez. Ha hecho más ejercicio en este tiempo que en los últimos veinte años. En más de una ocasión se ha quedado allí a dormir, evocando los fantasmas del pasado, sin perder atención a cada detalle, con una sensación de angustia casi constante. Quizá aquella historia del Wyrm supuso un trauma que nunca sanará.

En ese tiempo, Frieda ha mejorado algo. No demasiado. Ahora pronuncia más palabras y realiza construcciones simples que le sirven para expresarse. Jakob, por su parte, se ha obligado a retroceder también, a desempolvar un alemán que el tiempo y la lengua noruega sepultaron. Ahora se le antoja torpe e insuficiente, incapaz de alcanzar un nivel oportuno para comunicarse con soltura. En cualquier caso, no dejará de intentarlo. Ya ha entendido que no puede recuperar más de dos décadas de vida en unos días. No es algo que vaya a resolverse en semanas. Ni en meses. Tal vez en años. Tal vez nunca.

Ha llevado consigo libros, fotografías… Lo que sea que pudiera servir de puente hacia el mundo que ella no reconoce. Se sienta frente a ella, le muestra imágenes de ciudades, de calles llenas de gente, de objetos cotidianos que deberían resultarle familiares como un teléfono o un autobús, pero en sus ojos no hay comprensión, solo una atención fija que no termina de transformarse en entendimiento.

—Norbert. Ahí.

Eso es lo que se limita a decir. Es en ese punto donde su conocimiento muere. En el relato que Gudrun le contó y que para ella supone una verdad incontestable muy arraigada y, de algún modo, divina.

El principal problema no es que ignore el mundo real, es el bosque. Siempre el bosque. Cada intento de vencer esa barrera se

estrella contra el mismo muro invisible que no sabe cómo atravesar, porque Frieda siente auténtico pavor ante la idea de poner un pie más allá del asentamiento.

En realidad, casi todo lo perteneciente al mundo exterior le da miedo.

Sobre todo después de lo que sucedió.

Hace unos días Jakob llevó consigo una cámara de fotos, una Polaroid. Estaba convencido de que aquello podría despertar algo distinto, un contacto con la tecnología actual que suponía un salto secular para ella. Se colocó a su lado, levantó el aparato, esperó el instante justo e inmortalizó la imagen de Frieda con cara de susto, con los brazos cruzados sobre el pecho y el caballo de madera encerrado en su puño. El destello la hizo reaccionar de inmediato, con un salto brusco, instintivo, seguido de un cambio en su mirada.

El mundo se detuvo. Fueron los tres minutos más largos de la vida de Jakob.

El *flash* de la cámara provocó que los ojos de Frieda se perdieran, la mandíbula se le desencajó y cayó al suelo sin oponer resistencia. Su cuerpo se retorcía de una manera que no había visto jamás y se formó espuma alrededor de su boca.

No sabía qué hacer para controlar la convulsión. Le gritó, la agitó, la agarró de los brazos… pero nada sirvió. Cuando por fin sus músculos se relajaron, se quedó totalmente pálida, con una respiración tan débil que tuvo que poner la mano sobre su pecho para asegurarse de que estaba entrando aire, sufriendo por la posibilidad de que hubiese muerto.

Tardó más de media hora en recuperar el conocimiento. Ella no se acordaba de nada, pero Jakob, angustiado, acababa de descubrir que Frieda era epiléptica y, desde ese momento, supo que tendría que buscar un remedio si quería que ella tuviera una vida normal, alejada de ese bosque.

A Jakob aún le temblaban las manos cuando le ofreció la fotografía, intentando explicarle lo que había sucedido. Se quedó mirando con asombro cómo la imagen había aparecido en el papel, con una concentración absoluta.

Se prometió guardar esa foto a buen recaudo, pues jamás volvería a exponer a Frieda a un estímulo que pudiera dañarla y, lo peor de todo es que no sirvió de nada.

No había manera de que Frieda aceptara salir del asentamiento.

Últimamente, las visitas se han alargado más de lo que deberían. En Bergen empiezan a notarlo. Su hermano ya le ha preguntado varias veces dónde se mete, por qué no contesta a las llamadas, por qué desaparece durante días sin dar explicaciones. No es que tengan una relación estrecha, pero él lo necesita para ciertas decisiones que afectan al rumbo de la empresa familiar y que requieren su autorización.

Se ha planteado, incluso, acudir a las autoridades, pensando que un enfoque profesional podría servirle a Frieda de ayuda. Ha barajado con meticulosidad los riesgos y los beneficios que eso supondría y ha acabado descartando esa idea por completo. Si lo hiciera, todo saldría a la superficie. El pasado de su padre emergería y nadie aceptaría que ellos lo hayan ocultado durante todo este tiempo. En cierto modo, tanto su hermano como él han sido siempre muy conscientes de sus orígenes. No habrá matices, no habrá contexto que lo justifique; la guerra causó heridas que jamás cicatrizarán. Perderán lo que tienen, sí, pero eso no es todo. Lo que más le importa es algo distinto. Lo que no puede permitirse es perder a Frieda ni perder la posibilidad de redimirse ayudándola.

Y está seguro de que no podrá hacerlo si todo el mundo piensa que es el hijo de un nazi que ocultó durante tantos años la verdadera identidad de su padre.

A Jakob no se le olvida que hubo un momento en el que estuvo enamorado de ella. Y él es de los que piensan que el primer amor deja una huella eterna.

Por eso tiene un plan.

La idea ha ido tomando forma con los días, ajustándose a cada obstáculo, descartando caminos imposibles hasta terminar de moldearse: es insostenible continuar así y, para ello, debe sacar a Frieda de Noruega. No puede cometer errores que susciten preguntas difíciles de responder.

Hace años, en la universidad, un compañero le habló de una comunidad peculiar. Jakob no le prestó demasiada atención entonces, pero el recuerdo ha vuelto ahora con una nitidez inesperada. Los Amish. Personas que viven apartadas de la modernidad, sin electricidad, con normas estrictas, volcadas en la religión y en el trabajo de la tierra. Ha buscado información en la biblioteca, ha leído todo lo que ha podido encontrar y, cuanto más sabe sobre ello, más claro lo ve: es lo más parecido que existe a lo que Frieda conoce.

Un entorno donde nada resulte completamente ajeno.

Y piensa llevarla allí.

Encontró una comunidad en Canadá, en Ontario, en un condado donde, según pudo averiguar, no son especialmente rígidos con quienes llegan de fuera. Cuentan con un enlace en Montreal que los recibiría y los llevaría hasta allí. No sería sencillo, pero es la primera opción que no termina en un callejón sin salida.

El problema real no es el destino. Es el camino hasta llegar allí.

Frieda sigue anclada a su mundo con una fuerza que Jakob no ha conseguido erosionar. Se percibe en cada gesto, en cada pequeña resistencia. Cuando le ha llevado ropa nueva desde la ciudad, ella se apresura a buscar las etiquetas y a cortarlas de inmediato. Siempre que ha intentado introducir algo distinto en el asentamiento —jabón, champú, cualquier producto ajeno a lo que conoce—, ella lo ha apartado sin siquiera mirarlo. No hay transición posible que no implique una ruptura brusca.

Por eso necesita otra estrategia.

La idea lleva tiempo rondándole, apareciendo en los momentos en los que todo lo demás falla. Sabe que Frieda no responde al presente, pero sí a ciertos fragmentos del pasado. Norbert. Gudrun. Los nombres siguen vivos en su cabeza, sostenidos por una historia que no se ha desvanecido con los años. El caballo de madera que no suelta nunca, las palabras que repite, esa convicción persistente de que alguien vendrá a rescatarla.

Jakob entiende que ahí está la clave.

No puede pedirle que abandone lo único que conoce, pero tal vez pueda engañarla y hacerle creer que van a reunirse con Norbert y

Gudrun. Que es él quien ha acudido a su rescate.

Así que prepara todo con un cuidado extremo. Un maletín con pelucas similar al que Frieda recuerda de las historias que Gudrun le contaba, documentos falsos que consigue con cierta facilidad buscando la fotografía de una mujer con la que guarda cierto parecido y pagando su precio en el mercado negro, dinero en distintas divisas y un itinerario de un viaje a Canadá que queda reflejado en un código que ella conoce a la perfección. Por desgracia, es de lo poco que conoce.

Por supuesto, no se olvida de consultar con un médico los síntomas de la epilepsia fotosensible y cómo tratarla, para terminar averiguando que el tratamiento de elección comprende una pastilla diaria de fenobarbital. No le resulta fácil conseguirlas, pero al menos logra una caja. Suficiente para llegar hasta Montreal.

Cada detalle tiene un propósito. Todo debe parecer parte de esa historia que Frieda lleva dentro, una continuación lógica del relato de Gudrun sobre su hermano. Jakob no sabe si Norbert lo consiguió realmente o no, pero es en lo que ella cree; por ende, es su mejor baza.

Se lo plantea con calma, le ofrece el código y le explica el itinerario en un mapamundi idéntico al de los papeles de Norbert. Él le explica el camino paso a paso, indicándole que durante cuatro días se instalarán en una casa a las afueras de Bergen para que su adaptación a un nuevo mundo sea paulatina. Viajarán en barco y tren, evitando el avión, hasta llegar a Canadá, donde tendrá una segunda oportunidad para vivir una vida digna. Ella agarra el papel, lo observa y se lo guarda en el bolsillo como si fuera un tesoro. Su expresión cambia.

Se queda boquiabierta al contemplar una foto de una pareja que sonríe ante la cámara. Rondan los treinta y tantos; él es algo mayor que ella. Frieda llora, creyendo ver a Norbert y a Gudrun, aunque en realidad se trata de un recorte de periódico donde Paul Newman y Katharine Ross posan para la promoción de la película Dos hombres y un destino.

Jakob le dice que se reunirán con ellos y entonces sucede. Observa cómo algo cambia de repente.

Frieda acepta.

Y él lo organiza todo.

Los días siguientes los dedica a prepararla. Le corta el pelo, le consigue ropa limpia, le enseña cómo tomar la medicación e intenta suavizar la transición sin forzarla más de lo necesario. Sabe que no puede prever cómo reaccionará cuando el mundo real se imponga de golpe, cuando los estímulos sean muchos e incontrolables, rápidos y distintos.

Tendrán que adaptarse sobre la marcha.

El 29 de noviembre de 1970, Jakob regresa al asentamiento con todo listo para partir. Lleva el maletín en la mano, preparado para convencer a Frieda de cruzar el bosque, y camina convencido de que dará resultado. Frieda lo espera desde primera hora, quieta en el lugar que hoy quedará desierto para siempre, por fin.

Sin embargo, un suceso lo cambia todo.

En cuanto sus miradas se encuentran, algo se rompe.

El rostro de Frieda cambia. No es la expresión animada que ha visto en los últimos días, no es la aceptación cautelosa que había empezado a reconocer. Es otra vez el rostro desencajado que mostró al reencontrarse con Jakob. La rigidez, los ojos abiertos de más, el cuerpo paralizado ante el pánico.

Jakob tarda un segundo en comprender que no es él quien la aterra, ni el plan, ni el viaje, ni el mundo al que intenta llevarla.

No le está mirando a él.

Mira al hombre que tiene a su espalda.

Kjell Hagen está justo detrás de su hermano. Jakob debe saberlo antes incluso de girarse. ¿Quién podría ser si no?

Le invade un sentimiento antiguo, uno de hace muchos años, cuando aquel lugar era lo único que conocían y ellos tenían otros nombres.

Él era Rudolf y su hermano no era Jakob, era Gustav.

Han pasado demasiados años como para que el recuerdo sea claro. Lo que queda es una mezcla de escenas fragmentadas y

certezas deformadas, reconstruidas con el tiempo, suavizadas quizá por todo lo que vino después; por una vida que, aunque imperfecta, al menos no olía a encierro ni a miedo. Sin embargo, hay ciertas vivencias que no se borran del todo e, indudablemente, su hermano ha sido una de ellas.

Siempre intentando echarlo todo a perder.

Cuando Jakob se gira, el cambio en su rostro es inmediato: la sorpresa aparece primero, luego algo más profundo, más primitivo. Miedo, quizá. Su mano sigue aferrada al maletín. Sus miradas colapsan y entonces, sin previo aviso, un recuerdo se abre paso en su mente.

Ambos se encuentran en una de esas cabañas, no sabría decir cuál, pero sí que era más grande en su memoria, más sólida. Él le arrebata una pequeña figurilla tallada, Gustav intenta recuperarla, la pelea es breve y desigual —siempre lo fue—, y su madre al fondo, recriminando, todavía viva.

Su madre.

Acaba de recordarlo.

Kjell desvía la mirada. Comienza a buscar y encuentra el pozo; parece más pequeño, deteriorado, con algunas piedras del brocal cedidas. Durante un instante no ve el presente, sino el hueco oscuro que hace décadas se tragó a su madre.

Luego vuelve a fijarse en la mujer y lo entiende todo.

Es Frieda.

Está ahí, inmóvil, con esa expresión que no pertenece del todo a este mundo.

¿Cómo demonios puede estar viva? ¿Y en qué está pensando su hermano? ¿Se ha vuelto loco?

Jakob no ha venido por casualidad. Es tan inútil que resulta muy previsible lo que trama.

—Kjell… ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta Jakob.

Él ladea la cabeza y le clava una mirada penetrante.

—Quiero estar seguro de que no metes la pata. Llevaba tiempo preguntándome qué hacías, y menos mal que he decidido actuar. Pensé que tal vez eras un desviado, siempre lo he sospechado, que

te veías con algún hombre a escondidas y ni siquiera tenías el valor de mostrar lo que eres.

—Kjell, yo solo…

—¡Cállate! —lo corta—. Te he seguido, idiota. No me entra en la cabeza que hayas sido tan tonto de venir hasta aquí, pero siempre te esmeras en joderlo todo. Eres un lastre, Jakob. Siempre lo has sido… Ojalá hubieras muerto aquí. Todo habría sido más fácil.

Hace una breve pausa, lo observa.

—¿Recuerdas este lugar? —pregunta Jakob.

—¿Tú qué crees, imbécil? Que no hayamos hablado de él no significa que lo haya borrado de mi memoria. ¿De verdad hace falta que te explique por qué nunca más lo mencionamos? Padre no se fiaba de ti. Siempre me decía que teníamos que ser cuidadosos contigo, que algún día lo contarías todo. Qué razón tenía.

Kjell esboza una mueca que pretende ser una sonrisa.

—Tú no sabes quién era nuestro padre.

—¡Por supuesto que lo sé! Fue el hombre que nos salvó la vida.

—No, Kjell. No nos salvó porque fuera un buen hombre. Nos salvó porque nos necesitaba. No podía aparecer de la nada diciendo que era un judío que huía del nazismo; lo hubieran descubierto. Nos utilizó como lo haría un ser despreciable porque necesitaba una coartada, necesitaba sobrevivir.

Kjell niega con la cabeza.

—Fuera como fuese, habrías muerto sin él.

—¿Tienes idea de dónde está la verdadera familia Hagen?

—Ni lo sé ni me importa.

—Están muertos, Kjell. Como tantas otras familias. Los mataron por ser judíos. Y has de saber que nuestro padre era uno de los hombres que apretaban el gatillo.

—Tonterías.

Jakob suspira y se gira hacia Frieda. Ella da un paso atrás.

El cambio en Kjell es inmediato.

Su mano se desliza hacia la parte trasera del pantalón y saca una pistola. Es una Luger P08 que pertenecía a su padre. La apunta directamente a la cabeza de Frieda.

—No des un paso más.

—¿Qué estás haciendo? ¡Baja el arma! La estás asustando, no habla nuestra lengua…

—Mató a nuestra madre. ¿Lo has olvidado? Su cuerpo cayó al interior de ese pozo… —dice, señalándolo sin apartar la vista de Frieda, que observa la escena con auténtico pavor.

—Frieda es inocente. Tenemos que ayudarla. Por favor, guarda la pistola.

Kjell chasca la lengua, casi con pesar.

—Lo siento, hermano, pero no me dejas otra opción. Temía que esto iba a suceder.

Se gira.

El arma cambia de dirección.

Ahora apunta a Jakob.

Él levanta las manos, un gesto instintivo, buscando detener lo inevitable.

El disparo suena.

Un instante después, Jakob se desploma. El dolor le arranca un grito ahogado. En cuanto la bala entra y le traspasa el pecho, sabe que la herida es letal.

Aun así, consigue reunir fuerzas.

—¡Corre, Frieda!

Intenta gritar, pero el aire apenas logra salir de sus pulmones.

Kjell vuelve a levantar la pistola. Apunta hacia ella y presiona el gatillo, pero el arma se ha encasquillado y no responde.

Frieda no duda.

Y sale corriendo.

23

Corre sin mirar atrás. No se atreve.

Los gritos de esos hombres aún retumban en su cabeza y alimentan el miedo que la lleva a huir.

El bosque es demasiado denso, demasiado hostil. Los árboles parecen haberse puesto de acuerdo para cerrarle el paso. Las ramas le arañan la cara, le desgarran la ropa. Una de ellas le ha cortado la palma de la mano. La herida es profunda; siente la sangre deslizarse hasta la punta de los dedos. Pero no importa, ya se preocupará por eso después. Ahora sigue corriendo, con los pies hundiéndose en la tierra húmeda, escuchando únicamente sus pisadas y su respiración irregular.

Quizá sea el pánico, pero juraría que acaba de oír algo a sus espaldas. Pasos, el crujido de una rama que ella no ha provocado, una presencia lo bastante cercana como para obligarla a acelerar.

Corre sin rumbo, con la única intención de alejarse, y lo hace hasta la extenuación.

Se detiene al cabo de un tiempo. Su cuerpo la obliga a ello. Fuera lo que fuese, parece haberse alejado. Se apoya en el tronco de un abeto y jadea. El frío la quema por dentro. Los primeros rayos de luz se cuelan entre las copas, dibujando contornos difusos: troncos negros, sombras largas, hojas brillando como escamas mojadas.

Mira a un lado y a otro antes de aceptar lo evidente.

Está perdida.

Esto no estaba previsto, en absoluto. No debía haber aceptado. Se toca los bolsillos para comprobar que el caballo de madera y el papel con el código siguen allí.

El bosque susurra y cobra vida. No es solo a través del viento: escucha roces, graznidos de aves que suenan demasiado próximos. Le parece escuchar voces apagadas y lejanas, sin entender lo que dicen.

De repente, algo se mueve a su espalda.

Se gira de manera abrupta y el grito se le escapa antes de poder contenerlo. Ahogado, breve, ridículo.

Se queda paralizada unos segundos, esperando ver una silueta salir de la arboleda. No ocurre nada. Solo sombras. Solo el golpe de su corazón y el zumbido en los oídos.

Poco a poco recupera el aliento y se incorpora, decidida a alejarse. Si sigue recto, si mantiene un rumbo, tarde o temprano llegará a algún lugar.

Pero eso no va a suceder.

Da un paso, luego otro, y en el siguiente lo único que alcanza a ver es el brillo de dos ojos frente a ella, fijos e inmóviles, observándola. Se cierran un segundo antes del golpe.

El impacto le sacude la cabeza y fulmina sus sentidos. Cae sobre la tierra húmeda. Al cabo de unos segundos intenta levantarse, pero las piernas no le responden. Quiere mover los brazos. No puede. No siente frío. No siente dolor. No siente nada. Solo una pesadez que la empuja hacia el suelo, como si el bosque se la estuviera tragando.

Unos pies aparecen ante sus ojos. Botas oscuras que pisan muy cerca de ella. Intenta respirar y no lo consigue. Tarda un segundo en entenderlo, se niega a aceptarlo.

Pero lo cierto es que ya no está respirando.

El sol asoma con timidez, derramando su luz sobre los árboles.

Y ella se apaga.

24

Oriol detiene el Suzuki frente a la verja de la mansión. Acaba de dejar a Nora en su casa y aún la tiene presente. Tiene la certeza de que habría venido con él si se lo hubiese permitido; pero no puede arrastrarla a esto, no importa cuánto haya aportado, no es policía y lo que está a punto de ocurrir no admite testigos improvisados.

Mientras sostiene el teléfono contra la oreja, su mente vuelve una y otra vez al apartamento de Jason, a ese instante congelado en el que Nora parecía haberse quedado sin voz, clavada frente a la fotografía de Walther Sturm con el bebé en brazos, fijándose en ese detalle imposible de ignorar: el labio leporino, la hendidura en el labio superior que rompe la simetría de un rostro demasiado pequeño para cargar con algo así. Recuerda cómo lo explicó después, casi sin respirar, cómo insistió en lo improbable que resultaba que solo uno de los gemelos presentase ese trastorno.

Era la historia que le había contado su tío una y otra vez, cada vez que Nora señalaba ese defecto en la fotografía de su despacho en la que ambos aparecen siendo adolescentes. Siendo los mismos bebés, pero con más años y con otra identidad.

—Necesito refuerzos en la mansión de Kjell Hagen. Posible detención —dice Oriol al teléfono, sin rodeos.

Percibe la pausa al otro lado, la sorpresa contenida en la voz del agente Moen cuando responde, pidiendo confirmación, detalles que Oriol no tiene intención de dar todavía.

—Sí. Lo tengo claro —añade.

—Envío los refuerzos de inmediato, pero he de pedirle algo. Le ruego que me disculpe, pero mi padre ha fallecido y no voy a poder ir. Siento haber estado tan ausente estos días.

Oriol entiende ahora la actitud de Moen. Guarda silencio durante unos segundos.

—Lo entiendo. No se preocupe, puedo encargarme yo. Hablaremos más adelante —dice antes de colgar.

Se queda quieto un instante. Sabe que no tardarán en llegar, como también sabe que antes quiere estar a solas con el tío de

Nora.

Abre la puerta y sale. El sonido al cerrarla retumba más de lo que esperaba en la quietud del lugar. La mansión se alza ante él, oscura en algunas ventanas, iluminada en otras. Avanza hasta el timbre sin dudar y lo pulsa una sola vez.

La puerta principal se abre y Kjell lo recibe en el umbral.

—Buenas noches, inspector Duarte. Es un poco tarde… ¿va todo bien? ¿Hay algún problema?

—Hola, señor Hagen. Disculpe las horas, pero necesito hablar con usted.

Kjell se aparta, invitándolo a entrar.

—Adelante, pase.

Oriol se adentra sin vacilar y, al hacerlo, sostiene la mirada de Kjell el tiempo suficiente para percibir algo que hasta ahora no había visto en él con tanta claridad: una preocupación real, disimulada bajo la cortesía.

Kjell cierra la puerta a su espalda.

—Mi mujer está en la cama. Podemos hablar en el despacho.

Oriol asiente y lo sigue por el pasillo. Cuando entran, Kjell se dirige directamente a su silla y se sienta, adoptando una postura expectante.

Oriol no se sienta de inmediato.

Se mueve por la estancia, despacio, dejando que su mirada recorra las estanterías repletas de libros, los objetos colocados con intención, los detalles que alguien ha decidido conservar. Y entonces la ve.

La fotografía. La reconoce al instante.

Se acerca, la toma con cuidado y la observa con atención: dos niños, dos hermanos, uno con un evidente labio leporino, como el bebé que sostenía Walther Sturm.

La lleva hasta el escritorio y la deposita frente a Kjell.

Solo entonces se sienta.

Oriol apoya los antebrazos sobre la mesa, sin apartar la vista de la fotografía.

—¿Es su hermano? —pregunta, señalándola.

—Así es.

—Háblemе de él.

Kjell asiente muy despacio, como si necesitara ordenar lo que va a decir.

—Se llama Jakob. Siempre fue un chico tímido, no solía gustarle salir a jugar con otros niños de su edad, apenas lo hacía conmigo. Prefería estar solo, abstraído en su mundo. Durante un tiempo trabajó como profesor en el instituto de Bergen. Lo último que supe de él es que había estado solicitando información para acceder a una comunidad Amish de Canadá; encontramos correspondencia en su casa después de que desapareciese. Era un tipo tan solitario que nadie lo echó en falta.

Oriol no le concede ni un segundo para acomodarse en ese relato.

—Ahora cuénteme la verdad, señor Hagen. ¿Su nombre real era Gustav o Rudolf?

El silencio se instala de golpe.

Kjell se queda inmóvil, con la mirada fija en él. Los segundos pasan sin que ninguno de los dos se mueva. Luego, de manera casi imperceptible, sus ojos se desvían hacia el primer cajón del escritorio. No llega a inclinarse, pero la intención está ahí, suspendida.

—Yo no lo haría —dice Oriol con voz tranquila, sin alterar el tono —. Soy mucho más joven y rápido. Antes de que sus manos rocen el asa del cajón, me habré abalanzado sobre usted, lo habré reducido y lo único que habrá conseguido es perder el tiempo. He solicitado refuerzos que están de camino para detenerle. Tenemos poco tiempo… ¿por qué no lo aprovechamos?

Kjell cierra los ojos. Se lleva una mano a la frente y suelta el aire con lentitud. Después suspira y lo mira de nuevo, esta vez sin ningún intento de ocultarse.

—¿Cómo lo ha sabido?

Oriol introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta. Saca el caballo de madera y lo deja junto a la fotografía, alineando ambos objetos con un gesto preciso.

—Lo busqué durante meses. Ese condenado de Arnold tuvo que meter las narices donde no debía. ¿Dónde lo ha encontrado?

—En un doble fondo de un cajón de su escritorio. Nora lo encontró.

Kjell hace una mueca leve, casi de pesar.

—Pobre Nora, va a llevarse un disgusto muy grande.

—Esperable después de que usted matase a su padre.

Una pausa.

Kjell asiente, muy despacio.

—Sí… supongo que debemos aceptar las consecuencias de nuestros actos, pero no voy a engañarle. Tengo ochenta y seis años. He vivido una vida estupenda y ha sido gracias a las decisiones que he tomado. No espere que me arrepienta.

—Sé que no lo hace. He conocido a muchos hombres como usted.

Kjell desvía un instante la mirada hacia el cajón.

—No quería coger la pistola para dispararle a usted. La quería para pegarme un tiro en la cabeza. ¿Por qué no me deja un segundo a solas? Acepto que ha ganado la partida.

—No, de eso nada. Aún debe darme alguna explicación y tendrá que mirar a su sobrina a la cara una vez más. No pienso privarla de eso.

Una sombra de algo parecido a la admiración cruza el rostro de Kjell.

—Es usted tenaz, inspector Duarte. Leí mucho sobre usted. De hecho, cuando Nora me dijo que iba a ayudarla con una investigación, de un modo u otro supe que esto era una posibilidad.

Oriol no reacciona.

—Su nombre real —insiste—. ¿Gustav o Rudolf?

—Rudolf. Gustav era mi hermano, aunque hace mucho tiempo que nadie nos llamaba así. Ha descubierto quién era mi padre, supongo. Siempre he tenido curiosidad por saber quiénes eran los demás niños de aquel asentamiento. ¿Lo ha descubierto?

Oriol esboza una media sonrisa.

—¿De verdad no lo sabe?

—Me desentendí de aquel lugar cuando mi padre nos sacó de allí. A veces me contaba historias o hacía comentarios. Lo hacía cuando estábamos solos, porque no se fiaba de Jakob. Me habló de un chico rubio del que no recuerdo nada más. Era mayor que nosotros y, por

lo visto, estuvo algún tiempo en el asentamiento. Me contó que su madre había muerto y que siempre intentaba escapar. Como era un peligro para nosotros, decidió llevárselo a la guerra. No volvimos a saber de él.

Oriol atiende y procesa la información antes de contestar.

—Eran sus hermanos, Rudolf. Las pruebas de ADN lo confirmarán. Su padre mantuvo relaciones con varias mujeres. Tenía predilección por las mujeres judías, por lo visto, dejándolas embarazadas. Cuando estalló la guerra, tal vez por el miedo a que se descubrieran sus lazos familiares, empleó su influencia como general para trasladar a esas mujeres junto con sus hijos al asentamiento donde usted vivió sus primeros años de vida.

Los dedos de Kjell se tensan y golpea suavemente la mesa con el puño, una vez, dos.

—Sí. Esa parte me la imaginaba, pero tenía curiosidad por saber de dónde habían salido.

—No creo que tenga derecho a interesarse por eso. No ahora.

—Sospecho que también Jakob lo sabía. Nunca me lo dijo, pero creo que fue por eso por lo que intentó salvarla.

—Gustav —corrige Oriol—. Su verdadero nombre es Gustav. ¿Cuál de las chicas era la mujer de Isdal, Lotte, Gudrun o Frieda?

—Frieda. No recuerdo el apellido. Gudrun huyó; mi padre la encontró en el fondo de un acantilado y Lotte murió después de enfermar. La enterramos en el asentamiento.

Oriol le sostiene la mirada sin reaccionar a sus palabras. Anota mentalmente, conteniéndose para no estallar. En cuanto termine, dará la orden de buscar el cuerpo de una niña en un acantilado cercano al asentamiento.

—Blumenfeld. El apellido de Frieda era Blumenfeld.

Kjell alza la vista con brusquedad.

—¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Encontramos una tabla. Alguien había escrito una especie de censo con los nombres de todos los habitantes de aquel lugar. Aún no sabemos quién es quién, pero por descarte imaginábamos que el hombre de Somerton debía de ser Norbert.

Kjell permanece en silencio unos segundos antes de responder, como si tuviera que rebuscar en un lugar al que llevaba décadas sin asomarse.

—Si le soy sincero, yo no recuerdo casi nada de Norbert. Solo la parte en la que huyó. Eso sí lo recuerdo bien. De hecho, tengo grabada a fuego una conversación de mis padres que tuvo lugar en el asentamiento. Sucedió a los pocos días de haberse marchado. La madre de Norbert lo intentó mantener en secreto para darle tiempo a huir. Se inventó que estaba enfermo. Como no teníamos medicinas, éramos muy precavidos con las infecciones. Mi padre visitaba el asentamiento cada cierto tiempo y, cuando apareció, quiso examinar a Norbert. Ahí fue cuando se descubrió que su madre mentía.

Kjell hace una pausa, entrelaza las manos y mira al techo antes de continuar.

—Mi hermano no se llevaba bien con mi madre; yo, en cambio, sí. Recuerdo con mucha claridad la conversación que mantuvieron mis padres en la cabaña. Ella le explicaba que no había logrado sonsacarle gran cosa a la señora Günther: se resistía y soportaba bien el dolor. Esas palabras se me quedaron grabadas. Nunca volvimos a ver a la madre de Norbert, pero antes mi madre consiguió averiguar hacia dónde había huido su hijo y se lo dijo a mi padre.

—¿Cómo lo logró? —inquiere Oriol.

—Se lo dijo la señora Tietze. Prisca había confiado en ella para que le ayudara con el plan de llevar a su hijo a Australia, pero ella no aguantó la presión cuando mi madre la interrogó y se lo contó todo.

—¿Y qué hizo su padre?

—Recuerdo que se reía. Le dijo a mi madre que no había de qué preocuparse. Se jactaba de ser un militar de alto rango en el ejército y aseguraba que solo tenía que avisar por radio a uno de los espías que la Gestapo tenía en Australia, darle la descripción de Norbert y, en cuanto pusiera un pie en Adelaida, dejaría de ser un problema. Parece que estaba en lo cierto.

—Lo recuerda bastante bien para lo joven que era.

El señor Hagen parpadea con rapidez a la vez que asiente.

—Me marcó. A los niños siempre nos mantenían al margen de todo. Pero, por algún motivo, aquel día mi madre decidió confiar en mí y me hizo partícipe de la conversación. Me dejó escuchar. Yo no entendía nada, pero me sentí especial.

—Reconstruiremos el pasado, no lo dude, aunque ya no quede nadie para guiarnos en ese proceso. Solo dígame algo… ¿El hombre del pozo es Gustav? ¿Lo mató usted?

Kjell sostiene su mirada un instante más y termina asintiendo.

—Mi hermano llevaba semanas comportándose de una manera extraña. Desaparecía y no se sabía nada de él en días. Bergen no es una ciudad grande; aquí todos nos conocemos… La gente comenzó a hacer comentarios. Había dejado su trabajo como profesor de la noche a la mañana y nadie se explicaba por qué. Un día decidí seguirlo. Nunca me he fiado de él, para serle sincero.

Hace una breve pausa, no para dramatizar, sino porque el recuerdo se le impone.

—Se desplazó en autobús hasta el extremo más al este del lago Svartediket. En cuanto descubrí que se internaba en el bosque del valle de Isdalen, me temí lo peor. La verdad es que no había planeado nada de lo que sucedió, llevaba la pistola más para protegerme que por otra razón. Sin embargo, cuando vi que esa mujer estaba viva…

Oriol no tarda en intervenir.

—¿Se refiere a Frieda? ¿Seguía en el asentamiento?

Kjell asiente poniendo cara de asombro.

—Había vivido sola los últimos veintiséis años… Una auténtica locura. Era poco más que un animal salvaje y mi hermano quería salvarla, con todos los perjuicios que eso supondría. No tenía intención de usar el arma, pero pensé rápido y actué. Disparé a mi hermano cuando dio a entender que haría lo que fuera necesario por salvar a esa mujer.

—¿Qué sucedió después?

—Ella salió corriendo. La seguí durante un par de horas; era rápida para lo escuálida que estaba. Ya estábamos más cerca de uno de los senderos por los que la gente suele pasear, así que evité

utilizar la pistola; era un riesgo innecesario. La golpeé en la cabeza con una piedra y se desplomó. Me aseguré de que estuviera muerta y entonces regresé al asentamiento. Todo había sucedido muy rápido y cabía la posibilidad de que mi hermano aún siguiera con vida. No pude detenerme a comprobarlo porque había salido corriendo a perseguir a Frieda.

Se detiene un momento. Aprieta los labios, toma aire y continúa.

—Encontré el cuerpo de mi hermano sobre la tierra de aquel lugar. Le quité la cartera y lo lancé al pozo. Pensé que si nadie había encontrado a Frieda durante tanto tiempo, tampoco lo encontrarían a él. Me llevé el maletín con la idea de utilizarlo para fingir que Jakob se había metido en un lío y que ese era el motivo por el que había desaparecido. No descubrí hasta unas semanas después que se había interesado por los Amish, lo que me serviría como tapadera. Tenía la intención de regresar al lugar donde estaba el cadáver de Frieda y enterrarlo. Pero, a los pocos minutos de llegar, mientras la arrastraba a una zona donde la tierra era más blanda, escuché que se acercaba una familia y tuve que detenerme.

—¿En ningún momento pensó en entregarse? —pregunta Oriol.

Kjell niega con la cabeza.

—Antes de dejarla allí y marcharme descubrí que en uno de los bolsillos llevaba el caballo de madera de Norbert. Decidí llevármelo como recuerdo. En aquella época yo fumaba. Llevaba un mechero conmigo. Así que me apresuré y le prendí fuego al vestido que llevaba Frieda. Un movimiento absurdo, lo sé. Supongo que guardaba la esperanza de que se consumiera y así no dejar pruebas. Lo cierto es que tenía miedo de que descubrieran quién era ella y, con ello, mi verdadera historia.

—¿Fue usted quien dejó el maletín en la estación?

—Sí. ¿Quién, si no? Cuando descubrí que mi hermano había estado preguntando por su cuenta sobre la cultura Amish, decidí que era mucho más creíble utilizar esa historia para explicar su ausencia. Debía deshacerme del maletín antes de que se convirtiera en un problema. Yo conocía la historia del hombre de Somerton porque mi padre me la había contado, orgulloso. Me dijo que ese hombre era Norbert y que nadie lo sabría nunca. Así que leí sobre ello en un

reportaje hacía algún tiempo y pensé que era perfecto porque nunca nadie había dado con su identidad real ni descubierto que su verdadero nombre era Norbert Günther. Así que me pareció una buena idea dejarlo allí. No sé cuáles fueron los motivos que llevaron a Norbert a dejar el maletín en una consigna de la estación antes de que la Gestapo lo asesinara en la playa de Somerton, pero supe que generaría desconcierto si yo hacía lo mismo con el maletín de Frieda.

—Lo consiguió. Eso debo admitírselo.

—No crea que fue una decisión brillante. La verdad es que he convivido con el miedo a que alguien encontrase el asentamiento y los cuerpos durante toda mi vida.

Oriol ladea la cabeza.

—Arnold Larsen lo hizo. ¿Cómo lo descubrió?

Kjell deja escapar un leve gesto de resignación.

—El padre de Nora era un tipo listo. Le gustaba investigar crímenes, como a su hija. Supongo que comenzó a atar cabos y recorrió los mismos pasos que usted. Cometí el error de colocar el caballo de madera en esa estantería, junto a la foto de mi hermano. Me di cuenta de que había desaparecido a las pocas semanas de obtener el permiso judicial para vender los bienes de Jakob tras su supuesta huida a Canadá. Fue un proceso legal que se alargó durante años. Cuando vendimos su casa, Arnold se encargó de empaquetar sus pertenencias y de dejar la casa vacía. Intuí que había encontrado algo, porque desde ese momento empezó a hacer preguntas incómodas. Quería saber cómo habíamos llegado a Bergen mi hermano y yo, de dónde veníamos, cómo fueron los años de la guerra…

El señor Hagen señala el primer cajón del escritorio con un dedo.

—Voy a abrirlo. No se preocupe, solo quiero enseñarle algo.

Oriol se tensa.

—Hágalo muy despacio. Y, sea lo que sea que vaya a sacar de ahí, sujételo solo con dos dedos.

Hagen obedece. Con un movimiento deliberadamente lento, abre el cajón y, formando una pinza con el índice y el pulgar, extrae un marco. En la fotografía aparece junto a su mujer, con la Sagrada Familia al fondo.

No dice nada. Levanta las pequeñas solapas que sujetan el cristal y desmonta el marco con cuidado. Detrás de la imagen visible hay otra más, oculta.

Se la muestra a Oriol.

Es una fotografía de una cámara Polaroid. En ella aparece una mujer con cara de asombro y aspecto desaliñado sosteniendo el mismo caballo de madera que apareció en el doble fondo de Arnold Larsen. A su lado hay un hombre con el labio leporino que posa sonriente.

Oriol entiende ahora la secuencia de sucesos que condujo a Arnold Larsen a su muerte.

—Esta es la pista que llevó a Arnold a indagar en nuestro pasado. La encontré en su coche, dentro de un sobre escondido en la guantera. Tuve que decir que el mío se había estropeado para que su mujer me prestara las llaves mientras él trabajaba. De no haber actuado a tiempo, me habría descubierto.

—Así que Arnold encontró esta foto entre las pertenencias de Jakob, y eso fue lo que lo llevó a interesarse por el caso —recapitula Oriol.

Hagen asiente.

—Sí, por eso se llevó el caballo de madera de mi estantería: porque lo vio en su mano y lo reconoció. En cuanto descubrí que la figura había desaparecido, supe que había sido él. Solía venir los domingos con su mujer y su hija a comer en casa; supongo que aprovechó un descuido. Yo no podía correr riesgos, así que contraté a alguien para que lo quitara de en medio. Es muy sencillo cuando se lo encargas a un drogadicto.

—¿Y qué hay de esos informes que hablan de un cambio en la actitud de Arnold Larsen?

—Fue todo invención mía. Siempre se me ha dado bien manipular las opiniones de los demás. Algún comentario aislado por aquí, una semilla de duda por allá… Para el excelente resultado final necesité a los Moen. Yo conocía al padre de Knut, a Rikard, y conocía sus negocios sucios. En aquel momento era el alcalde de Bergen. Antes de encargar la muerte de Arnold, le advertí que debía llevar cuidado, que Arnold estaba haciendo preguntas comprometedoras sobre su

actividad y que debía cubrirse las espaldas. El resto creció por sí solo. Knut hizo su parte y el paso del tiempo terminó de construir una historia falsa, pero que a nadie le importaba.

Oriol contiene un gesto de desprecio.

—¿También encargó la muerte de Petra Rasmussen?

—En ese barrio, por una buena cantidad, encuentras a alguien capaz de matar a cambio de un chute. Tanto Ragnar Pollen como Petra Rasmussen eran escoria. No me arrepiento en absoluto de haber sido responsable de sus muertes.

El sonido de sirenas irrumpe a lo lejos.

Al principio, tenue.

Después, cada vez más cercano.

El silencio se instala entre los dos mientras el ruido crece, inevitable, ocupándolo todo. Oriol mantiene la mirada fija en él, sin apartarla ni un segundo y, aun así, no puede evitar una sensación persistente: por muchos años que lleve enfrentándose a personas como Kjell Hagen, sigue resultándole incomprensible hasta qué punto alguien puede justificarlo todo sin que le tiemble la voz.

TRES DÍAS DESPUÉS

Oriol está sentado en la terraza de Bryggen, exactamente en la misma mesa en la que todo empezó.

Un nuevo caso resuelto. Otra familia destruida al sacar a la luz lo que llevaba décadas enterrado.

Kjell Hagen —o Rudolf Sturm, como finalmente ha quedado registrado— no opuso resistencia cuando se le expuso la acusación. No tenía sentido hacerlo. Su ADN ya había hablado por él tras aparecer en el maletín de la mujer de Isdal.

Una vez destapado el mayor secreto del caso, todo lo demás fue relativamente sencillo.

El teléfono móvil de Kjell registró llamadas al abogado cuyo bufete cubre las necesidades de sus negocios: Viktor Lunde. Y el registro de llamadas de Viktor mostró una conversación de cinco minutos y veinte segundos con Ivar Fosse, el hombre que asesinó a Petra Rasmussen. Esa llamada podría haberse justificado de mil maneras distintas, pero tuvo lugar una hora y catorce minutos antes de que las cámaras de una panadería captaran a Ivar saliendo del edificio de Petra.

Ahora todo parece evidente. Demasiado evidente.

Cuesta aceptar que alguien como Kjell Hagen, un hombre respetado, atento con su sobrina Nora, casi ejemplar en su forma de ocupar el lugar que su padre había dejado vacío, fuese en realidad otra persona completamente distinta. No solo un asesino. También la prolongación de una historia mucho más oscura, una sombra que venía de mucho antes, de decisiones que no le pertenecían del todo pero que había elegido continuar.

Eso fue lo que alimentó a la prensa.

En cuestión de horas, la historia había cruzado fronteras. No había medio que no hablase de ello, ni periodista que no quisiera una declaración, una imagen, cualquier detalle que sustentara el relato. La pequeña comisaría de Bergen se vio desbordada, rodeada de cámaras y preguntas que dolía responder.

Oriol aparta la vista del puerto por un instante y observa la superficie oscura del café antes de dar el primer sorbo. Recuerda el pacto con Lefebvre y la petición expresa de quedarse al margen esta vez, de no aparecer en las portadas ni conceder entrevistas.

Fue el jefe Moen quien salió ante las cámaras, quien respondió a las preguntas, quien puso voz a todo aquello.

Él también deberá responder ante la justicia. Oriol no va a pasar por alto lo sucedido en relación con la difamación y la falsedad documental que afectaron a Arnold Larsen tras su muerte. Por eso ha redactado un informe que ya está en manos de Asuntos Internos y del que Moen aún no sabe nada, pero que pronto conocerá.

El bueno de Jason desapareció tal y como estaba previsto, sin dejar rastro, sin que nadie supiera nada de él, como si nunca hubiese formado parte de todo aquello.

A Oriol le pesa no haber podido despedirse. Le habría gustado compartir ese café con él, sentarlo frente a esa misma mesa y repasar juntos los últimos detalles, cerrar el caso con palabras en lugar de silencios.

Porque al final lo consiguieron.

Han puesto nombre a la mujer de Isdal: Frieda Blumenfeld. Y al hombre de Somerton: Norbert Günther. Dos vidas separadas durante décadas por decisiones ajenas que nunca llegaron a comprender, unidas por un mismo origen.

Walther Sturm.

Un general nazi destinado en Noruega que había construido su propio refugio lejos de la guerra, ocultando en un lugar apartado a varias mujeres judías con las que tenía una relación e incluso hijos. Había desafiado las normas del Tercer Reich, ofreciéndoles una vida miserable a cambio de salvarlas de los campos de concentración.

Cuando las tropas aliadas comenzaron a ganar terreno, huyó. Supo hacerlo. Se reinventó como uno de aquellos a los que había perseguido, adoptando una identidad judía junto a sus hijos Rudolf y Gustav, arrastrándolos con él a una mentira que perduró durante el resto de su vida.

Años después, Rudolf —Kjell Hagen— se encargó de mantener ese secreto intacto. No dudó en derramar sangre para conseguirlo.

Primero la de su hermano, llevada a cabo con sus propias manos; luego la de Frieda; después, las de Arnold Larsen, Ragnar Pollen y Petra Rasmussen. Todas ellas sin titubear, demostrando que en su interior siempre habitó la maldad, una realidad muy lejana a la opinión que Nora Larsen tenía de su tío.

Ahora pasará el resto de su vida en prisión. No será mucho tiempo, piensa Oriol, pero suficiente para que la verdad no muera con él.

Quien peor lo ha recibido es Nora Larsen. No hay forma sencilla de asumir algo así. De un día para otro, todo lo que creía sólido se desmoronó. Su tío, la persona que había ocupado un lugar casi paternal en su vida, no era quien decía ser. Y lo que hay detrás de esa mentira no solo duele por lo que revela, sino por todo lo que arrastra consigo.

La última vez que Nora y Oriol hablaron, ella le dijo que no iba a continuar con el pódcast. Al menos por ahora, con todo tan reciente. No mientras tenga la certeza de que, en cuanto vuelva a exponerse, habrá quien aproveche para hundirla sin piedad.

Oriol lo entiende. Hay heridas que no se pueden narrar en voz alta, al menos no todavía.

Él, en cambio, siente esa inquietud que siempre aparece cuando un caso termina. Mañana regresará a Lyon. Lefebvre ya tendrá algo preparado, está seguro. No sabe qué será, pero tampoco lo necesita. Lo único que le importa es seguir adelante, continuar haciendo lo mismo, buscar lo que otros han preferido ignorar, aunque hayan pasado años, aunque parezca demasiado tarde.

Se lleva la taza a los labios, pero se detiene a medio camino.

Un chico en bicicleta avanza despacio entre las mesas, mirando a un lado y a otro como si tratara de encontrar a alguien en concreto. Cuando sus ojos se posan en él, corrige la trayectoria y se acerca hasta detenerse a su lado.

Le habla en noruego. Oriol niega con la cabeza.

—¿Hablas inglés?

El chico asiente.

—¿Es usted Oriol Duarte?

Oriol alza las cejas.

—Sí.

—Entonces tengo algo para usted.

El chico apoya los pies en el suelo sin bajarse de la bicicleta, se quita la mochila y abre uno de los bolsillos delanteros. De su interior saca una carta y la extiende hacia él.

Oriol no la coge todavía.

—¿Quién te la ha dado?

—Alguien la dejó en mi buzón —responde el chico—. Había dinero dentro y unas instrucciones. Decía que si quería recibir el doble, solo tenía que traerle esta carta y que usted me daría el resto. También decía que solía venir aquí.

Oriol deja escapar una leve sonrisa. No necesita leerla para saber quién la ha enviado.

—¿Cuánto tengo que darte?

—Quinientas coronas.

—No me mientes, ¿verdad? Soy policía.

El chico niega con rapidez.

—No, señor. Dentro había doscientas cincuenta.

Oriol asiente, saca la cartera y cuenta el dinero con calma antes de entregárselo. El chico lo coge con una sonrisa amplia, como si aún no terminara de creerse su suerte, y entonces, por fin, le deja la carta en la mano.

Espera a que se aleje lo suficiente, observa cómo la bicicleta se pierde entre la gente y los colores de Bryggen. Después, baja la mirada hacia la carta.

Rompe el sobre y lee.

Estimado amigo.

Lamento haber tenido que marcharme de este modo, pero te voy a ser sincero, odio las despedidas. Seguramente te hubieras puesto melancólico y me habrías suplicado que me quedara, pero como bien sabes, eso no es posible.

He de reconocer que me ha gustado mucho trabajar contigo. Eres un tipo un poco peculiar, no nos engañemos. ¿Pero quién no lo es?

Imagino que con esto, mi deuda queda saldada.

No sé si volveremos a vernos en un futuro, tal vez no, pero quiero que sepas que aquí tienes un amigo.

Debo pedirte un último favor antes de despedirme. Lo único que lamento es no haber invitado a Nora a salir. Sé que ahora no es buen momento por todo lo que ha sucedido, quizá en un futuro. Me gustaría que te despidieras de ella por mí y que me disculpes por desaparecer sin decir nada.

No dejes nunca de intentar salvar el mundo, Oriol Duarte.

Se te da muy bien.

Con cariño, Jason.

Oriol termina de leer sin darse cuenta de en qué momento ha dejado de escuchar el murmullo del puerto.

Jason no cambiará nunca. Ni siquiera al irse.

Dobla la carta con cuidado, respetando las marcas del pliegue original, y la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

Durante unos segundos vuelve a mirar al puerto, pero ya no está pensando en el caso.

Ni en todo lo que han descubierto.

Solo piensa en lo gratificante que es hallar la verdad.

—FIN—

Si esta historia te ha atrapado, la siguiente te llevará aún más lejos. Una nueva aventura de Oriol, cargada de intriga y misterio, ya está disponible en preventa a un precio especial. Se titula: *El regalo*. Descúbrela en el siguiente enlace:

https://amzn.to/4n3pBY8

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar dando las gracias a todos los lectores.

Ayer mismo, mi libro *La noche de San Juan* se colocó en el número 1 del ranking absoluto de la tienda Kindle. Es algo con lo que siempre había soñado, pero que durante mucho tiempo sentí lejano e inalcanzable. Gracias a todos vosotros he llegado hasta esa posición.

Durante este año magnífico he tenido la oportunidad de hablar con muchos de vosotros cuando me enviáis un mensaje o me dejáis algún comentario en redes. Por favor, no dejéis de hacerlo, porque es, sin duda, la parte más valiosa de todo este trabajo al que estoy dedicando el esmero que merece. Mi intención es seguir creciendo, seguir contando historias que logren entretener, que consigan evadir a todo aquel que se adentre en ellas y que disfrute de uno de los mayores placeres de la vida: leer.

Gracias también a todas esas personas maravillosas que tengo a mi alrededor y que cada día me empujan a seguir adelante con su energía, sus palabras y su cariño sincero en cada paso que doy en este mundo literario. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

Gracias a los foros de *true crime*, donde se encuentra una gran cantidad de información sobre casos reales y teorías que ayudan a construir las atmósferas que narro en mis historias.

Gracias a mi familia por su apoyo constante y, como siempre, gracias a los tres pilares de mi vida: Aída, Lucía y Lara. No sois capaces de imaginar el amor que os tengo.

Nos vemos en la próxima.

NOTA DEL AUTOR:

Hoy me gustaría pedirte, si te ha gustado mi manera de contar historias, que me sigas en mi perfil de Amazon. Es una buena opción para estar al día de mis últimas novedades, ofertas y lanzamientos. Puedes hacerlo aquí, pulsando el botón de seguir bajo mi imagen:

https://amzn.to/49g821x

Si deseáis seguir descubriendo más sobre mis obras, os invito a visitar mi página web, donde podréis acceder a un formulario de suscripción a mi lista de correo electrónico **Y RECIBIR UN LIBRO COMPLETAMENTE GRATIS**. A través de esa lista comparto los próximos lanzamientos. Solo envío correos cuando publico un nuevo libro o aparece una nueva oferta.

https://www.adolforodriguezgomez.com/

Gracias por estar ahí.

Por último, a los escritores nos encanta conocer las opiniones de los lectores, ya que nos ayudan a mejorar y su valor es incalculable. Te agradecería enormemente si pudieras compartir tu opinión, sea positiva o no. Puedes dejar una reseña en Amazon o comentarlo directamente conmigo a través de mis redes sociales.

Instagram:
https://www.instagram.com/adolforodriguezgo/

Facebook:
https://www.facebook.com/adolforodriguezgo/?locale=es_LA

OTROS LIBROS DE ADOLFO RODRÍGUEZ

Serie inspector Oriol Duarte:

Némesis: https://amzn.to/4pLfyYa

El secreto del Lago: https://amzn.eu/d/0aADq6Zk

Los crímenes del Tíber: https://amzn.to/4ucogAw

Serie inspector Gabriel Somoza:

La Noche de San Juan: https://amzn.eu/d/5kEog6e

La Noche de los Secretos: https://amzn.eu/d/4LRfuBs

La Noche de la Tormenta: https://amzn.eu/d/dRaa8kV

Serie Sombras del Mediterráneo:

Los Ecos de la Tempestad: https://amzn.eu/d/2ZxilHY

Novelas independientes:

El Viaje de Hugo: https://amzn.eu/d/5i9aOKQ

La Gran Implosión: https://amzn.eu/d/gEcAl01

Engañando a La Muerte: https://amzn.eu/d/hVOrIBg